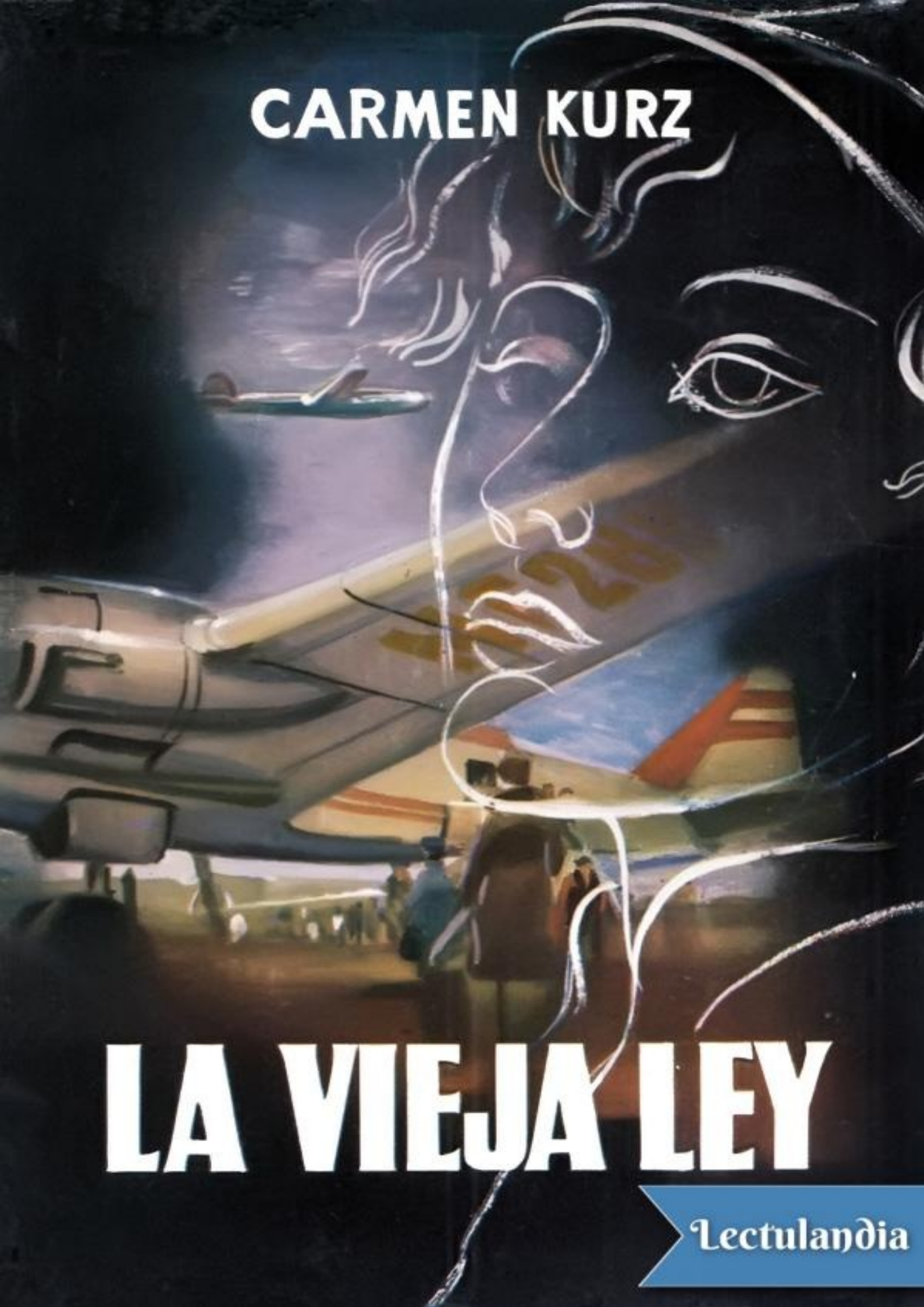




CARMEN KURZ

LA VIEJA LEY

Lectulandia

Esta segunda novela de Carmen Kurz viene, un año después del éxito obtenido por *Duerme bajo las aguas*, a demostrar una auténtica vocación literaria.

La vieja ley es tan varia en su forma expresiva como en su contenido. En la primera parte, dedicada a los cuatro hombres que influyen de un modo decisivo en la vida de la protagonista, la autora logra amoldar su estilo a la psicología de cada uno de ellos.

La segunda parte del libro, narrada en primera persona, es como el relato vivido de alguien que se nos confiara.

Victoria Iturbe, fruto de una mala época, de una educación caduca, arbitraria, es también figura representativa de una generación. Esa generación intermedia de adolescentes que durante la guerra no supieron o no fueron capaces de asimilar un cambio radical en el concepto de la vida.

Todos los personajes del libro tienen legítima razón de ser. Nada sobra en este relato, de estilo claro y deliberadamente desprovisto de largas descripciones. Carmen Kurz, magnífica creadora, sabe pensar y sufrir con sus personajes.

La lectura del libro, quizá debido a su variedad, se hace apasionante. Otra vez la autora de *Duerme bajo las aguas* nos da una muestra de su profunda y valiosa sinceridad.

Carmen Kurtz

La vieja ley

ePub r1.0

Titivillus 28.08.2023

Título original: *La vieja ley*

Carmen Kurtz, 1956

Diseñador de la sobrecubierta: Roc Riera Rojas

Editor digital: Titivillus

Muchas gracias a Koriel por el original

ePub base r2.1



BALDOMERO FONT

SUS PRIMEROS RECUERDOS los situaba en el desastre de Cuba. Debía de tener entonces pocos años, pero recordaba sus paseos por las Ramblas, los domingos, con su padre o con la tía Ramona. Desde la calle de Padilla, en la barriada de San Martín, hasta las Ramblas, tía Ramona y sus sobrinos —él y sus hermanos— iban a pie, tomando el sol. A veces, el paseo se interrumpía en el Parque de la Ciudadela, y otras se continuaba por las calles de la Princesa, San Jaime y Fernando hasta la pastelería de las Ramblas, en donde cada domingo compraban los dos *tortells*, el de mazapán y el de hojaldre.

Recordaba los soldados que volvieron de Cuba. Tía Ramona comentaba sobre todo desdichado que encontraban en el trayecto: «¡*Pobret*, le falta una pierna!»

«Le falta una pierna... Le falta una pierna», repetía. Luego olvidaba al soldado vestido de rayadillo, pues afortunadamente otras cosas distraían su atención. Era el más pequeño de la casa. Teresina era la mayor, y entre ellos dos contaban Ignacio y José.

Veía extrañamente cercanos aquellos paseos dominicales. También le parecía estar viendo a la *yaya* Enriqueta, que vivía con ellos, y su padre. Font padre, como le llamaban en el barrio.

Font padre mantenía la numerosa familia y sus decisiones eran tajantes, irrevocables. Teresa, su esposa, no había conocido más placer que el de decir amén. Era una pobre sombra, la intrusa, la obrera que había conseguido embaucar al patrón y que pagaría toda la vida aquel triunfo. Porque Font era su patrón. Su fábrica, aunque rudimentaria, pues constaba de una sola maquineta, producía medias o calcetines negros, lo cual bastaba para sostener el prestigio de los Font en la calle de Padilla. Cuando Font padre decidió casarse con Teresa, lo hizo por amor.

—Un loco —dijo la *yaya* Enriqueta.

—Un tonto —exclamó tía Ramona.

No obstante se quedaron con ellos, en la misma casa. Teresa empezó, pues, su vida de casada con marido, cuñada y suegra. Cada embarazo era criticado, comentado agriamente por la mujer vieja, que ya había olvidado el amor, y por la cuñada solterona, que no lo había conocido nunca. Antes de que muriera el siglo, los Font tenían cuatro hijos, y el menor, Baldomero, era él.

Estaba en su segundo Picón y por ende, sentimental. Se complacía hurgando entre los sórdidos recuerdos como pudiera complacerse arrancándose la costra de una herida. Existían muchos años, unos cincuenta, entre el bar de 1944 y la calle de Padilla; la guerra de Cuba quedaba lejana, apagada por otras guerras. La *yaya* Enriqueta había muerto; estuvo muriéndose tantos años seguidos, que primero murió aquella nuera intrusa y pobre y Teresa.

¿Teresina?... De Teresina no se hablaba. Font padre la había echado de casa por razones que ahora admitía. No había vuelto a tener tratos con aquella hermana mayor, de quien todos los chicos de San Martín andaban enamorados. Sabía, que al fin se había casado y la suponía feliz, porque Teresina era despreocupada y la única de todos los hermanos que plantaba cara a tía Ramona y defendía a la madre. «Buscaré a Teresina», pensó.

Vació la copa sintiendo una súbita ternura por la hermana que había tenido un tropezón y que seguramente ahora era feliz.

Le hubiera gustado hablar de todas estas cosas con alguien, pero él, Baldomero Font, había de tragarse estos peligrosos recuerdos y muchas otras cosas más. El Picón ayudaba a que todo se deslizase suavemente. Al fin y al cabo, no podía quejarse. Ignacio, el hermano mayor, se había desenvuelto a su manera. José había muerto. La fábrica de Font padre pasó a sus manos cuando hubo conocido cuanto puede conocerse en el ramo de medias y calcetines.

Lo aprendió mientras mamaba, cuando le dieron las primeras sopas... Y aprendió mucho más todavía el día que se escapó de la tutela de tía Ramona y se acodó a su primer mostrador para hacer como los demás chicos: ir a un bar de la Ramblas a mirar a las mujeres. ¡Acercarse a las mujeres!

Consiguió la primera mujer estafando a su propio padre el producto de la venta de una de las famosas cajas llenas de calcetines. Exactamente media docena de algodón, negros, con la punta blanca. ¿Por qué tenían la punta blanca? Le entraron ganas de reír, pero en realidad se secó los ojos con el dorso de la mano. El Picón le enternecía.

Era risible, cierto. Que hubiera pagado su primera aventura con media docena de calcetines, ya era bastante original; pero haber estafado aquellos calcetines a Font padre era el «más difícil todavía» de los juegos circenses. Tendría por entonces diecisiete años y aquella primera experiencia fue decisiva. «Seré fabricante. Tendré máquinas y más máquinas, y... mujeres. Mujeres que no se parezcan a tía Ramona ni a la *yaya*.» Recordó con nostalgia el sedoso cabello de su hermana mayor.

Pidió un cuarto Picón. No era su costumbre, pues consideraba que su dosis normal se detenía ante el tercero. Pero aquel día...

Sabía que era un hombre bajito y que nada podría suplir los centímetros necesarios para que su estatura fuera la de los hombres que envidiaba. Con los años, además de bajo se había vuelto un poco grueso, pero no era tan molesto. Veía en torno suyo algunos ejemplares de la nueva generación. Hubiera dado alguno de sus millones por alcanzar el metro ochenta de aquel muchachote perennemente entrampado, a quien él sacaba a menudo de apuros. «Dime, Paco, ¿cómo te las arreglas para ser tan alto?»

Paco tenía siempre ocurrencias. Le tuteaba, aunque bien hubiera podido ser hijo suyo. Paco no tenía ni un real, ni ganas de trabajar; no tendría nunca ninguna de estas dos cosas; pero, en cambio, tenía un metro ochenta de estatura. «Baldoro —le llamaban cariñosamente Baldoro; todos los clientes de aquel bar de moda, “El Barrio”, le llamaban Baldoro—. Mira, Baldoro, eso de la estatura se lo debes a la bufanda.»

No comprendía el lenguaje de aquellos años que sucedieron al movimiento. Podía decirse que entre el mundo de 1936 y el de 1941 mediaba una generación entera. «¿A la bufanda?» «Sí, hombre. Tú perteneces a la generación de la bufanda. No te ofendas, chico, pero es así.» Debía de ser así cuando Paco lo aseguraba. «¿Quieres decir qué...?» «Quiero decir que todos los de vuestra generación llevaron bufanda. Os daban con ella dos vueltas al cuello y finalmente la anudaban en la nuca. Os atrofiaban para siempre el tiroides.»

En la barra había sonado una carcajada general y él también había reído. Le quedaba la duda de si la tiroides estaba en la garganta o en la nuca. Pero no tenía importancia. Lo único importante era la bufanda. Paco estaba en lo cierto.

En los días tristes de invierno, el abrigo podía ser más o menos grueso. Se prescindía a veces del abrigo, pero no de la bufanda. Tía Ramona, que era la encargada de sacar de paseo a los chicos, tenía una destreza pasmosa para anudarla al cuello de modo y manera que ni el más fuerte vendaval pudiera

arrancarla. ¡Zis, zas, apretón y nudo en la nuca! La presión del nudo había quedado indeleble entre sus recuerdos. Pensar que por una miserable bufanda se había quedado pequeño...

Y ahora se daba cuenta de que puede comprarse la mujer, pero que con el amor pasaba lo mismo que con la estatura. ¿Qué clase de glándula le habrían atrofiado en la calle de Padilla?

Después de la primera aventura, obtenida a cambio de media docena de calcetines, había tenido muchísimas otras. Su afán de enriquecerse era, en cierto modo, necesidad de amar. Había tenido las mujeres que había querido. ¡Le parecía fácil! Y luego tuvo la suya propia. Ya era hora de fundar un hogar, de tener hijos. Le intimidaban las mujeres decentes y se casó con la primera que ofrecía esas garantías. Era hermana de un compañero de colegio. No tenía dinero, pero... era una buena chica. Rosita le quiso de veras. Le quiso cada día más. Podía decirse que su amor aumentaba a medida que los negocios del marido se desenvolvían. Cuanto más rico era él, más enamorada estaba Rosita. Le dio tres hijos, dos hembras y un varón, y él consideró que su deber hacia Rosita estaba cumplido. Algo así como el rendimiento que puede proporcionar una máquina o como el contrato que se tiene con un ingeniero. Y mientras Rosita engordaba y cantaba alabanzas de su esposo, él continuaba con la misma ansia de mujeres. Eso era todo, en prosa llana, fertilizada por el Picón.

Sabía que entre los muchachos que frecuentaban «El Barrio» había unos cuantos particularmente favorecidos por las mujeres. Se decía que Paco... Era casi increíble. Se decía que tenía como amante a una preciosa mujer de treinta años. Una mujer rica y generosa. Le asqueaba un poco pensar que Paco disfrutaba no solamente de una mujer, sino también de ciertas ventajas materiales. Le asqueaba profundamente, sí, señor; pero sentía cierta envidia. A él, todas las mujeres le habían costado algo. La que menos, aquella caja de calcetines; la que más... Bueno, era su propia mujer.

En el bar había demasiado barullo. En su cabeza, muchas cosas. El Picón desvanecía sus escrúpulos; hablaba con la copa y nadie le hacía caso: «La más cara de todas, la mía; claro está que es lo normal». Con extraña lucidez veía ahora a Rosita y la estaba también oyendo: «¡Baldomero, Baldoro!»

Cuando escuchaba su nombre así pronunciado, ponía la mano sobre el corazón, que era donde también llevaba la cartera. Y compraba abrigos, pulseras, sortijas, trajes, sombreros, infinidad de pares de zapatos, para aquella Rosita cuya felicidad residía en su hogar y en la envidia que pudieran

provocar sus lujos en otras mujeres. No decía nunca que no. Tenía sus pecadillos, y aquella manera de expiarlos le parecía la más justa. Se preguntaba, a veces, si el amor de Rosita hubiera sido tan profundo de haber sido él menos generoso. Tenía ganas de llegar un día a casa y decir con aire dramático: «Rosita, estoy arruinado. Lo hemos perdido todo. Suerte que te tengo a ti. Nos hemos querido en la abundancia y nuestro amor nos ayudará a sobrellevar la pobreza. Dame tus joyas. Tengo que venderlo todo. Los dos coches, tus pieles, la finca. Nos mudaremos de piso y buscaremos algo modesto. Al fin y al cabo, cuando nos conocimos yo vivía en la calle de Padilla y tú no muy lejos de allí. Los dos salimos de San Martín para casarnos».

Y veía abrirse desmesuradamente los ojos de Rosita y temblar aquellas mejillas, un poco fofas, que tenían más de cuarenta años.

Estuvo a punto de soltar una carcajada pensando en la reacción femenina. Pero sabía que no le agradaría la farsa. No tenía objeto intentar la prueba. No se arruinaría jamás, aunque sólo fuera para seguir creyendo que Rosita, su mujer, le amaba de veras y que sus caprichos, al fin y al cabo, eran cosas de mujeres que él podía muy bien mantener.

* * *

Algo cambió de repente. Había cambiado ante la proximidad de aquella muchacha a quien él miraba sin ver y que debía de tener la misma edad que...

Y acarició la redonda superficie de la copa. Era lisa, tersa como las mejillas de Viky.

Sacó su pañuelo y se sonó cuidadosamente. No le había sucedido nunca eso de hacer ver que se sonaba para secarse los ojos pero, ahora no podía remediarlo. Tal vez se encontraba en la peligrosa edad en que los hombres sienten pasar como un ramalazo de Primavera, un soplo sentimental. Tenía cincuenta años justos y creía haber vivido mucho.

«Esto no me habría sucedido a no ser por tantas malditas dificultades. Tanto cupo, tanta restricción, tanto papeleo... ¡Tanto viaje a Madrid!»

Antes, antes del treinta y seis, para fabricar géneros de punto no era necesario pasar por Madrid. La guerra civil y los años posteriores consolidaron la fábrica y su fortuna. Y le habían llevado a Madrid.

Allí conoció a Viky.

Hubiera sido mejor no fijarse en ella. No se hubiera fijado en ella si el acostumbrado Picón lo hubiese tomado en otro lugar. Pero, una vez en «Los

Pingüinos», era imposible no fijarse en Viky y, fijándose en Viky, no pudo ir a tomar sus Picones a otro lugar.

Lo extraordinario del caso era que Viky no tenía nada que ver con las mujeres a las cuales había dedicado hasta entonces su atención.

Debía de ser joven, muy joven, pues en su rostro se reflejaba la melancolía que guardan muchos rostros de adolescentes. Iba vestida con falda y blusa. Llevaba unos guantes muy usados y su bolso estaba ajado, flaco... No debía de llevar muchas cosas dentro de él.

Pero «eso» no era Viky. Viky era algo más que una falda y una blusa; mucho más que unos guantes y un bolso barato.

Siempre le había gustado el cabello largo en las mujeres. Aquella muchacha tenía el cabello lujurioso. Lo llevaba suelto sobre la espalda, despejadas las sienes. Y era negro; tan negro que su carita parecía pálida y triste por culpa de aquel magnífico pelo. Parecía tímida, asustadiza. Aquél no era sitio para muchachas tímidas.

Tomaba un café, desde hacía mucho rato. El mismo tiempo por él empleado para tomar sus dos picones. Iba con otra chica, mejor trajeada que ella. Pagó esta última las dos consumiciones y descendieron del taburete. Al hacerlo, cayó al suelo uno de los guantes y él lo recogió.

Se sorprendió siguiendo por la calle a las dos muchachas.

No era propio de un catalán. Pero él estaba en Madrid y le habían dicho que allí era costumbre. No lo hacía ostensiblemente. Se escondía entre los transeúntes y estaba un poco avergonzado; algo así como si tuviera conciencia de su indiscreción. Al fin obtuvo el premio que deseaba. Las dos amigas se despidieron y él pudo abordar a la muchacha.

—El guante, señorita. Se le cayó en el bar.

—Gracias.

Le había dado las gracias. Le había sonreído. Algo forzada le pareció su sonrisa, pero sonrisa fue, sin duda alguna. Caminaron unos metros y se encontró terriblemente disminuido al lado de ella.

Que los paseos dominicales ejercieron influencia posterior en su vida, era evidente. Las caminatas aburridas y forzadas al lado de tía Ramona le indispusieron para siempre con el hecho de ir a pie. El primer lujo había sido, pues, un coche. Luego nacieron otras necesidades, muchas otras, que contribuyeron, en parte, a fomentar su ambición y acrecentar su fortuna.

Cuando compró el coche, ya estaba casado. Vivía en el Ensanche y tenía la fábrica en San Martín. Pero el local acabó siendo insuficiente. Miró, buscó y halló un terreno cercano de Barcelona, en la Maresma. Luego, es decir, años

más tarde, aquel pueblecito se puso de moda y decidió construir allí «la finca».

Pero antes que nada, el coche. En él se sentía al abrigo, compensado de aquellos centímetros de estatura que le faltaban. Conducía siempre muy erguido y desde aquel sitio a todo se atrevía. Rosita se acostumbró tan aprisa al nuevo rumbo de su existencia, que pronto hubo de adquirir un segundo coche para ella y los niños, con chófer, por supuesto, porque a Rosita no se le pasó jamás por la cabeza el que ella pudiera conducir, alegando que era más prudente tener una persona capacitada para ello. Así iba él cada día a la fábrica, y regresaba, y así Rosita engordaba de caderas. Probablemente ella creía que a él no le importaba, que en el fondo los hombres preferían las mujeres metidas en carnes, que a partir de cierta edad era cuerdo escoger entre las arrugas o los kilos... O quizá supiera ya que su marido no la veía siquiera. En lo último acertaba. Habían dejado de interesarle por completo las caderas de su mujer. No las veía.

Pero allí estaba aquella muchacha esbelta, escurrida como un junco. Deseó violentamente hallarse dentro de su coche, con ella al lado, agarrado al volante, en aquel momento el sitio más adecuado para agarrarse.

—Es tarde —le dijo—. Tengo a mi coche aparcado frente a «Los Pingüinos». ¿Quiere que la acompañe?

No era muy tarde, pero ella aceptó la insinuación. Le abrió la portezuela y pudo admirar unas piernas perfectas. Las medias eran francamente feas, pensó. Muy tirantes sí, y del revés para que no brillaran; pero los expertos ojos del fabricante las catalogaron inmediatamente entre las baratas de seda artificial.

Y le dio rabia. En aquel momento hubiera querido tener gruesas y más gruesas de medias de gasa para todas las chicas con piernas bonitas. Empezaban a importarse de *nylon* y él, con el olfato que le caracterizaba, había predicho que aquello sería una revolución, la muerte de la media de seda natural. Algunos colegas se indignaron ante la monstruosa idea; pero él *sabía*. Sabía todo cuanto se puede saber o adivinar sobre la materia. Las medias de *nylon* serían fabricadas en España y él uno de los primeros en conseguirlo. Estaba en Madrid precisamente por esta razón y los trámites se desenvolvían favorablemente para él, como de costumbre.

Todo esto lo pensó en un segundo, mientras el coche arrancaba y la muchacha le daba la dirección. Vivía en la calle de Hermosilla, en el barrio de Salamanca. Pero sería mejor que la dejara en la esquina de Velázquez.

Se sintió repentinamente muy joven. Tal vez influyera el día, aquel día de mayo de 1941, que le aturdiría un poco. El que la chica no le dijera exactamente dónde vivía, le colmaba de ilusión. Se imaginaba que debía de tener novio y que le estaba robando unos deliciosos minutos, con el consentimiento o la complicidad de la muchacha. Le preguntó si iba todas las tardes a «Los Pingüinos».

—No; todas las tardes no. Cuando puedo.

—¿Trabaja?

—No trabajo. En casa no quieren.

Y se había quedado muda.

Se despidieron sin ninguna promesa. Esperó dentro del coche a que desapareciera por una esquina de la calle de Hermosilla y luego arrancó. Sentía una profunda tristeza.

* * *

Hacía exactamente tres años. Recordaba su primer encuentro con Viky, y como era un buen hombre, no le guardaba rencor. Sentía pena. Algo suavemente doloroso, que le incapacitaba incluso para pensar en otras cosas: en la fábrica, en Rosita, en sus hijos. Lo raro del caso era que no rehuía su pena. La miraba, la acariciaba como acariciaba ahora la lisa superficie de la copa, como había acariciado a Viky. Sabía que nunca más encontraría mujer que le hiciera sentir aquella loca ilusión de vivir.

Tres años de ilusión pesaban sobre él. Se decía: «Quien sabe valorar los sentimientos, se da cuenta que los años no tienen una medida uniforme. Los hay grises, tan anónimos que pasan sin dejar rastro ni huella. Al llegar a la vejez, nos damos cuenta de que no nos dieron nada, ni pena, ni gloria; que la vida, para tener ese nombre, ha de sentirse, y que la sentimos a través del amor o el dolor». Sí. Así era.

Pensó: «Los buenos recuerdos nos hacen buenos, no hay duda».

Por eso no guardaba rencor en su memoria.

Al día siguiente volvió a «Los Pingüinos». Y Viky también volvió. Estaba sola. Se alejaron de la barra y se sentaron en un velador, como dos viejos amigos. La gente entraba o salía y no se preocupaba de aquella extraña pareja formada por un hombre maduro y una adolescente.

Él llevaba consigo un paquete. Una caja de medias de *nylon*, adquirida en Portugal. Era un tesoro del cual se desprendía sin gran duelo. Dentro de poco, él las fabricaría mejores, estaba seguro.

—Le traigo algo que siempre gusta a las chicas —se había oído decir.

Un leve parpadeo. Tal vez un poco de color en las mejillas. Pero la muchacha no parecía dispuesta a decir que sí ni a darle las gracias.

Entonces él había abierto la caja y con el arte y la ciencia aprendida en años y años de paciencia comercial, descubrió el tesoro. Una docena de medias de *nylon* americano. Ella —lo supo luego— no las había tocado nunca. Había oído hablar de ellas; pero... ¡De tantas cosas había oído hablar!

—¿Son... para mí?

—Claro. Pero has de decirme cómo te llamas. Eso a cambio de las medias.

—Victoria. Pero no me gusta ese nombre. Papá me llamaba siempre Viky. Llámeme Viky, ¿quiere?

—Te llamaré Viky si haces el favor de tutearme. Si no, te llamaré Victoria. No me gusta sentirme viejo.

Con Viky no se sintió nunca viejo. Otros fabricantes renegaban ante los viajes a la capital. Y él sonreía desde el fondo de su alma. Madrid, la capital, la ciudad donde el industrial catalán se encontraba desplazado, empezó a gustarle.

Rosita se quejaba de sus continuos viajes y él, un poco confuso, defendía su felicidad mintiendo:

—Otra vez a Madrid. ¡Esto es imposible! ¡Van a arruinar a la industria catalana con tanta dificultad! Ya empiezo a estar cansado; estos últimos viajes me traen frito.

Rosita intentaba acompañarle.

—Ya sabes que no tienes amigas y yo ¡estoy tan ocupado! La comida es distinta de la de aquí... Además, debes cuidar a los chicos, están en la mala edad. Les hace falta la madre. ¡Cuídalos! Yo... he de sacrificarme.

Rosita suspiraba. En el fondo siempre que fue a Madrid se aburría mucho. Como decía el marido, no tenía amigas, y sin ellas la vida no tenía aliciente alguno. Además, ahora tenían la finca.

«La Finca» fue una sugestión de Rosita. No puede decirse un capricho, pues la inversión había sido magnífica. Aquellos terrenos que costaron un puñado de pesetas, valían ahora muchos miles de duros. «La Finca» fue diseñada por uno de los mejores arquitectos, decorada por un proyectista atrevido, y los jardines y el bosque cuidados por manos expertas.

—Ya era hora de que tuviéramos una finca —decía Rosita, mientras elevaban los muros—. Nuestras hijas empiezan a estar en edad de tener novio.

Echó un vistazo a sus dos hijas y le pareció que habían crecido de repente. El pequeño, el chico, era un Font y no había por qué preocuparse de él; pero las dos mayores...

«Edad de tener novio —se dijo—. ¿Y qué tendrá que ver la edad con la finca?»

Pero Rosita lo sabía. Siempre advertía de antemano y nunca se equivocaba. Decía por ejemplo: «Estas niñas tienen edad para la Primera Comunión».

Y comulgaban juntas, pues las dos parecían iguales, mediando tan poca diferencia como mediaba en su edad. Rosa María era más bien rubia. Luego se volvería castaña y más tarde se teñiría los cabellos como su madre lo había hecho. ¿Y Montse? Le dolía confesarlo, pero Montse era el retrato de tía Ramona. A veces le parecía incluso un escarnio. Montse saltando a la cuerda, como una tía Ramona que de pronto hubiera perdido el juicio. Montse de uniforme...

—Estas niñas van a ser mujeres —repetía.

Y efectivamente, pocos meses después se había producido el acontecimiento.

Rosita se lo había comunicado en la habitación, como si aquello fuera un hecho grave en la historia de la familia. Adoptó un aire serio y al día siguiente fue cuando miró a sus hijas con una atención diferente. Rosa María parecía haber engordado. Sus brazos eran rosados, redondos. Montse estaba lívida, una tía Ramona en pequeño, con su tez olivácea y su larga nariz, triste y poco armoniosa.

—Están en edad de tener novio.

—¿Y qué tiene que ver eso con la finca? —dijo en voz alta.

Rosita se lo explicó. Era aquél su sanedrín y lo que allí se decía era generalmente cosa importante para todos. Rosita tenía buen juicio sobre los factores prácticos de la vida y esta faceta era admirada por el industrial.

—Sí, hombre. Yo no digo que nuestras hijas lo necesiten, pero una finca atrae, ¿comprendes? Es más fácil invitar a los muchachos, y hay muchos que sin estar invitados vienen con los amigos o «se dejan caer».

Viky le había tuteado desde entonces. Aquella semana en Madrid fue la semana del noviazgo. Además de las medias, le compró... Bueno, no recordaba muy bien. Viky tenía dieciocho años y no hablaba nunca de su familia. Pero no faltó nunca desde aquel día a la cita en «Los Pingüinos». No sabía qué pensar de ella. O era tonta de remate, o era más lista que el hambre.

—Me marchó mañana —le dijo al final de aquellos ocho maravillosos días—. Pero vendré pronto. Antes de un mes. ¿Me esperarás?

—Sí.

—¿Tienes novio?

—No, no tengo novio.

—¿Me querrás un poco?

No había contestado. Pero ya estaba acostumbrado al silencio súbito de la muchacha.

—Olvida esta tontería —le dijo—. Soy un poco torpe, pero quisiera verte feliz. ¿Permites que te deje un recuerdo? ¿Algo que te haga pensar en mí? Mira, nos veremos dentro de treinta días. Voy a dejarte un regalito. Poca cosa: tres mil pesetas. Quiero que gastes cada día cien pesetas pensando en mí. Cómprate flores, si quieres, o chocolates, o zapatos... Pero sonríe un poco y sé feliz hasta que vuelva.

Estaba tan contento en su luminosa idea, que no se dio cuenta de la emoción de la muchacha. Era la primera idea poética —creía que era una idea poética— que se le había ocurrido en la vida, y se sentía ligero como un colegial. Todo le parecía sencillo. Se sacó los billetes de la cartera.

—No. Eso no.

Y Viky cerró los puños, quizá para no caer en la tentación de tomar aquellos billetes. «¿Qué representarán tres mil pesetas para esta chiquilla?»

—No seas tonta —había dicho—. Esto no representa nada para mí. Puedes dárselos a un pobre si te parece. Anda, hazme feliz.

Hubiera querido decirle: «Tres mil pesetas para Rosita no son nada. Cualquier traje de mis hijas me cuesta eso». Pero supuso que era mejor no hablar de su familia, ya que Viky tenía el pudor de no mencionar la suya.

Y los puños se habían abierto. Tomó entre las suyas la mano de la muchacha. Era una mano larga, expresiva. Llevaba las uñas sin pintar y no muy largas. La piel no era muy suave. Puso los billetes dentro de ella. Luego él mismo cerró aquella mano, dándole unos golpecitos amistosos.

—¡Chut! No digas nada. Soy yo quien debe darte las gracias.

Y se las daba, sí señor. Desde el fondo de su corazón daba las gracias a Viky, que por primera vez le había hecho presentir lo que puede ser la ilusión. Porque él conocía bien a las mujeres, pero ignoraba totalmente lo que era estar enamorado. No lo había estado nunca. Lo veía ahora tan claramente como estaba contemplando el resto del Picón en su copa. No era lo mismo poseer mujeres que estar enamorado. En absoluto. La mujer había sido, hasta entonces, una afición, un pasatiempo, una aventura. De todas ellas no

guardaba el menor recuerdo. Se amontonaban, como pedazos de carne inerte, en su memoria. Sí. De acuerdo. Ya sabía de antemano que si se lo contaba a alguien, le diría: «Es lo clásico, chico. Estás en la peor edad, la de las tonterías. Amigo no lo dudes. Lo último parece siempre lo mejor. ¿Ella? Igual que las otras».

Descargó un puñetazo sobre la mesa y dijo, como cuando se enfadaba en las reuniones de las juntas de la fábrica: «¡No!»

Dos o tres clientes se volvieron. Pero no vieron nada más que un hombre bajito y un poco grueso que saboreaba una bebida. Le habría picado alguna mosca.

Sí, le picaba. Tenía un avispero en la cabeza.

Desde aquel encuentro empezó a fijarse en su propia mujer. ¿Por qué se había casado con ella? ¿Por qué los hombres se precipitaban tanto al casarse? De haber permanecido soltero, tal vez tendría a Viky como esposa. Estaba seguro de ello. Y todavía podría tener hijos. Se parecerían todos a él, o a Viky, tal vez a Teresina. Pero no tendría ninguna tía Ramona en diminuto. Seguro que no la tendría. «Estoy desbarrando —pensó—. Pero me cuidaré de mi hijo. No me da la gana de que lo pesque la primera buena chica que le salga al paso. Ya le diré... Yo tengo experiencia.»

Toda su experiencia no le había valido en aquella ocasión. Si las anteriores mujeres no le dejaban nada —incluso alguna le dejó regusto de ceniza en la boca—, Viky fue como la bebida. Apoyó su frente en la mano. Le abrasaba cierto recuerdo.

* * *

Los últimos días de junio fueron tan calurosos, que Rosita se inquietó:

—Vas a morirte de calor.

—Ya lo sé, pero... ¡Qué puedo hacer! Dentro de dos días todos estarán de vacaciones y entonces ¿qué?

No podía decirle: «Necesito ir a Madrid. Esta vez no se trata de ganar dinero ni de solucionar ningún problema. Se trata de mí. Compréndeme. Te he dado tanto, que bien puedes sentirte a tu vez un poco condescendiente. Te aseguro...»

Llevaba trajes claros y una colección de corbatas alegres. Se sorprendió a sí mismo silboteando durante el viaje por la carretera. Le parecía larga, interminable. La conocía palmo a palmo y su misma ansiedad por llegar le era

grata, porque le permitía calcular: «Iré al hotel, me asearé y esperando la hora me entretendré comprándole tonterías. Esta vez no se me escapa».

A las siete en punto estaba en «Los Pingüinos». Viky también se hallaba allí. Le sonreía desde uno de los veladores. Fue hacia ella.

—¿Contenta?

Parecía contenta. Se había transformado. Su traje veraniego era sencillo, pero de buen gusto. Llevaba los cabellos recogidos en la nuca y eso le daba aspecto de muchacha mayor.

—Estás muy hermosa...

No sabía qué decirle y ella no le ayudaba demasiado. El calor era excesivo en el reducido establecimiento. Sentía la necesidad de respirar aire, mucho aire.

—Vámonos de aquí. ¿No te gustaría dar un paseo?

—¿Dónde?

—A donde nos lleve el coche. Carretera adelante. Sin punto fijo. Cuando estés cansada de ver camino, regresaremos a Madrid.

Fuera de la ciudad, Viky se mostró comunicativa.

—Todo cuanto llevo es tuyo —dijo—. ¿Te gusto?

—Muchísimo, pequeña. No puedes imaginarte cuánto me gustas.

Iban muy aprisa. Viky aspiraba el aire cerrando los párpados. Sus labios se curvaban en una sonrisa. Apoyó la cabeza sobre su hombro. Poco a poco, él frenó hasta detenerse al lado de la cuneta.

La besó primero en las mejillas. ¡Eran tan tersas!

Luego tomó sus labios.

—¡Viky! Pequeña mía...

La muchacha había dejado de sonreír. Le miraba hondamente, seria. Tuvo miedo.

—No temas, ¿sabes? Seré para ti lo que tú quieras. Lo que tú quieras —volvió a repetir.

Sentía exactamente lo que estaba diciendo. Aquel beso era mejor que todo cuanto le habían dado anteriormente. No deseaba nada más. Con tenerla al lado, con sentir la fragancia de su cuerpo joven, con acariciar la piel, con rozar los labios, estaba satisfecho. Viky no lo comprendió.

—Llévame donde quieras. Estoy tan... harta de todo.

Volvió a tomar el volante y encontró el sitio que había sentido. Al entrar en la habitación, notó que la muchacha temblaba.

—Charlaremos. Como dos viejos, como dos buenos amigos, ¿quieres?

Y estupefacto vio a Viky quitarse las ropas, descubrir un cuerpo grácil, perfecto...

Y más tarde, bastante más tarde:

—Perdóname —le dijo—. No sabía. No podía imaginar que fueras... ¿No has tenido ningún otro hombre, Viky?

—Ninguno.

Reconstruía la trama cuidadosamente, repasando uno por uno los capítulos de su amor. Nunca le aclaró el porqué de su entrega. Rehuía esa pregunta: «Jamás te preguntaré nada. Vendrás cuando quieras y te esperaré. Prometo no engañarte».

Se ensañó contra esta última frase y repetía para sí: «No me engañó, no».

Los que entraban y salían, le echaban una mirada. Era cordial, le conocían todos y no solía ir a «El Barrio» para hacer números o conjeturas; él mismo había dicho miles de veces: «Tengo la cabeza como un bombo. Vengo aquí para descansar un poco. Anda, Paco, cuéntame algo».

Por eso le miraban preocupados. ¿Le irían mal los negocios a Baldoro? Era una lástima. No se lo merecía. Era generoso, siempre dispuesto a pagar una ronda o saldar una deuda. ¡Pobre Baldoro!

—Estáis equivocados —oyó decir a Paco—. Baldoro no puede arruinarse. Debe de sucederle algo nuevo. A lo mejor esta tarde le ha salido una camiseta al revés y eso lo trae de coronilla.

Hizo como si no oyera.

Los viajes se sucedieron. A Rosita empezó a extrañarle la febril actividad que desplegaba su marido.

—No te conviene. Tanto ir y venir por la carretera es agotador. ¡Si al menos te llevaras al chófer!

¿Un chófer? Era lo último que deseaba. Y en cuanto a lo de agotamiento... No era verdad. Jamás se había sentido tan joven. ¿Juventud? ¿Madurez?

Su juventud había sido tan laboriosa, que no había tenido tiempo de pensar en ella, de paladearla. Entonces era cuando se sentía joven. Al lado de Viky tenía su misma edad, disfrutaba con lo que ella disfrutaba y hasta llegó a querer lo que ella quería. De los paseos en coche, de las largas excursiones, guardaba un sabor exquisito. Decía Viky:

—Mira qué color tienen las piedras en Castilla.

No se hubiera fijado por sí solo. Una piedra es, siempre y en todo lugar, una piedra; pero Viky no lo creía así.

—¿Qué color tienen?

—Doradas por la mañana. Y cuando el sol empieza a declinar, adquieren tonos azules, malvas, grises...

Se ajustaba los lentes y comprobaba:

—Tienes razón. No me había fijado nunca.

—¿Cómo son las piedras en Cataluña, Baldomero?

—No lo sé, chiquilla. Lo miraré, te lo prometo, y te lo diré la próxima vez.

Se juraba a sí mismo recorrer la costa catalana, el interior de su patria chica, para poder decir la próxima vez a Viky:

—¿Sabes? Allí hay piedras... bueno, tienen color de piedra, ya me comprendes.

A veces, con eso, Viky reía. Le hacían reír precisamente las cosas que a él le parecían más sensatas.

—¡Oh! Para un momento el coche. Voy a coger un ramo de cantueso.

La muchacha salía; él, mientras, encendía un cigarro. La primera vez le había dicho: «Deja estas hierbas. Cuando lleguemos a Madrid, estarán mustias, feas. Yo te compraré flores...»

—Pero no podrías comprarme cantueso.

—¿Y qué importancia tiene?

—Ninguna, salvo que en ninguna tienda de flores encontrarás cantueso.

Es decir, que debía aprovecharse la ocasión de recoger una flor, de mirar una piedra o de respirar determinado perfume, «porque luego ya no podría hacerse. Porque aquello no podía comprarse».

Y empezó a conocer la infinidad de cosas que existen y que hay que tomarlas donde están, pues el dinero no sirve para adquirirlas.

Se acordaba con precisión matemática de ciertos detalles, con los cuales podía reconstruir la personalidad de la muchacha. Cierta día quiso llevarla a un gran modisto. Ella se negó.

—No seas tonta. ¡Me siento tan orgulloso de ti! Serás la mujer más elegante de Madrid.

—No puedo —le contestó.

«Debe de ser a causa de la familia —recapacitó—. Siempre va sencilla. Se pinta fuera de la casa, se pone cuando está conmigo las pocas joyas que le he dado... En su casa no deben saber nada de esto.»

Le dio pena y se sintió más culpable, si cabe.

—Lo siento, Viky. Cree que estaría muy satisfecho.

Entonces se le ocurrió una idea.

—Sería mejor para nosotros tener un lugar que nos perteneciera. Déjame que busque un ático. Dos habitaciones y una terraza al sol, donde podamos estar verdaderamente solos.

Viky quedó un momento suspensa, estremecida, y luego:

—¡Me gustaría tanto!

¡Aquellas dos habitaciones de Madrid! Aquellas dos habitaciones eran un mundo feliz y sin límites con el cual soñaba desde su lujoso piso de la Diagonal o desde «La Finca». Él le había dejado amplia libertad para acondicionarlas, pero ella le pidió que estuviera presente en las compras.

—Deberá gustarte. ¿Comprendes?

Y se encontró comprando cosas raras que a Viky parecían encantarle y que a él se le antojaban viejas, estropeadas... Así la pequeña arquilla de marino.

—¿Esto te gusta?

—Sí. Yo la arreglaré. Sé cómo se hace. Es preciosa.

Fue una mezcolanza de muebles, confortables unos, inútiles otros. Cuando todo estuvo en su sitio, se extasió.

—Tenías razón, chiquita. Esto es bonito.

A partir de entonces Viky opuso menos reparos a su generosidad. Tenía vestidos, empezó a tener joyas. No le pedía nunca nada, cierto. Pero desde entonces tampoco se opuso a que le regalara.

—Temías por los tuyos, ¿no es así?

No le contestó.

* * *

La hora de cenar se acercaba y tuvo un arranque de protesta. No quería volver a su casa todavía. Le faltaba recordar un poco más; hasta que todo hubiera sido repasado, le era imposible estar con los suyos, escuchar la voz de Rosita: «Bebes demasiado, Baldoro, y ya sabes que te hace daño. Luego no tienes apetito. Montse, di a la chica que ya puede servir».

Montse tenía diecisiete años. Montse dejaría el ganchillo o la novelita para ir a la cocina y dar el recado. Veía su busto estrecho y las caderas que un día serían macizas, como las de su madre, los reflejos oliváceos de su tez.

No, no podría soportarlo. A través de los años le parecía estar oyendo el «pobret» de la tía Ramona, su afán morboso por contar desastres.

Se levantó de la mesita y marcó el número del teléfono de su casa.

—Diga a la señora que no me espere esta noche. Un cliente; sí, muy importante. No. No hace falta que se moleste. Que no me espere. Volveré tarde.

Pasó el camarero, al que pidió unas gambas. Era la primera vez que pedía gambas en «El Barrio» desde el tiempo que lo frecuentaba. Cuando se las sirvieron, exclamó:

—¿Le he pedido gambas? Quería decir jamón.

El camarero inició un gesto para retirarlas, pero él le arrancó el plato de las manos.

—Traiga el jamón, pero deje las gambas.

El muchacho meneó la cabeza. «Cuatro picones —pensó—. Ya no sabe lo que se dice.»

Viky tenía una gracia especial para comer gambas. Él admiraba sus largos dedos cuando destrozaban la cáscara rosada. Veía los dientes adelantarse golosos hacia la blanca carne.

—Me gustan con delirio.

¿Qué podría no gustarle a la muchacha? Le gustaba todo, pasear en coche o a pie...

Le acostumbró al paseo por la ciudad, mirando escaparates o simplemente vagabundeando.

—¿Dónde iremos?

—¿Qué importa? Andaremos un poco.

El primer día no pudo reprimir un conato de defensa.

—Iremos en coche —dijo.

—No. En coche no se ven bien las cosas. Tú no conoces Madrid. Has de andar un poco. Verás cómo te gusta.

Le daba un poquitín de vergüenza; en más de una ocasión los habían tomado por padre e hija. No le agradó.

—Yo quería mucho a mi padre.

—¿No tienes padre?

Viky le señaló unas vinagreras en el escaparate de un anticuario.

Le gustaba ir al cine, y también quedarse sentada junto a la chimenea del pequeño ático, hecha un ovillo. Era dulce y sumisa para el amor. Baldomero no se atrevió a hacer de ella una mujer experta. Todavía le emocionaba. No quería confesárselo, pero tenía miedo al ridículo. Casi rehuía el momento. Sentíase poco a gusto y le dolía pensar que ella se entregaba para

complacerle. Porque no le cabía en la cabeza que Viky pudiera amarle. Era demasiado inteligente para pensar en esa posibilidad. Sabía lo que podía dar y lo que podía recibir. Un día se lo había dicho francamente:

—Te quiero, ¿sabes? Te quiero tanto, soy tan feliz contigo, que no deseo contrariarte en nada. Si tú...

La larga mano se posó sobre su boca.

—No me des explicaciones.

—Algún día amarás un muchacho de tu edad, soltero, te casarás, no lo dudes.

—Tal vez.

—No me enfadaré. Me has hecho un regalo espléndido y no soy como otros.

—Lo sé.

Pensó, de pronto, en que ni una sola vez durante aquellos tres años le fue posible pasar la noche junto a Viky. A las nueve de la noche empezaba a sentirla nerviosa, impaciente.

—Debo volver —decía.

Significaba que era hora de regresar a su casa y entonces, precisamente a esa hora, era cuando él se sentía más a gusto con ella.

—¿No puedes inventar?...

No se tomaba la molestia de contestarle. Sentía sobre él su mirada honda, triste, y no insistía. Tomaba el coche y la dejaba en la esquina de Velázquez. Ella no volvía nunca la cabeza cuando se despedían.

Era mejor, mucho mejor así. No haber dormido nunca en el mismo lecho. Haber guardado cierto límite, sentir siempre ansias de más.

Se hundió en los secretos de las relaciones entre hombre y mujer. Rosita y él habían compartido no sólo el mismo cuarto, sino también el mismo lecho desde que se casaron. Los primeros tiempos resultaba agradable despertarse con una mujer al lado. Luego vino el acostumbrarse a esa mujer y, como tercera etapa, la de las comparaciones. Pasada cierta edad, el hombre o la mujer ganan con la distancia. El hecho de dormir con Rosita, además de incómodo, le parecía absurdo. Nunca había estado enamorado de ella y con los años la veía crudamente. El cabello aplastado bajo la redecilla que se ponía todas las noches, los ojos hinchados, la carne fofa bajo el camisón arrugado. Pese a todas las astucias de Rosita —encajes, seda natural, etcétera—, faltaba lo básico, la juventud. Le importaba un bleto acostarse al lado de su mujer, pero le desagradaba francamente estar a su lado en el momento de levantarse. Se lo diría... Bueno, quería decir que diría:

—Tengo una idea, Rosita. Tú y yo no somos ya dos niños. Me siento un poco cansado y, además, estoy harto de esta habitación. Creo que sería más conveniente tener dos camas. Así, cuando uno está enfermo es más cómodo y no nos estorbaremos. Veré a Fulano de Tal, el decorador. Ya sé que esto va a costarme un ojo de la cara, pero...

De antemano conocía la reacción de Rosita.

—¡Pero si siempre hemos dormido juntos!

—Precisamente. Nos estamos haciendo viejos y... naturalmente, será como tú quieras.

La novedad, el hecho de poder enseñar a las amistades el nuevo cuarto, las reflexiones del caso ablandarían la voluntad de Rosita. La estaba oyendo: «¡Es tan práctico! Así no nos molestamos. Baldoro tiene siempre calor y yo soy una friolera. ¡Precioso! Fulano de Tal es un artista, pero, chica..., ¡qué bandido! ¿Sabes cuánto ha costado? No me atrevo a decirlo. Sí, es magnífica. Al principio lo sentí, créeme. Aquello; ya sabes... Pero ahora. Duermo en el mismo cielo.»

—Mañana mismo le diré que he hecho un buen negocio y que hasta me causará más ilusión... ir a su cama.

Sentíase culpable de todos modos. Rosita había sido una buena esposa. De no haberse casado con ella, lo habría hecho con otra por el estilo y quizá le hubiera resultado peor. Sabía perfectamente que no hubiera esperado hasta ahora y que, aun en tal caso, tal vez se equivocara.

Conocer muchas mujeres no era lo mismo que casarse. Su experiencia del matrimonio era nula cuando conoció a Rosita. Viky le había enseñado a amar. Se daba perfecta cuenta de que el placer encontrado con la muchacha era el refinado placer del hombre que ya lo sabe todo, que reconoce estar enamorado y está dispuesto a dar. Veía bien claro que dar no significaba solamente ser espléndido materialmente, sino dar íntimamente cuanto uno posee para que la felicidad del amado sea la mayor posible. «El que más ama es el más rico; por consiguiente, es el que más debe dar.»

Exactamente. Era tan sencillo como justo. Aquellos tres años le habían procurado, sin duda, mucha más felicidad a él que a Viky. «Es tan joven...»

E incluso podía pensar, sin que le doliera demasiado, que Viky no le había amado. No le importaba. Lo importante era que, gracias a ella, había sabido la importancia de sentirse enamorado. Los viajes a Madrid eran una transfusión de savia, lo único que le hacía olvidar la sombría casa de la calle de Padilla.

«Don Baldomero... Don Baldomero... Don Baldomero...» En Madrid era don Baldomero para todo el mundo: en Barcelona, seguía siendo el señor

Font.

* * *

El día que Viky cumplió los veintiún años, ella propuso:

—Cenaremos juntos.

—Pero si has de estar en casa a las nueve, no sé dónde llevarte.

—Tengo veintiún años. Hoy celebro mi mayoría de edad y... tengo ganas de hacer locuras.

Él, él estaba dispuesto a pasearse por la Gran Vía vestido de payaso.

—¿Qué quieres, dime?

—Cenar con traje de noche. Y luego ir a bailar un rato.

Los trajes de Viky los diseñaba un conocido modisto de la capital. El de aquella noche... No sabía nunca describir los trajes de Viky. De su mujer podía decir siempre: «Lleva un lazo de terciopelo», o bien, «el escote es irregular». «La falda tiene unos pliegues.»

Rosita llevaba siempre unos trajes sumamente ricos, con detalles determinados. Viky tenía un cuerpo joven, muy hermoso y sobre él se modelaban sus trajes. El de la noche de su mayoría de edad dejaba hombros, escote y espalda al descubierto. Y él no podía decir sino que... estaba hermosísima.

El que otros hombres la mirasen, la codiciaran, le agradaba. Entraron en el restaurante cogidos del brazo. También se había acostumbrado a aquellos centímetros de estatura que le distanciaban de ella. Como todos los hombres bajitos, iba siempre muy tieso, y cuando llevaba a Viky del brazo se sentía más hueco que un pavo.

No había visto nunca beber a Viky de aquella manera. Él estaba tan habituado a sus bebidas, que éstas no influían en absoluto sobre sus demostraciones externas. Viky desbordaba euforia.

A la una de la madrugada estaban bailando en el «Toronto». Dentro de las copas de champaña había confetti.

—Me he divertido. Me he divertido «tanto» —le decía Viky melancólicamente—. Quisiera guardar un recuerdo de esta noche. Algo tuyo, querido.

Era la primera vez que le llamaba cariñosamente «querido». Le emocionaba, pero ¿qué recuerdo podría querer Viky?

—Algo «tuyo», querido. Tu corbata, dame tu corbata.

«Está muy bebida —pensó—. He de alejarla de aquí.»

—Dame tu corbata, querido.

—Sí, pequeña. Te la daré en cuanto te deje en casa. Anda, vámonos.

—No —decía ella y decían las copas de más que llevaba dentro del cuerpo—. Quiero que me la des «ahora».

Las afiladas manos de Viky se ensañaron contra el nudo de la corbata, mientras él resistía. En las mesas contiguas la gente reía.

—No me la quieres dar —lloriqueaba Viky—. Anda, dame tu corbata.

Recordaba perfectamente la sensación de agobio que le producía en aquellos momentos la corbata. Se la quitó. ¡Ah! Era como si le hubiesen arrancado la bufanda que le oprimiera la tiroides. En la mesa inmediata hubo un aplauso... y Viky, enternecida, iba recitando.

—La mojaré en el champaña. Corbata y champaña... Dos recuerdos para... cuando sea viejecita, Baldomero. Hemos de ser previsores y tener buenos recuerdos... para cuando seamos viejecitos.

Se reían los dos tan locamente, que el *rimmel* de la muchacha le entró en los ojos y empezó a escocerle. Las mejillas se teñían con gruesos lagrimones negros, que ella secaba con la corbata... sin disimulo y sin dejar de reír. Al fin apareció su cara limpia. Era hermosa. Era joven y hermosa. La corbata reposaba otra vez en el fondo de su copa de champaña.

Secóse los ojos. Se había quedado solo. Los habituales clientes fueron desapareciendo poco a poco para reintegrarse a sus hogares. Otros nuevos aparecerían a la salida de los cines. Entretanto, él estaba solo.

Humedecían sus labios las últimas gotas de una bebida recalentada entre sus manos febriles. Todo había terminado y... ¡no podía odiarla! ¡Tres años! Tres años inmensos en su vida de hombre. Los ojos de Viky, llenos de *rimmel*, le estaban mirando. «Un buen recuerdo para cuando seamos viejecitos, querido.»

Casi se puede decir que esperaba, que estaba preparado para aquello.

—Baldomero, tengo novio. Es un chico que... quiere casarse conmigo. ¿Comprendes?

—Sí, chiquilla. Lo esperaba. Te lo había predicho.

—Pero es que yo, no sé... Su familia es amiga de la mía desde hace años. Es un buen chico. Muy bueno. Creo que debo decirle la verdad.

Él abundó en este sentido.

Claro, debía decirse siempre la verdad. Era un factor básico para cualquier transacción mercantil. Él era un comerciante de antes de la guerra. Sus mercancías se clasificaban en tres categorías: las perfectas, las taradas, los

desechos. Cuando daba garantía de perfección, podía uno cerrar los ojos. La mercancía tarada era vendible si se ponía sobre aviso. Los desechos se podían aprovechar para otras industrias.

—Te sería fácil mentir, reparar el daño externo; pero tú no puedes ser feliz con eso. Te conozco. Cuéntaselo todo a ese muchacho y, si es un hombre, si te quiere, comprenderá.

Estaban en las dos habitaciones que con tanta ilusión habían amueblado. Viky, sentada sobre la alfombra, la cabeza hundida en sus rodillas.

—Tengo miedo.

—Has de ser franca. Mira; creo que no hay nada peor que construir sobre bases falsas. La buena fe es imprescindible en todo caso.

—No te entiendo.

—Quiero decir que aun queriendo hacer las cosas lo mejor posible, uno se equivoca. Eres muy joven, Viky, y tienes derecho a que el que te ame, te ame tal cual eres. Es un afortunado.

—¡Baldomero!

—Sí, chiquilla. Pero él ignora la suerte que tiene. Es joven también, no me cabe la menor duda, y quizá no sepa...

—¿Te hubieras casado conmigo, Baldomero?

—¡Claro que sí! Ahora, con mis años, me casaría contigo; pero no a los veinticinco. No sé explicarte la razón, pero sé que no lo hubiera hecho.

—Porque soy mala.

—No te juzgo. Tengo demasiados años para ser incomprensivo. El tiempo dirá lo que eres. Deja al tiempo. Él vuelve buenos aquellos que realmente son buenos, y hace malos aquellos que no nacieron para buenos.

—No sé si podré verte, Baldomero.

—Será mejor que no. Esto ha sido muy hermoso; pero seríamos demasiados; él, para mí; yo, para él. Sufriríamos todos. Por lo menos nosotros, que somos quienes sabemos la verdad.

¡Oh, la mirada dolorosa de Viky!

—Todo esto...

—Guárdalo. Es mi regalo. Si alguna vez me necesitas, escíbeme al despacho o a la fábrica.

Viky no llegó a escribir. Él estuvo esperando aquella carta meses y meses. Rosita exclamaba ante sus amistades:

—Gracias a Dios, todo se estabiliza. Baldoro ya no tiene que viajar tan a menudo. Los dichosos viajes a Madrid se van espaciando. ¡Pobre Baldoro!

¡Le cansaban tanto!

No era verdad. Aquellos viajes eran toda su razón de ser y al suspenderlos fue cuando advirtió que hacía frío, que estaba cansado, que las piedras en Cataluña eran... de color de piedra. Que su corazón estaba hecho trizas. El único consuelo que le quedaba, era pensar en ello, recordarlo todo. Sabía que era su mejor secreto.

Pidió el abrigo al levantarse de su mesa.

—Buenas noches, señor Font.

—Buenas noches.

IGNACIO OCHOA

MIENTRAS AURORA esperaba su octavo hijo, puede decirse que la piadosa y distinguida dama hizo cuanto estuvo en su mano para que el que iba a venir fuera varón. Tomó nota de cuantos santos están indicados para influir en algo tan importante como pueda ser un determinado sexo; escuchó a las amigas y se atiborró de alimentos que, según decían, eran eficaces para el caso; finalmente, contempló estampas, pinturas y estatuas más o menos paganas.

Pues Aurora temblaba por su octava maternidad. Ochoa necesitaba un hijo, un varón que perpetuara el apellido. Pero estaba de Dios que en aquella casa del Arenal solamente nacieran niñas.

No tuvo nada de extraño, dadas las circunstancias, que cuando anunciaron al notario Ochoa que su mujer acababa de poner en el mundo un varón, exclamara, creyendo no haber entendido bien la nueva que le llegaba por el hilo telefónico que le unía a su hogar:

—¿Un niño? ¿He entendido bien? ¿Un chico?

Pues sí. Perfectamente.

José Ochoa salió de su notaría tan rápidamente como cuando le llamaban a la cabecera de un agonizante. Llegó a su casa y entró en el cuarto, testigo de tantos nacimientos.

Aurora yacía empapada aún de sudor. Solamente ella sabía que aquellos sudores le venían de puro miedo. El varón ansiado llegaba en octavo lugar..., pero había llegado. Sonrió a su marido cuando éste le besó en la frente.

—Esta vez lo he acertado, José.

Durante dos o tres días el teléfono no cesó de sonar.

—¿Qué ha sido?

—Un chico.

—¿Un chico?

José empezaba a estar harto de la insistencia.

—Un chico, sí. No veo que eso tenga nada de extraordinario. ¿Es que en mi casa sólo pueden nacer niñas?

Al chico ansiado, al hijo idolatrado se le cubrió de puntillas el día del bautizo. Aurora no se había repuesto todavía. La emoción la estaba matando. Aquel marido despegado que nunca se había mezclado en asuntos tan acreditadamente maternales como la lactancia, la higiene y el reposo, quería estar al corriente de todo. Sin faltar a la verdad, José Ochoa se sentía padre y madre conjuntamente. Se desesperaba por el hecho de no tener la notaría en el propio hogar y telefoneaba varias veces al día para saber noticias del hijo.

Le pusieron Ignacio, como el abuelo paterno. Ese abuelo había inaugurado la serie de los Ochoa, célebre en Bilbao. José heredó su clientela y su prestigio, cosa que haría también Ignacio el día de mañana.

Por todo lo antedicho estaba temblando Aurora. Hasta entonces creía que el tener hijos era cosa sencilla, natural. Sus embarazos eran buenos; sus partos, poco aparatosos; la crianza, económica. Buena madre, no confiaba en las nodrizas y crió a sus hijas ella misma. Las chicas eran alegres, robustas y le habían dado poco quehacer en lo que cabe. Pero Ignacio...

No debía de tener tan buena mano para los chicos. El día del bautizo la carita de Ignacio estaba sembrada de pupas.

—Ten cuidado con lo que comes —amonestó el padre—. Ya ves cómo está el niño.

El sentimiento de culpabilidad se hizo tan agudo, que se le retiró la leche.

Aquel día lo recordaba Aurora como uno de los más amargos de su vida.

—¿Que no tienes leche?

El médico y las pruebas así lo atestiguaban. Los gritos del pequeño Ignacio eran alaridos de hambre.

—No tengo leche, José.

Y se había echado a llorar sin atreverse a decir: «Lo que tengo es miedo. Cuando le saco a paseo, tengo miedo de que un soplo de viento nos lo mate. Cuando baño al niño, tengo miedo de ahogarlo. Vivo acurrucada dentro de mí... ¡Perdóname!»

Se buscó un ama de cría. Venía de Galicia y su aspecto era prometedor. Ignacio no quiso asir aquellos pechos.

Vino otra. Hubo sus comparaciones, y por aproximación trataron de hallar algo semejante a lo que el niño había succionado hasta entonces. Cuando lo encontraron, Ignacio había perdido casi un kilo de peso. Era un niño flaquito, de piernas débiles y llorón.

Aquella casa, que hasta entonces parecía una alborotada escuela de chicas, se convirtió de pronto en el sagrado recinto del único varón.

—¡Cuidado! El niño duerme.

Y las hermanitas se encerraban en el cuarto de trastos para poder jugar a sus anchas. Eso las pequeñas. Las mayores, por fortuna, iban al colegio y cuando volvían a casa entraban de puntillas en el cuarto del niño, inclinándose silenciosas sobre la cuna, como unos cuantos ángeles de la guarda supletorios.

Dentición, primeros pasos, primera caída, tos ferina y primer colegio. La elección fue cosa del padre. No fue tema discutible. Ignacio fue al mejor colegio religioso de Bilbao. Tenía seis años y nunca había jugado con chicos.

Si la vida hasta entonces había sido para Ignacio una suave caricia, casi inmaterial de puro suave y por la misma razón sin grandes puntos de referencia para sacar de ella conclusiones o recuerdos, su primer día de colegio debía quedársele grabado para siempre.

Los chicos mejor educados daban rienda suelta a su fogosidad en la hora del recreo. Apenas salidos al patio y cuando el Padre hizo la señal de que ya podían jugar, Ignacio se vio envuelto por una banda de demonios que le arrojaban la pelota, le hacían correr, rodar por el suelo... Asustado e implorante, buscó una ayuda, una mano protectora que, agarrando la suya, le sacara de aquel berenjenal. Le soltaron una patada y se echó a llorar.

—¡Llora! Llora como las chicas —oyó decir.

Tragó sus lágrimas. ¿Qué culpa tenía él? Lo peor del caso es que no podría contarle aquello a su madre. A su madre no le diría nada, pues alguna que otra vez, cuando era demasiado majadero, la buena señora, que desde que naciera «el niño» tenía los nervios como una pelota, le había dado algún que otro azote diciéndole:

—Ninguna de tus hermanas fue tan majadera, hijo. Eres más llorón que una niña.

Ignacio se tragó la afrenta, pero desde entonces detestó los recreos en el patio del colegio. Cuando el Padre tocaba la campanilla y decía: «A jugar... muchachos. A divertirse», Ignacio sabía de antemano que aquella voz optimista y animada daría como resultado alguna desolladura o cualquier otro percance físico. Un temblor nervioso agitaba su cuerpecito, fino, delicado.

Hubo de retrasarse un año su Primera Comunión. Precisamente seis días antes del acontecimiento, cogió una pulmonía y la ceremonia quedó en suspenso hasta otro año.

Cuando llegó el día, ¡qué guapo iba Ignacio! Recordaba la fiesta en su casa, la recordaría siempre. ¿No le había dicho Ochoa con voz emocionada y muy del caso: «No olvides, Ignacio, que hoy es el día más feliz de tu vida»? Así debía de ser, puesto que su padre lo aseguraba y la frase estaba impresa al dorso de las estampas que se repartieron como recordatorio. En «el día más feliz de su vida» los Ochoa recibieron a lo mejor de Bilbao. Las dos hermanas mayores tenían novio, acudieron los parientes, los íntimos, los compromisos... los vecinos de aquella casa, que habitaban desde siempre.

Y aquella niña. Una niña pequeña y mal educada, sin duda alguna. Vivía en el piso de arriba y no recordaba haberla visto nunca en casa. Las relaciones con los vecinos se limitan, en general, al rápido saludo en la escalera, la clásica pregunta por la salud, o el comentario sobre el tiempo. Los señores Iturbe no eran amigos ni enemigos de los Ochoa; eran, simplemente, vecinos. Excepcionalmente, el día de la Primera Comunión de Ignacio fueron invitados a la recepción de la tarde. La invitación fue aceptada.

Victoria Iturbe era una mocosa de tres años, Ignacio, que tenía ocho, no tenía por qué fijarse en la chiquilla. Pero la cosa resultó bastante difícil. Llevaba un pastelillo de chocolate en las manos y cada vez que podía arrimarse a Ignacio pretendía secarse los pringosos dedos en el precioso traje blanco del muchacho. Al fin consiguió su propósito.

—¡Sucia! ¡Mira cómo me has puesto!

Y ante el gesto encorajinado de la víctima, Victoria había reaccionado con una mueca. Le sacó la lengua el mismo día de su Primera Comunión, empañando algo de aquella felicidad que parecía nimbar al muchacho.

Se reparó el desastre en el lavabo, mientras la señora de Iturbe tartamudeaba unas frágiles excusas e Iturbe padre exclamaba:

—Viky, ¿por qué lo hiciste?

Imposible saber lo que pasa dentro de una cabeza de tres años.

—Eres muy mala.

El reproche salió casi cariñosamente de la boca de Iturbe. No podía por menos de reírse interiormente.

Los ojos asombrados y cándidos de Victoria no expresaban el menor asomo de arrepentimiento. El padre sacó un pañuelo y uno por uno repasó los dedos de su hija. Luego, el contorno de su boca; por último, y casi escondiéndose, le besó los rizos sedosos.

—Una fea. Sí, señor.

Victoria le sonreía e Iturbe no podía ver sonreír a la pequeña sin que su sonrisa le cosquilleara dentro del corazón.

Pero Ignacio era todavía demasiado joven para darse cuenta del encanto de una sonrisa.

Bachillerato, veranos en Inglaterra y cambio de voz.

Aurora tenía cuatro hijas casadas, era abuela varias veces y seguía pendiente de Ignacio. Era un chico muy alto a sus quince años. Las notas del colegio eran buenas, los estudios seguían su ritmo. Ochoa facilitaba a su hijo cuanto podía, poniendo a su disposición profesores particulares que allanaban las asignaturas recalcitrantes. Aurora compraba lociones de azufre para un acné juvenil que de la noche a la mañana había transformado el rostro de su hijo en un paisaje lunar. También se dio cuenta de otras manifestaciones propias de la difícil edad de Ignacio y decidió hablar con su marido. La pobre estaba terriblemente asustada, pues le faltaba la práctica. Con sus hijas todo había resultado siempre muy sencillo.

José Ochoa, en el transcurso de su paseo desde El Arenal hasta la Ría, habló a Ignacio de cuantos peligros acechan a los jóvenes no virtuosos durante la adolescencia. Puso los puntos sobre las íes nombrando y detallando crudamente ciertas enfermedades... y se dio por satisfecho. A Ignacio se le pusieron los pelos de punta. Empezó a mirar con suspicacia a todas las mujeres, creyendo encontrar en todas ellas taras, estigmas, que podían aun de lejos mancillarle. Hizo partícipe de sus temores y de sus nuevos conocimientos a uno de sus compañeros de estudios, Perico Larraz.

—Los padres suelen preocuparse, a veces, de cosas que nunca suceden.

—No comprendo entonces...

Al regreso de uno de sus viajes encontró a Victoria en la portería. La chiquilla había dado un estirón enorme. ¿Qué edad tendría?

—¡Caramba, Victoria! ¿Cuántos años tienes? Te veo muy crecida.

—Y yo a ti tan memo como siempre.

—¡Mujer!

—Soy una niña. Tengo once años.

¿Once años? Claro, él le llevaba cinco. Lo que no comprendía era por qué Victoria le contestaba siempre con tanta aspereza. A otras chicas les gustaba ser tomadas por mujeres aun cuando no lo fueran todavía. Se lo dijo:

—Son tontas.

Las respuestas de Victoria eran desconcertantes siempre.

—¿Por qué son tontas?

Pero Victoria estaba a caballo sobre la barandilla de la escalera y se disponía a bajarla de un tirón, como lo hacía siempre que su madre no andaba

cerca.

—Son tontas porque sí. ¿Qué más quieres?

Sentía un profundo descorazonamiento. Hubiera querido poner su cabeza sobre el pecho de su madre, llorar y preguntarle: «Mamá, ¿por qué no me quieren las chicas? Yo las veo con mis amigos, con Larraz; ríen, se cuelgan de su brazo, le cuentan cosas. A mí nadie me hace caso... incluso esa mal educada que vive arriba, esa Victoria Iturbe...»

Y sólo acertó a decir:

—Victoria Iturbe está muy mal educada. ¿Verdad, mamá?

—No, hijo. Victoria es una niña normal, como han sido todas tus hermanas. Es igual que su padre.

Las hermanas aún solteras se dirigían a él cuando le necesitaban.

—Anda, Ignacio, acompáñame al cine.

Una vez en la calle, se sinceraban.

—Me dejarás a la entrada, ¿sabes? Voy a reunirme con alguien... un chico. Será mi novio formal en cuanto pueda... Entretanto, salimos como amigos.

Amigos... amigos... Una vez sorprendió a la mayor de las solteras besándose con un chico en el portal. Se quedó mirando, embobado. El muchacho que tenía entre sus brazos a esa hermana tan poco cuidadosa, no le conocía.

—¿Qué haces ahí?

—Yo...

—Eres un chiquillo.

Sentía todavía la quemazón y todo el misterio que encerraban aquellas palabras.

Por la noche no se atrevió a levantar la mirada por temor de ver el rostro de su hermana. Ésta hablaba de un modo desenvuelto. Se la notaba animada y feliz. «Tal vez las chicas sean diferentes», pensó entonces, rememorando el sermón de su padre.

* * *

Dos años después, los Ochoa fueron a casa de la pobre señora Iturbe a darle el pésame. Iturbe había muerto repentinamente.

Aurora se secaba unas lágrimas que parecían no querer agotarse. Le apenaba la muerte de aquel hombre. No sabía explicarse el porqué. Tal vez

por haberle visto el día antes pletórico de vida; tal vez al pensar en lo que sería de aquella indefensa y débil viuda; tal vez al contemplar a la huérfana.

—¡Pobre chiquilla! —exclamó, besando a Victoria. Y ésta reposó su cabeza en los cristales del balcón que daban a la plaza. No había llanto en sus ojos. Pero era como si de la noche a la mañana la hubieran desgajado de la infancia.

Ignacio, durante unos cuantos meses, visitó aquella casa con frecuencia. Su madre le animaba.

—Anda, ve arriba y ayuda un poco a Victoria. Antes...

Sabía que antes el difunto le ayudaba en los deberes escolares.

Ya no se burlaba de él. Se había vuelto silenciosa. Un día incluso le pidió:

—Lláname Viky. ¿Quieres?

—Claro que sí, chiquilla. Te llamaré como tú desees.

—Eres muy bueno, Ignacio.

Todo aclarado, le ayudó a resolver un problema algebraico.

—Si te parece, subiré un momento todas las tardes. Es muy, fácil, ya verás.

De la, cocina llegaba la voz cansina de la señora de Iturbe.

—¿Victoria?

—Adiós, Ignacio.

—Hasta mañana, Viky.

A principios de 1936, la viuda de Iturbe decidió marcharse de Bilbao para vivir en Madrid donde la abuela materna de Viky residía.

Ignacio experimentó el primer dolor de su vida. A los dieciocho años seguía acobardado ante las mujeres y conservaba su famoso acné juvenil. Se daba cuenta de que los sentimientos que le inspiraba su vecina de arriba no tenían nada que ver con el amor que profesaba a su madre o a sus hermanas. Recordando la escena del portal, un día intentó darle un beso. Viky le rechazó brutalmente, como si todas las clases de gramática no pesaran en absoluto en la balanza del agradecimiento; sin acordarse probablemente de que era él, Ignacio, quien le resolvía la casi totalidad de sus problemas algebraicos.

—Si me tocas, te muerdo —dijo, volviendo a su habitual rudeza.

Y como viera la expresión desencantada de Ignacio, estiró la boca en una sonrisa forzada, enseñando una dentadura perfecta y potente.

—Eres una niña —acertó él a responder para vengarse.

—Soy una mujer. Mientras fui niña no sentiste ganas de besarme.

—Mañana no vendré a ayudarte.

—Peor para ti.

Se le iba el único ser a quien había sido útil para algo. El día de la despedida notó que las lágrimas iban a saltársele. Viky y su madre fueron a casa de los Ochoa para despedirse.

Visita forzada, protocolaria. Ignacio deseaba decir adiós a solas y buscó una excusa para atraer a Viky a su habitación.

—Tengo algo para ti. Un libro de matemáticas que ya no me sirve. Te ayudará.

Aurora Ochoa disimuló una sonrisa. Era la primera vez que oía decir algo sensato a su hijo aunque lo de las matemáticas no fuera cierto.

Le tenía comprado un frasco de perfume. ¡Oh, Dios! Ignacio recordaría aquella compra durante años seguidos.

La perfumería más elegante de Bilbao y el perfume francés más costoso. Nombres alucinantes para el muchacho como: *Nuit d'Amour*. *Caresses au Printemps*. *Soir de Folie*.

—¿Rubia o morena? —inquirió la dependienta.

Por poco contesta: «Es para una chica de trece años».

No lo hizo. Adoptó un aire displicente, algo hastiado, y contestó:

—Morena. Muy morena y muy alta. Ya me comprende... muy mujer.

Se encontró en posesión de un frasquito cuyo solo nombre le estremecía. *Baiser Ardent*, según la dependienta, era justo el perfume ideal para la mujer descrita por Ignacio. Escondió su adquisición bajo la pila de sus camisas — Aurora Ochoa lo descubrió por casualidad y suspiró aliviada—, decidido a dárselo a Viky antes de su marcha. Pero había sucedido lo del beso frustrado y la riña entre ambos. El frasco de perfume estaba allí todavía.

—Dame el libro —exclamó Viky.

—No. Tengo algo mejor para ti. Te he comprado un perfume.

Y depositó su regalo entre las manos de la muchacha.

—¡Ignacio!...

No dijo más y se echó en sus brazos. Luego, al cabo de un rato, se separó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y buscaba un pañuelo. No tenía. Ignacio le prestó el suyo, con el cual se sonó muy cuidadosamente. Y le dijo:

—Gracias por el perfume.

Cruzaron unas cuantas cartas. Las de Ignacio, respetuosamente amorosas; las de Viky, llenas de faltas de ortografía. Tantas faltas que se creyó en el deber de llamarle al orden, con lo cual obtuvo como respuesta: «No seas

cargante, hombre. En el colegio me enseñaron que los puntos y las comas sirven para respirar. ¿Qué culpa tengo si respiro mal o a destiempo?»

En julio de 1936 perdió todo contacto con ella.

Acababa de cumplir los diecinueve años y España estaba en guerra. Conversaciones apasionadas en el café donde se reunían los estudiantes. Se encontraban todos en vísperas de movilización. Ignacio sentía que la garganta se le agarrotaba ante la incógnita del futuro. No obstante, le desagradaba la posición conservadora de su padre. No porque él fuera precisamente arrojado, pero los comentarios de sus amigos no le dejaban la menor duda sobre lo que se pensaría de aquellos que, entre el elemento estudiantil, empezaban a llamarse «lejonarios». Cuando le llegara el turno, se marcharía... tal vez... No quería ni confesárselo. Tal vez ese turno no llegase nunca. Tal vez la guerra fuera sólo cosa de semanas.

Se equivocó y se encontró, como todos los de su quinta, en el berenjenal. Noches frías a la intemperie. Regresos con permiso y la vergüenza de confesar la dulzura de un lecho mullido y de una cocina cuidada. Tenía suerte. Siempre parecía caer en el sector más apacible. Conversaciones alrededor de los fuegos. De mujeres, claro está. Los hombres hablaban siempre de mujeres en cuanto estaban lejos de ellas. Conversaciones voluntariamente crudas y truculentas en bocas de mozos inexpertos.

Ignacio hubiera deseado taparse los oídos. Para él, mujer era solamente aquella niña de trece años. Y esa niña no podía, no debía estar constituida como las hembras descritas por sus camaradas. Se levantaba con la excusa de ir a buscar más leña para el fuego.

Durante una de esas charlas, tontamente, de la manera menos gloriosa, había estallado aquella granada, olvidada entre la maleza por Dios sabe qué desgraciado. Encima de ella precisamente, habían colocado los leños. Tres de los camaradas quedaron gravemente lesionados. Él creyó por un momento que el fuego ardía dentro de sus pupilas. La llama prendió en su corto cabello, chamuscándole las pestañas y las cejas, dejándole casi pelón. Luego, cuando pudo localizar el dolor, se dio cuenta de que tenía el hombro vendado y que la visión ya era clara, casi normal.

—Ha tenido mucha suerte. Hubiera podido quedarse ciego.

Regresó a casa con el hombro casi curado, con los pelos crespos y la rara expresión de los que carecen de cejas y pestañas.

Tres meses más tarde no se le notaba nada y la guerra había terminado.

* * *

En 1940, fue a Madrid para aprobar unas cuantas asignaturas que tenía colgadas. Sentía el deseo hervir dentro de su cuerpo ante la posibilidad de ver a la amiga de infancia. A las dos horas de haber llegado a la capital, estaba en la calle de Hermosilla.

No, Viky no estaba. Sus ojos se perdieron interpretando cuanto le rodeaba. La pálida cara de la viuda Iturbe. La otra mujer... Se acordaba también de la abuela. La atmósfera de la casa, que nada tenía en común con la que los Iturbe ocuparan en Bilbao. La casa de la calle de Hermosilla era un hogar muerto e Ignacio empezó a sentirse incómodo entre las dos mujeres que le rogaban esperara un momento, pues Viky no podía tardar.

—Ha ido al mercado. Estará de vuelta en seguida.

Un timbrazo al fin. Pasos en el vestíbulo. Viky.

Viky se aproximaba lentamente, con el capacho de compras colgándole en la mano. Viky había crecido un poco más de la cuenta o tal vez estaba demasiado delgada. Viky, sin alegría, sin color en las mejillas, sin entusiasmo.

—¡Hola, Ignacio!

«¡Hola!» como si fuera ayer cuando se separaron. Tres años y pico reanudados con un «¡hola!» ¡Oh, labios de Viky sin risa y voz sin emoción!

—¡Viky!

Quería él poner, suplir lo que faltaba. No le salía. Sus ojos se prendían en los objetos muertos que le rodeaban y hubiera querido gritar: «Viky, ¿qué te ha pasado? ¿Qué has hecho de tu antigua impertinencia? Vámonos de aquí, Viky; esto huele a miseria, a tristeza».

—Te quedarás a comer —dijo la viuda.

—Tengo un compromiso —respondió Ignacio, enrojeciendo por la mentira.

—Claro, mamá. Tiene, seguramente, muchos compromisos. Debe de estar muy ocupado.

—Vendré esta tarde a buscarte. Iremos al cine o a paseo. ¿Quieres?

Antes de despedirse, volvió a fijarse en la abuela. No había despegado los labios. Miraba a través de los cristales del balcón, aunque fuera imposible determinar lo que estaba mirando.

Fueron andando hasta el Retiro. Le daba un poco de vergüenza salir de paseo con aquella muchacha delgaducha y mal trajeada. Sentíase defraudado. Después de aguardar años y años el momento, entonces, cuando era una realidad, encontraba todo absurdo y triste. Con razón decía su padre: «Hijo,

busca para esposa una mujer de tu mismo brazo. Hazte valer, pues eres un buen partido».

Soñó demasiado y los sueños habían ido más allá de la realidad. Todo era absolutamente lógico. Él, Ignacio, después de una guerra, después de aquellos años de transformación, no podía ser el mismo hombre de antes. Sin duda alguna, a Viky le sucedía lo mismo. Hay deliciosas chiquillas que se convierten rápidamente en mujeres apagadas, ñoñas. Volvió hacia atrás en sus recuerdos evocando la maravillosa impresión del primer beso. Quería explicárselo, decirle: «Viky, te he dedicado todos estos años. No he conocido mujer, ¿me entiendes? He sufrido por ti, he sido mil veces vejado, pero me compensaba tu recuerdo y el recuerdo de mi primera sensación. Dime que nada ha cambiado... No sé si te quiero, Viky, pero lo he creído».

Se sentaron en uno de los bancos.

—Cuéntame cosas, Viky.

—Eso, tú. Yo... ya ves.

Los ojos de la muchacha habían rehuido los suyos. Le pareció a Ignacio que estaban llenos de lágrimas; pero, no. Viky no lloraba. Se lo agradeció. Pasó su brazo alrededor de los escuálidos hombros.

—Me faltan unas asignaturas para terminar la carrera. Vendré a Madrid con frecuencia. Esta guerra —carraspeó—, esta guerra nos ha destrozado; pero... ya verás. Todo se arreglará.

—Ya.

Se sintió bruto, cobarde. Por pura cortesía preguntó:

—¿Me quieres?

Encontró una mirada dura, cargada de rencor. Le desagradó el gesto de la boca.

—¿Y tú? ¿Me quieres todavía?

Con falsa alegría se oyó responder:

—Claro que sí, mujer. Nos escribiremos como antes y vendré a verte a menudo.

Viky apoyó la cabeza en su hombro. Le impresionó la expresión, poco usual en ella, de abandono. Permanecieron callados, alejados por pensamientos que nada tenían de afines. Cada cual pensaba en lo suyo. Los que desfilaban ante ellos, también pensarían: «Siempre lo mismo».

Ignacio deseaba estar de regreso en Bilbao. Viky... no sabía lo que deseaba.

* * *

Durante aquel año salió bastante con Begoña. Ochoa estaba muy contento de la nueva amistad de su hijo. Begoña pertenecía a las más altas esferas de Bilbao y, por lo tanto, el asunto convenía perfectamente a las dos familias.

Aurora fue la primera en darse cuenta de que la correspondencia con Madrid se estaba espaciando.

—¿No escribes a Victoria?

—No sé qué decirte. Parece como si no les fueran muy bien las cosas. En Madrid, ya sabes, estos años de guerra han sido muy duros.

—Me gustaría verla. Ahora que tus hermanas se han casado, podríamos invitarla a pasar unos días en casa.

—Espera.

—¿Qué piensas hacer?

—He pedido relaciones a Begoña. Mañana me dará su respuesta.

Begoña dijo que no.

Cuando sus padres le pidieron explicaciones, se limitó a repetir:

—No quiero ser su mujer. No me gusta lo suficiente.

No podía decir a sus padres: «Es un pasmado. Cuando besa, parece que esté besando al demonio. Se atraganta, se pone colorado, le sudan las manos y pide perdón. Es horrible. Una acaba por creer que el amor es una solemne porquería por la cual se ha de pasar para llegar a... Dios sabe qué fin. No. El hombre ha de ser atrevido. Sí, no me miréis con esa cara; soy una chica decente, pero lo que digo es cierto. Cuando un hombre es torpe, cuando es tímido, cuando no sabe cargar con la responsabilidad de sus deseos, las caricias se convierten en ademanes ridículos. Ignacio Ochoa debe de creer que el amor es algo vergonzoso».

Volvió a Madrid a fines de 1941. Recordaba con escalofríos la primera visita a la calle de Hermosilla y le achacó su desamor hacia Viky. Le envió una carta, citándola en el vestíbulo del hotel donde se alojaba. Viky acudió a la cita.

—¡Viky! ¡Querida! ¡Qué hermosa estás!

Sonrió la muchacha y la sonrisa le pareció falsa, un poco teatral. «Ya no es ninguna niña. Es toda una mujer.»

Sí, las cosas parecían haber cambiado. Viky iba sobria, pero muy elegantemente vestida. Salieron a dar una vuelta y notó que la gente los miraba, le miraban a él, con envidia.

—¡Qué cambiada estás! No puedes ir por la calle sola. Dime, ¿tienes novio?

—No.

—Mi madre me pregunta mucho por ti, ¿sabes? Quiere que vayas a pasar una temporada con nosotros. ¿Te gustaría volver a Bilbao?

—Muchísimo.

—Magnífico. Se lo diré a mi madre. Está rabiando por verte.

—No le digas nada. No puedo ir por ahora.

—¿Por qué?

Viky le miró muy descaradamente; luego, volviendo al lenguaje de su infancia, dijo:

—Porque no quiero ir a tu casa. Eso es todo.

Se sintió culpable. Creyó que alguien le había contado... La última visita a Madrid había sido desastrosa.

—Te aseguro, Viky, que no estuve enamorado de aquella muchacha. A mi padre le hacía gracia y tú... ¡estabas tan lejos! Te quiero, créeme.

Nunca sabía por dónde iba a descolgarse aquella extraña muchacha.

—¿Me quieres? ¿Ahora? ¿Por qué no me quisiste hace un año?

—¡Qué sé yo! Te he querido siempre. Fue la emoción. Habías cambiado mucho. Imagínate lo que puede cambiar una chiquilla entre los trece y los diecisiete años.

—Más cambia una mujer entre los diecisiete y los dieciocho.

—Sí, tienes razón. Te comprendo perfectamente.

Viky se reía. Se reía tanto, que todos cuantos cruzaban se volvían. Seguramente pensando: «¡Cómo se divierten, Dios mío!»

Ignacio deseaba no escuchar aquella risa.

Viky se calló al fin.

La vio a menudo como había prometido. ¡Cielos, qué hermosa era! Hermosa e inteligente. «Igual que su padre», decía Aurora siempre que se hablaba de ella. Hasta el mismo Ochoa llegó a molestarse. «¡Vamos, no sé qué es lo que tenía Iturbe!» «Yo tampoco —respondía Aurora, que había recobrado por completo su antigua ecuanimidad—. Pero tenía algo, te lo aseguro.» Ochoa le lanzó una mirada por encima del periódico, una mirada que podía traducirse por: «Madre de ocho hijos, abuela varias veces... y diciendo tonterías. Las mujeres...» Pero Aurora bordaba un pañito mientras sus labios conservaban todavía la forma de la sonrisa.

La vio varias veces durante los años que siguieron. Acabó sus estudios de abogado y empezaba a tener un nombre en Bilbao. No era demasiado difícil. Los Ochoa eran una familia numerosa, las chicas se habían casado bien y las industrias reemprendían su ritmo. Se solicitaba a Ignacio por muy distintas

razones, pero el hecho era éste: se le solicitaba. Creyó oportuno hablar con su madre en vísperas de su viaje a Madrid.

—Veré a Victoria. Me gustaría convencerla de que aceptara tu invitación.

—¿Deseas casarte con ella?

—Sí.

Aurora se quedó contemplando al último de sus hijos. Muchas veces había pensado: «¡Qué inmenso error ha sido toda tu vida! Ha acatado ciegamente las teorías de su padre sin pensar en el posible fallo de todo lo teórico. José me ha sido infiel. Sus infidelidades me hicieron sufrir hasta que tuve años suficientes para comprender que la infidelidad del hombre es algo congénito. El temor de no ser bastante hombre... Este chiquillo ha pagado todos los errores de su padre. Lo malo es que también él se equivocará. Caerá en manos de la primera golfa que le salga al paso, o bien se casará con alguna tan inflada, tan inexperta como él, y serán dos desdichados más en el mundo del matrimonio».

—Creo que Victoria sería una gran mujer para ti —dijo.

—¿Qué pensará papá? No creo que Viky sea precisamente un buen partido.

Aurora se encogió de hombros. Los años habían afianzado su personalidad y las pequeñas cosas le parecían pequeñas.

—¿La quieres?

Ignacio deseaba decirle: «Me siento seguro con ella. Era una niña cuando todas las demás que recuerdo eran mujeres, mujeres que no me querían. Viky me quería porque era una niña. Y ahora sigo sintiendo por ella ese algo que desconozco, que no sé decir con palabras. Presiento que con ella todo será fácil...»

Pero dijo sencillamente:

—Sí, la quiero. Creo que la he querido siempre.

—Buena suerte, hijo. Si te casas con Victoria, tendré la impresión de haber podido hacer algo por ti.

—¡Mamá!

—Sé lo que digo. Y tú lo sabrás un día. No es necesario que hables con tu padre; creo que ya eres bastante mayor para saber lo que te conviene.

Fueron al cine. Tenía entre sus manos las manos de Viky y su aroma le penetraba por todos los poros del cuerpo. El contacto de aquellas manos le electrizaba de tal modo que le hacía temblar de angustia. Tuvo la sensación de que no podía soportarlo, que iba a arrodillarse ante ella y decir: «Viky, vámonos de aquí. Vamos adonde quieras».

Cerró los ojos, pues veía turbias y deformadas las imágenes que desfilaban por la pantalla.

—¿Qué tienes? —preguntó Viky.

—Te quiero.

—Bueno. Eso no basta para que pongas esa cara. Creía que estabas malo.

Gritó en voz alta, sin darse cuenta de que pudieran oírle:

—¡Has de casarte conmigo, Viky!

Sonaron unas carcajadas y otras voces reclamaron silencio.

Viky susurró muy bajito:

—Saldremos dentro de un momento. Me parece que has perdido el juicio.

—Has de casarte conmigo, Viky. Has de hacerlo.

Iban a pie paseando hacia su casa, confundidos entre el gentío de la tarde.

—No puedo contestarte ahora —dijo ella—. Eres, has sido siempre muy bueno conmigo, Ignacio; pero no tengo derecho a...

—He hablado con mi madre. Ella sería feliz con nuestra boda.

—Lo sé. Tu madre es una mujer muy buena.

—¿Entonces?

—Por esa misma razón deja que consulte conmigo misma. No quisiera que algún día pudieras reprocharme nada. Mi situación y la tuya ¡son tan diferentes!

Quedaron en que decidirían antes de un mes. Podían casarse inmediatamente. Ignacio contaba con la ayuda de su padre y con su propia clientela. Todo sería fácil.

Al llegar a la esquina de Velázquez, quiso besarla.

—No. Todavía no.

—Pero si somos novios...

Ella se había separado un poco bruscamente, repitiendo:

—Todavía no...

Los días que le separaban de Viky le parecían anormalmente largos. Adelgazaba a ojos vistas y había consultado con un amigo médico.

—Sólo puedo decirte una cosa —repuso éste—. Estás lo que se llama enamorado. En tu caso sólo veo una solución: cástate lo antes posible.

No dormía. Empezó a fumar por la noche, en la cama, cosa que jamás había hecho. Se levantaba aturdido, sin apetito. Perdía la noción de cuanto le rodeaba. Su padre le llamaba la atención.

—Contesta al menos cuando te pregunto algo. Estás distraído.

Otro día.

Arrancaba las hojas del calendario, pellizcando el grosor de las que faltaban para el próximo encuentro. Otra y otra hoja iban cayendo a la papelería... Una semana antes fue a la joyería y compró una pulsera de brillantes.

Recordaba la compra del perfume y la recompensa recibida. Recordaba las manos de Viky, en el cine.

El contacto de la joya pareció sosegarle un poco. No se atrevió a enseñársela a su padre, pero no pudo contener su entusiasmo ante Aurora.

Aurora contempló la pulsera. Le parecía casi imposible que su hijo hubiera podido escoger él solo aquella joya.

—Es muy hermosa. Cualquier mujer estaría muy contenta de poseerla.

* * *

Pero no se la había dado. Volvió de Madrid con la joya en el bolsillo y clavadas en el alma las palabras de Viky: «He tenido un amante».

Creyó no haber comprendido bien, que la muchacha exageraba, que en su inocencia daba el nombre de amante al hombre que había amado antes que a él, que tal vez la hubiera besado.

—He tenido un amante.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—He tenido un amante.

¡No podía ser! Toda su vida había sido una larga penitencia, un eterno recuerdo del paseo con su padre. Un hombre y una mujer no podían, no debían entregarse el uno al otro fuera del matrimonio. Existían la religión, las leyes morales y sociales, los peligros, las enfermedades. ¿Qué había podido hacer Viky con el otro? El pensamiento le enloquecía. Era como si le hubieran desgarrado un velo muy íntimo de su alma y, sin embargo, le hubiera gustado preguntar: «Dime: ¿qué hacías con ese hombre? ¿Cómo te entregabas? ¿Por dónde se empieza? ¿Cómo te lo pidió, Viky?»

—Explícate —pudo al fin murmurar—. Es horrible, asqueroso lo que estás diciendo, pero tendrías un motivo para llegar hasta allí. ¿Te engañó, tal vez? ¿Te forzó?

Un largo silencio y la voz triste de la muchacha.

—No, Ignacio. No.

No había lágrimas en sus ojos, pero le temblaban las manos y su voz estaba alterada cuando volvió a hablar.

Ignacio recordaría toda la vida sus palabras. No comprendía demasiado bien las oscuras razones de la muchacha. ¡No sabía! Su vida se había deslizado muellemente en un ambiente donde nada faltaba y donde todo había sido fácil. No conocía nada de las mujeres, y cuanto le contaba Viky le parecía monstruosamente absurdo y desproporcionado. ¿Puede realmente una mujer llegar a ciertos extremos a través de mil vejaciones o deseando sacudirse la tristeza que lleva encima? Los detalles que pedía a la muchacha parecían no tener para ella la misma importancia que él les concedía. Viky explicaba sus razones. Quería hacerle comprender la tragedia que encierra para una mujer llevar los trajes desechados por otras, ver que los que hasta cierta edad han sido amigos parecen rehuir aquella amistad solamente por unas miserables prendas más o menos elegantes. ¿Olvidaba él, Ignacio, que por esa razón había negado a su amiga; que había sentido el peso abrumador de la vieja y sórdida casa; que la primera vez que salieron juntos, después de unos años de separación, se sentía vejado al lado de aquella chica delgaducha y mal vestida? Quizá sí; se olvidaba expresamente de todo, para no recordar más que las palabras hirientes: «He tenido un amante».

Durante varios días luchó contra la obsesionante idea. Pidió una tregua, tiempo suficiente para meditar y decidirse, pero no lograba desprenderse de la tremenda palabra: AMANTE. Estaba enfermo. Le hubiera gustado hablar con su padre de todo lo sucedido; hablar con su madre. No se atrevía. Pensó de pronto que las relaciones entre sus padres y él habían sido voluntariamente muy escasas. No era lo mismo con sus hermanas. Sus hermanas pasaban tardes enteras con Aurora, y entre madre e hijas, evidentemente, existía una amistad muy profunda. Él era diferente. Era justo que Aurora hubiera confiado su educación a aquel padre todopoderoso que desde el día de su nacimiento había regido los menores detalles de su vida. Ahora podía darse cuenta de que Ochoa sólo había velado por los detalles. Le había procurado amas, colegios, médicos, viajes, carrera y dinero... No había sido su amigo. Le había dejado en el más completo abandono en este sentido. En esta faceta del vivir, Ignacio había sido un huérfano, más pobre que un mendigo. Igual que si no hubiera tenido pensamientos, sentidos, sentimientos. Ochoa no le había dado nada e Ignacio se encontraba ahora incapaz de confiarle nada.

Aurora, que esperaba la respuesta, se inquietó de aquel silencio.

—Cuéntame, Ignacio.

—No puedo. Me sucede algo horroroso.

—Habla con tu padre.

—No me comprendería. No me ha comprendido nunca.

—Con tu confesor.

—No es una confesión lo que he de hacer. Necesito hablar... que me hablen... Yo no sé de estas cosas. Estoy enfermo, madre.

* * *

«He tenido un amante.» Salía de casa, y en la calle le perseguía el acento de Viky. Entraba en cualquier establecimiento, y en medio del barullo creía estar escuchando la voz de la muchacha; veía su imagen mezclada con la del otro hombre. Buscaba compañía, y entre sus amigos se encontraba más solo que nunca, alejado de ellos por el fijo y obsesionante pensamiento. Regresaba a su casa, se encerraba en su cuarto, tomaba un libro y leía página tras página sin enterarse del contenido. Apagaba las luces y, en pleno silencio, se repetía las palabras dañinas hasta gritarlas como un loco, para ver si de este modo perdían fuerza y significado.

Ignacio no podía confiarse a nadie. Tan difícil le era comprender las razones de Viky como comprenderse a sí mismo. Le parecía absurdo sufrir de aquella manera por alguien a quien su conciencia reprobaba. No debía sufrir. No debía amarla desde el momento que ella no era como él la había querido. Sin embargo, sufría, pensaba en ella como nunca quizás había pensado. La deseaba no con vagos pensamientos, sino con todas las fibras, con todos los nervios de su cuerpo... Y de ello se avergonzaba y huía, perseguido siempre por las alucinantes palabras.

—Vamos, chico. ¿Qué hay de nuevo?

Tuvo ganas de no contestar, de sacudir la mano que amistosamente se había posado sobre su brazo. No tenía costumbre de beber y las copas que había ingerido aquella noche le habían mareado.

—¡Hola, Tejera!

Y como se sentía un poco borracho, repitió ceremoniosamente:

—Buenas noches, doctor Tejera.

Era el médico de la casa, pero Ignacio no había mantenido con él más conversaciones que las profesionales o del caso. «Un amigo de papá»; por consiguiente, alguien incapacitado para hacerse cargo de sus problemas.

La mano de Alberto Tejera persistía en su brazo. El establecimiento se llenaba con todos aquellos que antes de irse a acostar iban a tomar el café o la copa, solos o en grupos de amigos.

—¿Esperas a alguien?

¡Santo Dios, no! No esperaba a nadie y además deseaba que le dejaran tranquilo. Aquel hombre parecía dispuesto a quedarse a su lado en la barra y alejarle de sus pensamientos.

—Estoy solo. Si no le importa, doctor; prefiero estar solo.

Entonces Tejera le agarró del brazo conduciéndole hacia una de las mesas del fondo.

—Aquí estaremos solos, Ignacio.

Supo que había llegado el momento en que, fuera quien fuera, debían escucharle, oírle. Era necesario contar «aquello» a alguien, y estando bebido todo se allanaba, todo resultaba mucho más fácil.

El nombre de ella pendiente de sus labios.

—Victoria Iturbe. ¿Se acuerda de ella? Victoria...

No atendía a las respuestas de Tejera. Hablaba como si lo hiciera solo. Victoria, ligada a sus años infantiles, a sus primeras reacciones de adolescente...

—¿Recuerda cuando...?

¿Y él? Ignacio también tenía que explicar muchas cosas de sí mismo, pues, sin su relato, el otro, lo otro, quedaría incompleto e incomprensible.

—Victoria, entonces...

De vez en cuando Ignacio interrumpía el alud de palabras para traer a la memoria la imagen física de Viky. Como si todo aquello fuese absolutamente imposible y necesitara fijarlo en una imagen precisa.

—¿Se acuerda de ella, doctor? ¿La recuerda?

—Muy vagamente. Era una niña cuando...

—Es difícil admitir que Victoria haya crecido, vuelto mujer, haya tenido tropiezos en la vida. ¿Quién iba a suponer tal cosa?

Establecía en su relato un paralelismo entre su vida y la de la muchacha. Se acusaba a sí mismo por no haber sabido suponer a tiempo, intuir. Comprendía su parte de culpabilidad en todo lo ocurrido..., pero no podía olvidar.

—¿No estarás dando demasiada importancia a todo eso?

Poco a poco, con el ardor de la conversación, se iba despejando. Ignacio sonrió con amargura. Le costó algún trabajo, pero al fin confió:

—Tal vez. Es siempre preferible ignorar. Si Victoria hubiese callado, creo (y me aborrezco de tal cosa) que hubiera sido un gran bien para los dos. Puedo perdonarla, a veces me siento tan culpable como ella; pero olvidar, desechar la imagen que tantas veces he tenido ante mis ojos... no puedo.

—Déjala entonces.

Gimió al contestar:

—Me costará mucho dejarla. Es una parte de mí mismo que muere con Victoria. Sí, ya sé —continuó atajando un gesto de Tejera—, ya sé que quizá dentro de unos años todo cuanto me hiere y me duele ahora, me parecerá absurdamente pequeño. Pero ese pensamiento no me alivia en absoluto. He de pasar por el presente y hoy... sufro como un condenado y nadie, nadie puede comprenderme.

Aplastó nerviosamente el cigarrillo contra el fondo del cenicero y se quedó contemplando fijamente a Tejera. ¿Por qué le había hablado? La borrachera se iba disipando y sentía vergüenza de sí mismo. Se había confiado a un desconocido. Tal vez aquel hombre hiciera mal uso de su confidencia. Los antiguos temores volvían a él y se sintió cohibido igual que cuando niño le hacían desnudar ante el doctor. Balbució:

—Lo siento, doctor. Me ha faltado valor para guardar todo esto para mí solo. Lamento haber hablado... porque no entraba en mis cálculos, aunque también creo que de no haberlo hecho... Bueno... trataré de olvidar. De olvidarla. ¿Se olvidan estas cosas, doctor?

Tejera terminaba la bebida. Sin darse prisa, contestó:

—Se olvidan enteramente, muchacho.

Ignacio se puso en pie. Sentíase aliviado, pero también molesto por aquel corto espacio de confianza. ¿A santo de qué se había volcado en aquella persona? No lo comprendía y achacó su momentáneo desfallecimiento a las copas tomadas. Pero sin duda alguna estaba más sosegado. Un día, ¿quién sabe?, olvidaría... Preguntó:

—¿Le acompaño hasta su casa, doctor?

Tejera no lo deseaba.

—Gracias. Me quedará un rato todavía. Espero a un amigo.

Aceptó la excusa agradecido. Se estrecharon las manos.

Cuando salió del establecimiento, chispeaba. Finas gotas de agua salpicaron su rostro. Un halo de humedad circundaba las luces callejeras, y lo poco que se distinguía de la calle era brillante, acharolado. Eran cerca de las doce de la noche. Deseó llegar hasta la Ría.

El agua corría negra perdiéndose en la oscuridad de la noche. Ignacio se inclinó hacia ella. Sin la más leve premeditación se sintió en aquel instante atraído por la profundidad del agua. Un paso en el vacío, nada más que un paso, y entregarse. No gritar, no debatirse. Nadie le veía y el agua le llamaba con murmullos fascinantes. El agua, negra y honda, le atraía en aquel instante

con una fuerza irresistible. Tenía varias razones para ello y la primera era aquel súbito vacío que experimentaba con la pérdida definitiva de Victoria. ¿Por qué definitiva? Dependía de él. Podía escribirle. Perdonarla. Pero sabía perfectamente que no podría nunca olvidar, que a través de los años el recuerdo le lastimaría siempre...

Allí, bajo sus ojos, el agua negra y honda continuaba muda, expectante. Un paso. Temía dar aquel paso, y la voz de sus camaradas del frente pareció interponerse entre él y el agua. «Los suicidas son cobardes.» «Siempre se está a tiempo para morir.» «Vivir, la gran aventura es vivir.» Frases dichas en momentos de peligro, cuando la vida era algo precioso que debía conservarse a cualquier precio, aunque sólo fuera por llevar la contraria a las circunstancias. Temblaba con un poco de miedo. La muerte también era, en verdad, una gran aventura, pues ante su proximidad se sentía de nuevo, algo mareado, igual que en los últimos tiempos, en que bebía con exceso. Cerró los ojos. Tal vez fuera la negrura del agua lo que le inspiraba miedo. Las gotitas de lluvia seguían picoteando su piel. Un paso nada más. Un paso y caería blandamente como aquella piedra que había dejado caer cuando niño. Un hoyo en el agua y... Avanzó un pie.

Lo retiró inmediatamente. Retiró su vista del agua. Volvió la espalda a la Ría y su cuerpo se inundó de sudor. ¿Qué disparate iba a hacer?

Las calles que daban a la Ría se le antojaron otros tantos caminos donde encontraría la salvación.

ANDRÉS LEZAMA

EL COCHE TENÍA VIDA PROPIA. Era mucho mejor creer que el coche se autodirigía, porque él era incapaz de pensar, de gobernar sus propios movimientos. Las manos actuaban independientes de su cerebro —parecía al menos que actuaban independientemente—. Frenaba, se detenía, aceleraba, adelantaba a otros vehículos, o bien se dejaba adelantar por ellos. Cuando algún peatón surgía de improviso, lo maldecía *in mente* por obligarle a pensar que, a más de él, otros seres en el mundo, iban, venían, sufrían y evidentemente existían. Sentíase solo, ajeno al impertinente prójimo que le impedía avanzar. Deseaba hallarse fuera de Madrid, en plena carretera, lanzar su coche en las rectas de Canillejas, de Alcalá de Henares... Aquello era «su» modo personal de huir. Estaba haciendo lo mismo que Julia, pero no pensaba en Julia todavía. Pensaba en Viky. Acababa de despedirse de ella. Tenía sus manos impregnadas del perfume de ella. Y la voz de Viky... («Adiós, Andrés») le sonaba aún en los oídos... («¿Y si no volviera, Andrés?»)

Tuvo un deslumbramiento. Los faros de un camión que acortó las luces al acercarse. Sabía perfectamente que podía regresar, volver hacia ella, decirle: «¡Quédate!» Se quedaría. Estaba tan seguro de ello, que inconscientemente apoyó el pie sobre el acelerador. («Otros se han matado por hacer estas tonterías.») ¿Qué título le darían una vez muerto? *Andrés Lezama. Arquitecto.* Su boca se torció. *Andrés Lezama. Modisto.* El *cómo* y el *porqué* le parecían tan estúpidos como el *para qué*. Tres incógnitas difíciles de resolver. Tres incógnitas para él. Para otros, las mismas preguntas no eran incógnitas. Eran lo que no se pensaba, lo desconocido, lo descuidado. Y él habría de continuar interrogándose, preguntándose cómo habiendo estudiado la carrera de arquitecto se había convertido en el más genial modisto de Madrid; cómo siendo hijo de Santander, prefería el Mediterráneo; cómo habiendo amado a Hazel, se había casado con Julia; cómo habiendo encontrado a Viky, se obstinaba en perderla... ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

Y el *porqué* le planteaba las mismas dudas. Tal vez había sido el fallo de su vida. No sabía nunca la realidad de un *porqué*. Necesitaba perderlo todo para darse cuenta de su significado. Así supo el *porqué* de Hazel, precisamente cuando tomó a Julia. Y el *porqué* de Julia apenas lo intuía. Era demasiado reciente. Lo intuía a través de Viky. Y Viky estaba tan presente en él, tan materializada, que le era imposible saber el *porqué* de Viky. Viky pertenecía todavía al *cómo*.

Desmenuzaba el *cómo* de Viky y lo dividía en tres partes. Incluso la tercera tenía una pequeña subdivisión. La veía ahora con los ojos que la habían contemplado la primera vez.

Viky pertenecía a su última etapa. De haber sido arquitecto nunca la hubiera conocido. Es decir, probablemente no la hubiera conocido. Entonces no se llamaba Viky. Se llamaba, él la llamaba señorita Iturbe. Con ese nombre había entrado por vez primera en sus salones de Recoletos y él le había diseñado sus primeros trajes de mujer. Una mujer entre tantísimas mujeres como le rodeaban. Y no podía decirle: «Señorita Iturbe, soy modisto porque no llegué a triunfar como arquitecto». No. Le había dicho... no lo recordaba. Decía siempre lo mismo a todas las clientes. Los trajes podían ser distintos. Los trajes se pagaban y cada mujer tenía perfecto derecho a exigir un modelo exclusivo. Tenía para todas y para todos los gustos. Tenía modelos para gordas y delgadas, para decentes y para entretenidas, para mujeres exquisitas y para las que ya-que-costaba-tan-caru-cuanto-más-mejor. Pero sus frases eran siempre las mismas. ¡No faltaba más! Por las frases ninguna mujer está dispuesta a pagar nada y él no tenía por qué estrujarse el cerebro. («Es extraordinario cómo las frases, las mismas frases, sientan bien a todas las mujeres.») Luego, recapacitando, se corrigió. («No. A todas, no.») Seguramente, incluso en la primera etapa, tuvo para Viky frases a medida. Pero no las recordaba.

Estaba pasando por Canillejas y otra vez hubo de reunirse con la realidad. El pueblo dormía. Lo atravesaba despacio por mero instinto de prudencia. Uno nunca sabía si de un portal abierto saldría, escapado, algún chiquillo. Le asustaban las reacciones de los chiquillos porque él no había tenido hijos y se encontraba intimidado ante ellos. Veía sus ojos cargados de preguntas e ignoraba qué clase de preguntas podían formularse en aquellos ojos. No recordaba su infancia. Mejor dicho, le parecía que su infancia no era digna de recordarse. Santander, sus padres, la primera enseñanza. Nada de ello era importante. Suponía ser feliz y, por lo mismo, su infancia le parecía un trozo

de vida preliminar a la vida propiamente dicha. Su vida había empezado con sus estudios en Barcelona.

Otra vez se hallaba en plena carretera. Aceleró y estuvo a punto de aplastar a un perro. Frenó. Era un pobre can sin raza y —como a veces resulta— muy listo. Aunque él no hubiese frenado, no hubiera sido aplastado el can callejero. Pero había frenado por la sencilla razón de que también sentía respeto por los perros. Una vez oyó decir, en Barcelona, que los castellanos no sienten amor hacia los animales; que no hay culto para las flores en Castilla. Los jardines con altas tapias sólo dejan emerger el olor. Era un catalán quien lo decía. Un amigo suyo que tenía un *setter* muy hermoso del cual se ocupaba constantemente. «Porque en Castilla no se les quiere.» «Porque en Castilla la flor vive recluida, enclaustrada.» Era cierto. Y desde entonces había cuidado de no causar daño a los perros. Hazel tenía perros en su casa del Estartit.

¡Oh, qué lejos corrían sus pensamientos! Sus diecisiete años y los estudios de arquitecto. Barcelona y las clases de dibujo y pintura. El taller de don Luis. —«Trabajad muchachos, trabajad»— y aquellos dos últimos años de carrera cuando él ya se consideraba definitivamente hombre, cuando coincidió con Hazel.

Al regresar de sus vacaciones en Santander, la había encontrado allí.

—¿Cómo decís que se llama?

—Hazel.

Los chicos la miraban, pero ella no hacía caso. Era una nota pulcra en el descuidado taller. Una discípula atenta y trabajadora, en medio de mucha bohemia.

—Es un nombre raro.

Y la acompañó porque tenía un nombre raro. Porque, siendo hija de Richard Mortimer, el pintor inglés, había nacido en el Estartit de madre ampurdanesa. Porque odiaba los convencionalismos; tan cordialmente los odiaba, que llegaba a ser convencional en su odio. Un día, sí, empezó diciendo:

—Tomaremos un taxi.

Hazel iba cargada con un cuadro todavía fresco. Se hizo cargo de él.

—Tengo ganas de estirar las piernas —dijo ella.

—¿No tienes bastante con las dos horas que permanecemos en pie?

—Dame el cuadro —repuso impaciente—. Yo no estoy cansada.

El taller de don Luis estaba en el casco viejo de la ciudad, muy cerca de la catedral. Subieron por la vía Layetana y estaban en la plaza de Urquinaona.

Otra vez insistió:

—Toma un tranvía.

—No, voy a pie.

—Dime, ¿vives muy lejos?

—A dos pasos, hombre, en la calle de Valencia, entre Lauria y Bruch.

Sonreía. Hazel le había hecho sonreír siempre. Aquel día la hubiera acompañado hasta el Tibidabo porque se llamaba Hazel, porque era inglesa, porque vivía en el Estartit —salvo la temporada de estudios, que residía con una vieja inglesa en la calle de Valencia, entre Luria y Bruch—, porque en nada se parecía a las demás chicas.

* * *

Todavía no. No quería pensar en Julia. Julia llegaría a su mente por sus pasos contados, igual que sucedió en la realidad. Ahora, en aquel momento, tenía a Hazel. La tenía enlazada. Estaban bailando. Era el baile que su promoción había organizado para celebrar el fin de los estudios.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —preguntaba.

Hazel era positiva. Según ella, la gente estaba obligada a dirigir todas sus energías hacia algo sólido. Y él veía toda su labor futura como una inmensa mole, una fantástica montaña. En aquel momento tenía a Hazel entre sus brazos y Hazel, lo decía ella y era cierto, tenía dieciocho años.

—¿Qué harás? Dime.

—Lo que hacen todos los que están en mi caso. Trataré de entrar como pasante al lado de un arquitecto consagrado hasta...

Con gusto hubiera añadido: «hasta que la gente venga a mí, me encarguen la construcción de una catedral, de un puente, de un rascacielos... ¡qué sé yo!»

—¿Hasta qué?

La tenacidad de la muchacha le hacía siempre mucha gracia. Le dijo al oído, como si fuera una frase de amor:

—Hasta que un mecenas me mande construir la caseta de su perro. Empezaré por ahí, no lo dudes. Guárdame el secreto.

Se rió un poco. El baile, el que estaba bailando con Hazel, había terminado, pero la fiesta continuaba. Se sentaron para tomar un refresco. La noche de junio era pegajosa. El vaho húmedo venía cargado con el aroma de la tierra. Recordaba la humedad de Barcelona...

—¿Te irás de Barcelona?

Estaba temiendo aquella pregunta, que él mismo no se atrevía a formular. ¡Abandonar a Barcelona! Dejar a sus amigos, la ciudad donde comenzara a ser hombre. Como fondo de sus pensamientos, la voz de Hazel resolvía:

—Serías tonto. Es la mayor oportunidad de tu vida. Has de quedarte. Todos los arquitectos encuentran abundante trabajo en la Exposición. ¿Por qué habrías de marchar?

¿Por qué, sí? Y había regresado a Santander pero solamente de vacaciones. Antes de marcharse buscó trabajo en Barcelona.

Delante surgió un carro cargado de paja. Apretó al claxon nerviosamente para que se hiciera a un lado; pero el carretero debía de ir adormilado. Intentó adelantarse de todos modos, pero los faros de otro coche en dirección contraria le cohibieron. Aquel aviso le hizo sudar en frío. («Julia debió de encontrar un carro de paja. Julia no pudo contener sus nervios y se adelantó. Julia encontró algo que no esperaba y dio dos o tres vueltas saliéndose de la carretera, rodando como un carrete hasta encontrar su solución.») Frenó, dejando que el coche pasara a su izquierda; luego tocó otra vez el claxon furiosamente.

Poco a poco, ajeno por completo a sus problemas, el carretero se inclinó hacia la cuneta. Andrés aprovechó para apoyar otra vez el pie sobre el acelerador.

Los dos años siguientes pasaron en un vuelo. Se construía febrilmente en Montjuich, en la plaza de España, en Barcelona de punta a cabo. Los jóvenes arquitectos cumplían con los trabajos más penosos, pero fue una gran escuela. Él encontró lo que buscaba y Hazel volvió a su casa del Estartit, al lado del padre inglés y de la madre catalana. Hazel le había invitado alguna vez a aquella casa. La primera...

Era un viernes por la noche y soplaba un viento condenado. El trayecto hasta la casa de los Mortimer le pareció el camino más largo que hiciera en su vida. Llegó incluso a temer ser abatido por una de las ráfagas y precipitado al mar. Se agarró al aldabón del portal de los Mortimer con ademán de náufrago.

—Bien venido.

Estaba maravillado. Los Mortimer se disponían a cenar y él caía en el preciso y oportuno momento. La casa era el rincón del mundo en donde un hombre que había recorrido todo cuanto se pueda recorrer, había centrado sus deseos. Mortimer tenía un hijo en Mombaza; otro estudiaba en Inglaterra para luego ocupar un cargo en Australia. Quedaba Hazel, con el matrimonio. Hazel, que tal vez un día no lejano también se iría, pues para Mortimer el

mundo era un espacio aprovechable que cada cual podía administrar a su manera. «Si la gente supiera aprovechar la inmensidad del mundo, viviría feliz en un pequeño rincón.» ¿Pruebas? El mismo Mortimer. En su voluntario recogimiento no existía pobreza de espíritu, sino concentración.

Ocupó Mortimer un extremo de la mesa y la madre otro. Hazel y él se acomodaron en los dos lados. Pero, antes de sentarse, el inglés hizo el signo de la cruz, imitado por todos los presentes.

—«Adelante, soldados de Cristo...» —dijo en su lengua.

Soltó una carcajada al recordarlo. Él no sabía. No sabía que Mortimer, sí, sabía que aquélla no era precisamente la plegaria habitual con que se bendice la mesa. Sin embargo, era la que siempre empleaba, desde que en su primera comida de casado, su mujer había pedido que bendijera la mesa. Mortimer no lo había hecho nunca ni recordaba haberlo visto hacer a los suyos, pero le dolía confesar su falta de religiosidad a la sencilla muchacha del Estartit. Recitó, pues, el primer motivo religioso que le pasó por la mente. De aquello hacía ya muchos años. Mortimer seguía bendiciendo la mesa con aquel grito marcial, y en su hogar todo había sido felicidad y unión. Era, por lo visto, una buena bendición e inútil cambiarla. Ante los invitados, empero, sabía que podía pasar por extravagante. En los momentos de duda y aprovechando que todos tenían las cabezas gachas, levantaba un ojo y solía espiar la reacción del invitado.

Y Andrés no había bajado la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Mortimer y al encontrarse con ellos, los dos habían bajado las cabezas y rezado el Padrenuestro con una devoción muy del caso.

Y después de la Exposición, todo volvió al cauce. Mejor dicho, parecía incluso que la vida de la ciudad traslucía un deje de cansancio. Los arquitectos, todos cuantos se habían esforzado en aquellos años laboriosos, empezaron a encontrar de mal presagio aquel prolongado descanso. Los sueldos de los jóvenes quedaron reducidos al sueldo estricto. El trabajo extraordinario faltaba.

Había dicho a un amigo:

—Presiento que aquí ya no haré nada. No hay nada que hacer. No quieren hacer nada.

—Era de prever. La Exposición ha sido para nosotros una inmensa suerte. Ahora es cuestión de esperar, de trabajar..., como otros hacen.

—No puedo. Esta dependencia me corroe. Puedo marchar a otro paso y sé que aquí me consumo.

—¿Qué quieres hacer?

¡Dios Santo! Aún se repetía: «Casas y más casas para que todo el mundo pueda vivir decentemente. ¿Puede uno desentenderse de ciertos problemas y considerarse irresponsable? El obrero tiene derecho a una casa decente. El hombre cansado que vuelve al reducto infecto que por costumbre denomina hogar, pierde el gusto por la familia, se revuelve contra la sociedad y lógicamente se convierte en un ser vulnerable a toda clase de doctrinas destructivas.» Estaba seguro de ello. Por ahí debía empezarse. Al obrero se le había de dar no solamente un sueldo justo, sino también la posibilidad de vivir como un hombre.

Aminoró la marcha del coche. Sentía la necesidad de relajar un momento la tensión de sus manos, de encender un cigarrillo. Siempre que pensaba en «aquello», notaba que algo dentro de sí mismo estaba vivo, monstruosamente presente, y que no lo olvidaría nunca. Sí, incluso cuando trabajaba pensaba en ello. A veces, alternaba los diseños con aquellos planos, que eran ya viejas ideas, sueños irrealizables, pero que acariciaba como algo posible. Tenía infinidad de planos terminados, casi todos de casas pequeñas en los barrios extremos, donde forzosamente son emplazadas las fábricas.

Muchas veces había expuesto sus teorías y, sí, le daban la razón. Nada más que la razón. Si sus teorías hubiesen podido realizarse, tal vez ahora estuviese con Hazel. Y no habrían existido Julia ni Viky. Pero aquellos años inertes, años de espera, le habían quebrantado y llegó Julia. Julia había hecho posible a Viky. Pero primero fue ella: Julia.

En Alcalá de Henares volvió a la realidad. Tenía todavía tiempo de regresar a Madrid y de irrumpir en el pequeño ático de Viky... «Viky, no te vayas.» Pero, no, sabía de sobra que el suyo sería un acto piadoso y ellos no deseaban piedad. Una vez había tenido piedad de una mujer y se casó con ella. La hizo desgraciada.

Alcalá de Henares dormía. Ni siquiera encontró el clásico perro por sus calles. Le sobrecogió el sentimiento de siempre. La vida en las pequeñas ciudades era un engranaje de pequeños hechos y la gente tenía, por lo mismo, pequeñas preocupaciones. Él se sentía a gusto sobre las asfaltadas calles de la capital. El ruido continuo de la calle le impedía ensimismarse. Necesitaba ruido, ajetreo, gente a su alrededor. Salió de Alcalá de Henares y otra vez se lanzó por la carretera hacia Guadalajara.

Julia no representaba ningún peligro; al menos, así lo creía cuando empezó a frecuentar su trato. Era, precisamente, el tipo de mujer

insignificante del cual los hombres no se asustan. Hazel asustaba un poco. Por eso, tal vez, se había mantenido con ella a la defensiva. Pero de Julia ¿quién iba a asustarse? («Julia Arnau».) Hija única de un importante hombre de negocios de Barcelona. Indagando un poco más se sabía su dote, y Julia no era esquiva. Daba fiestas en la torre que sus padres tenían en San Gervasio y los jardines de aquella casa habían sido cómplices de muchas asechanzas con que la poco peligrosa Julia trataba de colmar sus deseos. Tenía ya veintitrés años y ningún hombre había querido llevarla más allá de los jardines.

Y eso fue, precisamente, lo que él hizo. Hoy no lo haría... Hoy le hubiera dicho: «No, Julia. Todos podemos caer una noche, cuando en esa noche hemos bebido mucho y la soledad es tentadora. Me llevaste al jardín y mi cabeza estaba encapotada. Yo no te amaba. Pero en aquel momento cualquier mujer me parecía apetecible. Te aprovechaste de la hermosura de la noche, del exceso de bebidas y de mis escrúpulos. Yo fui débil, Julia».

Un tonto que hubo de casarse con la mujer que sólo deseó un momento y con quien hubo de compartir el mismo cuarto durante muchos años. Y los otros creían incluso que tenía suerte. ¿Su carrera? ¡Bah! Su mujer era rica. La tienda de géneros y modas de Arnau instalaba una sucursal en Madrid. «Será tuya —decía Arnau—. ¿Quién mejor que tú?» Y Hazel: «¡Pobre imbécil!» Y él: «La detesto. Ha echado por tierra mis planes, mis ilusiones de hombre, mi amor por ti, Hazel». —«No, Andrés. Tú no has sido lo bastante valeroso para defender esos planes, esas ilusiones, ni ese amor. Tú defiendes algo que vale muy poco, quieres salvar tu nombre del ridículo y no sabes, pobre, que el engaño es muy difícil de mantener.» «¿Y tú, Hazel?» «Voy a casarme.»

Así había salido Hazel de su vida para casarse con alguien menos pusilánime que él, con aquel Peter Standish surgido al mismo tiempo que Julia. Y era feliz, pues, no hacía mucho tiempo, se habían visto de nuevo, después de muchos años, después de guerras, después de la muerte de Julia, y Hazel se lo dijo. Era feliz y ya no le amaba. Porque Hazel no se obstinaba en amar aquello que no podía conseguir. «¿Te acuerdas de mí, Hazel?» Y ella había sacado de su bolso una agenda y él había visto su nombre: Andrés Lezama, 30 de noviembre, y más allá otra vez su nombre, el día de su cumpleaños. Pero su nombre iba acompañado de muchos otros nombres que llenaban las páginas del libro. Era un nombre más entre todos ellos...

Y todavía le atormentaba el recuerdo de las pocas veces que la había besado. Y el no saber a ciencia cierta si ella lo recordaba. Pues entonces, cuando de nuevo la había encontrado, se besaron como dos viejos y buenos

amigos. Breves besos de refilón, en las mejillas. Sin nada que pudiera calificarse de pasión.

Le dolía el desamor de Hazel lo mismo que le había dolido la pasión de Julia. Llegó con los años, cuando empezó a tener el valor de afrontar su desencanto, a odiar los menores síntomas de aquella pasión no compartida. El fuego de Julia le enloquecía. Se buscaba mil trabajos a última hora. Seguía con sus diseños y sus planos hasta la madrugada, con la secreta esperanza de encontrar a Julia dormida. Pero no era así. Ella le esperaba, y el fulgor de sus ojos, redondos y pequeños, le era tan penoso que llegó a odiar no solamente el amor, sino hasta la menor prueba de convivencia o ternura.

La engañaba. Sus aventuras fueron frecuentes aunque poco ruidosas. No lo hacía por amor a las demás. Era su secreta venganza. Cualquiera mujer era tolerable menos la suya. Cuando Julia le acusaba de frialdad o de falta de hombría, él la engañaba. Y Julia lo ignoraba y pedía amor indignamente, y él se lo negaba hasta el límite de lo posible. De vez en cuando, como una limosna, la tomaba en sus brazos, donde Julia sollozaba histéricamente.

¿Cuántos años duró aquella vida? Los suficientes para conseguir nombradía en Madrid, tener más dinero que la mujer que le había comprado y saberse íntimamente vencido. Porque ni siquiera aquel hijo anunciado por Julia llegó a nacer, y luego ya no deseó otros. Era su moral, tal vez torcida, pero suya. Los hijos debían ser producto de dos inteligencias unidas, de un amor compartido.

(«Viky estará haciendo los últimos preparativos. Todavía faltan unas horas para su marcha y podría volver, decirle: Quédate, Viky.») Pero el coche continuó adelante. No sabía si por su voluntad o contra ella.

* * *

En 1942 empezó a diseñar los primeros trajes de Victoria Iturbe (todavía no la llamaba Viky). No le gustaba la cortina de cabello negro que ocultaba la nuca de la muchacha. La curva del cuello era necesaria para sus creaciones, y el cabello de las mujeres tenía que ser breve, recogido. Sólo en la intimidad el cabello de las mujeres tenía una razón de ser. Sonrió, recordando que Viky había recogido el suyo y que el hombre que la acompañaba había tenido un gesto de protesta.

Dos años después, por circunstancias que supo luego poco a poco, Viky llegó a ser su mejor maniquí. Empezó a tutearla y luego le pidió que posara

para él, para sus diseños. Aquellos momentos de trabajo elaboraron su amistad. Viky, desnuda ante él, no suscitaba otra cosa que una admiración plástica. «Una hermosa bestezuela.» Como las bestezuelas, tenía los ojos mansos y esa falta de lubricidad, de afán, le infundía bienestar.

De vez en cuando hablaba:

—¿Estudió dibujo?

Cuando Viky preguntaba algo, no parecía demasiado interesada por la respuesta. Eran valores entendidos.

—Estudié dibujo y la carrera de arquitecto. Poco pensaba entonces que sería lo único que me valdría para algo.

Ella descansaba luego, envuelta en una bata. Y así los había sorprendido Julia y tuvo que defender a Viky de Julia y de sus gritos histéricos.

—Sal un momento, Viky.

La voz de Julia, sin recatarse, gritaba:

—Con una maniquí... con una cualquiera.

Las escenas con Julia las llevaría impresas para siempre en sus oídos, en lo más profundo de su carne.

—Calla. No es una cualquiera. Es mejor que tú. O si prefieres, tú hubieras sido peor que ella de estar en su caso. Tienes mala memoria, Julia, y te olvidas de que aprovechaste mi integridad de hombre para pescar marido. Yo no te amaba. No te he querido nunca.

—Hubiera podido casarme con quien me diera la gana.

—Eso es lo triste, Julia. Porque, desgraciadamente, me elegiste a mí. Y yo no soy un hombre sencillo. Cada uno de nosotros es como es, y nada puede cambiarnos. Sé perfectamente que otros hombres estarían satisfechos en mi lugar, pero no yo. En esta boda los dos hicimos un mal negocio y lo siento, porque con los años he llegado a compadecerte.

—He sido una buena esposa.

—Hay muchas mujeres buenas, Julia.

Siempre que Julia empezaba a llorar, él experimentaba una terrible irritación. La facilidad con que su mujer lloraba le parecía indecente. («Un ser irremediablemente primitivo. Lloro en este momento, y dentro de unos minutos nos sentaremos a la mesa y comerá con excelente apetito... porque es la hora de comer. Más tarde, cuando llegue la noche, se habrá olvidado de cuantas palabras desagradables se han cruzado entre nosotros durante el día y querrá hacer el amor. El amor para Julia es una necesidad física igual que comer, dormir; o descomer y despertarse.»)

Al día siguiente había besado a Viky.

—Estoy triste, Viky. ¿Sabes tú lo que es estar siempre triste?
Ella aceptó el beso. Lo devolvió desapasionado, casi maternal.
—No me quieras, Viky. Te pido que no me quieras.

¿Era posible deshumanizarse de tal forma que el amor físico resultara repelente? ¿Sería verdad lo que Julia decía de él? Un hombre prematuramente acabado, cuyo único anhelo era la primera sensación, el deseo, aborreciendo cuanto significara abandono o satisfacción. ¿Cómo habría sido el amor con Hazel? No lo sabía, pero lo suponía: «Alegre por las mañanas; profunda al atardecer; mujer durante todo el día, amante durante breves momentos. Una amante desposeída de cuanto hace el amor vulgar o instintivo. Una amante suave, divertida, que hubiera convertido los instantes de amor en lujosos instantes».

Volvía a repetirse: «Amor es lo superfluo; por consiguiente, lo mejor de la vida. Hacer del amor un hábito, un deber o una necesidad es rebajarlo a la categoría de cualquier otra función física. La fragua del amor está en el cerebro, absurdo es colocarlo en el corazón y sucio pensar que pueda alojarse más abajo».

Frenó instintivamente. Se estaba acercando al kilómetro preciso. Los faros dibujaban un haz luminoso sobre la carretera. Corría tras ese halo desde que dejara Madrid y hasta entonces no pensó en la mancha luminosa que se extendía ante él. Sin embargo, la había seguido hasta allí. Había estado corriendo sin ver más que la mancha luminosa; los árboles, la planicie, el paisaje entero quedaban sumidos en una oscuridad impenetrable. Y él, su mundo íntimo en aquella carrera, se reducía a un haz de luz proyectado por los faros.

Exactamente no podía precisar el sitio; pero sabía que había sido allí, ya que Julia en sus últimos instantes trató de explicárselo.

—No sé cómo ha sido, Andrés. Corría por la carretera, absorta en mis pensamientos, dentro del reducido espacio iluminado por los faros del coche. Me vi casi encima del carro, di un golpe de volante y me pareció que el vértigo se apoderaba de mí. No sé si salí rodando por la carretera, o si me lo parece. Cuando desperté ya estaba en Madrid. Estoy cansada, Andrés.

Julia tuvo el accidente después de una de sus histéricas reconvenciones. Solía evadirse así en los últimos tiempos y él se había acostumbrado a ello. Tomaba uno de los coches y conducía como una poseída, sin rumbo fijo,

hasta que la tensión cediera y el fuego que la consumía menguara ante el peligro. Luego, regresaba. La fatiga podía con sus nervios.

—¿Por qué lo hiciste, Julia? No lo deseaba. Nunca deseé nada malo a nadie. Tal vez el tiempo hubiera llegado a unirnos.

Julia tomaba densidad, ahora que estaba alejándose.

La voz de Julia era monótona en aquel instante, ronca y baja:

—No lo hice expresamente. No me guardes rencor. Estoy... contenta. No podía aguantarlo más. He sido una estúpida y este final es el que me conviene, es mi última estupidez. Te ruego que comprendas una cosa: he sufrido mucho.

¡Oh sí! Julia había sufrido. ¿Y él? Quedaba por elucidar quién sufre más en un matrimonio mal avenido, el que ama sin esperanza o el que debe soportar un amor que no desea.

—No hables así, querida. Toda la culpa es mía. Me he empeñado... No sé, Julia. Creo que mi capacidad de amor es muy limitada, que soy un egoísta, un avaro. Tú has sido más generosa.

Veía las lágrimas en aquellos ojos y por una vez no le irritaban. Incluso sintió la necesidad de besar los oscuros párpados que velaban la mirada redonda y ansiosa. Tenía entre las suyas una de las manos de Julia y acariciaba su piel.

—Andrés...

—Dime.

—¿Qué han sido las otras para ti? ¿Qué fue Hazel, otras que he supuesto? ¿Y Viky?

—Nada.

Era difícil decirle: «Hazel fue un sueño. Algo ligado a lo que hubiera sido mi vida de no haberte tomado aquella noche en tu jardín de San Gervasio. Hazel eran mis lecciones de pintura y mi carrera de arquitecto. Mi integridad de hombre, mi profundo egoísmo juvenil y toda mi ignorancia. Hazel es lo maravilloso de aquello que no es. ¿Las otras? Simplemente no eran tú. Eran mujeres a las cuales no estaba ligado y de las cuales podía desligarme. ¿Viky? ¿Cómo podré hacerte comprender que Viky no ha sido todavía nada para mí? Viky es la incógnita del futuro como Hazel fue la del pasado. Viky es nada más que una expresión fenomenológica. La veo, la sé. Sé su existencia e ignoro su conciencia. Pero ello me da una sensación de seguridad».

—Nada —repitió—. No han sido nada para mí. Julia, los hombres no damos el mismo valor que vosotras a esa clase de sentimientos. Somos distintos.

—Bésame, ¿quieres?

La besó y se maldijo a sí mismo porque la besaba a la fuerza. Pero ella no se dio cuenta.

—Es mucho mejor así. Estoy..., muy contenta.

—¡Calla Julia!

—Durante el vértigo vi todo muy claro. Un repaso general de todos mis errores. ¡Si uno pudiera volver atrás!

—Volveríamos a errar. ¡Calla, Julia! Estoy cerca de ti como nunca lo estuve.

Los ojos de Julia se dilataron. Pero los párpados los velaban a medias y de ellos había desaparecido todo fuego. La boca, entreabierta, quería añadir algo... Hizo una presión piadosa sobre las pupilas, que continuaban abiertas al mundo, recogió sus manos y las besó.

Bajó del coche. Allí era, sin duda alguna. El lugar se lo habían indicado durante la reconstrucción del hecho, y sus remordimientos no le dejaban olvidarlo. Había sido cómplice del accidente que costó la vida a Julia. Durante algún tiempo, la idea le atenazó, aunque era demasiado sincero para no rebelarse íntimamente ante las demostraciones de sus amigos. Todos ellos, al corriente de sus desavenencias, venían a él con frases del caso, queriéndole hacer creer que Julia y él habían sido felices, que sus querellas no eran más que pequeños hechos sin importancia y que ahora él... se encontraba ante un inmenso vacío.

¡Qué profunda tartufería! Seguía consciente de su falta total de amor. Sentía que Julia hubiera encontrado la muerte, y su parte de responsabilidad en esa muerte. Pero seguía sin amar a Julia y el recuerdo de Julia era molesto. Estricta y dolorosamente molesto. ¿Sería el sino de la pobre Julia? Primero, introduciéndose en su vida de aquel modo innecesario; luego, desapareciendo de ella tan brutalmente. Julia no tenía dotes diplomáticas y le dejaba en herencia, no pena, sino remordimiento. Julia era un ser humano, equivocado tal vez, pero humano. Por lo que tenía de humano, él sentía dolor.

* * *

Le abrasaba la sed. Mediaban tres kilómetros entre el lugar del accidente y Guadalajara, y creyó oportuno llegarse hasta allí y beber algo. No quería más que agua. No sentía apetito. Sabía de un figón donde podría reponerse, aunque le parecía absurdo entrar allí con el único fin de beber agua. El aire de la carretera, los cigarrillos que había consumido, los recuerdos que había

repasado, le habían reseca la garganta. Y como un verdadero tormento experimentaba la necesidad de beber a grandes tragos agua pura, fría... Reemprendió la marcha. Eran casi las dos de la madrugada cuando llamó a la puerta del figón. Le abrieron en seguida. El dueño del establecimiento estaba acostumbrado a que le despertaran a cualquier hora de la noche. En general, eran conductores de camiones que iban a la capital o venían de ella y que deseaban reponerse con algo sólido. No le importaba.

Pidió una ligera cena. Se la sirvieron acompañada de ese vino seco de Arganda que tanto le gustaba a Viky. Pero él no estaba para vinos. Picoteó el plato para justificar su llamada, bebió todo la jarra de agua. Pagó y tomó otra vez el coche, esta vez en dirección a Madrid.

Le iba a faltar tiempo si quería recuperar a Viky, pero conducía expresamente despacio. («Quédate, Viky.») Y Viky se quedaría y se acordaba de la primera vez que Viky se le había entregado.

Fue después de la muerte de Julia, sin pensar en ello. Viky era muy joven y él exigía a sus mujeres algo más que juventud. Quería un espíritu e ignoraba todavía si Viky, además de existir de una manera fenomenológica, existía por dentro. Esa parte de las mujeres le inquietaba tanto como la forma externa. Así, pudiendo tener el cuerpo de Viky desnudo, como en los momentos de trabajo, la prefirió vestida. Y ella no había mostrado pasión. Por lo menos, en los primeros tiempos. Había podido mantenerla a raya y ella se conformaba. Que no era el primero, de eso estaba seguro. Pero luego ella le había dicho que le quería. Que en eso, sí, era el primero. Todas las mujeres decían exactamente lo mismo cuando no podían negar lo otro. ¿Cuántos hombres existían en la vida de Viky? Uno, decía ella. Claro, con uno bastaba. Pero no había por qué hacerse preguntas ni ilusiones por la sencilla razón de que él, entonces, no quería a Viky. Se fue «aficionando» a ella poco a poco. La sabía suya. Se sabía superior a ella. Sabía imponerle su voluntad y dominarla. Y recordaba el sufrimiento de la muchacha cuando le decía:

—No sabes amar. No sabes nada del amor, Andrés. En amor eres algo así como un principiante.

Interiormente se reía. Julia le decía que era un hombre acabado y Viky, que tenía casi veinte años menos que él, le decía que era un principiante.

—No. Viky. Yo sé algo más de lo que tú imaginas. Yo sé mantener intacto tu deseo. Yo te hago el amor mientras te hablo; mientras nos paseamos, te estoy amando; cuando ceno contigo o te llevo a un espectáculo, construyo el amor. ¿Comprendes ahora, Viky? No es cosa de un momento ni de unas horas. El amor *es siempre* y eso es lo que nunca comprendió Julia.

Para Julia el amor era un momento convencional, como era un momento la comida, el paseo o el espectáculo. Para mí, eso no es todo ni es bastante. Mi modo de amar es lo impalpable. ¿Comprendes?

Sabía que sí. Viky era moldeable arcilla entre sus manos. «Cierra los ojos, Viky.» Aunque no hacía falta. Viky tenía los ojos de bestezuela mansa que a él le gustaban. Viky tenía la mirada triste y joven de los que han perdido algo en tiempos muy lejanos.

Aquella fase había durado unos dos años. Luego, en cierta ocasión, la sorprendió acompañada de otro hombre. No tenía nada de particular, lo sabía. Tampoco exigía de ella mucho, pues él no se hallaba dispuesto a darle nada. Estaban equilibrados.

Y aquel otro hombre era un muchacho joven, con el cual Viky se paseaba por la calle. Tal vez un hermano. No, no un hermano. Es inconfundible el parentesco entre un hombre y una mujer. Viky y el muchacho con quien se paseaba, eran amigos. Se reían, y los ojos de Viky habían perdido su expresión mansa. Le recordaron los de Hazel. Ahora comprendía el porqué Viky había sido, de todos modos, algo más que una aventura pasajera. Los había seguido en el coche, mientras ellos iban a pie, del brazo, como dos buenos camaradas.

Al día siguiente la miró de forma distinta.

Pero no podría asegurar si empezó a quererla en aquel preciso momento. Mil veces estuvo a punto de preguntarle: «¿Quién es él, Viky?» Se contenía. Necesitaba construir el interior de la muchacha poco a poco. En aquellos días tuvo la tentación de pedirle que se casara con él, bajo el mismo impulso que, ahora, le hacía apretar el acelerador y regresar a Madrid rápidamente, subir la escalera del ático y decir: «Quédate, Viky». Pero no era oportuno pedirle que se casara con él por la única razón de saberla amiga de otro hombre. Como luego, se contuvo, aun sabiendo que Viky deseaba marcharse. Si algún día volviera... «Si vuelve, la habré construido del todo. Esperaré el tiempo preciso para que todo sea sólido.»

Adelantaba en su recorrido tras la mancha luminosa de los faros. Otro de sus recuerdos asomó la cabeza. Había nacido cuando, ya abandonada la carrera, empezó a instalarse en Madrid; cuando el negocio soñado por Arnau, el suegro, se había transformado en algo menos vulgar que la tienda de géneros y modas de Barcelona; cuando su nombre empezó a tener resonancia definitiva en las altas esferas de la moda. Era un sueño obsesionante.

Construía un inmenso rascacielos que sólo tenía fachadas. El interior estaba hueco. Y él era incapaz de llenar ese vacío. Los otros, los extraños, admiraban el edificio sin saber que era tan sólo una colosal fachada. Hasta que llegaba un día en que la falta de consistencia lo derrumbaba. El sueño se repetía, transformándose a veces, pero siempre con idéntico resultado. Siempre se hundía aquello que había construido. Y se despertaba sobresaltado, encendía la luz y veía a su lado a Julia. Julia, que dormía sin sueños.

Cuando viajaba con Viky, tomaban siempre dos habitaciones. Le gustaba observar, bajo la rendija de la puerta, un rayo de luz. Escuchaba. Oía el volver de las páginas del libro que ella leía. Apagaba la luz de su cuarto y quería dormir, pero se lo impedía la vela de la muchacha. Sabía que a Viky le costaba mucho conciliar el sueño. Que aun cuando cerraba el libro, permanecía a veces largo tiempo desvelada, con los ojos clavados en el techo. Poco más o menos sabía también sus pensamientos. Viky pensaba, sin duda, en una vida a su lado. En los hijos posibles. ¿Cómo serían los hijos de Viky y suyos? Le daba un poco de pena el insomnio de la muchacha, y una noche había garabateado unas líneas deslizándolas bajo la puerta de Viky. Sentíase lleno de ternura hacia ella. Le decía, casi con la secreta esperanza de que el papel pasara inadvertido: «Duerme, amada». E inmediatamente la había oído levantarse, tomar el papel. Por la misma rendija había asomado su respuesta «Te obedezco. Gracias.»

Al día siguiente, ella dijo:

—He dormido bien.

Otra vez, la sorprendió durante el sueño. Largo rato estuvo contemplando a Viky. Su respiración era tan leve, que apenas se percibía. Se arrodilló a su lado. Uno de sus brazos descansaba paralelo al cuerpo. El otro lo tenía recogido, con la mano sobre el pecho. Guardaba sus sortijas para dormir y dormía casi conscientemente. Se retiró de puntillas, avergonzado por su indiscreción.

Al día siguiente ella le explicó su sueño. Ya no lo recordaba y la lejanía del recuerdo le hizo pensar: «Si vuelve, si es sólido lo que he construido, me casaré con ella. Pero guardaremos todas las delicadezas de los amantes. Ni ella me verá inconsciente ni yo la veré abandonada. Tendremos dos habitaciones y esperaré ver la rendija de luz bajo su puerta. Las palabras de la noche no servirán durante el día. Haremos ver que las hemos olvidado...»

Iba acercándose a Alcalá sin ninguna clase de prisa. Dejaba que otros vehículos le adelantaran preguntándose qué clase de trabajo les urgía. Había

concentrado su atención en el haz luminoso de sus faros y el tomar contacto con los demás le parecía benéfico. No estaba solo. Como él, miles de hombres y de mujeres pensaban y evidentemente existían. Cada cual en un pequeño cosmos particular e intransferible. Miles de mundos en el pequeño mundo llamado Tierra. Tal vez si Hazel no hubiera vuelto a España...

Pero lo cierto es que su carta le había alcanzado como un impacto. Hazel estaba dormida en lo más profundo de sus estratos y de pronto se despertaba diciéndole: «Gracias a Dios, la guerra ha terminado. Mi marido está desmovilizado y siento la terrible necesidad de volver a España. ¿Cómo encontraré a mis padres? Y tú, Andrés, ¿qué ha sido de tu vida? Iré a Madrid. A verte y a comprarme vestidos. Te aseguro que no hay nada como un traje nuevo para cambiar las ideas. Mis dos hijos han salido estudiosos y soy feliz con mi marido. Hemos pasado unos años muy penosos, pero todo tiene su fin. La guerra ha terminado, Andrés, y yo quiero volver a España aunque sólo sea por una temporada».

Retrasó su viaje hasta la primavera del cuarenta y siete, ignorando la muerte de Julia, su vida actual, Viky... Intentó un retorno hacia el pasado. Hazel se rió.

—No, Andrés. Es tarde.

—No hemos cambiado. Te veo igual que entonces. Eres la misma de entonces, Hazel.

—No soy la misma.

—...

—No te quiero, Andrés. Es una bobada creer que los sentimientos son inmutables.

Le agradecía aquella frase. Otra mujer se hubiera creído obligada a mentir, pero Hazel no lo hacía. Y con ello Hazel se levantaba del fondo de sus estratos, tomaba consistencia, tornábase real y ocupaba un lugar determinado y no excesivo en su mundo interno. Quiso entonces que conociera a Viky.

Dos coches surgieron en dirección contraria. Se hizo a un lado y percibió la ráfaga de aire que levantaron al cruzarle.

Dos personas ayudaron a Viky a levantarse. Hazel y el «otro». No sabía todavía quién era, pero muchas, muchísimas veces los había visto juntos. Y ella era distinta cuando estaba con el otro. Y él sentía hacia el «otro» un sentimiento hasta entonces desconocido. Desprenderse de las mujeres le había costado siempre muchísimo. Se tornaban pegadizas, exigentes, lloronas. El «otro» había surgido como un soplo vivificador entre él y Viky. Nunca creyó en la posibilidad de perderla y al ver su expresión, al verla feliz al lado del

«otro», empezó a darle cierto valor. Y Hazel también le dijo: «Eres el eterno indeciso. Lo que haces con esa chica, es poco correcto, innoble en cierto modo». Porque la moral de Hazel era diferente de la de Julia. Hazel sabía exactamente los límites del bien y del mal. Había sido un perfecto imbécil teniendo miedo de Hazel. Son precisamente los que tienen miedo de esa clase de mujeres los que caen una noche tramposa en los brazos de las insignificantes Julias. En cuanto a Viky... Su rebelión consistía en no sufrir por él. Si se marchaba de viaje, no demostraba descontento. Cuando volvía, la encontraba tan satisfecha como cuando la había dejado. El hecho de pensar que Viky ya no vivía pendiente de él, le dio un nuevo aliciente. Y cuando le dijo: «Quiero marcharme, Andrés», sabía de antemano que no era una añagaza, que Viky quería alejarse de su órbita, construirse. Y él no tenía derecho —como dijo Hazel— a oponerse a su deseo. Se sentía ante aquel viaje exactamente igual que el día que acabara su carrera. Expectante. Incapaz de decir: «Quédate, Viky», pues eso equivalía a ignorar para siempre el *porqué* de la muchacha. El *porqué* había de ser contemplado desde lejos, como se contempla toda obra que queremos abarcar en bloque. Ver a Viky desde lejos, pasar por la prueba de perderla y si fuera posible... ganar. Entonces, al fin, habría llenado el hueco de su vida y sabría *por qué*, él, Andrés, estaba existiendo.

Muy poco le faltaba para llegar a los primeros barrios de Madrid y pensó en el «otro». También se quedaría solo. Supo entonces que Viky no había buscado en el «otro» más que una ayuda, el apoyo necesario para soportarle a él. Aquel otro hombre ignoraba que Viky huía, no de ellos, sino de ella misma; que Viky no se conformaba con *ser*; que el hecho de *existir* la obligaba a buscar su verdadera forma de existencia y que, para encontrar esa forma, no le importaba sufrir, no quería ahorrar ningún sufrimiento.

Guiaba despacio por el Madrid callejero. Menos personas, pues la noche ya no era noche, era ya madrugada. Eran, antes del día, esas horas frías en que los que duermen creen que todavía es noche, porque es noche dentro y para ellos, sin sospechar que para los que velan ya es un nuevo día. Quiso acercarse al primer bar, marcar un número en el teléfono y decir: «Duerme, amada», pues sabía que Viky estaba despierta todavía y que al escucharle volvería a responder: «Te obedezco. Gracias». Pero no lo hizo. Quería volver a casa y conformarse con el juego que él mismo había suscitado.

Todavía en su hogar hubo de vencer una postrera rebeldía. «Quédate, Viky.» ¡No! Entonces todo sería como antes. Y el hermoso edificio tendría únicamente fachada, y los antiguos sueños y las viejas pesadillas volverían a atormentar sus noches, desmoronándose huecas como su mismo e íntimo desengaño.

JUANITO DÍAZ

JUANITO DÍAZ tenía una mala costumbre: hablar consigo mismo. Esa charla íntima le inclinaba a caminar —el gentío en los tranvías, en el «Metro» o en el autobús estorbaba sus soliloquios— con la mirada fija en un imaginario horizonte. A veces, le bastaba con una sola palabra. La repetía hasta desnaturalizarla; veía formarse en el aire, letra por letra, esa palabra; trataba de invertirla, de cambiar las letras, de divertirse formando vocablos absurdos que nunca tendrían significado para nadie ni sitio en el diccionario.

Era corrector de pruebas en la Editorial Juvenia y la alineación de una letra tras otra para formar las palabras, que luego formarían las frases, que más tarde llenarían líneas y páginas hasta terminar siendo un libro, era para el muchacho un juego apasionante del cual no podía apartarse ni siquiera en sus momentos de ocio.

Clasificaba las palabras con nombres cuyo significado hubiera desconcertado a sus compañeros de trabajo, a su jefe directo y al dueño de la Editorial. Las palabras podían ser «redondas», como *beso*, *vaso*, *roto*; «finas», como *aire*, *flauta*, *río*. Tenía una serie de palabras de color *azul*; palabras que llevaban traje de ceremonia, *verbi gratia*: *encomio*; palabras que iban de trapillo; palabras que parecían guiñarle un ojo... Palabras sosas, sosísimas... Entre éstas, dos que de puro sosas no podía componerlas sin caer en la tentación de modificarlas un poco: *palangana* y *motolita*. Se divertía extraordinariamente pensando en lo ridículo que podía llegar a ser un hombre si en vez de susurrar: «Pajarita mía», dijera: «Motolita». Porque lo grande era que motolita es un pájaro, pero un pájaro al que habían estropeado poniéndole aquel nombre tan insubstancial.

Esto no le sucedería a él. Era muy puntilloso en su trabajo y más de una vez se había permitido el lujo de echar una mano a la ortografía del autor, ortografía según él dudosa, contribuyendo de un modo oscurísimo y anónimo al resplandor de las letras en España. Él sabía montones y montones de palabras. No se limitaba a revisar los textos que le ponían delante. Tenía al

alcance de sus manos un diccionario y por si su memoria le fuera infiel, una libreta y un lápiz. En aquella libreta se apuntaba los hallazgos. Y, según fuera la palabra, la incluía en su consiguiente fichero, en aquel raro fichero donde, en vez de ser agudas, llanas o esdrújulas, las palabras formaban una gran familia y tenían forma, color, traje o expresión.

Allá, muy adentro de Juanito Díaz, se ocultaba un deseo. Dominar ese rico caudal y hacer con todos sus tesoros un libro. Lo había intentado varias veces; pero, cosa rara... las palabras... las muy tercas... no le obedecían. Cada cual tiraba por su lado y si por casualidad se juntaban era para decir tonterías sin ninguna significación: «El aire aflautado nimbaba sus sienes y...» Y nada. El aire no podía ser aflautado, bien lo sabía él, pero le salía siempre aflautado en cuanto tocaba lo del aire y tras el aire venían las sienes... ¿Qué tendrían que ver las sienes con las flautas? ¿De quién eran las sienes?

Pensaba Juanito que si la prosa se le rebelaba, tal vez la poesía fuera más condescendiente. Un día llegó a formar unas líneas que le parecieron poéticas: *Tomé suavemente al pájaro caído. — Y le dije: No temas. — El pájaro temblaba envuelto en mi mano — y tan fuertes eran sus latidos —, que creía estrechar su desnudo corazón.*

Pero ésta era una cosa vívida y Juanito deseaba crear. Juan guardaba el recuerdo de aquel pájaro. Caían a menudo en la primavera, cuando sus alas no eran lo suficientemente fuertes para volar. Él nunca había sido como los chicos del barrio. Sentía pena por aquellos desdichados que habían abandonado el nido antes de su hora y les daba el calor de sus manos. Ellos, los infelices, no sabían cuáles eran las intenciones de Juan y parecían muy asustados. Es cierto que el sitio de un pájaro es el nido, el árbol o el cielo; nunca la mano del hombre. El pobre corazón latía tan fuerte, que todo el pájaro se convertía en un latido. Algo tibio y rítmico.

Discurría por el paseo de Recoletos todas las mañanas. Esto significaba levantarse media hora más temprano, pero Juanito no lo lamentaba. Podía ir a pie y hacer raras combinaciones en el horizonte lejano, el que perforaba las casas y se extendía más lejos todavía que la visión humana. Muchas veces topaba con los transeúntes y oía un murmullo irritado a sus espaldas. Pero él estaba rodeado de sus invisibles palabras, puliéndolas a su gusto. Y cuando llegaba a la imprenta, tenía la cabeza despejada, apta para aprender cosas nuevas.

—¡Estúpido! ¡Torpe! ¡Mire cómo me ha puesto!

Estaba sentado al lado de una mujer muy bonita. ¿Qué hacía aquella mujer a su lado? ¡Ah! Se lo estaba diciendo. La había arrollado en el preciso momento en que ella dejaba un taxi y entraba como una tromba en casa de... Lezama. El modisto Lezama. Uno de los zapatos de la víctima se encontraba en la acera, a unos dos metros del accidente. El bolso de la muchacha se había desparramado por el suelo y Juanito se apresuró a recoger su contenido. Luego ayudó a ponerse en pie a la propietaria de todo aquello.

Ésta se arreglaba las ropas sacudiéndose el polvo que habían recogido.

—Perdóneme, se lo ruego; iba distraído.

Ni le contestó. Debía de tener bastante mal genio, pues se dio mucha prisa por desaparecer, escalera arriba, hacia los salones de la casa de modas. Juanito se quedó mirándola, reflexionó unos instantes y, por último, preguntó al portero:

—¿Conoce usted a esa señorita?

—Sí. Hace tres años que trabaja aquí. Se llama Victoria Iturbe.

Aquella mañana todas las palabras tenían un pie descalzo. La media dejaba ver en su transparencia, unas uñas pintadas de rojo, y Juan sonrió: «Es bueno pensar en un mundo donde la mujer cuide de sus pies calzados lo mismo que de sus manos desnudas». Él había conocido una serie de mujeres en los veintiséis años que llevaba viviendo. Había empezado con las chicas de su barrio. Cuando jugaban por los descampados, se les veían unos deditos bastante sucios surgir de las alpargatas rotas. En 1936 tenía justos los dieciséis años. La guerra no había mejorado gran cosa a sus compañeras de juegos; pero él se había hecho hombre. Al principio, aquello no tenía importancia; pero luego, cuando se estabilizó el frente, la madre de Juan empezó a rezar: «Virgen Santísima, haz que la guerra se termine pronto. Mira que mi hijo tiene ya los diecisiete. Mira que los están llamando. ¡Madre mía! Lo han llamado ya, y no tiene los diecinueve. Guárdalo, Virgencita».

Amalia Verano iba cada día varias veces, incluso para quejarse, ante la estampita de su Virgen. La ponía por testigo de cuantas desgracias ocurrían. «Virgen mía, que no tengo aceite. Mira, Virgencita, mira qué vergüenza de lentes nos han dado. Pero esto no es todo. ¿Dónde está mi hijo? ¿Por qué me diste para primero un chico? ¿Ves? De haber sido más previsora, Amelita hubiera podido ser la primera. Así, todo arreglado. ¡Juan, hijo mío, que la Virgen te proteja!»

La estampa, húmeda a fuerza de besos y de lágrimas, era el hoyo donde Amalia vaciaba sus penas. Y Juan aguantaba el frío en el Ebro y aprovechaba la guerra para ciertas hazañas, que permitían a esos chiquillos que crecieron

antes de hora enamorar a las mozas y darles algún que otro revolcón por los pinares.

De eso apenas si se acordaba Juan. Los años que siguieron, fueron difíciles para todos y más para Amalia Verano. La hija se le había casado y bastante tenía con cuidarse de los suyos. El hijo pequeño estaba estudiando todavía. ¡Cuántas veces había oído Juan aquella frase en labios de su madre! «Estudia, hijo, estudia.» Amalia consideraba que el estudio que le faltaba a ella y a su marido era algo que sus hijos debían tener por encima de muchas otras necesidades. «Si estudias, serás alguien.» Ese «alguien» tan vago fue el ideal de Juanito. Y para ser «alguien» se empapaba de historia, de cálculos y de gramática..., con la secreta esperanza de que, una vez aprendidos todos aquellos libros, la vida fuera fácil.

No podía, en realidad, quejarse demasiado. Él era mucho más de lo que nunca hubiera podido soñar ser su padre, y Amalia veía recompensada su tenacidad en aquel hijo que le había hecho caso. Ahora le tocaba al último, al pequeño. Por él y por la madre trabajaba Juan sin ver la posibilidad de crear su propio hogar, casi sin desearlo.

* * *

«Señorita Victoria Iturbe.»

Había terminado con su trabajo antes de lo que pensaba y tomado la pluma. No estaba seguro de si enviaría la carta, o bien si aquellas líneas irían, como de costumbre, a la papelería. Sentía la necesidad de escribir como otros sienten la necesidad de encender un pitillo. Tenía una cantidad de palabras revoloteando por su mente. Hubiera querido cazarlas todas, de golpe, y luego colocarlas ordenadamente una tras otra. Esto no era posible, bien lo sabía él. No obstante, por algo debía empezar. Y empezó por el principio pensando que era una buena costumbre para llevar a cabo cualquier trabajo.

Estoy seguro de que me recuerda. Me llamó usted «estúpido y torpe» y ciertamente esas dos palabras ni son bonitas ni pueden contribuir, en absoluto, a que me sienta satisfecho de mí mismo. Pese a ello, son las que usted empleó y desde ese momento tienen una forma precisa. Me recuerdan, al mismo tiempo, un zapato de tacón alto y un pie de uñas pintadas...

Juanito releyó sus líneas y se dio cuenta de que tal vez incurría en un grave error. ¿Quién de los dos arrolló a quién? Él iba pacíficamente a pie, sin

prisas. Todo lo más que hubiera podido suceder, de tropezar con alguien en condiciones análogas, hubiese sido un simple encontronazo. Ella, en cambio, salía precipitadamente de un taxi para entrar en la portería de «Lezama, modisto». ¡Magnífico!

Creo, sin embargo, que soy absolutamente ajeno al accidente de esta mañana. Yo iba pensando en algo muy hermoso. ¿Se ha fijado en los brotes de los árboles? Apenas si se ven, es cierto, aunque uno los presienta.

Eché un vistazo, por la ventana, a los árboles de aquel trozo de calle. No tenían todavía el menor brote. Pero estaba seguro de que los de la ancha avenida en donde tropezara con Victoria, no solamente estaban cuajados de brotes, sino que también tenían flores y frutos. No lo dio por sentado, porque Juan sabía por otras experiencias que la gente no veía las cosas exactamente como él las veía.

Desearía saber que me ha perdonado del todo. Estaré este mediodía, en busca de su perdón. Y también para que pueda darse cuenta de que ando como cualquier ser normalmente constituido y que, si voy acompañado, dejo de ser un peligro para los demás transeúntes.

La había firmado y, aprovechando un recado que debía hacer el mozo de la Editorial, le había dado la carta con la expresa advertencia de que la hiciera llegar a manos de la muchacha.

Ésta había sido su primera carta y a ella sucedieron muchísimas otras. Juanito enmudecía al lado de aquella extraña criatura. De su primera entrevista guardaba un recuerdo maravilloso.

A buen seguro que ella lo hizo a propósito. Tardó en salir mucho más de lo que tardaron sus compañeras. Ya iba a retirarse Juan cuando Victoria apareció por la escalera. Le sonrió y tendió una mano que nada tenía de rencorosa.

—Vamos. Me gustará mucho que me enseñe los brotes primaverales —dijo mientras se arrebujaba, friolera, dentro de un grueso abrigo.

Los árboles tendían desnudas sus ramas. ¿Sería posible?

—Venga.

Estaba muy indeciso, pues le hubiera gustado mucho tomarla del brazo. En vez de eso se contentó con pellizcarle un poco el abrigo en el sitio donde el codo marcaba un pliegue. Victoria ni se dio cuenta. Le miró fijamente. Juanito tenía unos ojos muy azules. Eran los ojos de un niño.

—¿Los brotes? —inquirió terca, la chica.

—Allí. Cierre un poquito los ojos y respire fuerte. ¿No los ve? Tienen una pelusilla blanca que hace cosquillas y... detrás de los brotes hay flores.

—Son rojas —asintió la muchacha.

Juan puso cierto reparo.

—No. No todas. Fíjese bien y verá como hay también flores azules, blancas... y de todos los colores.

—Tiene razón. Son muy hermosas.

Volvió la cabeza hacia él y se echaron a reír. Él la tomó del brazo y la acompañó hasta un edificio moderno.

—¿Vive aquí con su familia?

La había notado vacilar antes de dar la respuesta.

—Vivo sola.

Le intimidaba mucho la idea de subir a aquel piso. Y lo deseaba violentamente. ¿Estaría bien que él fuera a visitar a una chica soltera? ¿No estaba aquella chica lo que vulgarmente se dice coqueteando con él? ¿Sería una cualquiera? Se hubiera dado una torta por el último pensamiento. Desde el momento que Victoria trabajaba, no era una cualquiera. Era el fruto de una nueva generación. Él siempre había admirado a la mujer valiente que, deshaciéndose de falsos prejuicios, trabajaba como un hombre para ganarse honradamente un sueldo. Victoria tenía, tal vez, su familia en... ¿qué sabía él? Ávila, Soria, cualquiera de esas ciudades castellanas donde las chicas se enmohecen esperando marido.

Absurda vida la de esas mujeres después de la guerra. ¿Es que no habían aprendido nada? Victoria —pensaba— era una chica con personalidad y con un cuerpo magnífico, cosa que siempre ayuda. Sabía que era la mejor maniquí de Lezama, pero tampoco esa contingencia asustaba a Juan. «Cada cual ha de aprovechar los dones de la naturaleza». Si era bonita, elegante... hubiera sido una triste gracia pasar inadvertida por la vida. No había por qué avergonzarse de un cuerpo; tampoco se avergonzaba la gente de tener dinero ni de estar instruida.

Le había escrito:

Victoria, estoy muy emocionado. Deja que te diga por carta lo que se me eclipsa cuando estás delante. ¡Quisiera saber tantas cosas de ti! Me has invitado a tu casa esta tarde, a la salida del trabajo. Dime: ¿es habitual en ti invitar a los semidesconocidos para que vayan a verte? Perdona; aunque así fuera, no tengo el menor derecho de protestar ni de rebelarme. Quisiera que fuera ya mañana. Es un poco difícil de explicarlo... algo así como un goce que hiciera sufrir.

Comprobó que cuanto sabía hasta entonces de Victoria era como los presentidos brotes. Ahora la estaba viendo en su casa. Bueno, no era precisamente lo que la gente llama una casa, Victoria tenía un ático con dos habitaciones, aseo, cocina y... pare usted de contar. ¡Ah! Y también una terraza con macetas.

Juanito se sentó en uno de los butacones mientras ella se agitaba a su alrededor, sirviéndole una bebida. Entornó los ojos tratando de captar la palabra que se pareciera más a Victoria. Debía ser una palabra que reuniera varias condiciones: pensó en *amada*, *amorosa*, *amable amante*... No. Eran todas demasiado atrevidas y poco originales. Buscaba una palabra que sugiriera un cuerpo grácil, unos pies descalzos de uñas pintadas (¿tendría cosquillas Victoria en la planta de los pies?). Desechó este ridículo pensamiento mientras apuraba su copa. Ella reprochaba:

—¿Te has quedado mudo otra vez?

Rió bajito y, tomándole de la mano, dijo:

—Vamos a la terraza.

Empezaba a anochecer y las noches en Madrid tienen las estrellas pulidas como joyas.

—¿Me quieres, Victoria?

Ella no esperaba la pregunta, pues se le quedó mirando incrédula, casi molesta.

—No.

Juan no se extrañó. Le había contestado no, como hubiera podido decirle sí. La verdad es que si le hubiera dicho sí, Juan hubiera tenido que dar una larga explicación a su respuesta.

—¿Tienes otro hombre? ¿Quieres a alguien?

Por un momento creyó que iba a contestar a su pregunta, luego escuchó:

—Una vez hubo una mujer que poseía una caja y dentro de ella un maravilloso secreto. La mujer era feliz con su tesoro hasta el día que le acometió el deseo de conocer el secreto que la caja tenía encerrado. Luchó

contra su curiosidad, pero al fin ésta fue tan fuerte, que abrió la caja... Ya sabes lo que pasó. En realidad, la pobre Pandora no perdió los pájaros que la misteriosa caja encerraba, sino que perdió la ilusión de poseer un tesoro. Juanito —terminó la chica—, yo nunca te he preguntado nada. Tú me has buscado y yo te acepto tal cual eres. Los ratos que pasamos juntos son buenos. Esto es lo cierto, el verdadero secreto de nuestra amistad.

¡Cuán profundamente le habían herido sus palabras! Juan estaba dispuesto a amarla, y ella hablaba de amistad e incluso del valor de tal amistad. Durante varias semanas dejó de verla. Era mucho mejor así. Había empezado a quererla y se daba perfecta cuenta de que su amor no era viable. No sabía decir a Victoria: «Estoy enamorado de ti como nunca lo estuve hasta ahora. Las mujeres que he conocido no han dejado huella ni rastro en mi vida, me acerqué a ellas sin ilusión y, tan pronto gustadas, me he alejado incluso a veces con mal recuerdo de esos momentos. Tú eres distinta. Personificas lo que todo hombre de mi generación desea poseer. Eres valiente, hermosa, limpia. Hace unos años, una muchacha como tú hubiera caído entre las manos de cualquier bruto con dinero. Por suerte, eso ya ha terminado. Las muchachas de hoy no se avergüenzan del trabajo, y tú eres la prueba de ello. Sin embargo, he de confesar que todo mi amor no es suficiente para vencer la realidad. No puedo casarme contigo. He de subvenir a los gastos de un hogar en donde ya hay una mujer y otro muchacho. Me debo a ellos, y en ese hogar... me doy cuenta de que no hay sitio para ti. Habría de independizarme. Si fuera más listo, más competente, podría mantener dos casas, las dos mías. Soy un poco torpe... No veo el camino y voy a hacerte perder mucho tiempo. Tienes razón, Victoria, el amor no está a mi alcance y he de conformarme con tu amistad. Me duele mucho. Hubiera preferido que fueras más insensata; que me hubieras contestado afirmativamente aunque luego hubiésemos tenido que resignarnos con la realidad. No ha sido así. Eres, tal vez, muy inteligente... pero te falta corazón. Es una verdadera lástima.»

En vez de hablar escribió:

Deseo verte. Quiero que en mi repentino enfado sólo veas una cosa: mi amor por ti. Sé que es difícil amarte y más difícil todavía conseguirte. Pero era hermoso pensar que eso hubiera podido ser.

Cuando se encontraron, le pareció sorprender una ráfaga de alegría en el rostro de la muchacha.

—¿Has pensado en mí?

—Te necesito.

Victoria decía que le necesitaba como si él fuera algo vital en su vida.

—¿Qué represento para ti?

Se sentaron en un banco de la Moncloa. Ni más ni menos que tantas parejas de novios que se sientan para contarse sus cosas, tantas veces repetidas. Existía una relativa soledad que incitaba a la confidencia. Victoria pasó una mano sobre la frente de Juan.

—Vas a comprenderme. He aprendido de ti muchas cosas y cuando estoy a tu lado todo me parece sencillo. No sé cómo expresarme. Yo creo que si te he encontrado, que si hemos llegado a conocernos, es porque hacía mucho tiempo te ansiaba.

—Entonces, me quieres.

—No, Juan. No te quiero. Desearía poder quererte, lo cual es muy distinto. Lo que puedo ofrecerte es tan poco, que por lo mismo nunca te he pedido nada a cambio. Pero necesito tu ingenuidad, tu juventud...

—¿Mi juventud? Soy más viejo que tú.

—Tienes unos pocos años más que yo. Pero yo soy infinitamente más vieja. Llevo dentro de mí la vejez de todos los míos. Tú has nacido hace muy poco tiempo.

Vagamente presentía lo que Victoria quería decir. Se acercaba la hora del regreso. Se levantaron del banco. Estaban el uno frente al otro. La atrajo violentamente hacia sí y se apoderó de sus labios. Hubo un breve forcejeo por parte de ella, luego cedió la resistencia y gustó un beso profundo, tan intenso, que se le subió a la cabeza como si estuviera bebido.

—Es el primer beso de mi vida.

La muchacha le miró con aire de duda, un poco extrañada por la evidente mentira.

—Quiero decir que es el primero que cuenta. Sí, soy tan inexperto como un recién nacido, te lo aseguro.

Los ojos de Victoria seguían con su mirada de reprobación.

—¿A partir de cuándo empiezan a contar los besos?

—A partir del día en que uno los da por amor.

* * *

Desde su encuentro con Victoria, había probado a expresar sus ideas. Escribió primero unos cuentos que, a los pocos días de escritos, de cortos

pasaron a ser tontos. Luego, tras algún tanteo, se lanzó a la aventura de una novela.

Sus cuartillas eran un montón de palabras cuidadosamente alineadas pero a las cuales faltaba lo esencial: el soplo que les diera vida. Lo que quería expresar era bien claro: un adolescente se ve acosado por una idea fija: la de su propio yo. Ese «yo» es tangible mientras el muchacho no piensa. En cuanto el muchacho medita en sí mismo y en lo que le rodea, pierde la noción de su propia personalidad en relación con los otros seres, incluso con los objetos inanimados o con los colores.

Juanito había experimentado esa terrible angustia y deseaba plasmarla. Le parecía que, de lograr su intento, toda duda de su irrealdad desaparecería y que ese mismo sentimiento expresado le ayudaría a él y a otros en su mismo caso. El hecho de ser él, Juan Díaz, y no otra persona, le trastornaba hasta hacerle perder muchas noches de sueño. Lo mismo le sucedía con la visión y expresión de los colores. «Esto que yo llamo azul, porque me han enseñado a llamarle de este modo, ¿no aparecerá rojo (o lo que yo creo rojo) cuando lo contempla otra retina?» ¿No residiría allí todo el secreto de las afinidades o de los disgustos humanos? Él no podría ver nunca con otros ojos que los suyos, pensar con otro cerebro que con el suyo, sentir con otros sentidos que con los suyos, y aquel campo ilimitado le parecía limitadísimo. A veces necesitaba tranquilizarse, huía de la soledad, buscaba algo sólido, alguien que le comprendiera. La inmensidad de la gente era incapaz de comprender el *no ser* de Juan. Y de ello hacía años que estaba sufriendo.

Una de las pocas personas que parecía comprenderle, aun en medio de su sencillez, era su propia madre. Amalia, que tantas veces repitiera aquel «estudia, hijo», era inconscientemente quien le amarraba a la inquietud del saber a ciencia cierta quién era él; quizá porque aquél era su papel en el pequeño escenario de la vida. Amalia se preocupaba todavía del hijo mayor. Solía levantarse por las noches para ver si toda la casa estaba en orden, tranquila. Revisaba la llave del gas y los grifos del agua, regaba las plantas. Cuando veía luz en el cuarto de Juanito, penetraba en él.

—¿No duermes?

—Estoy leyendo.

—Trata de dormir. Mañana estarás cansado y no tendrás las ideas claras para tu trabajo.

—No puedo, madre.

Amalia había pasado muchas noches de insomnio cuando murió el padre de aquellos tres hijos. Tendría que arreglarse en la vida sin el compañero

elegido para ayudarla. Muchas otras noches, durante la guerra, en el período angustioso de la espera y, más tarde, cuando se llevaron a Juan, rezaba durante las horas lentas de la oscuridad. Le parecía el mejor sistema para no perder el ánimo. Dios está pendiente de los que velan. Creía Amalia que durante las frías horas del alba, Dios tiene menos trabajo y forzosamente la escuchaba mejor.

—Yo en tu lugar, rezaría.

Y a Juanito, la forma asequible de la religión de su madre le parecía algo magnífico. Dios formaba parte de aquel hogar. Era el bienhechor a quien se daba las gracias no solamente por los bienes concedidos, sino también por los males que no habían sucedido. Juan Díaz no necesitaba rezar con palabras aprendidas, con oraciones reglamentarias.

—A Dios, hijo, se le puede decir todo. Él lo adivina todo y es el único que puede comprenderlo todo. Por eso también sabe perdonarlo todo.

La idea de un Dios capaz de comprender los más intrincados pensamientos era consoladora. Juanito no tenía ningún motivo para dudar de Él y compaginar su existencia con sus dudas. Su angustia se desvanecía al contacto de su Presencia. Le hubiera gustado *ver*, por un momento tan sólo, con Sus ojos; pensar a través de Su sabiduría; saber con Su ciencia. Intuía que no hay nada casual en este mundo: «Somos nosotros quienes creamos las circunstancias y no las circunstancias quienes nos crean». Lo repetía para sí insistentemente. «Llevamos nosotros, dentro de nosotros mismos, los poderes del bien y del mal. Inconscientemente, cuando nos ocurre algo bueno o algo malo, es que dentro de nosotros hay una llamada.»

El día que tropezó con Victoria Iturbe, deseaba con toda su alma conocer a una mujer. Es decir, ese deseo todavía no estaba formulado, pero se gestaba en sus largos paseos solitarios; en el forzoso regreso al hogar materno; en la intensidad de sus lecturas. ¿Qué sentimiento empujó a Victoria hacia él? Ella no le amaba, bien claro se lo había dicho. Sin embargo, necesitaba su compañía. Por una u otra razón, el deseo de aquel encontronazo también era necesario a la muchacha.

Solamente Dios era capaz de adivinar los secretos impulsos de sus criaturas. Por esta razón Juan hubiera deseado —si bien la idea le parecía irreverente de puro atrevida— pensar con Su mente y juzgar luego, con juicio diáfano, lo que hasta entonces le parecía tan oscuro.

—¿Qué harás mañana, Victoria?

En muchas ocasiones sus preguntas quedaban sin respuesta. Vio que Victoria reflexionaba un momento; luego contestó:

—No me gusta hacer proyectos. No sé nunca lo que voy a hacer los domingos; en general, descanso y hago todo cuanto no he podido poner al día durante la semana. No sé.

—Quisiera salir contigo.

—Bueno.

Fue a buscarla a media mañana y al ver que no llevaba la mantilla en las manos, preguntó:

—¿Has ido ya a misa?

—No.

—Tampoco yo; pensé que podríamos ir juntos.

Del fondo de su bolso la muchacha extrajo un velo y, sonriendo, contestó:

—Vamos a misa. Buena falta nos hace.

Sentía un extraño placer teniéndola tan cerca en la iglesia. Trataba de rezar y no pensar en su compañera. Le era muy difícil. Se sentía por completo alejado de sus dudas y dio gracias a Dios. Era una oración muy corta, muy sencilla, parecida a una sonrisa más que a una frase.

La mañana era clara y aquel día sí que, verdaderamente, los árboles llevaban todos los primeros brotes primaverales.

Juanito la tomó del brazo y despacio fueron hacia los bancos del Retiro. Tenían mil sitios en donde hubieran podido hablar; pero Juan huía de las terrazas, donde no se podía charlar cómodamente. Le gustaba también, de vez en cuando, pasar sus manos sobre el rostro de la muchacha... Mil pequeñeces para las cuales no necesitaban público.

—¿Cómo te imaginas a Dios?

—No sé. Tú me haces pensar en cosas muy lejanas, Juan, y no puedo contestarte sin temor a deformar mis propios sentimientos. Cada cual debe tener un Dios hecho a su medida. Yo creo que el mío se parece mucho a un padre.

—¿Tienes padres?

—Mi padre murió cuando yo era niña. Viajaba mucho y sé que me sentía muy sola...

Sin duda alguna, Victoria no quería prolongar la conversación. Le mostró, para distraerla, las primeras flores del jardín.

—Son rojas —dijo Juan, tratando de despertar en su amiga el recuerdo de la primera salida.

Adoptó ella un aire de duda.

—No, Juan. No todas. Fíjate bien y verás cómo hay flores azules y blancas y de todos los colores.

La pregunta de siempre acudió a los labios de Juanito.

—Dime: ¿crees que lo que tú y yo llamamos azul se presenta con el mismo color a todas las retinas?

Viky no le comprendió.

Tal vez Viky no le comprendiera, pero su influencia se transparentaba, y lo que hasta entonces parecía imposible, fue factible e incluso fácil.

Juanito tenía la prueba en las mismas manos. Las páginas, que antes eran un simple amasijo de palabras, se sometían. Iba naciendo el libro. La forma inicial del mismo, hasta entonces enteramente abstracta como un formulario, había perdido su rigidez y tenía ahora el cálido aliento de lo vivo. Su protagonista, el muchacho de diecisiete años, iba creciendo. Le hubiera sido imposible explicar su temática si alguien hubiera querido indagarla. Juan no tenía el menor método para escribir. Todo cuanto había dormido en él, sin forma y sin nombre, venía a su espíritu y quedaba plasmado bajo sus dedos. «Igual que una escultura —pensaba—, con la única y terrible diferencia de que el escultor da por terminado su trabajo en cuanto su obra adquiere los contornos precisos. El libro es igual que la escultura más el espíritu dentro del contorno.» Le sorprendía el hecho de ponerse a escribir sin saber a ciencia cierta lo que escribía. El teclear de la máquina acompañaba sus pensamientos, y era como si una voz amiga le estuvieran dictando, palabra por palabra, la narración. Seguía adelante, no como él hubiera querido, sino como la «voz» quería. Sus personajes, las situaciones se le iban adelantando, escapándose incluso de su tutela, como hijos rebeldes o revoltosos que hicieran de las suyas, sin pedirle permiso.

Al día siguiente, lo releía. A veces incluso llegaba a reírse de lo que él mismo había escrito y sabía que era una inmensa mentira. Llegó otras veces a emocionarse y le causaba cierta desazón el sentirse ganado por unas frases que habían surgido al azar y que resultaban capaces de humedecerle los ojos. «Estoy bueno», se decía. Y le acometía un poco de vergüenza, algo así como si lo que estaba haciendo no fuera del todo honrado.

—¿Qué te parece, madre?

Amalia solía estar zurciendo alguna prenda o pelando patatas cuando su hijo le hacía tales preguntas.

—Vas bien, hijo. Me haces llorar.

Amalia se secaba los ojos o soltaba una carcajada.

—Eres incapaz de decirme la verdad. No puedes saber si lo que escribo es bueno o malo. Tú no comprendes...

«La inmensa soledad del que escribe; las palabras, sus únicas amigas; las cuartillas, el oído atento que escucha sin incomodarse... ¿Es ése forzosamente el destino del escritor?» Juanito se lo preguntaba durante los últimos tiempos, cuando tanta falta le hacía hablar con alguien de lo que le preocupaba y veía que después de unos instantes de educada atención, la gente se cansaba de escucharle. Sus ideas, lo que él consideraba descubrimientos, no interesaban absolutamente a nadie. Incluso los que hasta entonces él consideraba como más afines, le aconsejaban que dejara aquello. «Es inútil intentar extraer de la vida más de lo que ésta puede dar», decían. «El hombre sencillo, que se conforma con placeres sencillos, con las mil cosas sencillas que sencillamente acontecen, es indudablemente el más feliz.» Los placeres sencillos, las cosas sencillas... le parecían sencillamente estúpidas. «No interesa saber que Fulano de Tal se levanta todas las mañanas a tal hora, va al despacho, gana lo suficiente para mantener un hogar y duerme sin necesidad de barbitúricos. El mismo Fulano empieza a ser interesante cuando el despertador no suena a la hora habitual y él llega tarde al despacho, gana poco dinero, tiene insomnio... y piensa durante las horas en que los demás están roncando.»

Precisamente lo que él estaba haciendo. Le gustó aquel nexo entre ficción y realidad. Y supo que su libro sería un libro sincero.

El libro iba creciendo. Lo que había empezado como un hilillo de agua escondido entre las piedras, tomaba incremento, tenía su cauce y serpenteaba libremente por el valle. Le parecía imposible que no hubiera obstáculo capaz de detenerle. Todo cuanto había aprendido o intuía, aflucía por las vertientes aumentando el caudal. Ignoraba todavía el desenlace. Pero ya no sentía la menor duda. Lo maravilloso había sido aquella primera gota, escondida entre las piedras. Le hubiera gustado hablar a Viky de aquel libro, pero no se atrevía. «Si sale, si algún día veo mi nombre impreso en letras de molde, entonces...»

«Entonces —creía— todo será diferente. Todo cuanto sucede es perfectamente comprensible. Mi admiración por Victoria es superior a la que ella pueda sentir hacia mí. Si ella pudiera sentir lo que yo siento, seríamos dos seres perfectamente iguales. Después de este libro vendría otro, otro luego, así interminablemente. No habría ninguna razón que impidiera nuestro amor. Pero este primer libro he de silenciarlo. Será mi ofrenda.»

Guardaba celosamente su secreto, pero éste se transparentaba a veces, del mismo modo que el nombre de Victoria acudía frecuentemente a sus labios

cuando hablaba con su madre o con sus amigos.

—¿Lees mucho, Victoria?

—Sí, bastante. ¿Por qué me lo preguntas?

La tarde era calurosa. Viky y Juan estaban en la terraza del pequeño ático. Esperaban que el atardecer trajera un poco de humedad. Las horas soleadas de Madrid dejaban mustias las plantas y secas las gargantas de la gente.

—Te traeré una cerveza.

Le daba igual. Tenía una sed enorme, pero le daba igual beber o aguantar su sed. En cambio, el hecho de que una mujer como Viky se preocupara de él, se levantara, le ofreciera mitigar su sed... le aturdí como una caricia. El suave cuerpo de la muchacha, inclinándose graciosamente para buscar los vasos, la bandeja... La contemplaba una y otra vez y volvía a él la angustiada sensación del *no ser*, pues aquella amistad, que se conservaba en los límites estrictos de una buena camaradería, le parecía irreal. No era verdad, no podía ser verdad que él, Juanito Díaz, estuviera cómodamente sentado en una terraza al lado de una mujer tan hermosa como Victoria, que esa mujer le escuchara, que se sintiera evidentemente feliz a su lado. ¡Ah! Pero sin amarle. Se lo había dicho bien claro. Y una punzada dolorosa le quemaba dentro del cuerpo hurgando en su amor propio. La sensación casi física le volvía a la realidad. Era bueno pensar que Victoria *no le quería*. Así se recobraba y podía gozar esas horas. Le debería siempre esas horas de realidad. Y el libro. La ordenación de las palabras había sido también obra inconsciente de Victoria. Ella había hecho brotar agua de la peña... pero no se lo diría. No, todavía.

—¿Qué es lo que te gusta en un libro, Victoria?

—Encontrarme.

—Eso se llama narcisismo.

—No me has comprendido. Me gusta hallar en un libro la solución de cuanto me preocupa, o bien, si prefieres, la ratificación de cuanto me ocupa.

—¿Lo has encontrado a menudo?

—Es raro.

Se levantó y fue a ojear en la estantería que le servía de biblioteca. En un sitio de honor vio una gran cantidad de cuentos infantiles. Libros cien veces leídos, muy cuidadosamente encuadernados.

—¿Lees cuentos de hadas?

—Sí.

Sin ninguna clase de separación, volúmenes de poesía. Poetas franceses, ingleses; poesía española.

—¿También te gustan los poetas?

—Deja mis libros. Sí, me gusta la poesía.

Libros que indicaban ya una gran cultura o capacidad de comprensión. Filósofos, teólogos...

—¿Todo esto has leído?

—¿Y tú?

—Yo también he leído mucho. A veces a la fuerza, palabra por palabra. ¿Te das cuenta de lo horrible que es leer con cuentagotas?

—No me ha ocurrido nunca.

Se despedían siempre antes de las diez de la noche y Juanito corría para no llegar a su casa demasiado tarde. Le esperaba la cena en la mesa y la mirada acogedora de Amalia.

—Perdona, madre, he tenido...

—A Victoria —terminaba la madre llenando su plato de sopa.

La mujer hubiera dicho: «Tráela un día, hijo, para que yo vea a esa mujer de quien andas enamorado. No tengo miedo de ella, pues siempre fuiste inteligente y no puedes haber escogido una mala mujer». Se callaba y mientras las cucharadas calientes iban deslizándose garganta abajo, Amalia continuaba a solas: «Espera, hijo, un año más y tu hermano podrá reemplazarte. Bastante hiciste por mí y es natural que ahora empieces a vivir. Ten paciencia, Juan... Todo en la vida acaba por ceder ante la paciencia».

—¿Cómo lo sabes madre?

Amalia no sabía. Amalia, sin embargo, adivinaba todo cuanto pudiera suceder a los suyos. Los hijos, sus tres hijos, eran tres pedazos de ella misma y cuanto pudiera ocurrirles, bueno o malo, ella lo sentía en su propia carne. ¿Cómo sabe una madre que su hijo está amando? ¡Pobre Juanito! Siempre le había gustado ir lo mejor arreglado posible, pero de un tiempo a esta parte, Amalia lavaba y planchaba más ropas que nunca. Veía también la cara del hijo brillar con una expresión que hasta entonces no había visto y hasta le parecía que aquel hijo estaba volviéndose cada día más inteligente y más guapo.

—Podría venir de dar una vuelta. Podría haber estado con unos amigos... ¡Qué sé yo! Podrías equivocarte.

—Podría..., pero no me equivoco.

Terminada la cena se daba prisa por quitar la mesa para que Juan pudiera emprender su trabajo.

Y Juanito quedaba unos instantes suspenso ante aquella primitiva intuición de su madre. Encerraba su rostro entre las dos manos.

—¿En qué piensas, Juanito?

—A veces pienso que cuanto más se sabe, más lejos está el ser humano de la seguridad, de la verdad.

—Tonterías.

La verdad estaba allí, entre sus manos. La acariciaba suavemente como si aquellas cuartillas fueran las primeras cuartillas que viera en su vida. El libro estaba terminado y todavía le temblaban las puntas de los dedos con invisibles pulsaciones. El libro estaba hecho y en su mente todavía quedaban palabras nuevas. El libro había nacido y dentro de él sentía que un nuevo libro germinaba. El libro se escapaba de sus manos y sus manos estaban más llenas que nunca.

Aquella tarde tenía que ver a Victoria.

—Vamos. Quiero andar un rato. No puedo estar sentado.

—Hace un calor achicharrante.

—No, no hace calor ni frío. Mira, Victoria, hoy no hace nada. No hace ni sol ni sombra, hoy no hace viento ni hay humedad... Porque hoy es un día distinto de todos los demás días y quiero pasear contigo hasta que sienta alguna de esas sensaciones que hacen de los demás días días corrientes.

La muchacha se lo quedó mirando.

—No he bebido, te lo aseguro. No tengo sed ni hambre. Hoy, Victoria, siento que tengo alas, como los ángeles.

—Pues yo tengo pies, como todo ser humano, y me pregunto hasta dónde podré acompañarte.

—Te llevaré en mis brazos. Sí, Victoria. Hoy soy alto, fuerte, y si quieres soy también rubio y me llamo Atanasio.

—Estás chiflado.

—Sí, querida. De acuerdo con eso, pero si supieras lo magnífico que es estar un poco chiflado de vez en cuando...

Le agradaba ver comprensión en el rostro de Victoria. La tomó del brazo mientras exclamaba:

—Hoy soy como un río caudaloso y tú eres un barquito muy frágil dentro de mi cauce. Te llevaré de acá para allá y serás incapaz de volverte atrás. Eres un barquito en mis aguas tumultuosas. Victoria, ¿me quieres?

—Me parece que no.

Rió como si la respuesta de la muchacha fuera justamente la prevista.

—¿Te das cuenta que ya no dices «no» a secas? Ese «me parece» es el comienzo de un nuevo día.

No quería decirle la verdad. El libro estaba acabado, pero empezaban otros escollos. ¿Se lo editarían? Hacía un calor insoportable y Juan se daba cuenta de ello precisamente entonces. Mil frases corteses y negativas acudían a su imaginación. Frases que él había escuchado mil veces dirigidas a otros en su caso: «Su libro, señor, es muy interesante, pero nuestra Editorial tiene en estos momentos más material literario del que normalmente puede absorber. Le daré una tarjeta para la Editorial Z; es un buen amigo mío». La Editorial Z recibía el original y tras haberlo guardado cuidadosamente tres semanas, convocaba al escritor: «Una obra escrita con gran talento. Lástima que éste no sea nuestro género. Nosotros más bien publicamos *esto, o lo otro*». *Esto o lo otro* no coincidían jamás con el contenido del libro por publicar.

—Tenías razón, Victoria. Regresemos, hace mucho calor.

—Pero si precisamente empieza a refrescar...

Tuvo un escalofrío.

—Eso quiero decirte. Creo que me he enfriado.

Estaban lejos de todo el mundo. Ella se detuvo un momento y le miró largamente. Puso las dos manos sobre la frente del hombre y las fue bajando hasta sus mejillas. Le besó brevemente en los labios. Él no correspondió a la caricia. Sentía unas tremendas ganas de gritar, de decírselo todo. La tomó en sus brazos, estrechando contra su cuerpo el cuerpo de la muchacha. Latía el corazón tan desordenadamente, que acudió a su memoria el recuerdo del pájaro.

—No temas, querida. Estoy un poco... cansado. Quisiera... No sé lo que quisiera.

* * *

Las largas esperas en el recibidor de las editoriales iban acabando con sus últimas reservas de paciencia. No se atrevía a hablar de ello ni siquiera a su madre. Después de tres negativas, empezaron sus dudas. ¿Sería buena su obra? Aunque había leído mucho, tal vez su sentido crítico fallara cuando juzgaba lo suyo. Una ceguera parecida a la de esos padres que siempre creen que sus hijos son hermosos aunque sean atrozmente feos o mal conformados. Sabía que no podría soportar otro desaire y optó por enviar el original fuera de Madrid, a una de las editoriales de Barcelona. Esperaba la respuesta mientras el otoño arrancaba las hojas de los árboles y el aire se tornaba frío y desapacible.

Su estado de ánimo debía de traslucirse, evidentemente. Juanito Díaz, que hasta entonces había sido un muchacho del montón, amable y modesto, sentía

crecer la aspereza de aquellos meses de impaciencia. Sus amigos le reprochaban cierta irritabilidad; Viky parecía menos feliz.

Tal vez si le dijera... Tal vez si le hablara... Tal vez si le dejara leer... ¿Sabría ella el valor positivo de lo escrito?

Amalia le esperaba a la puerta de la casa.

—Carta de Barcelona, hijo. ¡Ah! Y un gran sobre que también han dejado para ti.

Le temblaban las piernas al subir la escalera. Maldijo aquellos sucios escalones por los cuales tantas veces había resbalado. Los subía de cuatro en cuatro, temeroso de encontrar arriba un nuevo desengaño. ¿Por qué el gran sobre? Seguramente el original devuelto y una carta amable acompañando sus cuartillas diciendo: etc., etc...

No. La carta iba sola. El sobre... el sobre lo abriría luego.

—Dime, Juanito.

Le acometió una alegría loca, desmesurada. Tomó a su madre por la cintura y la zarandeo, besándola. Luego le leyó la carta. Su obra interesaba. Convenía discutir las condiciones. La Editorial le daba una dirección, el nombre del representante en Madrid. Juan debía ponerse en contacto con él inmediatamente.

—Ahora podré decírselo a Victoria.

—¿No le dijiste nada?

—No. Tenía miedo. Victoria representa mucho para mí, madre, y no quería desmerecer ante ella.

Miró el reloj. Eran las ocho de la tarde. Si se daba prisa, todavía podía dar la sorpresa a la muchacha. Nunca lo había hecho, pero aquélla era una ocasión fuera de lo corriente.

—Voy a decírselo.

—¿Y el sobre?

¡Ah sí! Olvidaba el sobre. ¿Qué podría contener aquel sobre? Lo rasgó con manos nerviosas.

Páginas y más páginas. Páginas palpitantes de ternura. Páginas que chorreaban desilusión y tristeza. Páginas escritas con hiel y con odio. Páginas desnudas, crudas como la luz hiriente del mediodía. Sobre aquel montón que tenía desparramado ante él, la carta de Viky.

No podía decírtelo. No quiero ver en tus ojos, tus ojos que siempre me miraron con respeto, con amor, la niebla del desencanto. Escucha, amigo, y, si puedes, trata de perdonarme.

¡Qué cómodo le parecía ese perdón! Igual que los niños pequeños que juntan sus manos con la sola idea de volver de nuevo a sus juegos. Igual que los hipócritas que se golpean el pecho y pecan siempre con el mismo pecado ¡Perdón!...

... cuando recibas mi carta estaré lejos de Madrid. Me marchó por tiempo indefinido y creo que es mucho mejor así. Pero quiero que sepas una cosa. Gracias por haberte conocido. Gracias, Juan. Gracias...

Le daba las gracias. ¿De qué? No había hecho nada por ella. La había amado mucho, con un amor estéril y poco viable. Gracias por nada.

No te he dado nada. Hubiera sido fácil para mí, Juan. Fácil porque seguramente debo considerarme como una mujer fácil. Lo que hubieras recibido en ese sentido, bien poco me hubiera costado, menos hubiera valido. No lo quise. Quería a toda costa guardar ese aspecto maravilloso del amor. Quería escucharte, aprender. Tú me has enseñado algo que yo, a tientas, buscaba: los culpables. Los culpables, ahora lo sé, somos nosotros mismos. Mientras no lo supe, me fue muy cómodo echar las culpas a otros y odiar. ¿Te acuerdas de aquel día...?

Podía acordarse de cada una de las entrevistas que había tenido con Victoria. ¿Por qué no le había hablado antes? «¿Por qué no lo hiciste, Victoria? Yo te habría ayudado, yo puedo comprender, porque he visto muchas cosas sucias y sórdidas a mi alrededor. La verdad no me hubiera asustado ni mucho menos ahuyentado de ti.»

... ya sé lo que piensas. Crees que hubieras podido olvidar, perdonarlo todo. Crees todavía en la duración eterna del amor. Perdóname, Juan, pero yo no creo en eso... no. Me he reído de ese amor burgués, amor que va por casa en zapatillas, que está pendiente de embarazos y que naufraga lentamente sin que nadie pueda decir cuándo y cómo empezó la avería. Mi aventura ha sido brillante, luminosa... hasta el día que tú irrumpiste en mi vida. Poco a poco empecé a sentir que algo, hasta entonces desconocido, se rebelaba ante mi complacencia.

Eché de menos los hijos que no he tenido. Una vida limpia. Alguien que me viera envejecer; mejor dicho, alguien que observara que los años iban pasando para mí al par que para él.

¡Cielos Santos! La buscaría, revolvería el mundo para decirle: «Vuelve, Victoria, vuelve. Tenemos muchas cosas de que hablar. Tus cuartillas me dicen mucho, pero no lo dicen todo. ¿No comprendes que el papel no puede nunca decirlo todo? Hay siempre algo que queda sin expresar. La luz de unos ojos. El acento de la voz. El calor de las manos. Hay algo que no podemos nunca traspasar al papel, Victoria, y ese algo sería seguramente lo que podría unirnos. ¿Por qué te empeñas, por qué te has empeñado siempre en buscar lo que puede separarnos?»

... desde Portugal iré a los Estados Unidos. No huyo de nadie. Voy allí por mi propia voluntad aprovechando lo que en este instante me brindan las circunstancias. Voy allí sin idea fija. Será el comienzo de una nueva vida, en un nuevo ambiente. Si encuentro alguien que me acepte tal cual soy, seré la primera en aceptarle. Eso no podría hacerlo contigo. Tú hiciste de mí una idea y te sería muy duro tener que aceptarme tal como soy. Tan sólo han mediado unos pocos años. Ha sido como un desencaje en nuestras vidas, que ha hecho que siempre hayamos vivido el uno antes que el otro, sin poder coincidir jamás. Si volviera...

¿Por qué había ido allí? Bien sabía que no encontraría a Viky, pero quería imaginar los últimos momentos de la muchacha. Sus cuartillas, las de ella, quedaban ordenadas y las releería poco a poco, cuando su mente estuviera tranquila y el perdón que salía de sus labios apaciguara por completo su corazón. La carta la llevaba en sus manos. La había estado leyendo por las calles de Madrid, sentado en el banco del Retiro... Ahora la leía en el aeródromo. Las primeras luces del día hacían palidecer las estrellas. Y Juanito sintió todo el frío del invierno calársele en los huesos.

La gente esperaba sentada a que el altavoz diera señal para que dejaran el edificio y tomaran el avión de Portugal. Era curioso. Las caras, desencajadas, soñolientas, tenían una expresión expectante. «Una nota de esperanza», pensó. En los butacones del aeropuerto, la gente esperaba. Hombres de negocios en su mayoría... la clásica cartera los denunciaba. Matrimonios.

Una pareja de recién casados. ¿Estarían casados? Sí, tenían ese aspecto, pese a su innegable juventud. Una muchacha sola. Juanito se quedó contemplándola. No era que se pareciera a Viky, pero seguramente repetiría sus gestos, nadie la ayudaría. Y así su soledad sería la vieja soledad de los que huyen.

Los altavoces empezaron a dar instrucciones y los viajeros se dirigieron al campo. Los focos de luz iluminaban el avión. Uno tras otro, desaparecieron los viajeros... Los motores se pusieron en marcha y el aparato dio una larga vuelta sobre las ruedas antes de despegar.

Luego se alzó poco a poco, gris en las horas grises. Juanito Díaz repasó las últimas líneas de la carta.

... no me extiende más porque todo cuanto pueda haber pensado, sentido o hecho en mi vida, lo encontrarás en mis cuartillas. Léelas detenidamente y... gracias, Juan, por haberte conocido.

VICTORIA ITURBE

Todo cuanto quiero decir me parece muy lejano. El tiempo se ha alejado de mí y yo lo estoy reteniendo ahora. Antes no pude hacerlo.

Los chiquillos viven muy solos, siempre en el presente, en un mundo sin recuerdos. Hoy me acerco al tiempo pasado y empiezo por la casa del Arenal.

MI PADRE es Julián. Julián Iturbe. Mi madre es Elvira.

La casa del Arenal tenía un mirador con cristales de distintos colores.

Los días de lluvia, esos días en los cuales los niños se quedan en casa y no pueden ir a jugar en los jardines, la lluvia chorroa tras los cristales. Mirando a través de ellos, la lluvia parece verde si se mira a través de cristal verde. El Arenal a través del cristal rojo parece un incendio. Cuando se mira a través del cristal amarillo, hace sol. Hace sol, aunque llueva, cuando se mira a través del cristal amarillo.

Cuando Julián se marchaba...

Julián tiene negocios y se ausenta a menudo durante semanas y semanas que a mí me parecen años y años. La abuela Milagros, que vive en Madrid, viene a casa. Es la madre de Elvira. Elvira es mi madre, como he dicho antes. La abuela Milagros lleva gafas y detrás de los cristales de esas gafas sus ojos parecen enormes. También tiene un bastón. Pam, pam, pam... la abuela Milagros va siempre con acompañamiento. Dice que no ve muy claro y no deja el bastón ni siquiera en el piso.

La abuela Inés no tiene gafas ni bastón. Tiene una casita en las Arenas y un perro, y es la madre de Julián.

Los viajes de Julián empezaban siempre con una pregunta:

—Viky, ¿qué quieres que te traiga?

Lo que más me gusta es descubrir bajo las piedras unos sapitos chiquitines que recojo y guardo cuidadosamente en mi habitación. Mamá —la llamaré Elvira, ya que le digo Julián a papá— me regaña. Regaña también a Felisa, nuestra chica, y dice que eso de recoger sapitos es una suciedad, que los sapitos son feos.

A mí, los sapitos me parecen muy bonitos.

La abuela Inés tiene un estanque. En el estanque, sobre una hoja que flotaba, descubrí una rana. Julián me dijo que era una rana. Era más voluminosa que los sapitos, pero tenía un color verde precioso.

—Viky, ¿qué quieres que te traiga?

Lo mejor sería pedir una ranita, igual de tamaño que los pequeños sapos encontrados bajo las piedras, pero verde. Verde del todo.

—Quiero una ranita así.

Mostré a Julián la uña de mi pulgar.

Desde Hamburgo recibí la postal. Decía: «Mi cariño. Imposible encontrar lo que me pides. Sólo he visto unos sapazos gordos como conejos, que no te gustarían nada. Te llevaré una sorpresa. Un beso grande, grandísimo, de tu Papá».

No sabía leer todavía y la carta la leyó Elvira...

Es raro oír en labios de Elvira las frases de Julián. Elvira no dice nada como Julián. Elvira no sabe decir lo mismo que Julián. Elvira me llama «Victoria», «hija» y cuando habla de la abuela Milagros dice siempre «mi pobre madre».

No creo que la abuela Milagros sea pobre. Aunque tal vez lo diga por lo del bastón.

A Julián no le gustaban los albañiles.

Dice que lo ponen todo perdido y que, además, les apestan las alpargatas. Elvira aprovecha las ausencias de Julián para ajustar las baldosas de la cocina o los azulejos del cuarto de baño. No comprendo en esto a Julián. Creo que, cuando sea mayor, si me dejan escoger un oficio, seré albañil. Mezclar en la artesa cal, arena y agua me parece algo muy divertido. Los albañiles cantan y echan la mezcla con puntería, acertando siempre el sitio de la baldosa que han de volver a ajustar.

Elvira charla con la abuela Milagros. La abuela no tiene buenos los ojos y habla mientras Elvira cose o hace puntilla. El otro día me acabó unos pantaloncitos blancos.

Elvira compra retales y luego hace tapetes o cosas por el estilo. A veces se trata de fines de pieza y hay letras o la marca del fabricante impresa en oro. Los pantaloncitos del otro día tenían precisamente en la parte trasera un gran sol de purpurina con el nombre del fabricante. Elvira iba a darlos a lavar, pero yo le pedí que me los dejara llevar por un día.

—Como llueve y no vas a salir...

Felisa me viste por las mañanas. Quise mirar los pantaloncitos en el espejo. El sol quedaba justo en medio y resultaba muy bonito. Los albañiles arreglaban la cocina.

Pensé que les gustaría ver mis pantalones nuevos. Entré en la cocina, me agaché un poco y me subí el delantal. Les hizo mucha gracia. Se reían tanto, que me quedé un momento agachada para que pudieran ver el efecto de aquel sol de oro. Elvira y abuela Milagros entraron en la cocina al oír las risas de los albañiles. Entre las dos me sacaron de allí y la abuela Milagros me enseñó su bastón y dijo que merecía un azote.

—Eres una indecente. ¡Enseñar «eso» a los hombres!

Enseñar un sol de oro a los hombres es una indecencia.

Cuando Julián regresa de viaje, se marcha la abuela a Madrid. Julián me dice: «Un día, chiquita, vendrás conmigo. Tomaremos el barco e iremos tocando en los más importantes puertos del mundo. Quiero decir de la costa del norte. ¿Comprendes?»

La costa del norte o el mundo no tienen diferencia para mí.

—¿Cómo es el mundo, papá?

Julián detesta las cosas precisas. Es más, creo que nunca vio las cosas como las ven la demás gente. Cuando Julián describe, sigue su propia visión y fantasía:

—Vimos una ballena en aguas noruegas.

Aguas noruegas. Creí aquel día que me hablaba de un estanque como el de abuela Inés. *Aguas noruegas* era un bonito decir, y a Julián le gusta decir cosas bonitas.

—¿Cómo era?

—Grande, enorme. Larga como una locomotora y tres vagones. Echaba chorros de agua por las ventanas de la nariz. Un surtidor estupendo. El mar estaba tranquilo y los chorros de agua de la ballena parecían un surtidor de colorines.

—¡Julián!

Papá se calla. Cuando Elvira dice «Julián», papá se calla. Cuando Elvira se marcha de la habitación, yo me acerco a Julián.

—Vuelve a contar lo del surtidor.

—Creo que el agua tenía mil colorines, pero puedo equivocarme.

Papá no se equivoca. Cuando miro la lluvia tras los cristales del mirador, el agua tiene mil colorines.

En el piso de abajo vivían los Ochoa.

Son muchos hermanos. Todos chicas menos el menor, que es mayor que yo. Fuimos a la fiesta que dieron cuando hizo la Primera Comunión y desde entonces nos visitamos. Un día pregunté a Elvira, delante de Aurora Ochoa, por qué no tenía hermanos.

—Las niñas se callan, Victoria.

Aurora reía. «Esta Victoria —dijo— es igual que Iturbe.»

Al llegar a casa me miré al espejo. Papá lleva bigotes y es muy alto. Hube de encaramarme a una silla para verme en el espejo de la cómoda. No tenía bigotes.

—Victoria, no te mires al espejo. La vanidad, hija, es un pecado muy feo.

—¿Qué es vanidad?

—Mirarse al espejo.

Mirarse al espejo es un pecado.

Abuela Inés tenía unas manos muy largas.

Julián dice que las manos de su madre son preciosas. Dice también que ella lo sabe y que, por lo mismo, lleva siempre todas sus sortijas.

Cuando abuela Inés se quita las sortijas, es como si le hubieran quitado el vestido de sus manos. Voy a su casa una vez por semana, me acompaña Felisa y por ahora es el viaje más largo que he hecho en mi vida.

Cuando sea mayor iré con Julián y tocaremos en todos los puertos de la costa del norte. No tengo la menor idea de por qué ha de tocarse en los puertos. En las Arenas, y cuando hace buen día, abuela Inés me lleva a la playa. Toco la arena. La abuela se sienta, dentro de una silla de paja, en donde no le dé el sol y hace estrellas de *frivolité*. Julián dice que la abuela Inés hace ir y venir la lanzadera de concha para que la gente le vea las manos. Las estrellas le salen blancas como la espuma de las olas. Hace algún tiempo, le pedí que me enseñara a manejar la lanzadera. Quería hacer estrellas. La lanzadera no corre entre mis dedos. Se me cayó al suelo y luego el hilo salía muy sobado. Después de muchas penas y de oír a la abuela decir que mi

estrella salía estrangulada, contemplé mi obra. Una pobre estrellita gris, pequeña y sucia, que en nada se parecía a las de abuela Inés.

Lo mismo sucedió con el buñuelo. Los buñuelos de viento que me dan en casa de la abuela son dorados y huecos. El día que fui a la cocina para probar suerte, el mío salió muy negrito y plano como una torta.

Los hombres que limpian las vías del tranvía parecen divertirse mucho. Empujan un palo con una pequeña paleta que entra justo en el riel y van andando tras ese palo. Cuando Felisa me acompaña a las monjas, vemos a alguno de ellos. Casi siempre silban. Los hombres cantan o silban. Julián también canta mientras se afeita y cuando está en la ducha. Canta mientras se lava los dientes y la canción queda entrecortada por el cepillo o las gárgaras.

*Ich liebe grruurruuuu dich
Du mein grruurruuu gedanke.*

Julián canta cosas que nadie comprende.

Yo tenía un vicio.

Es una cosa muy fea y que no deben hacer las niñas bien educadas. Me como las uñas. No sé cómo he empezado a tener ese vicio, ni tampoco me acuerdo del día que me di cuenta de que una uña puede comerse. Elvira me pone guantes para dormir, pues dice que tendré unos dedos roídos cuando sea mayor. Los guantes estaban agujereados por la mañana. Me comí el guante, pues debajo del guante había una uña.

Elvira ha ido a la farmacia a comprar algo asqueroso que se llama acíbar. Me ha llenado las uñas con esa horrible cosa. Me he tragado el acíbar porque detrás del acíbar había una uña. Quisiera obedecer a Elvira, pues sé que le estoy dando muchos disgustos. Abuela Milagros dice que estoy dando muchos disgustos a Elvira. No sé cómo hacer para no tener ese vicio.

—No te comas las uñas, Victoria. ¡Qué vicio más feo!

Tenía siete años y nos estaban preparando para la Primera Comuni3n.

Tenemos clases de religi3n todos los días. Ayer nos hablaron del demonio. Hoy nos han hablado de los pecados que podemos cometer, puesto que ya tenemos uso de raz3n. Antes de tener uso de raz3n, los pecados no cuentan.

El pecado es una acci3n fea. Algo que desagrade a Dios. Pero puede perdonarse con la confesi3n. A la repetici3n del pecado se le llama vicio.

Yo tengo un vicio muy feo. Me como las uñas.

Mañana confesaremos todas, por primera vez en nuestra vida. Hemos de decirlo todo por feo que sea. Ser sinceras.

Comerse las uñas no es un vicio. Me lo ha dicho el confesor y el confesor entiende más que nadie en este asunto. Se lo dije sinceramente:

—Padre, soy perezosa, dicen que soy desobediente, vanidosa, indecente y además...

—Dime, pequeña.

—Tengo un vicio, padre. Un vicio muy feo.

Tenía la nariz pegada a la rejilla del confesonario y estaba tiritando de vergüenza. El sacerdote inclinaba su oído hacia mí.

—Padre, tengo el vicio de comerme las uñas.

Se le escapó un sonido raro de la garganta. Yo creo que fue una carcajada, pero luego vi que estaba acatarrado, pues tosió muy fuerte dos o tres veces.

—Comerse las uñas es una cosa sucia, malsana incluso, pero no es pecado. No siendo pecado, no puede ser vicio.

—¿Puedo decírselo a la abuela Milagros, padre?

Otra vez le entró la carraspera.

—Mira, chiquita. Hay personas que confunden una mala costumbre con un vicio. No es lo mismo, ¿comprendes? Comiéndote las uñas te perjudicas a ti, pero no ofendes a Dios. Desobedeces, eso sí, a tu madre o a tus superiores.

Pese a lo que diga la abuela Milagros, comerse las uñas no es un vicio.

Julián estaba otra vez en casa y abuela Milagros se había ido a Madrid.

Mientras Julián no está en casa, la abuela le roba el sitio en la cama grande. Cuando Julián está en casa, yo puedo ir a la cama grande los domingos por la mañana. Julián me grita:

—¡Viky! ¡Tesoro! Ven a darme un beso.

La cara de Julián pica un poco por las mañanas, pero no importa. El domingo pasado se nos derramó el café con leche. Julián se reía mucho, pues mi camisón estaba hecho una sopa, y al levantarme descubrimos una tostada debajo de mi espalda. Elvira dijo que había que limpiar el colchón y que Dios sabe lo que pensarían los vecinos al ver el colchón de la cama grande puesto a secar. Era un día de mucho sol.

—Hemos sido malos, Viky, y, por consiguiente, debemos hacernos perdonar por tu madre.

Julián y yo salíamos de paseo los domingos por la mañana.

Elvira va a misa de ocho, por eso Julián y yo echamos el café con leche por la cama. Nosotros vamos a Misa Mayor y luego a pasear un poco cuando hace buen tiempo.

Me gusta la Misa cantada de los domingos cuando Julián está en casa. Hay más luz en la parroquia y el coro canta. Julián también canta, bajito, para que no se le oiga demasiado. No le entiendo.

Et in terra pax...

Julián permanece de rodillas casi todo el tiempo; le he preguntado si le gusta estar de rodillas todo el tiempo.

—No, hijita. Precisamente porque no me gusta, estoy de rodillas.

—¿Por qué estás tan serio?

—Es la casa de Dios, ¿comprendes? Lo menos que se puede hacer en la casa de Dios es estar serio.

Salimos de misa.

—¿Dios se queda siempre en casa, papá?

Julián, a veces, hace ver que no me oye. Otras veces busca mucho una contestación.

—No lo creas, Viky. Dios está fuera y dentro de Su casa. Eso es lo que debiéramos pensar siempre.

Antes de regresar compramos un postre. Hoy, además, hemos comprado unos capullos de rosa... por lo del café con leche.

Hay flores que se abren. Las rosas empiezan en unos capullos apretados, ceñidos por su estuche verde. Al día de estar en casa, son más bonitas. Llega un momento en que pueden contarse los pétalos, pues éstos se han separado el uno del otro y el cuarto se llena de perfume. Un día más, y a la menor sacudida el pétalo cae. Es un ruido blando. Uno tras otro, los pétalos se desprenden del tallo y caen. El tallo sigue erguido.

Hay flores que no se abren. Hay rosas que se marchitan antes de esparcir su aroma. Hay capullos que inclinan la cabeza y no se vuelven nunca rosas. Hay flores que se mueren antes de haber dado su vida. El capullo flácido que inclina su cabeza antes de perder sus hojas, es una flor triste.

Julián, antes de comprar rosas, pregunta siempre si se abren o si mueren en capullo.

La ventana de la cocina está encima del fregadero. Felisa hace el sábado limpieza general en la cocina. Cuando le toca el turno a la ventana, Felisa se encarama por la escalera.

Mientras Felisa busca la gamuza, he trepado hasta el último peldaño de la escalera. Puedo ver en la ventana de abajo a Aurora Ochoa y a sus hijas. Aurora ríe. Una de sus hijas la tiene abrazada por la cintura y otra la besa. Aurora ríe, digo, ríe y besa a la hija que la agarra por la cintura, y a la otra. Yo me río con ellas. Me han visto y han continuado besándose. Felisa viene a limpiar los cristales y bajo de la escalera.

He buscado a Elvira para agarrarme a su cintura y besarla. Se ha inclinado y me ha besado en la frente. Es muy distinta de Aurora y sus hijas.

—¡Papá! —he dicho—. Aurora y sus hijas se besan porque sí, a cualquier hora del día.

—También yo lo hago. ¡Qué cosas tienes, Viky!

—Tú, sí. Mamá me besa por la mañana, cuando voy a la calle, y cuando me acuesta por la noche.

—Hija, ¿qué más quieres?

—No lo sé.

Julián me ha tomado en sus brazos y me ha besado muy fuerte.

—Tu madre es una santa, ¿sabes?

¿Por qué al decir esa frase ha tenido que suspirar Julián?

Las santas no besan en cualquier momento. Aurora no es una santa. Mi madre es una santa ya que Julián lo dice.

La abuela Milagros debe de ser más santa todavía. Julián suspira mucho cuando habla de la abuela Milagros.

Ahora ya comprendo lo que dice Julián en las postales. Me ha enviado una con dos gallos dentro de una cama grande. Felisa me ha dicho que no eran dos gallos. «Son un gallo y una gallina, se conoce por la cresta.» La postal decía: «Mi hermosura: pienso en ti y te he comprado una sorpresa. Te quiere mucho muchísimo tu Papá».

Cuando Julián me pregunta: «Viky, ¿qué quieres que te traiga?» Yo contesto: «Una sorpresa». Ahora sé que una sorpresa puede ser cualquier cosa que uno no sepa lo que es. Una muñeca es una sorpresa. Un collar de ámbar es una sorpresa. La cuestión es que cuando a uno le dan un paquete bien envuelto y atado no sepa lo que hay dentro.

El collar de ámbar viene de Alemania. Todas las cuentas son diferentes, la mayor está en el centro. Una de ellas guarda una sorpresa.

—¡Fíjate, Viky!

Aquella cuenta era distinta de todas. Parecía que dentro de ella hubiera un mosquito.

—Es un mosquito.

—¿Cómo ha podido meterse ahí dentro?

El ámbar es la resina fósil de los inmensos bosques de Prusia. Seguramente el mosquito de mi collar creyó que se trataba de un poco de miel. Se quedó preso, con las alas abiertas. Igual que un pájaro dentro de su jaula.

—¿Está vivo?

—Lo parece.

El mosquito de mi collar se ha quedado con las alas abiertas, a punto de volar.

Iba para los once años, e Ignacio Ochoa me dijo que parecía una mujer.

La abuela Milagros cada vez que viene a casa, dice: «Estás casi tan alta como una mujer».

Dos de las hijas de Aurora se han casado. Eran las dos altas y bonitas. Una de ellas tiene ahora un vientre muy grande y muy feo. Le he preguntado a Elvira:

—Mamá, ¿te has fijado en el vientre de Maruja?

—¿Qué vientre, hija? No le veo nada de particular.

La segunda hija de Aurora también tiene un vientre muy grande.

—Mamá, ¿te has fijado en el vientre de Conchita?

—¿Qué vientre, hija?

Elvira es poco observadora. Voy dándome cuenta de que todas las chicas que se casan, al poco, se les pone un vientre muy grande y se vuelven feas. Luego, por suerte, les pasa. Las dos Ochoa tienen ahora un hijo.

He pensado en todo esto por la noche, antes de dormir y, aunque sé que es vanidad pura, he rezado un padrenuestro para no tener un vientre como las chicas Ochoa. Rezaré un padrenuestro cada noche para no volverme fea en cuanto me case.

Suerte que luego se pasa y viene un hijo.

El día que una compañera de colegio me dijo que los Reyes eran mis padres, sentí un poco de rabia hacia esa amiga. Luego me divertía ver los apuros de Elvira y de Julián en cuanto se acercaba la fecha. Les dejé dos años de tiempo para que disfrutaran un poco creyendo en mi inocencia. Al fin se dieron cuenta de que los tres representábamos la comedia de las sorpresas, y el día de Reyes dejó de ser un misterio en casa.

Tenía doce años y la verdad es que estaba tan lejos de suponer eso, como lo estuve hace dos años en lo que a los Reyes se refiere.

Hoy, Elvira me ha dicho que soy una mujer. He preguntado:

—¿Todas las mujeres son iguales?

—Todas, hija.

No me hace ninguna gracia. Es incómodo y poco práctico. He vuelto a preguntar:

—¿Y los hombres? ¿Cómo son hombres los hombres?

—Los hombres son distintos.

—¿Qué tienen los hombres?

—Los hombres han de ganarse la vida, hacer el servicio militar, ir a la guerra.

Muy bien, pero no es lo mismo. Aún lo de ganarse la vida pase, pero el servicio militar dura poco tiempo. En cuanto a las guerras... No siempre hay guerras. Creo yo que hay muchos hombres que no han estado nunca en ninguna guerra.

Elvira, a lo mejor, no está enterada. Se lo preguntaré a Julián. Julián está otra vez de viaje y tenemos en casa a la abuela Milagros. ¿La abuela Milagros también...? No me atrevo a preguntárselo. Me mira de un modo extraño y, cuando he querido beber agua helada de la nevera, me la ha arrancado de las manos diciendo:

—Cuando estás así, es mejor beber agua del tiempo.

No me gusta nada.

No puedo tomar helados, no puedo tomar un baño... Me hace el efecto de que estoy enferma. Me encuentro muy bien pese a tanta precaución.

Julián está de vuelta; esperaré al domingo para hacerle mis preguntas. Al llegar me dijo que estaba muy cambiada. Me encogí un poco. La verdad es que no sé lo que me pasa. Y Elvira dice constantemente:

—Victoria, hemos de ensanchar tus trajes. Victoria, no saltes así, hija, que ya eres una mujer.

Creo que lo mejor sería que me compraran unos sujetadores. Felisa, que tiene un busto muy abundante, me ha dicho que ya es hora de llevar sujetadores.

—¡Papá!

No me salía. La pregunta no me salía de la garganta. Antes, Julián y yo hablábamos de todo al salir de la iglesia los domingos por la mañana. Quería

preguntarle lo del otro día.

—¿Dime, Viky?

—Felisa cree que ya es hora de que me compren unos sujetadores. Mamá no quiere que salte, dice que ya soy una mujer y que...

—Díselo a tu madre.

—Mamá es poco observadora.

Cuando Julián no quiere comprometerse, tiene un medio muy cómodo para evitar más preguntas. Julián ríe como nunca he oído a nadie reírse. Dice Aurora Ochoa que cuando oye reír a Julián, ella y sus hijas no pueden contenerse. Es la pura verdad. La risa de Julián es como una cascada de alegría que arrastra cuanto encuentra a su paso. Julián se está riendo ahora.

—¿Por qué dices eso, Viky?

—No se fija en el vientre de las dos Ochoa, no sabe cómo son hombres los hombres... Mamá no es observadora.

Ahora sé algo más. Julián me lo ha dicho. Me ha explicado lo de las chicas Ochoa y creo haberlo comprendido. No muy bien, pese a la buena voluntad de Julián. Es bonito. Las mujeres, cuando nos casamos, somos algo así como las gallinas. En vez de poner huevos tenemos unos cuantos hijos. Los llevamos dentro y van naciendo uno por uno. Creo que es esto poco más o menos. Pero es necesario estar casadas.

—¿Y los hombres, papá? ¿Cómo son hombres los hombres?

—Los hombres, hija, son muy brutos. Ahora que ya eres mayor, has de tener cuidado.

—Sí, ya lo sé. No puedo tomar helados ni bañarme ni...

Me doy cuenta de que la vida es un perpetuo descubrimiento. Primero sabemos lo de los Reyes Magos y luego, poco a poco, vamos aprendiendo todo lo demás.

Todavía no sé cómo son hombres los hombres.

Cuando iba a casa de Carmenchu, jugábamos al escondite.

Carmenchu y yo vamos a la misma clase. Su madre y la mía son amigas. Carmenchu tiene dos hermanos y los hermanos traen amigos para jugar. Vienen también Anamari, Concha y Maritere. A los chicos les gusta jugar al escondite, pues la casa de Carmenchu es muy grande. Una de las casas mayores de Bilbao. Me cuesta bastante esconderme debajo las camas. La verdad es que somos un poco mayores para jugar a un juego tan tonto. Y hoy, debajo de la cama grande de la casa de Carmenchu, estábamos uno de los chicos y yo.

—Victoria...

—Cállate, tonto, que nos van a encontrar.

Se llama Pedro. Pedro estaba conmigo debajo de la cama y me tocaba el brazo. No quería moverme.

He espantado su mano como quien se quita de encima una mosca. La mano volvía a mi brazo.

—Victoria...

Le he mirado. Pedro tiene quince años.

—Victoria...

Le he tapado su boca con mi mano para que no continuara hablando. Así nos hubieran descubierto en seguida.

Ha vuelto a poner su mano en mi brazo. Teníamos las caras pegadas y podía notar que respiraba muy ruidosamente.

—Chutt... No hagas tanto ruido, nos van a descubrir.

La mano estaba pegada a mi brazo. Era una sensación rara. Yo estaba, de pronto, cansada, terriblemente cansada. Mis piernas eran de plomo. Aquella mano... Hubiera deseado que aquella mano continuara deslizándose mansamente por mi cuerpo. Sólo aquella mano podía liberarme de mi inmenso cansancio. Pedro acercó sus labios, pero se dio un coscorrón contra el barrote del *sommier*. Nos descubrieron. La mano se fue de mi brazo y con ella mi cansancio.

La próxima vez que juguemos al escondite, buscaré otro muchacho. Preguntaré a Elvira si ella también se cansaba por tan poca cosa. O a Julián.

No me dejan ir a jugar a casa de Carmenchu. Su madre y la mía permanecieron un buen rato charlando, encerradas en el saloncito, y desde entonces voy a casa de Carmenchu de visita con Elvira. A Carmenchu tampoco la dejan jugar al escondite; total, por lo del otro día.

Le expliqué lo del otro día a Elvira.

—Hija, hija... No sé lo que haremos contigo.

—Pero, mamá, si no fue nada malo. No me hizo daño. Me quería dar un beso, pero se dio un coscorrón. A ti te sucedería lo mismo cuando tenías mi edad.

No comprendo por qué Elvira me contempla como si yo fuera algo extraordinario. Me llevó a confesar.

—Cuéntale todo al Padre.

El Padre está conmigo. Es una tontería jugar al escondite. Ya somos demasiado mayores. Por lo demás, me impuso la misma penitencia de siempre y me dijo que hiciera deportes. Elvira no quería creerme, pero ha

debido de convencerse de que decía la verdad, ya que ahora voy al gimnasio tres veces por semana y seguramente aprenderé a jugar al tenis.

A partir de cierta edad, todas las chicas deberían hacer gimnasia. Es útil y divertido. Llevamos un jersey blanco y unos pantaloncitos negros. Soy la más alta de la clase y parece que puedo hacerlo bastante bien. Después de una hora de ejercicios, nos hacen pasar por unos chorros de agua fría que la dejan a una sin resuello. La profesora dice que mi busto es perfecto e igual mi musculatura. Se lo diré a Elvira para que esté contenta.

Cuando llegué, estaba también la abuela Milagros. Dije:

—Tengo un busto perfecto.

La abuela dejó caer el bastón.

—¿Qué dices, desvergonzada?

Pensé que no había comprendido bien. En el gimnasio decimos: busto, caderas, muslos... En casa se habla de pechos, piernas y tras.

—Que tengo los pechos muy firmes. Muy tensos. Que mis músculos pectorales son muy resistentes.

Ni la abuela ni mi madre mostraron contento. Miré el busto de ambas. No parecen llevar gran cosa dentro del traje. La abuela Inés tiene, en cambio, un pecherín muy lleno, sobre el cual luce siempre un broche.

—Esta chica acabará mal —dijo al fin la abuela Milagros.

Y por lo bajo oí runrunear:

—Pechos, pechos... Lo único que una mujer decente puede hacer con sus pechos es amamantar a sus hijos.

—Pero yo no estoy casada todavía.

Si Julián hubiese vivido algunos años más, es posible que todo cuanto había en mí de incierto se hubiera clarificado. Pero Julián...

En su último viaje me ha traído un fonógrafo y varios discos.

—Has de aprender a bailar, Viky.

Bailamos después de la cena. Felisa retira la alfombra y Julián baila conmigo.

*You are always in my arms
But only in my dreams...*

En los brazos de Julián me creo ingrátida.

*In dreams you are always near
Sweetheart...*

—Suave, suave, Viky. Déjate llevar.

Me toma por los hombros y me sacude hasta convertirme en un muñeco de trapo. Julián baila muy bien. Nunca había visto bailar a Julián.

—¿Bailabas mucho cuando eras joven, papá?

—Hija, ¿es que soy viejo?

—Quiero decir, soltero.

—Sí, bastante.

—No te has olvidado.

No, Julián no se ha olvidado de nada. Debe de bailar durante sus viajes. Del mismo modo como baila conmigo, debe de bailar con muchachas suecas, con inglesas... Julián lo hace demasiado bien para recordar que lo hacía de soltero. Julián continúa siendo joven.

Dreamed lover of mine...

Julián canta mientras baila conmigo. Bajito, al oído, me va susurrando la letra de la canción. No entiendo las palabras. Pero me las imagino bonitas. Muy bonitas.

Se tambalea de pronto, y sus labios dejan escapar un gorgoteo parecido al que hace mientras se lava los dientes. Pesa en mis brazos.

—No seas pesado, papá; me harás caer.

Se agarra a mí y en su rostro tiene una mueca de sufrimiento. No puedo con él. No puedo. Julián es todo un hombre y yo no puedo con Julián.

—¡Mamá!

Se ha caído al suelo, pero conserva el conocimiento. Debe de dolerle el brazo. Se agarra el brazo con que antes me tenía la mano. Elvira, Felisa y yo somos poco para levantar a Julián caído. Sufre, y las palabras le salen de la boca atropelladamente, como si estuviera borracho.

Elvira llama por teléfono al médico. Felisa sale hacia la parroquia en busca de un cura.

Llegaron los dos demasiado tarde.

El brazo doloroso me enlaza otra vez. Quiere hablarme. Yo sé que Julián quiere hablarme.

—Dime... ¡Dime!

Y sólo el brazo me responde. La lengua emite sonidos roncós, incomprensibles. ¡Cuántas palabras! Los ojos, en un último afán por hacerse

comprender, me miran desorbitados. A su lado estoy gritando:

—Dime, Julián. ¡Dime!

No puede añadir ni una palabra a mi súplica desesperada.

Nadie me había explicado lo que era encontrarse con el dolor.

La casa está llena de gente. Es necesario recibir a la gente, consolar a Elvira, consolar a la abuela Inés. Alguien, refiriéndose a mí, dice: «A esa edad todo pasa, todo se olvida. Victoria es una criatura».

(El niño es un solitario porque nadie puede penetrar en su mente. El niño es un solitario al cual uno ha de acercarse con cautela. El niño es un solitario porque no sabe describir lo que dentro de él se mueve y se despierta.)

La gente invade nuestra casa y cien veces Elvira hace el relato de la muerte. Debe de sentir alivio al contarlo. Yo preferiría estar sola. Que nos dejaran. La única persona en quien puedo descansar es Aurora Ochoa. «Aurora es una mujer estupenda», decía siempre Julián. A lo que Elvira a veces había preguntado: «¿Qué tiene Aurora que no tengan las demás mujeres?» Julián no respondía. Tal vez no hubiera sabido qué responder. Lo más probable es eso. Muchas veces no encontramos la respuesta verbal a lo que pensamos o sentimos.

La abuela Milagros llegó en cuanto se enteró del acontecimiento.

Vuelve a ocupar el sitio de Julián en la cama grande y siento entonces hacia ella, nuevo, claro, intenso, el odio que inconscientemente me inspira desde hace años.

—¿No podrías ocupar el diván del despacho?

—Victoria, por Dios. La abuela siempre ha dormido conmigo durante las ausencias de tu padre.

—Pero papá no está ausente. Papá está con nosotros, en Bilbao, y me parece una indecencia que la abuela duerma en su sitio.

Me hicieron callar. No me regañaron porque, según Elvira, la muerte de Julián me ha trastornado.

Por primera vez se oyó en casa la palabra *dinero*.

—¿No tenía seguro de vida?

Poco a poco me entero de que Julián ha sido espléndido —ellas dijeron gastador—, que su situación como representante de aceros técnicos extranjeros no le permitía *poner nada de lado*; que Julián no creía en la posibilidad de una desgracia. Allí teníamos la abuela Milagros lamentando el terrible error de Julián. Julián había cometido la falta irreparable de morir

demasiado joven habiendo pasado la vida lo mejor posible; habiéndonos dado cuanto tenía. ¿Qué sería de nosotras?

El futuro se me antoja un hueco enorme, oscuro como una tumba. El pasado era Julián y el futuro aquel agujero oscuro entrevisto en los malos ojos de la abuela Milagros.

—Mira de arreglar tus cosas y decídete, hija.

No sé si los acontecimientos nos cambian o si cambiamos nosotros sin contar con los acontecimientos.

Ignacio Ochoa sube a casa cada tarde y me ayuda a hacer los deberes. No es un chico como los otros. No comprendo por qué es diferente de los otros, pero siento que no se parece en nada a los otros chicos. Cuando yo era pequeña...

Ignacio me ha contado que el día de su Primera Comunión le manché el traje con un dulce de chocolate. No tengo la menor idea de haber hecho semejante cosa. Debe de ser un suceso muy poco importante para mí, ya que no lo recuerdo en absoluto. Añadió que en lugar de arrepentirme, le había sacado la lengua. ¡Pobre Ignacio! La verdad es que nuestros recuerdos nunca coinciden con los recuerdos de los otros. Aquello debió de ser muy importante para él, pero no para mí. Es posible que en aquellos años yo fuera una chiquilla nada recomendable. También se acuerda de que bajaba a caballo la barandilla de la escalera. De eso también me acuerdo yo. Todos los chiquillos lo hacíamos. En fin, todos no. Ignacio Ochoa ha sido siempre tan bien educado, que nunca hizo esas tonterías. Sabe muchas cosas. Me ayuda ahora a hacer mis problemas y corrige las composiciones. Es cariñoso, pero no se parece a los otros chicos. Tal vez yo crea que no es igual que los otros por la sencilla razón de que lo conozco demasiado.

Ya sé lo que quería decir la abuela Milagros con el «Decídete, hija». Quiere que vayamos a Madrid. Me lo ha dicho abuela Inés, y al decírmelo lloraba.

—¿A Madrid, abuela?

—Es su madre, ¿comprendes? Tiene una casa para ella sola, la misma donde tu madre vivía de soltera. Allí la conoció tu padre.

—No quiero ir a Madrid, abuela.

—Vendrás a verme a menudo. No sé cómo va a arreglarse la situación de tu madre. Julián, es cierto, fue poco previsor.

No me gusta cuando dicen eso de Julián. No me gusta ir a Madrid. No me gusta marcharme de Bilbao. Julián está en Bilbao.

Elvira levanta la casa y nos vamos a Madrid. Se lo he dicho a Ignacio. Dice que quiere regalarme un libro. Mañana voy a despedirme de los Ochoa.

Julián traía a Elvira perfumes de París.

Elvira no me deja sus perfumes, pues dice que soy muy joven todavía. Yo encuentro que a los trece años, y con mi estatura, una chica puede tener perfume propio. Ignacio me ha regalado un perfume; lo del libro era una excusa para llevarme a su cuarto.

No sé lo que ha sucedido, pero creo que he sido yo la que he abrazado a Ignacio. Hacía tiempo que no sentía deseos de abrazar a nadie, pero hoy no he podido contenerme. Ignacio me llevó a su habitación y me ha dado un frasco de perfume francés. Me parecía una sorpresa como las de Julián. Siempre que Julián me traía algo de sus viajes decía: «Tengo una sorpresa para ti, pero antes... quiero un beso».

Le echaba los brazos al cuello y él me zarandeaba de lo lindo. Ignacio... Ha sido muy diferente.

Le he echado los brazos al cuello y él me ha besado en la boca. Yo he apretado mucho mis labios, pues me da un poco de asco que me besen en la boca. Notaba, además, su nariz contra mi mejilla. Es una sensación rara tener una nariz pegada, tan pegada a la cara. Él tenía cerrados los ojos. Yo muy abiertos, pues estaba un poco asustada. Ignacio no me ha zarandeado como solía hacerlo Julián. Ignacio mordía mis labios y me apretaba tanto, tanto, que temí perder la respiración. Sentía ganas de llorar. Estaba pensando en Madrid. Ignacio también lloraba. Decía: «Te quiero, Viky, te quiero».

Sí. Pero no veo la necesidad de llorar por eso. Él se queda en Bilbao.

«Te quiero con amor.» Recuerdo perfectamente que dijo esas palabras. «Como los hombres quieren a las mujeres.»

Julián no acabó de decirme cómo «son hombres los hombres». Me dijo que los hombres eran muy brutos y que debía tener cuidado. Creo que Ignacio no es bruto. Tiene dieciocho años y tal vez no sea un hombre todavía. Me parece que los hombres no lloran.

Estoy llorando. Veo la lluvia a través de los cristales del mirador. La lluvia tiene mil colorines, según el cristal a través del que se mire. Se han llevado de casa todos los muebles. Mi casa del Arenal está vacía. Las paredes guardan la huella limpia de los cuadros; de los muebles. Algún que otro desconchón en recuerdo de sillas y sillones. Todo se ha ido, y Elvira me llama:

—Victoria, hija..., perderemos el tren.

Llueve en Bilbao; pero a través del cristal amarillo, la plaza del Arenal parece llena de sol.

UNO

EMPECÉ MI CORRESPONDENCIA con Ignacio y contándole las cosas de Madrid me fui dando cuenta de lo que era mi vida en la capital. Según él, mi ortografía era dudosa y la puntuación francamente mala. Raro fenómeno éste de la puntuación y la ortografía. Hay personas que intuitivamente escriben bien; otras —yo por lo visto— escriben a la buena de Dios. El diccionario de Julián me ayudaba en los casos difíciles. Buscando la palabra «símbolo» —no sabía si iba con «b» o con «v»— encontré una palabra curiosa: «Simbiosis». Creía por la extensión del artículo, que era una enfermedad. No lo es, pero casi...

«*Simbiosis*: asociación de dos organismos vivos, a veces de diferentes especies, que se favorecen.» ¿Cómo debe llamarse al tercer organismo que vive en el área de los simbioses?

Creí haber hallado la solución de algo que oscuramente presentía. La abuela Milagros y Elvira eran un caso de perfecta simbiosis. Claro que de ello no me di cuenta hasta algún tiempo después de nuestra marcha de Bilbao.

Fueron tan sólo unos pocos meses los que pasamos tranquilas en Madrid. Los muebles de la casa del Arenal fueron a llenar los altillos en la de la calle de Hermosilla. Todos amontonados, los unos encima de los otros, con el penoso aspecto que tienen los muebles que no se usan. Unos pobres trastos que atiborraron los altillos de la casa de la abuela.

—Mamá, ¿por qué no los repartimos por la casa? Son mejores.

—La abuela no quiere. Ésta es su casa y la tiene así desde que se casó. Ya sabes que no ve demasiado bien; cualquier cambio le extraña. Es su costumbre.

Su costumbre era vagar por la casa tanteando con el bastón y, a medida que sus ojos se apagaban, el bastón adquiría un ritmo más vigoroso. Iba por los pasillos repartiendo leñazos —pim, pam, pim, pam—. Me costó mucho acostumbrarme a no salir de mi cuarto —el de mi madre soltera— repentinamente. A lo mejor, en aquel momento pasaba por allí la abuela y yo recibía un bastonazo en las canillas.

Era su costumbre... Y en los jarrones no había nunca flores. Es decir, flores de verdad. Los jarrones se adornaban desde hacía años con flores de trapo, artificiales. Flores que no se usaban, que vivían eternamente. Es posible que lo más hermoso de una flor sea su calidad de efímera. Dos de los jarrones

estaban llenos de plumas de pavo real. No miento. Pero confieso que, de no haberlo visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído.

Era su costumbre. Y en la cama grande, la que debió de compartir un día con el abuelo, dormía otra vez con mi madre. ¿Por qué ese hecho me molestaba tanto? No he podido comprenderlo nunca. Dos personas del mismo sexo en una misma cama son algo tan repulsivo como ilógico. En el fondo estaba agradecida de que me hubieran destinado el cuarto de soltera de Elvira. Era un cuarto que daba a los patios. Grande, frío, feo.

—El cuarto de tu tío Gustavo sirve ahora de cuarto trastero.

Gustavo era el hermano de mi madre. Tío Gustavo era un desconocido para mí. Sabía que estaba casado, que tenía varios hijos, que éstos eran, por consiguiente, primos hermanos míos...

También Julián tenía hermanas casadas que vivían fuera de Bilbao. Era extraño pensar que no había tratado a ninguno de mis primos. Y sentía curiosidad por ello, mucha curiosidad.

—Ya tendrás ocasión, Victoria.

La tuve. Tío Gustavo se parecía a Elvira. Una Elvira a quien hubieran echado los hombros hacia atrás, puesto vello en las mejillas y sonoridad en la voz. Menos fino que Elvira, pero dando la sensación de vivir gracias a sí mismo.

Tío Gustavo y la abuela no se entendían demasiada bien. «Desde que se casó es otro», decía la abuela.

Desde que se había casado tenía otros quebraderos de cabeza. Estaba enamorado de su mujer y, durante los primeros años de matrimonio, en su casa nacían las criaturas muy regularmente. «Los hijos de Gustavo son insoportables», decía la abuela.

Los hijos de Gustavo eran seis —las dos mayores tenían pocos años más que yo— y eran chiquillos despejados como suelen ser los hijos de familia numerosa. Los hijos de Gustavo debían de alborotar la casa de la abuela, cambiarle las cosas de sitio y dar que hacer, como todos los chicos.

Las relaciones de Gustavo y la abuela se limitaban desde hacía algún tiempo a las que todo ser civilizado pueda conservar con la persona que ha dejado de interesarle. Sentí un poco de veneración por mi tío Gustavo.

Unos cuantos meses de adaptación, muy pocos en realidad. Justos los necesarios para conocer ligeramente aquel Madrid que se me antojó grande, inmenso, como los mundos lejanos que me describía Julián. Me sentía torpe en los cruces de las calles. Pensaba: «Si Julián estuviera conmigo, me contaría. Madrid se pondría al alcance a través de los labios de mi padre».

Aguas noruegas, Ámbar de Prusia, Madrid. Madrid hubiera sido un bonito decir más en boca de Julián; pero Julián no estaba y yo sola debía encontrar a Madrid, poco a poco, a tientas, a ciegas... como todo lo demás.

La abuela Inés murió en junio de 1936. Creo que debió de morir de pena, solitaria en su casa de Las Arenas. Pero la carta que se recibió de tía Asunción —la hermana de Julián que vivía en Santander— decía que había muerto de pulmonía; que estaba demasiado gorda para sus años y que había sido imposible atajar la enfermedad. Recibimos al cabo de poco tiempo ciertas cosas de su uso y que, por lo visto, entonces me pertenecían a mí por herencia. No gran cosa, pues la abuela se había desprendido de la mayor parte de sus tesoros al casar a sus hijas; pero todavía quedaba algo que repartir. Con los muebles se quedaban mis tías. Suponían que no nos hacían ninguna falta, como en realidad sucedía. Unas cuantas sábanas de hilo, manteles bordados que recordaba haber visto en su mesa, una sortija...

Lloré al ver la sortija.

—¿Por qué le han quitado las sortijas a la abuela Inés?

—Victoria, hija... Siempre se hace en tales casos. Es doloroso, pero ¿de qué le servirían a la abuela Inés las sortijas una vez muerta?

No podía imaginar sus manos desnudas. Las preciosas manos de la abuela Inés sin sus sortijas me incitaban al llanto.

—¿Y la lanzadera? —pregunté—. ¿Le habrán dejado la lanzadera?

La abuela Milagros buscaba la mirada de Elvira. A medida que el tiempo pasaba, le costaba más y más aquel contacto visual con su hija. Pero el gesto le era tan habitual que Elvira captaba ese rayo de inteligencia cambiado de una a otra mente y del cual yo estaba excluida. Yo estaba lejos, enteramente fuera de órbita.

—Vamos, Victoria —repuso la abuela con la voz propia del que intenta convencer a un chiquillo de que está diciendo demasiadas tonterías—. ¿Qué quieres que haga tu pobre abuela —que en paz descansa— con una lanzadera?

Y yo la veía subiendo al cielo con las manos enteramente vacías, sin sortijas, despojada incluso de la humilde lanzadera que la hubiera distraído durante el trayecto, que se me antojaba largo. La abuela Inés hubiera pasado el largo viaje haciendo estrellas blancas... Algo debiera dejarse entre los dedos de los muertos. Siquiera un rosario, para hacer algo de provecho hasta el instante en que uno llega al Cielo.

La muchacha de la abuela Milagros era de Soria. No se parecía a Felisa. Felisa era más bien rubia y un poco cándida. La muchacha de Soria era cetrina de piel, negra de pelo, incluso el blanco de los ojos era un poco menos blanco que el de las demás personas. Pero tenía, eso sí, los ojos muy bonitos. Eran dos ojos salvajes que cambiaban de expresión en cuanto se presentaba el cartero, el carpintero o cualquier mozo de recados. Los ojos de Ramona parecían entonces aterciopelados, brillantes, igual que si estuviera a punto de llorar.

Pero eso era en las contadas ocasiones que antes dije. Por regla general, Ramona parecía dispuesta a arremeter contra el mundo entero. Llevaba siempre la cabeza un poco gacha y no le hubieran sentado nada mal un par de cuernos. Ramona era montaraz como una cabra hispánica.

Servía con rostro cerrado a toda expresión, trabajando lealmente como una negra, pero haciendo pagar ese esfuerzo con su ceño fruncido o sus intemperancias desde la cocina. Era derrochona con su sueldo —lo digo porque se lo oía decir a la abuela y a Elvira—, iba a los toros todos los domingos y buscaba los novios que pudieran satisfacer sus antojos. Esto no lo sabían ni la abuela Milagros ni Elvira; pero yo sí lo sabía. Ramona, los domingos por la noche, estaba de muy buen humor y antes de irse a la cama entraba en mi cuarto y me contaba la corrida.

Ver a Ramona transformada en torero me divertía lo indecible. Yo esperaba aquella sesión dominical como el único goce de toda la semana. Nuestro luto reciente nos impedía ir a todo espectáculo, y, además, la abuela, decía a toda hora que «era necesario reducirse». Tardé algún tiempo en comprender su expresión. No era cosa de andar encogido físicamente, sino de encogerse materialmente. Con el tiempo ese encogimiento, esa reducción llegarían a ser también anímicas.

Sentí la marcha de tío Gustavo y los suyos a principio de julio de 1936. Antes, de vez en cuando, iba a visitarlos. Cuando iba a casa de tío Gustavo, pensaba en Aurora Ochoa. Las chicas de mi tío eran alegres, un poco desordenadas, bastante criticonas; pero eran alegres. La mayor sabía muchas cosas.

—El año pasado —decía Ángeles— mientras mi madre estaba en la clínica, yo llevé toda la casa.

—¿Qué tuvo tu madre?

Mi tía era una mujer del montón. El hecho de que hubiera tenido que pasar por una clínica, me parecía absurdo. Las mujeres como mi tía no dan la

impresión de que puedan hacer nada que se salga de lo corriente. Pero ahí la tenía pasando por una clínica y con esta visión la hallé diferente, ciertamente muy mejorada.

—La matriz, ¿sabes? Quedó mal después del chico.

Asentí. Ignoraba donde pudiera tenerse la matriz. Las operaciones de las cuales hasta entonces yo había oído hablar se limitaban a amígdalas, apendicitis y... creo que Elvira habló una vez del braguero de su padre, el cual estaba herniado y no quiso operarse nunca. Pero he de aclarar que lo del braguero lo oí por casualidad, pasando de golpe frente al salón donde Elvira recibía a sus amigas de Bilbao. Y como el abuelo no había querido operarse nunca aquella operación de hernia había quedado malograda en mi mente.

Se lo preguntaría a Ramona. Lo mejor era preguntarle a ella qué era eso de matriz, pues Elvira seguía haciendo como en el pasado. Cuchicheaba con la abuela y me mandaba salir, cuando yo bien claro veía que mi salida no era más que una excusa para hablar de cosas que no quería que oyera yo.

Dejé que Ramona hiciera unas cuantas demostraciones toreras en mi cuarto y luego, mansamente, pregunté:

—Ramona, ¿qué es la matriz?

Seguramente a Ramona le pilló de sorpresa. O bien no sabía definir exactamente qué clase de órgano era el nombrado.

—Es lo de las mujeres, chica.

—Y ¿dónde se lleva? —insistí procurando no parecer demasiado interesada.

Ramona se tocó el vientre. Sabía perfectamente dónde se hallaba su matriz. Según ella, le dolía un poco de vez en cuando.

Menos mal. Ya sabía algo nuevo. Yo creía que en el vientre teníamos los intestinos, los hijos que habían de nacer y la vejiga. Además, cabía la matriz.

Cuando se fue Ramona, me miré en el espejo del armario. Levanté el camisón y miré mi vientre. Era plano, liso. Los huesos de las caderas sobresalían un poco.

Parecía casi imposible que dentro de mí cupieran tantas cosas.

Tío Gustavo y su familia salieron de Madrid para pasar el verano cerca de Segovia. Lo guardaban todo muy cuidadosamente. Pusieron fundas blancas a las sillas, sillones y sofás. Taparon las lámparas con papel fino. Guardaron las mantas y dejaron los colchones doblados y con naftalina. Echaron la llave y salieron de Madrid a principios de julio.

El 18 de julio, la guerra civil puso una llamarada roja en el cielo de Madrid.

* * *

Elvira y la abuela Milagros rezaban el rosario mientras decía Ramona unas letanías de su invención que nada tenían de religiosas. Las dos primeras, pegadas a los cristales del mirador, trataban de adivinar lo que sucedía. No teníamos reservas de víveres. El 18 de julio encontró a todo Madrid desprevenido y Ramona estaba rabiando por salir de casa, hacer las compras... y enterarse de la marcha de los acontecimientos.

—Es una roja —oí comentar a la abuela.

Ramona no era más que una mujer ávida de sensaciones fuertes. Hubiera defendido nuestra casa a cabezazos de haber sido necesario, pero ante la temerosa pasividad de Elvira, se carcomía y refunfuñaba más que de costumbre. Dejamos pasar dos días.

Cuando se terminó la última galleta, se puso en jarras ante la abuela y dijo:

—¡Venga! Aquí se trata de comer. Por no dejarnos matar, vamos a morirnos de hambre.

Elvira pensaba en el piso de tío Gustavo. No se atrevía a decirlo, pero sufría por saber qué había podido suceder en aquel piso abandonado.

—¿Qué quieres que haya sucedido, hija? Tu hermano está fuera de Madrid y ya regresará cuando pueda.

—¿Y el piso? ¿Qué habrá sido del piso? Dicen que la gente entra en las casas, que las ocupa. Ha habido robos, saqueos, asesinatos. Lo mejor sería...

La abuela administraba el dinero de la casa. Cada día veía menos claro, pero yo creo que intuía el valor de las cosas. Sacó sus llaves, abrió el escritorio y extrajo de una caja algunas pesetas. Luego llamó a Ramona.

—Compra lo que puedas y al mismo tiempo acércate al piso de mi hijo Gustavo.

Ramona puso cara de disgusto al ver la suma que le tendía la abuela.

—Dicen que todo ha subido de precio. Deme lo que pueda antes que sea demasiado tarde. Vamos, mujer, ¿no ve que estamos en plena revolución?

Cuando la abuela se enfadaba, se ponía lívida. Las sienes, sobre todo, parecían las sienes de un muerto.

—¡Revolución! —exclamó—. ¡Y crees que porque tengamos una revolución voy a tirar el dinero por la ventana!

—Dentro de dos días no habrá nada en Madrid. Lo dice todo el mundo.

—Gente que toma sus deseos por realidades. Dentro de dos días todo habrá pasado y los que son como tú tendrán que bajar otra vez el gallo.

Ramona no respondió. Yo estaba en mi cuarto y, cuando iba a salir para los recados y para la visita al piso de tío Gustavo, le dije:

—Déjame ir contigo, Ramona.

—No, chiquilla, esto no es para ti. Pero has de saber una cosa. Si me quedo al lado de esa vieja...

Me miraba con sus oscuros ojos. Luego, con gesto brusco, que más bien parecía un picotazo de ave, me dio un beso.

Ahora esperaba el regreso de Ramona como antes había esperado sus relatos dominicales.

—¿Oíste los aviones? La gente corre que da gusto. Y ¿no sabes? Dicen que han entrado en los conventos, que pegan a las monjas, que a algunas...

Se paraba en seco. Tal vez le emocionaban mis catorce años recién cumplidos. Elvira intervenía. Sorprendí a Elvira diciendo:

—Tenga cuidado, Ramona. Victoria es una niña. No debe hablar con ella de ciertas cosas. No sabe nada, gracias a Dios.

Pero Ramona ignoraba lo que Elvira se proponía. Sabía que su pueblo estaba en manos de las tropas nacionales y se sentía nacional; sin embargo, no podía evitar cierta dosis de envidia hacia las milicianas.

—Victoria, hoy he visto a todo un pelotón de ellas. Llevan mono azul y correa, como los hombres. Llevan pistola.

Cerrando un poco los ojos, decía entre dientes:

—¡Si yo tuviera una pistola!...

—¿Qué dicen, Ramona? ¿Qué dicen?

—«No pasarán.» «Hombres al frente y mujeres a la retaguardia.»

—¿Quiénes no pasarán, Ramona?

—Ellos, los de Franco.

No comprendía muy bien si Ramona se entristecía o se alegraba de aquella rotunda aseveración. Le preguntaba, otra vez:

—Y a ti, ¿qué te parece?

—Los de Soria están con Franco.

Me quedaba una duda acerca de cuál debía ser mi actitud.

—¿Y los de Bilbao?

No teníamos noticias muy concretas sobre el norte.

—No sé, chica. A lo mejor, aunque no estén con Franco, pasa lo que aquí. Aquí hay de todo.

Empezaron las colas. Las colas nacían a las tres de la madrugada. Ramona salía de casa con el frío horroroso del invierno en guerra. Un día me quedé aterrada. Ramona tenía un vientre monstruoso, mayor que el de las chicas Ochoa.

—Ramona —le dije bajito desde la cama—, Ramona, ven.

No quería entrar en mi cuarto. Salté de la cama temblando bajo el camisón.

—Ramona, ¿vas a tener un hijo?

—No seas boba; es una almohada. A las mujeres con barriga se les tienen ciertos miramientos.

A veces hacía ocho horas de cola en balde. Volvía herida por haberse pegado con otras mujeres, rendida de tanto levantar el puño. A veces también llegaba con el cesto vacío. Justo antes de llegarle la vez, «las bandas negras» se habían apoderado de todo. Entonces lloraba de rabia.

—No hay remedio —gemía—. Aquí lo único que puede hacerse es echarse un fulano.

—¿Un qué?

—Un fulano, un tío... como quieras llamarlo. Tanta decencia, tanta decencia me está empachando ya. ¡Ea! Mañana, que vaya a la cola tu madre.

Elvira asentía. Pero al amanecer, cuando estaba al lado de la puerta, decidida a reemplazar a Ramona por una vez, ésta salía de su cuarto y, perdido todo respeto, chillaba:

—Váyase a dormir con la abuela. Si nos fiamos de usted, ¡apañadas estamos!

La pequeña asignación que Elvira recibía de Bilbao desde la muerte de Julián, y que poco más o menos bastaba para vivir modestamente, quedó en suspenso durante los años de guerra.

Y cada día costaba más lograr lo necesario para sustentarse. Las rentas de la abuela Milagros daban justo para lo esencial. En casa no había dinero.

Yo creo que Elvira hubiera podido hacer «algo». Otras mujeres se colocaban, buscando un empleo, el que fuera, para poder subsistir. Creo que esa posibilidad no atravesó ni un solo momento el pensamiento de mi madre. Ella y la abuela se lamentaban amargamente de todo, pero continuaban ancladas en un pasado lleno de prejuicios y falsos conceptos.

La Providencia vino a nosotros bajo uniforme de miliciano. Ramona le conoció en una de las colas, cuando, agarrada a los pelos de otra mujer, trataba de defender su porción de berzas. Ramona, enfurecida, ciega, dio un

enorme bofetón a alguien que trataba de separarla de la otra mujer. Pero Lázaro García no se había inmutado.

—No seas chula, mi vida.

Y fijándose más detenidamente en sus ojos, añadió:

—Anda, te invito al cine.

Aquel día, Ramona volvió con una pieza extraordinaria de pan. Un chusco.

—¿De dónde has sacado este pan? —pregunté extrañada.

Ramona hizo como si no oyera. Yo, hambrienta y curiosa, insistía:

—¿De dónde lo sacas, Ramona?

—Del cine.

No me extrañaba. ¿No habían hecho de las iglesias depósitos de municiones? ¿No estaba el piso de Gustavo ocupado por personas desconocidas?

—¿Lo has pagado muy caro?

El dinero empezaba a tener un valor auténtico para mí. Sabía que podía acabarse. En aquella época empecé a sentir un profundo respeto por el dinero.

—Así, que así. He regateado lo que he podido.

—¿Cuánto? —insistía yo.

—Ni un real, chica.

Ramona decía siempre cosas raras que yo no comprendía. Pero intuía que de ella me vendría la verdad.

—Llévame al cine contigo, Ramona.

Agachó la cabeza.

—Lo pensaré. Eres muy boba y los hombres muy brutos.

«Los hombres son muy brutos», había dicho Julián. Y Ramona decía lo mismo. Y decía que yo era boba. Yo no era boba. Ni ignorante. Mis estudios habían quedado interrumpidos, pues las monjas de mi convento habían desaparecido o estaban escondidas. Pero iba para los quince años y seguía repasando las lecciones en casa. Aunque continuaba ignorando muchas cosas.

Cosas que no sabría nunca por boca de la abuela o de Elvira, que vivían aisladas en el Madrid en guerra, ajenas por completo a los acontecimientos. Soportándolos, eso sí, como se soporta una enfermedad y sufriendo únicamente por lo que se relacionaba con ellas. Así, cuando alguna vieja amiga de la abuela venía a hacerle compañía, a pasar el rato en casa, se lamentaban en coro de las pequeñas desdichas cotidianas, sin una sola palabra por los millones de seres que sufrían la guerra en sus propios huesos. Por

aquellos que la estaban haciendo, que se helaban en los frentes o que regaban con su sudor las carreteras de España. Sin un pensamiento de piedad por toda la sangre que de uno y otro lado se estaba vertiendo. Ajenas a todo y pendientes de mil pequeñeces; cartillas, racionamiento, dinero, dificultades... todo, todo, todo...

* * *

Los armarios de la abuela Milagros rebosaban de sábanas sin estrenar. Sin estrenar también tenía camisones, enaguas, mantelerías. Era lo mejor de su ajuar. Esas cosas que de puro buenas nunca llega la ocasión de estrenarlas y menos aún de usarlas cotidianamente. Las sábanas corrientes, las que utilizábamos, eran sábanas de algodón. Las de Ramona, las más viejas, tenían incluso zurcidos o añadidos. Pero lo cierto era que en uno de los armarios de casa de la abuela se amontonaban sábanas, mantelerías y prendas llenas de encajes y de bordados que se guardaban como reliquias, destinadas a pasar de una a otra generación, intactas. Envejecían y amarilleaban un poco. Eran los pergaminos de las buenas familias. Una vez al año se sacaban del armario para que les diera un poco el aire.

Decían... decían que los pueblos del cinturón de Madrid no tenían cartilla de racionamiento de ropas. Decían que las gentes daban víveres por cualquier prenda.

Lázaro había hablado de ello a Ramona.

Él se encargaría de acompañar a la chica hasta Velilla, hasta Paracuellos del Jarama. Allí encontraría mujeres que le darían comida a cambio de alguna sábana o de algún camisón. Porque las casas de préstamos de Madrid ya no prestaban nada. Ramona me dijo todo esto aludiendo a nuestros tesoros.

—La abuela no querrá —dije—. Lo guarda para mi madre. Será todo de mi madre el día que ella muera.

—Y esperando ese día nos moriremos de hambre —atajó Ramona con su habitual dosis de lógica.

Luego, para calmar mis escrúpulos, añadió:

—¿Y si cayera una bomba sobre la casa? ¿Y si vienen los milicianos a saquearnos? ¿Y si nos ordenan entregarlo todo al Gobierno? ¿No comprendes que es mejor cambiarlo mientras sea posible?

—Mientras la abuela tenga un céntimo, no querrá cambiar nada.

Y en el fondo, yo le daba razón a la abuela. Puesto que durante toda una vida había guardado aquellas prendas, era doloroso verlas desaparecer sin haberlas gozado, entregarlas a manos extrañas que profanarían la blancura de

las sábanas de hilo, que se mofarían de los ridículos y anticuados pantalones, cuyo único valor residía en sus magníficas puntillas. Me imaginaba las risotadas de las mujerucas: «Oye, tú, fíjate con qué se tapaban el c... las señoras antes». Aquellos pantalones que llegaban a media pierna, pero que estaban impúdicamente rasgados en el sitio más importante, parecían dos mangas largas unidas entre sí por la tira de la cintura.

Y aunque mi boda, mi posible matrimonio, me parecía lejano, como si las chicas de nuestra generación no tuviéramos derecho a pensar en tales cosas, me juré a mí misma disfrutar de cuanto la vida pusiera a mi alcance.

Ramona venció. Llegó el día en que se acabó el dinero en casa. Ramona no cobraba sueldo desde hacía meses, pero eso ya no contaba. Llegó un día en que la abuela se dio por vencida.

Empezamos por lo que nos pareció menos importante. Ramona hizo el paquete. Yo tenía miedo.

Sabía que, aunque parte del trayecto lo haría en tren, luego le tocaba ir a campo traviesa hasta los lugares más cercanos al frente. Allí daban más cosas que en las cercanías de Madrid. Ramona sabía por su novio que la empresa era arriesgada, a veces poco fructuosa. También se decía que a la vuelta, en el tren, los milicianos o «las Bandas Negras» registraban a las mujeres, y que así se perdía lo que tan arriesgadamente se había logrado.

Estaba un poco pálida Ramona, o tal vez me lo pareció a mí. Quizás era el hambre lo que nos hacía palidecer a todos, o el miedo.

—No tengas miedo, Victoria. Esta noche habrá cena.

—Llévame contigo.

—No, chiquilla. No quiero.

—Deja que te acompañe hasta el tren.

Ramona me permitió acompañarla hasta la estación. Allí conocí a Lázaro.

—¿Viene con nosotros?

—No.

Me cogió la barbilla.

—¿Te gustaría venir con nosotros?

Tenía los ojos de color de caramelo. Sentí su mirada pesar en mí. Miraba muy descaradamente, fijando los ojos en mi busto. Eché los hombros hacia adelante, como Elvira, y dije:

—Sí, me gustaría.

—Anda, pues ven.

Tomó mi brazo, pero una fuerte sacudida de Ramona le obligó a soltarme.

—Ve a casa en seguida. Si no obedeces, no querré que me acompañes en lo sucesivo.

Regresé a casa y durante ocho horas mortales estuve aguardando a Ramona.

El segundo invierno de guerra fue más penoso todavía. Sin gas, sin carbón, sin luz a causa de los bombardeos. Empezamos a quemar los trastos.

Fue casi risible el modo como empezamos. Una de las sillas de la cocina renqueaba un poco. Parecía la más indicada para el sacrificio y Ramona la hizo astillas. ¿Era posible que una silla que había vivido tantos años muriera tan aprisa? Calentamos el agua para la sopa, contemplando angustiosamente el fuego. Añadíamos la madera poco a poco, e inmediatamente de terminar la preparación de la comida, Ramona roció los leños con agua.

Sabíamos por los vecinos, por la gente, que muchos no podían resistir el frío de aquel invierno y que estaban quemando los marcos de las ventanas, el suelo de madera, las camas (dormían con el *sommier* en el suelo), las puertas...

Y nosotros teníamos en los altillos todos los muebles de Bilbao.

Igual que cuando la ropa, también empezamos por lo que pareció menos importante: las estanterías de los libros. Y poco a poco vi convertirse en cenizas los muebles que habían albergado mi infancia. Comprendí entonces que las cosas no sólo tienen un valor material, sino también el valor que nosotros les otorgamos. Hubiera querido atajar la profanación. Me parecía mejor quemar los suelos o las puertas de la casa.

—No, hija. La pobre abuela está ciega y tropezaría si levantáramos el suelo.

—Pero ¿no te duele? Fueron tus muebles. Los que tuviste con papá.

Seguramente le dolía. Deseé por un instante abrazarla. Agarrarme a su cintura y llorar sobre ella. Pero no era posible. Yo le llevaba casi la cabeza y Elvira no podría resistir mi peso. Me senté en una silla y deseé la muerte.

—Hija, hija... es la vida.

Cuando quiso acariciarme la cabeza, aparté su mano de una sacudida.

Los primeros días, templados días, de la primavera de 1938, nos parecieron el fin de la pesadilla. El pueblo de Madrid empezaba a estar harto de discursos y tenía hambre. Las mujeres buscaban cualquier clase de trabajo, se afiliaban a cualquier partido, se sacudían los últimos pudores, con tal de tener un poco de comida asegurada. Ramona tenía una amiga que se dedicaba a hacer «tapas» para los bares. Los bares de Madrid necesitaban «tapas» y se

hacían con cualquier cosa. En general, con la tripa de los caballos muertos, con otras cosas menos aprovechables todavía. La que tenía un empleo así estaba, por lo menos, segura de llenar el estómago. Si luego el estómago de los que comían estas tapas empezaba a arder o a hincharse, era lo de menos.

Y por las confidencias de Ramona supe que la caza del miliciano era, para las mujeres del pueblo, el único modo de seguir viviendo. En los juzgados se hacían colas para contraer matrimonio. Las que no podían casarse —decía Ramona—, no podían quedarse a medio camino. El miliciano no tenía tiempo que perder y su corte no era larga. La chica que resistía era desechada por otra que estaba esperando y no vacilaba tanto.

Clandestinamente, circulaban noticias de la marcha de los acontecimientos. Pero éstos no eran un aliciente para nadie. La escasez reinante ablandaba los ánimos del pueblo. Se requisaban mantas y prendas de lana, las mujeres iban a los «talleres» de confección de prendas para los soldados, o bien se trabajaba en casa para el desmoronado ejército. Las noticias afluían por radio, a través de aquellos que iban al extranjero o regresaban. Los optimistas se lanzaban a prever el fin de la guerra al terminar el verano en curso. Los otros contaban con un invierno más, un terrible invierno durante el cual Madrid consumiría sus últimas reservas, sus últimas fuerzas, sus últimos latidos revolucionarios.

Se enviaba al frente a todos los disponibles, aun a los más reacios, enchufados. Empezaban también a reclutar los menores de edad. El ejército iba andrajoso y daba pena ver a muchachos que no se habían afeitado en su vida, con un arma al hombro, desnudos casi bajo el uniforme.

Sabía que muchas chicas de mi edad trabajaban en los talleres. Aunque Elvira se negó rotundamente a ello, yo insistí. Ganaría diez pesetas diarias, tendría un carnet... Todas o casi todas lo hacían. Eran tan necesarias aquellas pocas pesetas, que Elvira accedió al fin, no sin consultar previamente con un religioso. Cuando se enteró la abuela, pronosticó que aquel paso sería el que fatalmente debía conducirme a la perdición. La abuela hablaba de la perdición de los jóvenes como de algo tan seguro como la inevitable noche que sucede al día... Pero las cosas demasiado oídas suelen ser pronto olvidadas. Pude entrar en un taller y el hecho de estar en contacto con gente joven fue para mí un acontecimiento.

Allí fue donde —entre otras muchas— conocí a Rosario Velasco.

Tuve un sobresalto la primera vez que oí una palabrota en los labios de Rosario. Iba un poco mejor trajeada que las otras y creí que su familia debía de ser gente rica. Tendría veintitantos años y era la encargada de darnos tarea. Indudablemente sabía mandar.

Le tenían un poco de miedo. Chicas del taller aseguraban que era roja mientras otras sostenían todo lo contrario; que Rosario pertenecía a la quinta columna y que si trabajaba en los talleres era para saber, para hacernos hablar... A mí me asustaba un poco.

Pronto había de conocerla mejor. Un destemplado día de otoño me dijo:

—Ven a mi casa.

Fui. Ante mí se abrió un mundo nuevo. Rosario vivía en un pisito no lejos de mi calle. Me dijo que vivía sola y mi expresión debió de parecerle muy tonta, pues sonrió.

—¿Te extraña? Ya me lo parecía. A pesar de tu abrigo roto y tu cara de hambre eres una señorita. Una señorita bien no vive sola, ¿no es eso?

Yo quería explicárselo. Pero no me salían las palabras. Hubiera querido decir: «Rosario, hasta ahora creí que eras una muchacha feliz, que tenías a tus padres y que, dadas las circunstancias en que todos vivimos, lo pasabais bien. Nunca pensé que a tus años se viviera independiente, sola». Pero no supe hacer más que sonreír neciamente y decirle:

—Es igual, Rosario. Supongo que cada cual vive como puede.

Su piso era pequeño, pero lo tenía limpio y resultaba alegre. Calentó café en un hornillo eléctrico y me dio un bocadillo de jamón. Hube de hacer un esfuerzo para no devorar como un perro hambriento. Ella me miraba con ironía, con algo de condescendencia. Me dio rabia. Pero tenía hambre y seguí comiendo. Me sirvió el café, cuyo aroma reblandeció todo mi resquemor.

—Lo mejor que he tomado en mi vida —exclamé.

Y recapacitando, añadí:

—Pero ¿cómo te las arreglas? Esto debe de costar un ojo de la cara.

—Me lo regala un amigo.

Yo no tenía amigos. Ignacio Ochoa me había regalado un frasco de perfume francés, pero era muchísimo mejor un amigo que regalara jamón y café, sobre todo en aquellos tiempos de guerra. Dije:

—Es un buen amigo.

Vi a Rosario encogerse de hombros, ademán muy habitual en ella y que me parecía de mala educación.

—Si no fuera así, ya no sería amigo mío.

Y soltó una carcajada.

El taller era un antiguo palacio. Habían saqueado los tapices, los cuadros, los objetos de valor. Quedaban únicamente las ropas de los criados, que cada cual utilizaba según su propia inclinación o fantasía, y los muebles. Recuerdo todavía la quema de los reclinatorios en la gran chimenea del cuarto donde cosíamos. Todas nosotras teníamos nuestro carnet. Pertenecíamos a la U.G.T., iniciales que hicieron sonrojar a mi madre hasta que el buen Peláez —padre Peláez para los creyentes— nos enseñó los diferentes carnets que él poseía y administraba según la ventolera del momento. El más antiguo era uno de la F.A.I. Pero también tenía otros del P.O.U.M. y de la U.G.T.

Mis diez pesetas diarias de asignación, inmediatamente de cobradas eran sustraídas por la abuela Milagros. Nos hacían falta. No quedaban en casa ni muebles de Bilbao ni las ropas de la abuela. Todo había sido sacrificado al hambre y al frío. Las joyas se dosificaban dolorosamente; una a una desaparecieron las sortijas de mi madre, las de la abuela... Yo no quería dar la de la abuela Inés.

—¿Dónde la tienes, hija? Creo que tendremos necesidad de ella.

Mentí. Dije que la había perdido. Escondí la sortija azul de la abuela de Bilbao y mi collar de ámbar. Por la noche, cuando nadie podía verme, sacaba mis tesoros del escondite. Introducía en mis largos dedos la sortija. Pensaba: «Aunque me muera de hambre, aunque se mueran todos, no la daré». Acariciaba las cuentas del collar y contemplaba la del mosquito.

El mosquito con las alas desplegadas me daba una sensación de libertad.

Rosario me regaló un abrigo y, aunque parezca mentira, a nadie de casa le extrañó que una amiga me hiciera tal regalo. Bien pensado, el hecho en sí no tenía la menor importancia. Durante las guerras suelen las pasiones elevarse hasta su máximo grado y del mismo modo que el asesino goza matando, el caritativo, el tierno, el humano, encuentra ambiente propicio para derrochar su contenido. He pensado muchas veces en ello.

Rosario había nacido seguramente para ser generosa. Lo fue siempre, en todos los sentidos, aunque no en igual forma para todos. El porqué de ser yo su preferida, todavía lo ignoro. Hubiera sido mejor, quizá, lo contrario... Incluso no haberla conocido. Sí, seguramente hubiera sido mucho mejor.

La gente vivía pendiente de la radio después de la caída de Barcelona, el 26 de enero de 1939. Parecía que las tropas nacionales hubieran olvidado expresamente a Madrid. Y la espera se hacía angustiosa, injusta. Se sabía que los billetes de Banco no tendrían valor a partir del día en que Madrid fuera

liberado. La radio daba los números de las series que era útil conservar. Los que tenían dinero se deshacían de él, comprando al precio que fuera joyas... o paraguas, zapatos, cepillos de dientes, cualquier mercancía. Todo valdría algo el día de mañana, todo menos aquellos billetes de antemano condenados a desaparecer.

Ramona, que estaba haciendo cola, una cola para cualquier cosa, trajo desfavorida la noticia. Se estaba luchando en Madrid. A Madrid lo estaban liberando los de adentro, la famosa quinta columna que había de hacer ondear la bandera blanca en la Telefónica. ¿Bandera blanca? Lo curioso era que la ya existente también era blanca. La primitiva bandera roja había aguantado tanto sol, tantos chaparrones, tanta intemperie durante aquellos tres años, que ondeaba perdido por completo su color, blanqueada poco a poco como si su destino fuera precisamente ése: palidecer como las estrellas palidecen de madrugada al dar paso a la luz. Una bandera blanca diferente, total, una enseña más nueva que la otra. Las tropas nacionales entraron en un Madrid de moral vencida.

DOS

AQUELLOS PRIMEROS DÍAS fueron la borrachera común del que ha salido de una pesadilla. Nos contagiarnos todos. Nos echamos, como vulgarmente se dice, a la calle. Ni los gritos de la abuela ni las reconvenções de Elvira fueron capaces de retenernos a Ramona y a mí en casa. La gente se abrazaba por la calle, abrazábamos a los soldados. Era el fin. El fin de los bombardeos, de las luchas; el fin de tanta calamidad y miseria. Empezaron a verse las cocinas de Auxilio Social. Supimos noticias de unos y otros. Ramona y yo correteábamos por Madrid, cogidas del brazo, repasando los mejores momentos de la liberación. Ella decía:

—Valía la pena; te aseguro que valía la pena lo pasado para disfrutar lo de ahora.

Ramona me hablaba y yo asentía. Mis dieciséis años no me dejaban entrever más allá del momento presente. Durante aquellos días logré incluso alejar de mí la imagen de Julián. Me iba a la cama pensando: «Mañana despertaré y será como hoy. La guerra ha terminado y todos estamos contentos. Todo ha pasado. Todo termina siempre por pasar».

Noticias de Bilbao. La firma para la cual trabajaba mi padre escribía contestando a la carta de Elvira. Sí, recibiría los atrasos correspondientes a aquellos años de guerra y luego una renta mensual, la mitad del sueldo de Julián. Julián tenía un sueldo fijo. Un pequeño sueldo base, ya que sus ingresos subían gracias al porcentaje de las ventas efectuadas. Eso quedaba descartado. Lo fijo, la cifra sobre la cual se basaba la firma, era el sueldo base. La mitad de aquel pequeño sueldo sería en adelante la pensión de Elvira. Era absurdo, incongruente e inhumano. Pero así era. Se pasaría la mitad del sueldo a Elvira para que no pudiera decirse que la dejaban morir de hambre. La mitad de un sueldo de antes de la guerra... sin esperanzas de aumentos. Una pequeña limosna para que no se dijera que en aquella firma tenían mala memoria para con los empleados muertos.

Administrar el pequeño peculio era el único trabajo que hacía la abuela. Conocía los billetes por el tamaño y el tacto, y los guardaba cuidadosamente dentro del escritorio. Elvira le pedía cuando le era inevitable pedirle. Para el tranvía, para los gastos ineludibles. La abuela se levantaba del sillón que ocupaba en el mirador y abría el mueble. Con la cantidad recibida de golpe, producto de los atrasos de aquellos tres años, se pagó el sueldo de Ramona.

Y miento si digo que lo esperaba. No la había visto llorar a menudo, pero el tacto de aquellos billetes fue demasiado violento, incluso para su brava sensibilidad. Les dio un beso y los echó por el aire. Yo me reía. Nunca había visto una lluvia de billetes y me pareció lo más cómico y bonito del mundo. Elvira decía:

—Es mucho dinero, Ramona. Te lo debía, pero debes tener más respeto al dinero.

—¿Qué hace? ¿Qué estáis haciendo? —preguntaba la abuela al oír mis risas y la reconvención de Elvira.

—Estoy haciendo volar los billetes —exclamó Ramona mientras a gatas iba recogiénolos uno a uno—. Se ha perdido usted un bonito juego.

Fue Ramona, sí, fue ella quien acabó de aclarármelo, aunque yo tuviera una idea bastante precisa por no haber sido la pasada, precisamente una buena época para salvaguardar la inocencia de los adolescentes. Pero lamento que no fuera Elvira. Era su deber y lo dejó en manos inexpertas, poco delicadas. Ramona me dijo:

—Lázaro y yo vamos a casarnos.

Me pareció una buena noticia. Lázaro y Ramona se entendían bien, eran jóvenes...

—Estoy embarazada. Quiero casarme antes de que se den cuenta.

—¡Chica!

No podía decir otra cosa. Ramona me iba contando, me lo estaba contando todo, tal como fue, llorando pero sin dejar nada por contar, por esclarecer. Sentía un hormigueo terrible en las manos, y las sienes me latían como si el corazón se hubiera alojado allí. Me mordía los labios para ocultar el temblor que me producían las palabras de Ramona.

Le di la razón. Lo mejor era casarse. ¿Por qué el hijo antes de la boda?

—No se casaría, mujer.

No comprendía nada de aquella absurda filosofía. Cuando dos personas se aman, lo mejor es casarse, tener hijos, ¿Podía invertirse el proceso? Por lo visto, los hijos podían tenerse antes de casarse y para ello ni siquiera era necesario el amor. Lázaro se casaba con Ramona por lo del hijo.

Y Ramona concluía:

—Ya te lo dije, Victoria. Los hombres son muy brutos y cuanto más jóvenes, más brutos.

Luego, secándose los ojos y sonando estrepitosamente las narices, concluyó:

—Pero al muy granuja le quiero, ¿sabes? Por eso lo hice.

La marcha de Ramona inició una nueva etapa en la casa de la abuela. Yo me quedé más sola, si cabe, mientras la abuela y Elvira decidieron que era mejor prescindir del servicio, «reducirse un poco». Elvira atendía a la abuela —que seguía interesándose por cuanto pasaba en la calle— y yo me cuidaba del resto de los quehaceres. El recuerdo de Ramona, de sus intemperancias y de sus confidencias, me atenazó durante noches y noches de soledad.

Zanganeaba por el barrio cuando me enviaban por la compra o de recados. Miraba los escaparates forjándome preguntas absurdas. Cosas que yo sabía irresolubles, pero que me distraían. «Si tuviera esto o lo otro, estaría contenta.» Poseía aquellas cosas nada más en la imaginación, durante los breves momentos que duraban mis correrías... Un día me encontré con Rosario.

—¡Victoria! ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

Mucho tiempo hacía.

Me tomó del brazo y, sin preámbulos, con ese don intuitivo que la caracterizaba, preguntó:

—¿Cómo vais por tu casa?

Recordé sus modales y me encogí de hombros.

—Ya veo. Y dime, ¿por qué no trabajas? —dijo comprensiva.

Cierto. ¿Por qué no podía trabajar? Cualquier cosa era preferible a la vida monótona que llevaba. Casi con nostalgia recordé mis tardes en el taller, la ilusión que tenía al recibir mi jornal. En un despacho, en una casa de costura, podría ganar algo y contribuir a una mayor abundancia en casa. ¡Claro que sí! Se lo diría a Elvira.

Dejé el capazo de las compras en la cocina y me dirigí al mirador. Más que decir, grité a Elvira:

—Mamá, se me ha ocurrido una cosa. Puedo trabajar.

La abuela torció la cabeza y Elvira pareció buscar consejo en los ojos ciegos de su madre.

—Una señorita no trabaja —exclamó la abuela.

Me temblaban las mejillas al contestar:

—Pues bien trabajé durante la guerra.

—La guerra es la guerra y la paz es la paz. Necesitábamos dinero. Ahora podemos pasar sin él. Y recuerda que si el padre Peláez lo permitió, fue gracias a las circunstancias.

—Si lo permitió una vez...

—Eso ya no son cosas del padre Peláez. El padre hoy en día tiene su parroquia, su confesonario, y estos temas ya no le incumben. Para algo tienes

una abuela y una madre. Para aconsejarte. Viviremos como lo hemos hecho hasta ahora, reduciendo nuestros gastos todo lo posible..., pero con dignidad.

Con dignidad soporté las miradas compasivas de mis primas, las hijas de Gustavo. La guerra había hecho de mi tío un hombre importante. Son muy raras la cantidad de cosas que suceden a raíz de una guerra. La persona que veíamos seguir cansinamente un camino determinado, da de pronto la vuelta y nos muestra su verdadera faceta, aquello que sin la guerra hubiera quedado enteramente anónimo. Fortunas que se desmoronan, fortunas que nacen; afectos que se revelan, amores que mueren... Gustavo se había vuelto hombre importante y era notorio el despego que mostraba hacia la familia que no había prosperado. Sus visitas eran protocolarias. Se desarrollaban en un ambiente tan artificial, que tanto la abuela como Elvira, y yo también suspirábamos cuando la puerta se cerraba tras él. En aquellas visitas acostumbraba a dejar entre las manos de su madre un sobre con algo de dinero. Nunca supe cuánto, pero no debía de ser gran cosa, pues la vida en la calle de Hermosilla iba achicándose a medida que pasaba el tiempo.

Las dos primas mayores tenían novio y me preguntaban a menudo si yo salía con *alguien*. La insistencia era mortificadora. No había para mí ocasión ni tiempo de conocer a posibles pretendientes y me daba perfecta cuenta de que quedándome en casa las oportunidades de encontrarlas eran escasas, nulas.

Ángeles, la mayor de mis primas, me pasaba sus trajes viejos.

La primera vez que recibí un paquete de ropas usadas experimenté la misma sensación que nos produce revolver el cubo de la basura.

No había tenido tiempo ni el pudor de mandar a la tintorería aquellos trajes viejos. Probablemente, incluso podían haber pensado que regalarlos era un buen modo, un caritativo modo de ahorrarse esa molestia. El olor confinado dentro del vestido me produjo náuseas. No eran arcadas físicas, eran mis diecisiete años recién cumplidos, mi hermoso cuerpo, mi vanidad de mujer que se revolvía contra aquella caridad injuriosa.

Y luego, la jubilosa aceptación de Elvira...

—¡Fíjate! Deshaciendo los dobladillos, quedarán como nuevos.

¡Los eternos dobladillos! El fino trazo de uso siempre queda visible.

Ignacio Ochoa venía a verme. Ignacio Ochoa tenía que examinarse en Madrid. Llegaría un día u otro. Empecé a pensar en él y me sentí enamorada.

Sería, indudablemente, un guapo muchacho. Con los años habría ganado mucho, deseaba que hubiese ganado mucho. Julián siempre hablaba de él como de alguien no demasiado fuerte. «No tuvo buena mano para el chico»,

solía decir. «Es el único enclenque de la familia.» «¿Y cómo han de ser los chicos, papá?», preguntaba yo. «No tan finos, Viky, y un poco más despejados.»

Eso no quería decir absolutamente nada. Ignacio era tal como su padre había querido que fuera, y por otro lado no podía negarse que era extraordinariamente bien educado y bueno. Cuando Julián nos dejó, Ignacio fue un hermano para mí. Y yo entonces no era más que una mocosa mal criada. Porque indudablemente Julián me malcriaba mucho.

Ignacio había crecido dentro de mí durante aquellos años de separación. Los chicos de Madrid se me antojaban de poca categoría, mal trajeados, presuntuosos. No tenían la calidad de Ignacio. Y la carta de Ignacio había reanimado mi recuerdo. Era una carta tierna, que me hacía pensar. Elvira la leyó y noté en sus ojos una expresión extraña. La expresión de todas las madres que creen haber logrado un buen partido para sus hijas. Porque, en este asunto, las madres son todas iguales. Todas sueñan con el buen partido. Las que no hicieron buena boda como un desquite con la vida. Las que se casaron bien como una costumbre adquirida.

Elvira había sonreído y creo que vi un poco de color en su rostro marchito. Me dolió su sonrisa. «Debió de ser un bonito capullo. Julián se enamoró de un bonito capullo que al quedar separado de la planta no supo vivir.»

La carta de Ignacio llegué a saberla de memoria. La leía mil veces durante el día. Creía, al leerla, oír la voz de Ignacio. Le veía tal como le dejé, muy alto, delgado, con su rostro anguloso y la nariz pronunciada. «Haremos una buena pareja.»

No sé por qué, pero imaginaba que Ignacio llegaría un atardecer. Por la tarde me arreglaba con lo mejor que tenía —un traje de mi prima Ángeles, transformado con muy poca gracia por Elvira—. Ahuecaba mis cabellos y me sentaba al lado de la abuela en el mirador. La abuela me tocaba, me palpaba para verme con sus dedos. Sus manos eran frías y me desagradaba que me tocasen.

—Esas piernas, Victoria. Llevas las faldas demasiado cortas.

Cierto. Pero el dobladillo no daba para más. Mis piernas se asomaban bajo los trajes heredados, largas, larguísimas. Por la calle, los hombres me chistaban. Era incómodo. La verdad es que no sé por qué chistaban los hombres. Llevaba medias de seda artificial, zapatos con suela de madera. Eran más baratos que los otros y, afortunadamente, se habían puesto de moda.

Luego, sin transición, preguntaba:

—¿Quién pasa por la calle?

Ya sabía lo que debía responder. Cuando se trataba de un conocido definirle exactamente su traje, la dirección que llevaba, de quién iba acompañado. Entonces ella contaba cuanto sabía de la persona descrita.

Era una larga relación, pues la abuela residía en aquella casa desde el día lejano de su matrimonio. Y siempre le había gustado el mirador. Y se preocupaba de los pequeños hechos del vecindario, viviendo a través de las vidas ajenas.

—Pues, Victoria, fíjate en lo que te digo: Fulana de Tal tenía una hermana que vivía en Málaga. El primo del marido de esta hermana se prometió con...

Era tan complicado para mí, que, aprovechando su ceguera, fingía escucharla mientras iba leyendo. Pero ella intuía mi falta de interés y con el bastón me sacudía las piernas.

—¿Me sigues? Es interesante lo que te cuento, mujer.

—Sí, abuela.

Y volvía a la carga con el primo del marido de la hermana que, total, creo recordar, había sido en su juventud vendedor ambulante de helados.

Suspendía de vez en cuando la lectura y miraba con interés a través de los cristales del mirador. Si viera a Ignacio me levantaría corriendo, me pasaría un peine y me daría un poco de rojo en los labios. Muy poco, pues Elvira no debía saber que ya tenía un tubo de rojo. No era rojo. Era un tono rosado muy claro y me lo había regalado Rosario. ¿Por qué los regalos de Rosario no me humillaban?

Debe de haber maneras y maneras de dar. Rosario daba casi suplicando. Seguramente había pasado por la amargura de aceptar cosas sudadas antes por otras personas, porque cuando regalaba pedía perdón por ello. «Tengo algo para ti, Victoria. ¡Una pena que no me vaya! Con este color de piel... Me harías un favor; mi piso es tan pequeño, que no sé dónde meter las cosas.»

Y se desprendía de cosas ciertamente usadas, pero que me entregaba limpias. Otras veces me compraba ella misma polvos, lápiz de labios... «No me ha costado nada, ¿sabes? Me lo traen de Tánger.»

De Tánger o de Portugal le traían unas medias preciosas de una nueva fibra. Medias de nylon. «No se rompen nunca.»

¡Qué lástima! Aunque hubieran estado un poco zurcidas hubiese aceptado gustosa las medias de Rosario.

Naturalmente, Ignacio llegó una mañana, justo un momento antes de mi regreso a casa con la compra.

El capacho me colgaba lastimosamente del brazo. No sabía dónde ponerlo ni cómo esconderlo. Mis cabellos estaban desordenados por el viento y no me había pintado los labios. Llevaba el vestido de las mañanas, el de ir al mercado. E Ignacio ya me había visto. No me quedaba, pues, el recurso de entrar en mi habitación y arreglarme un poco.

Ignacio me sonreía. Ahora le recordaba perfectamente. Lo que más me sorprendía de Ignacio era la perfección. Incluso sus trajes no mostraban las inevitables arrugas del uso. Era una percha perfecta, sin calor, sin humanidad. Me sentí desgraciada ante Ignacio y pude pronunciar únicamente:

—¡Hola!

«Hola», cuando me sabía su carta de memoria; cuando había esperado tardes enteras su llegada, sentada al lado de la abuela en el mirador... ¡Hola!

Mi nombre salió de sus labios, inesperado:

—¡Viky!

No fue su acento lo que me sorprendió. Me llamaba Viky como Julián. ¿Por qué Julián me llamaba Viky? No lo sé. Había dicho *Viky*, pero sus ojos estaban literalmente prendidos en las paredes de la casa. Sí, estaban sucias. No de una suciedad pasajera o reciente. Era polvo cuidadosamente asimilado, sobre el cual se había posado otra vez polvo y ahora sin remedio; por mucho trapo que se le pasara al empapelado, estaba viejo. Y lo único que podía hacerse era cambiarle. ¿Para qué? La abuela estaba ciega.

Me entraron ganas de sacudir mis melenas, de sonreír aun sin ganas o decir una de esas impertinencias que con los años había acabado por olvidar. Algo que le distrajera de cuanto nos rodeaba. La voz de Elvira sonó, protocolaria:

—¿Te quedarás a comer?

¿Qué teníamos de comer? Era risible que Elvira le invitara a comer. Por fortuna, Ignacio no parecía muy dispuesto a quedarse. Estaba incómodo, impresionado. Tenía —dijo— una cita. Volvería a buscarme por la tarde.

Se despidió de nosotras olvidándose de la abuela que seguía mirando sin ver, a través de los cristales del mirador.

No había sido como esperaba. Lo vi desde el primer momento. Nada había de común entre Ignacio y yo. La guerra le había, ciertamente, cambiado. Nuestras frases eran convencionales, educadas. Me daba vergüenza ir al lado de aquel muchacho tan distinguido, que cuando me miraba parecía querer descubrir en mí Dios sabe qué tara o deficiencia. Me hubiera gustado decirle: «Todo ha sido distinto desde que salimos de Bilbao. No tenemos dinero. ¿Conoces, Ignacio, el valor del dinero? Yo sí. Voy al mercado cada

día, no para comprar lo que me apetece, sino aquello que me es asequible. Y mi estómago se rebela a veces. Te aseguro que mi estómago se rebela cuando paso de largo junto a lo que me gustaría, para comprar enfrente lo que puedo. Tú no sabes lo que es eso, Ignacio. Comer algo, con la imaginación fija en lo que no se ha podido adquirir por falta de medios». No le dije nada. Eran cosas mezquinas y me daba cuenta de ello. Entre dos amigos no es bueno hablar de dinero. Pero no sabía de qué hablarle. Me hubiera gustado ir al cine. Nunca iba al cine. Fuimos a pasear y nos sentamos en un banco del Retiro.

—Cuéntame cosas, Viky.

No. Era mucho mejor no contarle nada. Él debía empezar. Su carrera. Le faltaban las asignaturas correspondientes a los años de guerra. («Claro, como todos.») Sus hermanas. Aurora. Pensé en la casa del Arenal y sentí ganas de llorar. Pero me contuve.

La guerra. La guerra era la culpable de todo cuanto sucedía. Pero yo sabía que no era verdad. La guerra había sentado maravillosamente a tío Gustavo. La guerra no parecía haber hecho mella en él, Ignacio Ochoa. Antes de la guerra, en cambio, yo...

—¿Me quieres, Viky?

Había pasado el brazo alrededor de mis hombros y su pregunta parecía un caramelo que se ofrece a los chiquillos cuando se quejan de un buen coscorrón. No. No le quería. En aquel momento le odiaba incluso. Hubiera preferido un Ignacio menos pulcro, más humano y entusiasta; un Ignacio que francamente hubiera gritado: «La casa de tu abuela es una porquería. Vas mal arreglada, Viky. Y tu madre es una mema. Siempre fue una mema tu madre. La mía es toda una mujer, pero tu madre es una mema».

Me mordí los labios para evitar una mueca. Luego pregunté:

—¿Y tú?

Le desafiaba con la mirada. Pero, no; no tuvo valor suficiente para ser sincero. Contestó:

—Sí, naturalmente. Y desde ahora nos veremos con frecuencia. Nos escribiremos.

Dios mío. ¡Qué dolor! Nos veríamos, nos escribiríamos. Por qué no me dijo como cuando tenía trece años: «Te quiero, Viky. Como un hombre quiere a una mujer».

La gente pasaba indiferente a nuestros problemas. No sé lo que pensaba Ignacio. Deseaba llegar a casa, encerrarme en mi cuarto y quedarme a oscuras, dentro de mí misma.

Me esperaba Elvira a la puerta de casa.

—¿Qué...?

¿Qué quería significar con ese *qué*? Sonreía levemente y en sus ojos sorprendí la curiosidad, el ansia de saber. También la abuela debía de estar esperando noticias, pues golpeaba el suelo con el bastón y gritaba que fuera, que me acercara.

—¿Qué? —respondí agriamente—. Pues nada. ¿Esperabais algo?

No dijeron nada. Suspiraron y se entendieron. No podían entenderse con las miradas, puesto que la abuela ya no veía. Pero entre Elvira y la abuela había una comunicación especial, la de esos organismos que viviendo juntos se completan y disfrutan de un mayor bienestar. El día que yo me fuera de casa, la suya sería una unión casi perfecta. La abuela pensaba y Elvira ejecutaba. A la abuela nunca le había gustado ejecutar y Elvira había rehuido siempre el pensamiento. Yo estaba de más, como seguramente Julián también lo había estado. Recordaba perfectamente que Julián no soportaba la presencia de la abuela y que ésta iba a Bilbao en su ausencia. Recordaba también que cada llegada de la abuela significaba para Elvira un acontecimiento «Ahora podré descansar un poco», solía decir.

Hubiera querido tener a Ramona en casa. Sentía la terrible necesidad de confiarme a alguien y no podía. Me confesaba y comulgaba con frecuencia, deseando encontrar en el cumplimiento de los actos religiosos la fuerza necesaria para sobrellevar mi tristeza. Tan honda, tan calada estaba en mí, que ni yo misma era capaz de averiguar si era realmente tristeza. No sabía lo que tenía y cuando me arrodillaba ante el confesor y le contaba mis últimas culpas, añadía siempre: «Padre, tengo pena. No sé lo que me pasa». Luego, recordando el cuarto mandamiento, añadía con vergüenza: «No amo a mi madre, no puedo amarla».

Ningún confesor se atrevió a hurgar dentro de mí lo bastante para saber los motivos de mi desamor. No los hubiera encontrado. No los sabía. ¿Por qué hemos de buscar motivos al desamor? Según el padre en quien me confiaba, encontraba una u otra respuesta. No estamos obligados a *sentir* amor hacia las personas. Incluso aquellas que parecen más indicadas para merecer nuestro afecto, pueden ser víctimas de nuestro desamor sin que eso sea una falta. No hemos de odiarlas ni desearles nada malo ni alegrarnos de sus desdichas si las tienen. Pero el amor no es necesario, por la sencilla razón de que no podemos forzar nuestros sentimientos. No somos dueños de ellos; por consiguiente, tampoco responsables. Yo quería a mi madre; debía respetarla, obedecerla... Mi actitud tendría todavía más mérito, pues representaba un sacrificio de mi voluntad.

Al salir de la iglesia volvía a casa, volvía a mi tristeza. Dios se había quedado en Su casa. Era absolutamente imposible pensar que Dios estuviera en casa de la abuela. Poco a poco dejé espaciar mis prácticas y el desasosiego adquirió densidad, una forma deformada por mis pocos años.

Veía a Rosario de cuando en cuando. Le enseñaba las cartas de Ignacio. Eran cartas ceremoniosas, a las cuales respondía con igual cortesía.

—Ese chico es bobo —decía Rosario.

No comprendía demasiado bien.

—No lo creas. Es muy culto. Está terminando sus estudios. Es un muchacho muy fino.

—Pero no te quiere.

—¿Y por qué no me quiere? —preguntaba yo—. Antes me quería.

Rosario me miraba de pies a cabeza. Abría la boca para decir algo. Callaba. Pregunté:

—¿Qué te sucede?

—Nada. Te aseguro que no me sucede nada. Lo único que pienso es...

—¿Dime?

—¡Bah! Todos los hombres jóvenes son unos imbéciles. No saben lo que quieren. Hace tiempo me he dado cuenta de ello.

Yo callaba. Sabía que Rosario tenía «amigos». También sabía ahora que la palabra «amigo» significaba algo más que una pura y simple amistad. Rosario no me hablaba nunca de esas amistades, pero deduje que escogía entre hombres ya maduros.

—No te fíes de los jóvenes, ¿sabes? Si algún día te decides a hacer una burrada, escoge al menos un hombre que pueda ser tu padre.

Me sobrecogían sus frases de tal modo, que sentía ya la emoción de lo prohibido.

—En el plan que estás, sería lo más cómodo. Un amigo que supiera por dónde va. El día que...

Se mordió los labios. Me despidió cariñosamente y ya en la escalera me dijo:

—Pórtate bien, anda. A lo mejor ese Ignacio tiene intenciones de casarse contigo y... sería lo mejor. No lo dudes.

* * *

Tardó casi tres meses en contestar la última carta. ¿Era aquello una carta? ¿Qué es una carta? La última de Ignacio era un papel blanco sobre el cual se

alineaban unas cuantas palabras. No era una carta. Eran palabras escritas en las cuales no había más que tinta. Ya no guardaba sus cartas. Las rasgaba y echaba al cubo de la basura. Las cartas de Ignacio eran un pequeño periódico escrito a mano. Un montoncito de papel crujiente entre mis dedos. Me preguntaba cómo sería una verdadera carta de amor.

Las dos hijas mayores de Gustavo aprendían corte y confección. Es posible que no lo necesitaran nunca, pero las entretenía hasta la hora de salir con sus novios. En la clase se hacían algunas prendas; tía Angelita abundaba en ese sentido. Creía que la costura era imprescindible para toda mujer. Elvira también lo creía, pero las clases de corte eran demasiado costosas y, por otra parte, yo no tenía ningún traje por hacer. Con los desechados por mis primas tenía más que suficiente para vestirme.

Pero... no estaría mal tener alguna noción de costura. No lejos de casa, en nuestra misma parroquia, las clases de corte eran gratuitas. Podía coser, cortar para los pobres y aprender al mismo tiempo. La idea no me pareció del todo mala. Las interminables horas en casa eran cada día más tediosas. Iría a la parroquia. Al menos me ventilaría un poco y charlaría con gente de mi edad. Tal vez me reiría, como durante la guerra en el taller. Se lo conté a Rosario.

—¿Cuándo empiezas?

—Puedo ir cuando quiera. Es voluntario. Puedo entrar y salir a la hora que quiera.

—Bien. Iré a recogerte a las siete. Merenderás conmigo.

—Mi madre...

—¿Cuándo dejarás de ser una niña? No tienes por qué decir a tu madre que has salido a las siete. A las ocho estaremos de vuelta. Vamos, te invito.

Rosario ya no me invitaba a su casa. «Ya no estamos en guerra», decía. Prefería ir por los bares, ver gente... Las siete de la tarde empezó a ser algo imprescindible para mí.

«Los Pingüinos» no era lo que se llama un sitio elegante. No era elegante la gente que solía recalar allí, después del trabajo. No lo eran las chicas un poco raras, muy pintadas, que charlaban con todo el mundo. Todos parecían conocerse. A veces, un desconocido, un forastero caía allá por mero azar. Rosario bebía despacio lo solicitado y observaba. Rosario parecía no ver nunca nada, pero se fijaba en todo y me iba explicando:

—Aquella —decía— está perdiendo miserablemente el tiempo. Conozco ese tipo de hombre. Pasas un mes pendiente de él y luego te da las gracias y te dice que todo ha sido una locura, que él está casado y que en el fondo se debe

a los suyos. Para consolarte, te regala una polvera o cualquiera de esas porquerías que las mujeres tenemos por docenas.

Yo sólo tenía una polvera muy vieja que me había dado Rosario. Y escuchaba...

—Y ése de allí...

Encogía los hombros y se reía.

—A ése le conozco. ¿Sabes lo que me regaló después de una semana?

No tenía idea. Algo divertido a juzgar por el rostro de Rosario.

—El Kempis, hija. Edición de lujo, tafelete y cantos dorados. Ése es de los que pecan y van en seguida a confesarse para volver a pecar. Luego te sermonea y dice que has de ser una buena chica, etcétera...

Miré de reojo al chico del Kempis y le encontré un parecido lejano con el sacristán de mi parroquia. Tenía el libro en casa, aunque apenas lo había hojeado. Ahora le leería con mucha atención.

—Y aquel tío gordo de allí... Debe ser forastero.

El hombre me estaba mirando. A buen seguro, mis medias llevaban un punto suelto, o mi falda debía de parecerle corta... siempre eran demasiado cortas las faldas. Era bajito y grueso, pero no resultaba desagradable.

—Tiene cara de buena persona.

—Parece rico —anotó Rosario.

Me sentía un tanto acobardada, pues el hombre continuaba mirándome mientras sorbía un líquido rojizo que refulgía en su copa. Cuando me sentía observada, me ponía nerviosa. Rosario se daba cuenta. Según ella, siempre que estaba nerviosa sacudía mi melena. «Sacudes tus malos pensamientos.»

Sacudía mi timidez. Era un ademán como cualquier otro. Tal vez en aquel tiempo ya intuía que nada llamaba la atención hacia mí, excepto la frondosa cabellera negra. Cuando por la calle los hombres me chistaban o decían cosas sobre mis piernas y mi cuerpo, sacudía mis cabellos sin darme cuenta, pero insinuándoles que allí estaba yo, no en mis ropas sin gracia, en mi inseguridad.

Así conocí a Baldomero Font. Total, por haberme descuidado un guante en «Los Pingüinos» un hombre entró en mi vida. Tal vez aquello tenía que suceder. Tal vez había llegado al punto en que una muchacha se entrega del mismo modo, como la fruta demasiado en sazón se descuelga por sí del árbol.

—Su guante, señorita.

Me tendía un guante negro de piel, tan ajado que tentada estuve de decirle que no era mío. Pero aquel hombre no lo merecía. Era pequeñito, colorado y hablaba con acento. ¿Por qué se había separado Rosario de mí aquel día? No

sabía qué decirle. Me sentía pobre al lado de él. Y me estaba invitando a subir a su coche. Tenía un coche espléndido, y sentado al volante sonreía satisfecho. Continuaba mirándome las piernas y yo no podía ocultarlas. En efecto llevaba una carrera más que mediana. Y estaba en su coche. No sabía cómo pudo suceder, pero estaba en su coche.

Me decía que era catalán. «Los catalanes y los vascos se parecen mucho», había dicho un día Julián. Aquél no se parecía a ninguno de los hombres que recordaba de Bilbao. Tal vez Julián se refería al carácter. Me hacía preguntas: ¿Trabajaba?

—No. No trabajo.

Sí, trabajaba; pero suponía que a lo que él se refería era si trabajaba cobrando un sueldo. No, no trabajaba más que en casa y luego en aquella clase de corte gratuita en donde hacíamos para pobres vestidos de pobres. Vestidos que tenían color de pobre, hechuras de pobre.

Seguía hablando: Y a «Los Pingüinos» ¿iba a menudo?...

Iba cuando me invitaba Rosario. Cuando podía. Me hubiera gustado ir a muchos sitios, al cine, en coche, de veraneo como Gustavo y su familia, hacer muchas cosas que yo presentía, conocer gente, no vivir enterrada entre la abuela y Elvira.

Corría el año 1941 y si para los otros todo comenzaba a encauzarse normalmente, para mí todo seguía igual. Igual las estrecheces en casa, igual el peso abrumador de una existencia en donde yo no veía ni posibilidad ni salida... Y yo quería salir. Empezaba a envidiar el arranque de Ramona, la desvergüenza de Rosario. Eran mujeres como yo, que habían tirado por donde habían podido, pero que vivían, vivían... Yo me limitaba a *ser*, igual que un árbol o una piedra.

Del modo como me había preguntado si iba a menudo a «Los Pingüinos», deduje que el catalán volvería. Pero no creí oportuno decírselo a Rosario ni a nadie. En el fondo, tenía miedo de un último consejo que me hiciera retroceder. Rosario nunca me había aconsejado mal, aunque sin quererlo quizá me había familiarizado con el mal. Deseaba ir sola a «Los Pingüinos».

Y volví a encontrarle. Baldomero Font llevaba un paquete. Un paquete plano. Deseé que fuera una sorpresa.

Baldomero Font sabía regalar. Aquella tarde puso entre mis manos una caja con doce pares de medias. Me temblaban las manos. Pensé rápidamente en lo que diría Elvira. Pero era difícil resistir a la tentación de tocarlas. Le diría que sólo tenía un par, que no se rompía nunca, un par que me había regalado Rosario.

Tenía ganas de abrazar a aquel hombre, pero no sabía si eso era lo que esperaba de mí. Le vi bueno. Le pedí que me llamara Viky y él me dijo que le tuteara. Era mejor así.

Toda una semana de regalos. Igual que cuando Julián regresaba de viaje. Y Baldomero no pedía nada, absolutamente nada. Debía de ser un hombre generoso, que hacía las cosas porque sí. Le notaba contento y también yo me sentía diferente. Me reía. Cuando me tomaba del brazo me apretaba junto a él, cuando me hacía cosquillas en la palma de la mano, me reía con él. Me preguntó si tenía novio.

De buena gana le hubiera contado todo lo de Ignacio, pero en aquellos momentos me sentía alejada de Ignacio y profundamente herida. Hacía tres meses que aguardaba su respuesta y por otra parte me había enterado que hacía la corte a una antigua amiga mía de Bilbao.

Respondí que no, que no tenía novio.

Paseábamos siempre en coche, por cualquier carretera. Y yo sacudía mis cabellos, pero ya no lo hacía por timidez o nerviosismo. Me sentía feliz al lado de aquel hombre, que me miraba embobado, rejuvenecido por una ilusión a mí debida. No podía engañarme. Baldomero estaba enamorado de mí. Lo había consultado con Rosario y ésta, después de todo mi relato, parecía algo confusa.

—Chica, hombres así no corren por estos mundos. Se están volviendo de un roñica...

Y luego, inquieta:

—Y tú, ¿qué has decidido?

—No sé. No entiendo —contesté vehemente—. No quiero. Te aseguro que está ilusionado, contento así. Nos divertimos. No me ha pedido nunca nada.

—Pues no te durará la diversión. Voy a decirte una cosa, Victoria. Todos los hombres tienen su momento. Si te precipitas, los pierdes; pero si lo piensas demasiado, los pierdes también. Tú verás si te interesa.

Sus palabras me hacían daño. La amistad de Baldomero había sido como la ráfaga de oxígeno para aquel que se está asfixiando. La posibilidad de recaer otra vez en mi vida anterior me aterraba. Según Rosario, tenía que decidirme. Bueno, viviría y respiraría así mientras pudiera y..., llegado el momento, también sabría portarme como una mujer.

Al marcharse me dejó tres billetes grandes. Volvería pronto, pero no quería que me olvidara de él. Tres billetes para mí sola. Elvira y la abuela no tenían tanto para pasar el mes. No sabría explicarlo, pero los billetes me

produjeron el mismo efecto que un insulto o un bofetón. «Te están comprando.» «Esto es la paga y señal, Viky.» Cerré los ojos para no verlos; crispé los puños, pues me daba rabia aquella sensación de vértigo ante la cifra, fabulosa para mí.

Pero su voz iba venciendo mi resistencia, llevándome sus razones, insinuándose como un bonito cuento. «Quiero que gastes cada día cien pesetas para mí. Cómprate flores si quieres, o chocolates... o zapatos, pero sonrío un poco hasta que vuelva.» Flores, chocolates o zapatos... La voz continuaba: «Dáselos a un pobre si te parece, pero hazme feliz». Y yo me sentía débil, asustada, como el día que me escondí bajo la cama en casa de Carmenchu. Las manos se me abrían. Los billetes estaban allí, dentro de mis manos, quemándose mientras Baldomero me daba las gracias y yo permanecía muda como si alguien hubiera introducido un trapo dentro de mi garganta.

No puedo decir que me sintiera enamorada de Baldomero Font. Pero sí que esperé su regreso con impaciencia. Esperar algo es siempre un tremendo aliciente. Todo cuanto hacía tenía una misma finalidad: agradar al catalán, conquistarlo. Sí, estaba enteramente dispuesta a conquistarlo. Aquel mes de espera se me hizo dolorosamente corto por la única razón de que mi vida ya había tomado un rumbo distinto. Se me hizo largo porque esperaba y corto porque deseaba aplazar su vencimiento.

Y huía de las miradas que de soslayo me dirigía Elvira. Me hubiera gustado por parte de ella una explosión, un índice que me mostrara mi cambio. Elvira no se atrevía a decir nada. Notaba un evidente bienestar en la casa y se callaba. Su silencio era cobarde. Nunca me había pegado Elvira, pero creo que en aquellos momentos hubiera tenido que enfrentarse conmigo, preguntarme, «¿De dónde sacas tanta cosa nueva? ¿Qué prodigios haces ahora con el dinero de la compra? Dime, hija, ¿qué sucede?»

Elvira se callaba por la sencilla razón que le era más fácil aceptar que rebelarse. Es posible que se consolara con pequeñas reflexiones, o bien quisiera pensar que no había mal alguno en lo que yo estaba haciendo... Que me regalaban cosas porque sí. Hacía años que vivíamos a base de una media caridad, que ya nada podía extrañarle. Entonces empecé a despreciarla.

* * *

Yo estaba decidida, preparada para el momento. No quería pensar demasiado ni volverme atrás.

Baldomero no podía comprenderme. Y yo no quería explicarle. ¿Para qué? Un día u otro tenía que ser. Y fue.

Sólo quedó un recuerdo. Desagradable.

Me pareció como si hubiera roto el encantamiento de todo aquel mes. Baldomero, en los días siguientes, me hacía preguntas y más preguntas. Y le notaba nervioso, como, si temiera algo. No sabía qué pudiera temer. Se despidió al cabo, prometiendo volver, dándome una suma muy crecida de dinero. Tanto, que cuando se lo dije a Rosario comentó: «Malo chica; a ése no le ves más el pelo».

Sentía ganas de llorar y lloraba a solas por la noche. Sin la presencia de mi amigo, los billetes volvían a recobrar el significado, su valor adquisitivo. Me habían comprado a mí. Y yo no quería perder a Baldomero. No quería sus billetes. Quería salir de paseo con él por la carretera, tener la certeza de que alguien estaba pensando en mí. Quería acortar mis días con una ilusión... ¿Y si Baldomero, asustado no volviera?

Mi madre entró un día en mi cuarto. Se sentó en el borde de la cama y bajo, para que la abuela no oyera, preguntó:

—¿Te encuentras mal, Victoria? ¿Te duele algo?

Hubiera querido confesarle la verdad. Estaba atemorizada por lo que había hecho. Pero no podía contarle aquello a Elvira. Ya era demasiado tarde y no podía confiarme. Elvira no sabía encontrar palabras para acercarse a mí.

—Dime, ¿qué te duele?

Me dolía ella. La barrera que los años habían alzado entre ella y yo. Iba a decírselo, pero la vi tan indefensa, que apenas tuve fuerza para volverme de espaldas.

—No me duele nada. Lloro porque sí... porque tengo ganas.

—Hija, hija... ¡Eres tan rara!

No comprendo el silencio de Elvira. Estaba acobardada ante mí y no se atrevía a hablar con la abuela de todos los cambios evidentes. La abuela no podía ver nada y Elvira cerraba voluntariamente los ojos por temor, tal vez, a perderme del todo. Me exigía, eso sí, mi presencia en casa a horas determinadas.

Poco a poco iba aceptando mi ayuda. Primero lo hice de un modo anónimo, añadiendo dinero mío al presupuesto familiar. Más tarde me atreví a comprar cosas esenciales que habían desaparecido de casa durante la guerra... Pronto me acostumbré a mentir y lo hacía descaradamente hablando de gangas, de donativos de la parroquia. Elvira se callaba y su silencio

provocaba en mí ansias feroces de romper todo cuanto había formado parte de mi vida hasta aquel entonces.

Tío Gustavo me había visto en el coche de Font, y yo lo desmentí calurosamente. Me dio detalles, y yo lo negué. Sus hijas ya no venían por casa ni me mandaban sus prendas usadas. Poco a poco empecé a endurecerme. Achacaba las culpas a todos cuantos me rodeaban. La abuela, por encastillarse en su mundo caduco; Elvira, por su sumisión y su cobarde silencio; tío Gustavo y los suyos, por su falta de apoyo o de caridad verdadera. Todos, todos eran culpables —pensaba— menos yo. Yo tenía pocos años y derecho a gozar de la vida. También Ignacio era culpable. Ignacio me había desdeñado.

Ignacio volvía a Madrid después de tantos meses de olvido; me escribía al fin.

Llevaba la carta en el bolsillo dispuesta a enseñársela a Baldomero. Pero me olvidé. Vuelvo a repetir que jamás estuve enamorada de aquel hombre. Font era para mí como una borrachera de momentánea abundancia. Hablaba con él, como Julián había hecho conmigo, y durante los largos paseos en coche me sentía sosegada y feliz. Descubría de pronto la maravilla del paisaje castellano y recordaba las nostálgicas tardes de lluvia de Bilbao. Julián hubiera dicho: «Viky, fíjate en el color del atardecer en Castilla; fíjate y comprenderás por qué la gente no ve más allá de las piedras y la aridez de la tierra. Fíjate y verás que todo está limpio y que la luz prende a la Naturaleza de una forma tan neta, que no sabemos si es el sol el que destaca las piedras o si son las piedras las que despiden luz. Mira la mezcla del azul y del naranja. Respira hondo. Las hierbas huelen violentamente después de todo un día de luz violenta. Los pinos están desnudos pues el frío es aquí tan intenso como el sol. Los pinos son dorados de tronco y casi negros de ramaje. El aire huele a ozono y es también luz que penetra en nuestro pecho. Estamos un poco más cerca del cielo que en otros sitios, Viky. Es un cielo muy alto el de aquí, pero tan transparente que estamos muy cerca de él. Mira, Viky...». Cerraba los ojos y veía a Julián poniéndose de puntillas y haciendo el ademán de tocar las estrellas con las manos.

—¿Cómo son las piedras en Cataluña, Baldomero?

Baldomero no comprendía nunca de primera intención lo que se le preguntaba. Pero anotaba cuidadosamente todas mis preguntas y luego iba contestando poco a poco, a conciencia. Le hacía gracia mi ilusión por recoger todo cuanto hallábamos en nuestros paseos. A veces, cuando llegábamos a Madrid, las flores que había recogido estaban mustias, parecidas a un manojo de verduras.

—Tira esa porquería —me decía.

Y obedecía. Pero al día siguiente volvía a correr de un lado a otro de la carretera cogiendo ramos, con la secreta esperanza de que entonces no se marchitarían.

—Te compraré todas las flores que quieras —repetía insistentemente.

Pero yo no podía llevar flores a casa. La flor es un lujo supremo. La flor no dura. Nada justifica la flor. Podía, eso sí, llevar una pulsera de oro y mentir descaradamente diciendo que era de «doublé» y que me la había prestado una amiga. Podía llevar un traje bonito y alegar cualquier estupidez por el estilo... Una vez dije que lo había ganado en una tómbola. Pero las flores son flores: nadie las presta. Desde que salimos de Bilbao no habíamos tenido flores en casa.

* * *

Ignacio volvió a Madrid a fines del cuarenta y uno.

Me daba cita en el hotel, y yo le enseñé la carta a Elvira. Mi madre no se atrevió a aconsejarme ni osó preguntar qué había entre Ignacio y yo en definitiva. «Tú verás», decía. Y rehuíamos enfrentar nuestras miradas porque, en el fondo, nos sabíamos las dos culpables.

Me vestí cuidadosamente. El espejo de mi cuarto me devolvió una imagen insolente, distinta a la que Ignacio sorprendió un día. No sentía nada en aquellos momentos, excepto el placer de verme bien vestida y triunfante. Las otras chicas, las buenas chicas que cruzaban por la calle, me parecían el cúmulo de la tontería.

Ignacio... Recuerdo su sorpresa. Precisamente entonces me quería. Fue lo primero que me dijo cuando nos encontramos, y sus palabras eran sinceras; no mentía, no.

—¿Por qué no me quisiste hace un año?

Se calló. Veía yo reflejada en sus ojos la inmensa sorpresa de encontrarme tal cual él hubiera querido un año antes. Algo absurdo me contestó. Que si ya era toda una mujer... que si estaba tan cambiada...

Necedades. ¡Tan cambiada! Me eché a reír mientras él insistía para que fuera a Bilbao. ¿Me gustaría volver a Bilbao? ¿Ver a su madre?

¡Cielos! Veía a Aurora rodeada siempre de sus hijas colgándole por todos lados, como frutos benditos de un árbol bueno. No me atrevía a engañar a aquella mujer. No podía ir a Bilbao por el momento.

—¿Por qué?

Sentí cierta irritación hacia Ignacio. Deseos tremendos de contárselo todo allí, en medio de la calle. Abofetearle con palabras duras. Le dije:

—Porque no quiero ir a tu casa. Eso es todo.

Le miré luego de reojo y sentí pena por él. Mis palabras le habían intimidado como le intimidaban mis respuestas en Bilbao. Pero no se atrevía a discutir conmigo. Caminamos en silencio durante un tramo y luego empezaba a hablar de otra cosa. Al despedirse, supe que desde entonces sus cartas serían frecuentes y que en ellas le encontraría. Ignacio era de los que se confiaban por carta mucho más fácilmente de lo que se atrevía a hacerlo por palabra.

TRES

ME SENTÍA SEGURA DE MÍ. Entonces me sentía segura. Baldomero Font había hallado el medio de que sus regalos no provocaran escándalo en casa. Teníamos ahora un pequeño ático; dos habitaciones arregladas a mi antojo y donde el sol entraba a raudales por una terraza. No lo pedí yo. Fue idea de Baldomero. Una buena idea que me permitía tener cosas mías y disfrutar de ellas sin dar cuenta a nadie. Cuando Baldomero regresaba a Barcelona, yo pasaba las horas de libertad en aquel ático. Había prometido no engañarle y me era fácil no quebrantar la promesa. El amor, el verdadero amor, era una faceta de la vida todavía no descubierta por mí. Mis relaciones con Font eran más amistosas que amorosas, aunque, recordando los consejos de Rosario, yo me mostraba siempre atenta con mi amigo. Eran los peores instantes. Me sometía a ellos como el borrego va al sacrificio. A veces incluso en aquel momento se me ocurrían cosas muy graciosas. Me callaba, pues no eran oportunas. No sé si él se dio cuenta. Para evitarlo me esforzaba en mantenerme con expresión placentera, y para ello me recitaba interiormente ciertos trozos poéticos de mi preferencia. Llegué incluso a cronometrar sus ardores con mis estrofas. Era curioso..., pero no podía explicárselo. Él era bueno... y prefería callarme.

Andrés Lezama era el mejor modisto del Madrid de aquellos años de la posguerra. Sigue siéndolo y su nombre es pronunciado con respeto por las mujeres que de un modo u otro consiguen medios suficientes para pagar sus facturas.

Le conocí por mediación de Font. Font quería lucirme y su interés por lucirme acabó por halagarme y darme confianza. El día que conocí a Andrés Lezama, empecé a comportarme con la seguridad de una verdadera mujer.

Describir a Lezama sería algo difícil, por la sencilla razón de que —ahora lo sé— ni él mismo cree conocerse. La razón de que, habiendo estudiado la carrera de arquitecto, terminara siendo modisto, la supe algún tiempo después. Aquello debía de atenazarle como una obsesión. Tal vez fuera el mayor fracaso de su vida. Y hablar de fracaso en la vida de Andrés parece absurdo.

Sus salones se abrían a Recoletos a través de amplios ventanales. La luz, sabiamente dosificada, se convertía en una suave, lechosa luz; y los espejos no la reflejaban nunca, porque estaban colocados en la parte de la fachada, de

espaldas a esa luz que tanto temen las mujeres que ya han pasado de los cuarenta años y que suelen ser, en general, las que disponen de más medios para llegar a la verdadera elegancia.

Todo cuanto se refiere a Andrés lo supe poco a poco y después, mucho después.

La primera impresión que me produjo Lezama fue la de encontrarme a mí misma estúpida y desmañada. Ignoro lo que viera él en mí. Su amabilidad era fría, con exquisiteces de gran señor. No condescendía nunca a la familiaridad con las clientas, que, a pesar de todo, confiaban en él sus intimidades. Creo que lo primero que veía en una mujer eran los huesos. Los huesos son el fundamento de la belleza arquitectónica humana. Su mirada captaba o mejor dicho, abarcaba inmediatamente lo que había de sólido en una mujer. Luego buscaba la armonía. La primera vez que me vio con uno de los trajes por él diseñados, me tomó de la mano, la dejó caer otra vez, me contempló de pies a cabeza y por último... sugirió que debía recogerme los cabellos. Quedé sorprendida. Lo más corriente es que un modisto obre en funciones de tal. Andrés Lezama dijo que, si recogía mis cabellos, el conjunto sería perfecto. Baldomero torció el gesto, pero hice la prueba. Y Lezama me sonrió condescendiente, aprobando mi sumisión.

* * *

Tres años. Tres años fueron cambiando por completo a la niña que había sido. No sentía el tiempo más que cuando tenía que separarme de Baldomero. Cuando estaba con él me parecía absolutamente inútil pensar en el tiempo. A veces, él insistía: «Algún día amarás a un muchacho de tu edad, soltero; te casarás, no lo dudes».

Entonces pensaba en Ignacio. (Ignacio que me escribía y venía con frecuencia a Madrid.) Y sentía ganas de contárselo todo. Pero no quería hablarle de Ignacio tan pronto. Existían cosas de las cuales era mucho mejor no hablar, o diferir el diálogo. Por ejemplo, de su mujer. Yo sabía que Font estaba casado. Me mortificaba el hecho de que mi amante fuera un hombre casado; aquello me hacía ser más culpable que si Font hubiera sido libre. De haber sido Font libre, ¿me habría casado con él? Creo que sí. Era mucho mayor que yo y, sin embargo, había llegado a la edad en que un hombre puede comprender perfectamente a una muchacha joven. No hablábamos de su mujer y mucho menos de sus hijos. Un día, recuerdo, al abrir la cartera se le cayó algo. Me precipité a recogerlo. Era una fotografía y sonreían en ella dos chicas de mi edad casi y un muchacho más joven. Se la entregué y, no

sabiendo qué decir, viéndole un poco cohibido, pregunté, tontamente: «¿Quiénes son?» «Ya los ves, unos chicos.»

No dijo: «Son mis hijos». Dijo: «Unos chicos». Y, no sé por qué, pensé en el Julián viajante, eterno viajante. Julián también llevaba en la cartera fotografías mías. Me pregunté si Julián, cuando estaba de viaje, habría tenido contacto con otras mujeres y si alguna vez habría dicho: «Ya ves, una niña». En vez de: «Mi hija».

Hubiera querido hablarle de todos y de todo, y sentía una pena inmensa al no poder hacerlo. Lo de Julián, lo de Elvira, lo de Ignacio... Hubiera sido un error. Intuía que en la vida de Font yo era un remanso, un aparte que para nada destruía su verdadera vida. Él para mí, había de ser lo mismo. Él tenía su casa y los suyos, y yo la mía. La casa de la calle de Hermosilla, a la cual estaba obligada a regresar a las nueve de la noche.

Hacía tiempo me desentendía de ella. Me encontraba allí tan extraña como un huésped. Mi verdadero hogar eran las dos piezas del ático donde guardaba mis trajes y mis joyas. Al lado de la chimenea, arrodillada ante Baldomero, me sentía colmadamente feliz. Lo único desagradable era tener que amarle. Hubiera querido distraerle, nada más. Pero eso no era posible.

Y no le engañaba.

Cuando venía Ignacio, salía con él muy seria, anotando cuidadosamente su progreso y mi influencia, dejándome querer. Ignacio me llevaba al cine y tomaba entre las suyas una de mis manos. Me besaba los dedos en la oscuridad y sentía fluir de su cuerpo una pasión que llegaba a conmoverme. De haber sido inexperta, quizás hubiera sido más tierna. Pero me contenía exprofeso y eso hacía perder el tino al pobre Ignacio.

Acercaba su rostro al mío y le notaba ardiendo, como si tuviera fiebre. Decía que me quería.

—Has de casarte conmigo, Viky.

Lo decía gritando y la gente se enteraba. Algunas carcajadas sonaban alrededor nuestro e Ignacio hundía su rostro entre mis manos, gimiendo como si estuviese enfermo. En aquella ocasión salimos del cine sin esperar a que se encendieran las luces.

Íbamos a pie, paseando. Ignacio me llevaba cogida del brazo y yo sentía el tibio soplo de la tarde penetrar en mis sentidos. Esperaba sus palabras y no tenía ninguna prisa por oírlas. Resulta extraño comprobar la poca prisa que tenemos por escuchar aquello que sabemos de antemano. Había llegado el momento y me sentía satisfecha al lado de Ignacio, como si los años no hubieran pasado, como si nada hubiera pasado. Mi conciencia, adormecida,

no me reprochaba nada. Llegaba incluso a convencerme de que desde el momento que no amaba a Font, era parcialmente íntegra. Le pertenecía sí, de una manera incompleta. Seguía siendo la misma en otros aspectos, respecto a Ignacio, por ejemplo. De no haberme transformado Font, Ignacio no estaría entonces a mi lado diciéndome:

—Has de casarte conmigo, Viky. Te casarás conmigo.

Iba a responderle: «Naturalmente, Ignacio. Claro que voy a casarme contigo. Hace años me estoy preparando para casarme contigo, volver a Bilbao y ser una hija más para Aurora...» Me mordí los labios. Aurora Ochoa despertaba en mí un retorno a la conciencia. Era mejor preguntar a Font cómo comportarme ante las circunstancias. Tal vez no tendría ya derecho a una vida como la que había siempre deseado.

—No sé, Ignacio. Tú eres muy bueno y yo...

Él insistía; su madre estaba de acuerdo y ¡se sentía tan feliz!

Aurora Ochoa era una mujer estupenda. Julián decía siempre que Aurora era una mujer estupenda.

Aquella tarde quiso besarme.

—No. Todavía no.

Durante las ausencias de Font y de Ignacio, me acometía el mismo sentimiento de agobiante tristeza. Veía a la abuela y a Elvira cada día más acurrucadas, cada día más fundidas la una en la otra, sometidas al mundo que se habían creado, incapaces de concebir algo fuera de su órbita. Era la suya una continua evocación de cosas lejanas, machacadas una y otra vez. Pequeñas cosas, sin el menor interés, que a fuerza de ser repetidas adquirían solidez e importancia. Hubiera querido penetrar en el mundo ciego de la abuela y ver con sus ojos. Seguramente me recordaba tal como me había visto por última vez, flaca y desmadejada, con los vestidos viejos de mis primas. Me vería como a su hijo Gustavo, que de tarde en tarde venía, con el tiempo justo para enterarse de todos los males que la aquejaban y dejarle el sobre con la consabida limosna. «Desde que se casó, es otro.» Volcaba su desconocimiento e impotencia sobre la indefensa Elvira. Y mi madre, para evitar disgustos, inventaba mentiras justificando mis ausencias o los cambios que se hacían en casa.

—Se nos hace mayor, madre. Es normal que salga con gente de su edad.

—¿Mayor? Es una niña todavía. No ha cumplido los veintiún años.

La abuela padecía la enfermedad de muchos viejos, de los que no se dan cuenta de que en el largo camino de la vida son ellos los que van pendiente abajo mientras los otros, los niños, crecen, se hacen hombres y les toca el

turno de vivir. La abuela y otros viejos como la abuela se creen incólumes en ese camino en el cual nadie puede detenerse... Viejos que tal vez a los treinta años no supieron portarse como personas mayores, a quienes la madurez se les concedió como un regalo; el que los demás, por respeto, quisieron hacerles. Por respeto digo y no por méritos. Su único mérito consistió en no morir jóvenes.

La abuela Milagros se regodeaba en sus pequeños conflictos personales y nos hablaba de ellos sin preocuparle un comino el que pudieran o no interesarnos. Un médico venía regularmente a casa y yo pagaba sus visitas. Al principio, la abuela no quería médico por tres razones: primera, porque ningún hombre, aparte su difunto esposo (q. e. p. d.), la había tocado; segunda, los médicos prolongaban las enfermedades, y ella no estaba para mantener a gente desaprensiva; tercera, su enfermedad era incurable. Benigna, gracias a Dios, pero incurable.

Yo creo que la abuela temblaba ante la sola perspectiva de verse libre de su enfermedad, dolencia que le procuraba un tema de conversación tan vasto como interesante. Librarse de ella hubiera sido algo así como hablar de un difunto. La abuela hablaba de su estreñimiento con cariño, dándonos detalles que Elvira escuchaba con la resignación de muchos años de práctica, pero que a mí me molestaban. No había modo alguno de hacerla callar. Cuando el médico le recetaba algún medicamento eficaz, la abuela se pasaba el tiempo que tardaba en hacer de él un hábito, cantando sus alabanzas y describiendo la forma y el modo como funcionaban sus intestinos. Su vida intestinal era intensa; hacía cálculo de probabilidades y si los resultados eran buenos, se hablaba del éxito obtenido como se habla del examen de reválida del nieto estudioso.

Luego venía el acostumbrarse. Las cosas dejaban de ir como debieran y la abuela explicaba sus trastornos con lujo de detalles. Y yo gritaba:

—Pero ¿es que no podríamos hablar de otra cosa que de... en esta santa casa?

Ya no me importaba ir derecha a la discusión. Estaba harta de todo y decidida a casarme con Ignacio, aunque sólo fuera para huir de aquel clima desnaturalizado. Iba a cumplir los veintiún años y pensaba reclamar mis derechos de mayoría de edad. El día que los cumpliera, saldría de noche y volvería de madrugada, con las luces frías de la madrugada. Se lo dije a Baldomero y lo advertí en casa, el día antes, a la hora de cenar.

—Mañana cumpliré veintiún años y pienso salir por la noche.

Elvira me miró con ojos agonizantes. Sabía yo perfectamente que Elvira hubiera preferido que yo no mentase aquella salida. Muy probablemente ella hubiera incluso facilitado la escapada nocturna, inventando un pretexto o simplemente silenciando mi ausencia. Pero mis veintiún años me hacían el efecto de una embriaguez, poniendo término a una dependencia aborrecida. Me satisfacía decir aquello en la mesa, del mismo modo que había sufrido escuchando los males de la abuela. Era una venganza un poco cruel. Pero a los veintiún años se es cruel. Uno goza casi siendo un poco cruel.

—Si sales de esta casa, no vuelvas a poner más los pies en ella.

Solté una carcajada. Estaba alegre. Aquella noche me sentía estúpidamente alegre. Me alegraba ver los sucios muros de la casa, el jarro con las plumas de pavo real, las flores de trapo que de vez en cuando soplaban con toda la fuerza de mis pulmones para quitarles el polvo incrustado en ellas. Me reía de los muebles feos y me hacían gracia las amenazas de la abuela.

—Bien. Será una magnífica idea. No volveré más a esta casa.

—¡Victoria! ¡Hija!

Elvira me miró con sus tristes ojos. Parecía realmente enferma con sus ojeras achocolatadas. Le temblaban las manos y no sabía si retenerme o dar la razón a la abuela. Jamás se había encontrado ante un dilema tan tremendo.

—Puedes venir conmigo —dije a Elvira con deje de reto—. Nos iremos las dos de esta casa y la abuela vivirá más tranquila.

La abuela Milagros se levantó de la mesa. Venía hacia mí directamente, blandiendo en el aire su legendario bastón. Elvira lanzó un grito y se echó a llorar. Me levanté poniéndome en guardia.

—Mañana por la noche saldré —exclamé rabiosa—. Saldré siempre que se me antoje. No quiero vivir enterrada y morir antes de haber vivido. No quiero ser como mi madre.

El bastón de la abuela describía círculos en torno suyo chocando contra las sillas y los muebles. Acertó con el azucarero y lo rompió en mil pedazos. A cada nuevo molinete, la voz de Elvira sonaba trágicamente:

—¡Madre, madre; recóbrese, madre!

Arranqué de un manotazo el bastón, y entre Elvira y yo logramos hacerla sentar. Respiraba afanosamente; su tez estaba encendida y por un momento tuve la impresión que sus ojos veían, miraban y odiaban.

—Tu madre... —dijo al fin con voz estrangulada— tu madre y yo hemos hecho cuanto hemos podido por educarte como corresponde a nuestra clase, como una señorita.

—Mi madre y tú —repuse lentamente— me habéis educado para...

Silencié una palabrota.

Deseaba olvidar lo sucedido. Era inútil discutir con la abuela o con mi madre, hacerles comprender que habían pasado tres años de guerra barriendo muchas cosas. Dentro de mí, la nebulosa de los últimos años adquiría contornos y empezaba a lamentar el camino elegido. Me dolía haber utilizado mi ingenio para justificar mi caída. Si en lugar de mentir para justificar mis salidas o mis ausencias, hubiera mentido para ocupar durante esas horas un empleo determinado, seguramente en aquellos momentos habría triunfado y las dos mujeres de casa estarían resignadas con mi triunfo. Pero luego, al sincerarme conmigo misma, mi voz interior decía que no, que yo no estaba capacitada para nada. Mis estudios de pequeña burguesa no estaban a la altura de ninguna colocación y para lo único que yo servía era para lo que estaba haciendo.

A veces, por la calle, me cruzaba con un grupo de chicas que evidentemente salían de talleres u oficinas. Reían entre ellas y se las veía libres de toda preocupación. «Son mucho más felices que yo» pensaba.

Pero me faltaba el valor de ser como ellas. Algo en mí había muerto irremediablemente y lo único que podía salvarme era un hombre. Me casaría con Ignacio. El pensamiento me llenaba de un extraño tedio. «¿Podré ser feliz con él? ¿Podré interesarme por mi hogar, tener ilusión por mis hijos? ¿Podré ser sencilla, sencillamente feliz?»

Era el día de mis veintiún años y debía sentirme feliz, aun a la fuerza. Me encontraba en el ático, preparándome lentamente para la cena de aquella noche. Baldomero vendría a recogerme de un momento a otro y quería mostrarme alegre. El espejo devolvía de mí una imagen venturosa. Una hermosa imagen en traje de noche, en cuyo rostro no existían huellas de los pensamientos anteriores. Sonreía, y la muchacha del espejo respondió a mi sonrisa. Era un raro desdoblamiento. Yo estaba siendo la muchacha del espejo, la que no tenía pensamientos. La otra, la real, había dejado de ser «yo». La muchacha del espejo parecía un ser alegre, despreocupado, que sonreía a la vida. Seguramente sonreía a aquella otra que era yo misma y a quien yo no podía ver. La muchacha del espejo era una mujer afortunada, sin preocupaciones. Estaba sola, allí metida detrás de la superficie pulida. Esperaba a alguien. O tal vez esperaba algo. Esperaba seguramente lo que todas las muchachas tienen derecho a esperar... La muchacha del espejo entreabría los labios esperando...

La puerta del ático se abrió en aquel momento y Baldomero Font me sorprendió ante el espejo.

Me volví para saludarle. La otra... la muchacha del espejo, que segundos antes sonreía, había desaparecido.

«El champaña es un vino loco retenido contra su voluntad dentro de una botella. Si al champaña se le dejara en libertad, dejaría de hacer locuras. El champaña nace con un estallido y se vierte en espuma. Es un vino flojo y si se sube a la cabeza es porque dentro de él hay burbujas de locura. Las burbujas del champaña estallan de alegría dentro de nuestro cuerpo y, aunque estemos tristes, nos cosquillean hasta arrancarnos una carcajada...»

Le contaba esto a Baldomero para disculparme. Él no parecía alegrarse con mi alegría. Me quitaba la copa de champaña y quería a toda costa marcharse del establecimiento nocturno. Yo no quería marcharme. Me sentía alegre y veía entre brumas a la chica del espejo. Quien estaba ante mí, era Baldomero; pero yo quería portarme como la chica del espejo. La corbata de Baldomero era de un hermoso color granate y daba vueltas y más vueltas ante mis ojos. Era casi una corbata cilíndrica que describía molinetes igual que el bastón de la abuela. Sería bueno mojarla dentro de la copa de champaña para que perdiera aquel inoportuno parecido. Pedí la corbata mientras la gente gritaba y me llenaba de confetti.

—Te la daré, pequeña..., cuando te deje en casa.

No. No. Entonces ya no tendría ninguna gracia. Se me saltaron las lágrimas y tendí mis manos hacia el nudo de la corbata. La gente reía. Les eché una ojeada y pensé que tal vez reirían de mí. No podían comprenderme. Hubiera sido difícil explicarles lo del bastón, los molinetes y el parecido de la corbata. Dije señalando al cuello de mi amigo:

—No quiere dárme la.

Sí. Sí que quería. Baldomero quería siempre cuanto yo quería. Se deshizo el nudo y me entregó su corbata. La gente estaba tan interesada, que hasta aplaudieron alegremente. No sabía si aplaudían el espectáculo o a nosotros; ni me importaba saberlo. Lo más importante entonces era sumergir la corbata dentro del champaña para evitar que siguiera haciendo molinetes como el bastón de la abuela.

La abuela no había hecho nunca nada semejante en su vida. Por eso seguramente se había vuelto vieja. Cuando yo fuera vieja, recordaría siempre la noche de mis veintiún años, la corbata de Baldomero y el champaña...

Ahora también se reía Baldomero. Yo le explicaba lo de la corbata y nos reíamos los dos hasta que los ojos empezaron a picarme y unos lagrimones negros rodaron por mis mejillas. Me escocían terriblemente los ojos y para

terminar de una vez me lavé la cara... Bueno, no recuerdo con qué. Me parece que fue con la corbata.

Las voces de la gente sonaban lejanas, como amortiguadas por algo algodonoso y monótono. Nos levantamos, y el suelo se hundía bajo mis pies. Estaba cansada. En el coche me dormí profundamente, tan profundamente que al llegar a la puerta de la casa cuyo ático teníamos, me desperté sobresaltada.

—Sube, Viky. Pasaré la noche contigo.

Vi otra vez a la muchacha del espejo. Estaba ajada, despeinada y parecía entristecida de pronto. Me volví y exclamé, procurando mostrarme digna:

—¿Dormir conmigo? Pero ¿qué te has creído?

Luego ya no recuerdo más que mi despertar. Estaba aún vestida y absolutamente sola. Baldomero Font me llamaba desde el hotel preguntándome cómo me encontraba.

El último viaje de Ignacio, las cartas recibidas desde entonces, todo me hacía presagiar una rápida decisión por parte del muchacho. Se lo dije a Elvira y el hecho de pensar que Ignacio deseaba casarse conmigo pareció tranquilizarla por completo. El clima casero se mantenía tenso y expectante y entretanto no se me hacían reproches. Pensé, con cierta amargura, que mi presencia en casa era cada día menos grata, menos deseada; sería un verdadero alivio para todos el día que mi ausencia fuera un hecho.

Sentía llegado el momento de hablar con Baldomero. Él e Ignacio iban a sucederse en Madrid.

Preferí dejarlo para un instante de intimidad. Estábamos en el ático y creo que poco más o menos dije esto:

—Hay un chico que desea casarse conmigo. Lo conozco de toda la vida. Un buen chico.

No me contestó en seguida. Tenía una copa en la mano y miraba el fondo, como tratando de descubrir allí las palabras apropiadas. Yo tenía ganas de llorar.

—Lo esperaba —dijo al fin—. Es lo normal y te lo había predicho.

Suspiró. Me pareció entonces como si envejeciera de repente. Los mofletes le colgaban un poco, dándole un aspecto apabullado y conmovedor. Una palabra suya en aquel momento y hubiera dejado correr la proyectada boda. Casi con esa esperanza pregunté:

—¿Crees que debo decirle...?

—Sí, debes ser sincera. Con eso medirás el amor y el valor del muchacho. Mira, Victoria; ahora creo conocerte y sé que llevas en ti el lastre de demasiadas mentiras. Di la verdad ahora, precisamente ahora. Si es un hombre, te aceptará como eres y podréis ser felices. Confesar nuestras imperfecciones nos ayuda a ser generosos con el prójimo, a perdonarle las suyas.

Tenía miedo de decir la verdad. No sabía incluso cómo decirla. Hacía ya tres años de mi primer paso independiente en la vida, y todavía me preguntaba cómo había sido, de qué modo había empezado. Poco a poco iban borrándose de mi mente los motivos que me impulsaron a aquello y yo era otra, ni mejor ni peor, pero otra. Baldomero continuaba:

—Yo me casaría contigo ahora mismo, pero no sé si lo hubiera hecho a los veinticinco años. No se ven las cosas de la misma manera. Creo que, de casarse contigo, ese muchacho sería un afortunado.

—¡No! No digas eso.

—Sí, chiquilla. Pero él no lo sabe.

—Soy mala, Baldomero.

—Eso tampoco lo sabes tú. El tiempo decide quién es bueno y quién es malo. Y hay quien, sin ser malo ni bueno, es mediocre. Ese muchacho te perdonará si es realmente bueno y quizá te perdone si es malo. Si es mediocre..., no te perdonará.

—Ignacio es bueno —exclamé.

—¿Cuándo viene?

—Mañana llega a Madrid.

Baldomero se quedó un instante suspenso. Yo le miraba. Tenía la certeza de que estaba sufriendo y no sabía encontrar palabras para aminorar su sufrimiento.

—De todos modos —dijo lentamente—, esto tenía que suceder. Ha sido muy hermoso, muy hermoso, Viky...

No me miraba, pero se fijaba en cada uno de los muebles que llenaban las dos habitaciones. Sentía yo un agudo dolor al pensar en aquellos muebles, de los cuales tendría que desprenderme. Él, quizá quisiera conservarlos.

—Todo esto...

Hice un ademán abarcando cuanto nos rodeaba.

—Es tuyo. Te lo doy. Es mi regalo. No te servirá seguramente de nada si te casas, pero tampoco me serviría a mí. Si no te casas, escríbeme al despacho o a la fábrica. Siempre que me necesites, puedes hacerlo.

Cuando abandonamos el ático, había anochecido. Caía un aguanieve y sentí mi cuerpo traspasado por el frío. Los periódicos de la noche traían las últimas noticias de la guerra en el mundo. Cuatro años llevaba Europa en guerra y yo me había sentido ajena a ella durante todo ese tiempo. Seguramente, mientras yo estaba pensando en mis pequeños problemas personales, otros humanos desbordados por los acontecimientos, por verdaderos y grandes problemas, morían en los diferentes frentes de guerra; morían en los campos de concentración; morían lejos de su hogar; morían por la calle, de hambre, de miseria y de frío; morían sin quejarse, con la grandeza que presta lo realmente importante; morían lejos de todos, anónimamente; morían después de haber visto morir a los seres más amados; morían contentos de aquella muerte, quizá llegada en ese punto en que la muerte es deseable.

Y mientras eso sucedía, yo temblaba por un poco de llovizna y me preocupaba por la inminencia de una confesión. Baldomero me hablaba y supe entonces que nunca más le vería; tanto si Ignacio me quería o no, yo había de terminar con mi vida anterior. Lo que otras hacían, también yo podía hacerlo. Veía en los periódicos las fotografías de lugares devastados, de ruinas, de muchachas jóvenes en cuyo rostro se leía una miseria que yo jamás había conocido. Y una marea de vergüenza anegó los tres últimos años de mi vida.

Cuando llegamos a la calle de Velázquez esquina a la de Hermosilla, besé a Baldomero.

—Gracias, has sido un hombre bueno.

No pudo responderme. Le temblaban las manos al acariciarme el cabello. Veía un raro brillo en sus ojos. Me echó del coche y arrancó precipitadamente.

Recibí a Ignacio en el aeropuerto de Barajas. El día estaba despejado como si la lluvia anterior no hubiera tenido otra misión que limpiarlo todo, dejando el cielo frío y azul; el sol, que brillaba muy alto, casi desteñido; la tierra, roja como si por ella circularan ríos de sangre. Había madrugado y el tiempo pasaba lentamente.

No sabía a ciencia cierta por dónde aparecería el avión y mil veces, sin esperar el altavoz, me levanté de los butacones para mirar el cielo. La gente iba y venía; yo, perdida entre la muchedumbre, estaba enteramente sola.

Cuando vi descender a Ignacio agité la mano sonriéndole. Nos besamos como dos novios. Volvimos a besarnos. Era la primera vez desde mucho

tiempo y aquel beso tenía la finura del aire, el puro color del cielo, la cálida ternura de aquella tierra aún mojada. Y no me atrevía a manchar aquel momento.

Hube de aguardar en el vestíbulo mientras Ignacio deshacía su equipaje en su habitación del hotel. Ignacio bajó por fin, en el ascensor, y tenía todas las trazas de la persona que va a dar una gran sorpresa. Llevaba la mano cerrada sobre un pequeño paquete. Y yo aguardaba.

Al llegar a mi lado, me tomó la mano y depositó en ella la pulsera de pedida.

Le veía sonreír. Ignacio sonreía como si aquel instante lo hubiera estado esperando años y años.

—Se la enseñé a mi madre. ¿Te gusta?

Era de brillantes. Veía la luz descomponerse y brillar en sus facetas con mil colores distintos. La estreché dentro de mi mano y luego se la devolví.

—Póntela, anda.

—Luego. Antes... escucha, Ignacio.

¡Ah, no! No era nada fácil. Confesarse a Dios es fácil, pero confesarse a un hombre no resulta fácil. Creo que empecé diciendo:

—He tenido un amante.

La sonrisa de sus labios no se desvaneció. El golpe era seguramente inesperado, pues durante unos segundos continuó sonriendo como si no comprendiera. Al fin la sonrisa se tornó algo rígida, estúpida; convirtiéndose en una mueca mientras yo iba explicando...

Me interrumpió:

—¿Sabes lo que estás diciendo?

¡Claro que lo sabía! Precisamente por eso trataba de explicarme y de hacerme comprender. Si llegaba a comprenderme quizá llegara también al perdón que yo deseaba. Me pedía detalles. ¿Qué detalles quería Ignacio? Si me habían engañado, seducido, forzado... No, no. Nada de eso. Tampoco le había amado. Mi entrega tenía causas oscuras que él, Ignacio, no podría nunca comprender.

—Es asqueroso. Todo esto es asqueroso.

Tenía toda la razón. Yo también sentía un asco profundo de todo y con asco recordaba la tristeza infinita de la calle de Hermosilla, donde todo horizonte consistía en «ser», vegetar, arrastrarse por la vida. Cerré los ojos pensando en ello y subió a mis narices el olor confinado de los trajes de mis primas. Ignacio ignoraba tal vez que hay chicas que pasan años y años sin estrenar un traje. Diciéndoselo, incluso creería que estaba divagando.

—Ignacio, recuerda, por favor. Tú mismo me negaste. Recuerda tu primer viaje a Madrid.

Había alzado la voz e Ignacio me Instó para que siguiera hablando en voz queda. Volví a mi tono normal mientras las lágrimas se escapaban de mis ojos.

—Te avergonzaste de mí. No lo niegues. ¿Por qué no me hablaste entonces? ¿Por qué? Dime...

No recordaba. Yo era muy joven entonces y la guerra nos había separado, ¿Por qué no le dije en aquella ocasión cuanto sucedía en casa? Él nos hubiera ayudado.

Hablaba sinceramente.

—¿Qué hubieras hecho?

—Ayudarte. No lo dudes, Victoria.

No lo dudaba.

—Tenía sólo diecisiete años, Ignacio. ¿Sabes algo de lo que puede sentir una chica de diecisiete años? Voy a decírtelo, pues muy pocas personas lo saben. A esa edad todo es bruma, orgullo e incapacidad. ¿No recuerdas tus diecisiete años?

—No he olvidado nunca los principios que me inculcaron mis padres.

—Tus padres no te han puesto en situación de que los olvidaras.

Me tomó la mano y la besó con tristeza.

—No sé, Viky. He de pensar en todo esto. Voy a tratar de comprender tus razones y decidiré luego. Has destruido la imagen de una mujer que hace años llevaba dentro de mí. No puedo decirte nada todavía... Te escribiré. Me has hecho mucho daño.

Deseaba aquella carta, aunque dentro de mí sabía perfectamente que no amaría nunca a Ignacio. Había sido un niño consentido toda la vida y seguía igual, sin que los años añadieran un poco de humanidad al boceto diseñado por Ochoa padre. «El hijo de papá. Ignacio será siempre el hijo de papá.» Hay muchos hombres que aun viejos siguen siendo el hijo de Fulano de Tal. No tienen personalidad propia, son el reflejo que otros les prestaron y actúan siempre en segunda persona. No existe la madurez para ellos. Son los eternos niños que van de mano en mano, quejándose siempre e incapaces de afrontar sus fracasos. Viven en un mundo aparte, donde siempre hay personas que se cuidan de ellos, son responsables de ellos.

Esperaba su carta y hubiera aceptado gustosa ser su mujer si llegaba a perdonarme. Temía que lo hiciera. Me daba cuenta que mi culpa no sería nunca perdonada. A través de los años se hablaría de ella: me acogotaría.

Sería el arma con que aquel niño grande me tendría sujeta y atemorizada. Estaba dispuesta a ello porque no quería empezar otra vez la vida de antes. Me sentía arrepentida y dispuesta a pagar con una vida sin luz mis tres años de oscuridad espiritual.

La carta de Ignacio llegó después de unos días de angustiosa espera.

Era larga. Una carta muy tierna en la que me hablaba de Dios, de la voluntad de Dios y de la conformidad que debemos sentir hacia lo inevitable. Resumiendo: no podía casarse conmigo. Él tenía sus principios y deseaba como esposa una mujer pura de toda mancha. Le horripilaba pensar en... ciertos detalles. Yo me haría cargo. Deseaba tener hijos y que esos hijos fueran fuertes, sanos, libres de toda tara física o moral. Los Ochoa habían sido siempre así. Por fortuna era una suerte que todo hubiese sido aclarado antes de un paso tan grave como el matrimonio y me agradecía, muy sinceramente me agradecía mi nobleza.

Terminaba asegurándome que confiara en él como en el mejor de los amigos.

Era necesario hablar con Elvira. Elvira podía comprenderme. Los años me habían separado de ella, cierto, pero ahora, no siendo niña, como mujer veía las cosas con ojos distintos esforzándome en pensar en la madre como una amiga, la primera en quien debemos confiar.

Ella sabía, sin saber, todo cuanto me afligía. Por miedo guardaba silencio. Yo iba a liberarla de ese miedo con mi confesión. Pensaba hablarle de mujer a mujer; lo diría todo. Y quizá pudiera comprenderme mejor que nadie. En aquellos momentos creía que todo lo sucedido era el resultado de años y años de incomprensión o hermetismo.

No me fue fácil. En los últimos tiempos volvíamos a tener criada en la calle de Hermosilla y Elvira pasaba sus días al lado de la abuela. Hube de aprovechar una de las raras ocasiones en que mi madre salía de compras. Bajábamos por Velázquez con intención de ir al centro. Yo había pedido hacer el trayecto a pie.

—He recibido carta de Ignacio.

Le daba el brazo y la notaba frágil como una viejecita. La estreché contra mí al proseguir:

—No quiere casarse conmigo, madre, por... lo que tú supones.

Ni osaba mirarme.

—Mírame, madre. Mírame, pues te necesito. Sé que he estado equivocada y me arrepiento de ello. Aconséjame.

Tropezaba su lengua al contestarme:

—Hija, Victoria... no sé a quién has salido.

Respondí irritada:

—No es eso lo que cuenta en estos momentos. Es estúpido querer tener siempre algún antepasado tarado para poder achacarle la culpa. He sido culpable porque sí... Dios sabe por qué he sido culpable. No quiero echar mis culpas a otros.

—¿A quiénes? Hija, en casa sólo has tenido buenos ejemplos. Desde que murió tu padre...

La conversación se desviaba del cauce que yo hubiera querido que tomara. Elvira caminaba de prisa, como si no tuviera ganas de escucharme.

—Desde que murió tu padre no he visto a otro hombre.

Otra vez venía a mi mente la edad que pudiera tener Elvira. No importaba. Mi madre al enviudar era joven. Podía haber hecho algo... casarse otra vez.

—Desde que murió Julián has conformado tu vida a la de la abuela. Hubiera sido más lógico, más sano incluso, si me obligas a decirlo, que la hubieras rehecho al lado de un hombre.

La vi enrojecer como si se sintiera insultada.

—¿Otro hombre?

—Sí. Podrías haberte casado otra vez si tan inútil te sentías. Necesitábamos un hombre en casa, madre. Mucho mejor hubiera sido que lo hubieses buscado tú.

Elvira se revolvió:

—¿Y tu abuela? ¿Qué hubiera sido de mi pobre madre?

—Hubiera continuado viviendo, no lo dudes. Nadie muere de una rabieta.

Se calló. Contemplé su estrecha frente, sus finos labios, sus descoloridas sienes. Solté su brazo. Caminábamos la una al lado de la otra, pero en medio de las dos teníamos la monstruosa muralla que a veces separa a las personas que más debieran amarse.

—Y ahora ¿qué piensas hacer?

—Trabajar, si puedo.

—Trabajar. A eso te ves reducida por tu mala cabeza. En casa ninguna mujer ha trabajado nunca —continuó casi con un sollozo—. Pensar que mi hija, mi única hija...

Nada. Absolutamente nada. El hielo no se había roto y la atmósfera de casa parecía tensa, cargada de electricidad. ¿Habría hablado Elvira con la abuela? Tal vez anteriormente, ya que ésta, haciendo un esfuerzo, me preguntó pocos días después:

—¿Qué sabes de Ignacio? ¿Cuándo...?

La interrumpí.

—No me casaré con Ignacio si es eso lo que deseas saber. No te quepa sobre ello la menor duda.

Me levanté de la silla que ocupaba al lado de la abuela en el mirador y fui a encerrarme en mi habitación. Al poco llegó Gustavo. Oía su voz, sus voces.

Llegaba furioso diciendo que me habían visto en un cabaret enteramente bebida. Sus gritos llegaban a mi cuarto y cuanto decía era cierto. Hablaba de escándalo, del daño moral que infligía a sus hijas, de lo poco brillante que era en su situación, dado el cargo que ocupaba, el hecho de tenerme por sobrina. Regañaba a las dos mujeres por no haber sabido tener «la mano firme». Yo, yo no era más que una vulgar entretenida y ellas... ¿Y ellas? ¿Cómo podían tolerarlo? ¿De dónde salían mis lujos? No de la pensión de Elvira, ni tampoco de la de la abuela.

Salí de mi habitación.

—No. Ni tampoco de la limosna que das a tu madre. No pueden salir de eso, Gustavo. Eso sólo sirve para morirse de asco y llevar una chica a la desesperación.

—Cállate —le oí decir—. Eres una cualquiera.

Me pareció ridículo y grandilocuente. No me inspiraba el menor respeto.

—Tal vez, pero he sido generosa. En esta casa hemos vivido gracias a mí, ¿me entiendes? Yo he dado cuanto era necesario, cosa que tú has sido incapaz de hacer.

Estaba frente a Gustavo y daba la espalda a la abuela. No la vi levantarse y sentí de pronto un tremendo golpe en la cabeza. Quedé aturdida, vacilé, agarrándome a una silla. La abuela continuaba dándome sin que nadie se atreviera a impedírselo. Me revolví al fin y de un manotazo arrebaté su odiosa defensa. Quise romperlo sobre mis muslos, pero el bastón era duro, se había endurecido con los años. Entonces, ciega de rabia, asiéndole por los dos extremos, golpeé contra el respaldo de la silla. Cedió a la tercera vez. Sentía un terrible dolor en los hombros y la cabeza me hervía. Tomé los dos trozos y los eché a la chimenea.

—Soy mayor de edad —dije luego con voz sin inflexiones— y me voy. Me voy de esta maldita casa para siempre.

CUATRO

HASTA AQUELLA NOCHE, la primera que pasaba en el ático (descontando la de mi mayoría de edad), no supe que existían dos clases de soledad. La soledad íntima, nuestra, de nosotros, aunque estemos rodeados de gente, y la soledad de la persona que realmente está sin compañía. Por primera vez estaba sola y solitaria. Y tenía miedo. En el momento que decidí dejar la casa de la calle de Hermosilla, estaba poseída de tal furor que mi acto era lógico. La pasión me llenaba y el hecho material de reunir mis ropas, meterlas en dos maletas y salir de casa dando un portazo, fue una descarga nerviosa tan necesaria como el grito que lanzamos al recibir un golpe. El golpe se había ido enfriando y se hacía doloroso. Nos es imposible concebir el dolor de un golpe en frío. Cuando nos herimos, cuando caemos... el dolor nos sorprende. Es, diríamos, la consecuencia de la herida o del golpe. Luego, lo que perdura es únicamente el dolor; nos olvidamos del hecho que produjo nuestra herida por la sencilla razón de que fue algo insospechado, pero el dolor continúa allí, frío, sin límites. Y deseábamos poder volver atrás, ser como antes de lo irremediable, disfrutar del bienestar perdido.

Cené sola y la cena me pareció un lapso ridículamente corto. No comí ni más ni menos que lo normal en la otra casa; pero estaba sola y me apresuraba inconscientemente, como si algo o alguien estuviera pendiente de mí. Arreglé y dispuse el nuevo hogar. Tendría que comprar algunas cosas y me entretuve haciendo una lista de cuanto me faltaba. Tenía dinero para vivir unos meses sin preocuparme. Pero me sentía preocupada. Sabía que el dinero se agota y que cuando esto sucede la mujer que no trabaja se vuelve un ser flojo y humilde capaz de descender, sea del modo que sea, hasta los últimos peldaños de la indignidad. Me quedaba siempre el recurso de escribir a Baldomero, pero no lo deseaba. Si estaba sola, si había dejado a los míos... era para comenzar una nueva etapa. El que me sintiera acobardada nada tenía de particular. Sentía miedo...

Me metí en la cama tratando de poner orden en mis pensamientos. La luz de mi mesilla de noche esparcía un breve halo de claridad en el cual me era dado incluir, como si no lo conociera de sobra, cuanto me rodeaba. Varias veces me sentí tentada de llorar; sin embargo, mi llanto no hubiera sido sincero. ¿Llorar por qué? Me daba perfecta cuenta de que si lloraba sería sobre mí misma. Y ésa era una piedad mal colocada. No podía llorar por los

demás. No por Baldomero, a quien nunca había amado. No por Ignacio, al que consideraba mediocre y aburrido. Ni podía llorar por la abuela, a quien nunca había querido. ¿Mi madre? Era inútil llorar por Elvira. Elvira me había abandonado en el preciso momento en que más la necesitaba. Entre Elvira y yo los años habían alzado un muro que ensordecía nuestras mutuas súplicas y cegaba nuestro entendimiento.

El halo luminoso de la lámpara abarcaba un pequeño espacio agradable. Acaricié las sábanas. Mi lecho era blando. Las paredes de mi nuevo hogar, limpias. Todo cuanto me rodeaba era amable... Pensé de otra forma; traté de pensar en las muchachas de mi edad sin techo propio que las cobijara. El mundo entero estaba lleno de mujeres de mi edad que estaban sufriendo. Muchachas de Europa, muchachas de un mundo en guerra, que, amando a los suyos, estaban separadas de ellos, lejos de ellos, refugiadas, internadas... Y entonces, sí, lloré por ellas. Lloraba sin sollozos, mansamente, por las muchachas sin techo que tal vez no lloraban.

No podía esperar un día más para hacer lo que fuera.

El sol entraba por las ventanas recortado, como un bloque de luz. Estaba sola. La soledad me sensibilizaba físicamente, haciendo que mis movimientos fueran los de un autómatas. Encendí un cigarrillo. Nunca lo había hecho, allá en la otra casa. Pero ahora podía hacer incluso las cosas más tontas sin que nadie lo censurara. Mi acción pertenecía al deseo de romper, por cosas insignificantes, la rutina diaria. No tenía reloj. Era algo curioso. En la otra casa teníamos relojes en todas las habitaciones. Dos de ellos tocaban las horas y la abuela vivía pendiente de ese son, como si lo que había hecho o fuese a hacer tuviera alguna trascendencia. Es posible que por eso aborreciera yo los relojes. No consiguió Baldomero que yo aceptara uno de pulsera y en el ático no había ninguno. El tictac del reloj me impacientaba y hasta aquel preciso momento siempre consideré que lo ideal sería vivir el día a nuestro antojo, comer cuando nos apeteciera, descansar cuando sintiéramos cansancio y trabajar cuando fuera necesario. Ahora veía que necesitaba un reloj para tener noción exacta de mi tiempo.

¿Qué iba a ser de mí? Era necesario buscar trabajo. ¿Qué sabía hacer? Poca cosa. Recordaba mi estancia en los talleres, durante la guerra, y luego las clases de costura en la parroquia. Era de lo único de que me sentía capaz. Lo único.

Y me encaminé hacia los salones de Lezama.

Las dependientas me conocían, pero en aquella ocasión no las requerí. Quería ver a Lezama y pedirle, por favor, trabajo. Me condujeron a su despacho, que tenía más de taller que de despacho, más de estudio que de taller. Era una pieza vasta, cuyas paredes estaban tapizadas con diseños. En uno de los ángulos, una gran mesa de dibujo; apoyado en ella, Andrés Lezama, con aspecto de hombre de ciencia más que de modisto. Nos dejaron solos.

—Veamos, señorita Iturbe, ¿qué desea?

Estaba dibujando algo parecido a unos planos, que abandonó al verme entrar. Me pareció en aquel momento que Lezama era uno de esos hombres fríos, duros, pendientes de lo que a ellos les atañe y muy distantes de todo cuanto pueda acontecer a los demás. Si él no me proporcionaba trabajo..., no sabría a quién recurrir. Un nudo oprimía mi garganta al pensar en ello. Balbucí:

—Quisiera trabajar en su casa.

Me miró a los ojos. Leí en los suyos el asombro. Esperé una pregunta. Pero Lezama no me preguntaba nada. Continuaba mirándome, como si fuera la primera vez que me veía.

—Tranquilícese. Puedo ofrecerle trabajo. Me faltan modelos jóvenes para la próxima colección. Creo que ese trabajo le convendría.

Poco más o menos vino a decirme estas palabras, aunque en estos momentos no recuerdo cómo se desarrolló aquella conversación. Acepté.

—Soy un poco torpe —añadí—, muy brusca...

Me condujo hasta la puerta asintiendo.

Dos años de estancia en los salones de Lezama me han dado experiencia y dominio. Hasta llegar ahí... Paso como por ascuas sobre los horrores de la primera vez que hube de presentar una colección. Horas y horas de ensayos para lograr la naturalidad apetecida. Y cuando llegó el momento, me di cuenta de que al entrar en el gran salón donde evolucionábamos, sentí vértigo. La gente se me apareció borrosa. Una masa informe como si fuera un cuerpo único, un único bloque humano con cien cabezas y otros tantos pares de ojos fijándose en mí. Desfilé como una sonámbula, insensible... Cuando regresé a las dependencias donde las ayudantes nos vestían y desvestían, Lezama vino tras de mí presuroso.

Le abracé llorando nerviosamente y él me rechazó.

—Aprisa, Viky. Pasa el otro modelo.

Dos años de vestirse, de desnudarse, de dejarse ver y admirar, de oír las necesidades que pueden decir en estos casos las grandes damas y las que no son más que grandes... De ver la codicia en los pocos ojos masculinos que asisten a los desfiles de modelos, de rehusar proposiciones más o menos deshonestas, de ver la envidia de compañeras fracasadas. Años de trabajo, de aguantar estoicamente horas y horas en pie, mientras el cortador achacaba cuantas dificultades surgían a la poca paciencia de las modelos, o bien a los diseños de Lezama. «Una cosa es un dibujo —decía— y otra la realidad.»

Mi sueldo me daba escasamente para vivir. Hubiera podido escribir a Baldomero, pero decidí, de una vez para siempre, no hacerlo. Él, por su parte, no había mostrado la menor curiosidad ni había llamado por teléfono al ático para saber si lo conservaba o si ya no me pertenecía. Tal vez estaba cansado de mí y esperaba la ocasión para dejarme. No lo he sabido nunca. Cuando un hombre y una mujer se separan, aun en el mejor de los casos queda un leve temor. No es más que la falta de sinceridad del uno hacia el otro, que obliga al silencio, e impide afrontar el fin de un amor con un: «Gracias por lo que me has dado». ¿Había dado algo a Baldomero? Él sí, y muy generosamente. Quizá mi falta de correspondencia era lo que me impedía volver a él. Me parecía injusto no tener nada que dar a Baldomero; un poco de pasión a cambio de la suya.

Con los años llegué a olvidar las razones que me indujeron a entregarme como lo había hecho.

Que Andrés me pidiera posar para él, me pareció una gran suerte. Tendría un suplemento de sueldo y la ocasión de conocerle más humanamente. Su despacho estaba situado en el piso más alto de la casa.

—Quítate el traje —me dijo.

Mil veces me había visto en combinación e incluso más ligera de ropas, pero siempre en circunstancias profesionales y rodeados de otras personas. Hice lo que me pedía, notando que, a pesar de todo, me sentía muy cohibida.

—Desnuda, Viky. No te importe. Tu cuerpo en estos momentos ya no es un cuerpo para mí; es una expresión, un instrumento de trabajo.

Miraba diplomáticamente a través de la ventana mientras yo me despojaba de las últimas prendas.

—No te extrañe nada, ¿sabes? Así me enseñaron a dibujar... cuando yo era joven.

Pensé que Andrés había nacido artista. Luego había vertido sus conocimientos en algo lucrativo como las modas.

—Estudié la carrera de arquitecto.

Estaba desnuda ante él y él hablaba...

—Por gusto, durante varios años fui alumno en un taller de un gran pintor. Ya ves... Una pequeña afición que me ha valido ser el mejor modisto de Madrid.

Lo dijo con tono amargo.

—¿No está satisfecho?

—No, Viky. Soy de los que nunca pueden llegar a estar satisfechos con lo que poseen.

Me reconcilié con Elvira. No pude aguantar y la esperé en la calle, cerca de casa, a la hora en que ella tenía por costumbre hacer las compras. Intentó evadirse, pero la retuve.

—Mamá..., olvidemos nuestro enfado.

Lloraba silenciosamente. La acompañé un rato, no atreviéndome a preguntar por la abuela. Al fin lo hice.

—Bien. Como siempre. No quiere que se hable de ti. Tampoco Gustavo lo quiere.

—Ahora volvéis a estar en familia, ¿no es así? ¿Necesitas algo?

Gustavo se portaba más generosamente. Reconoció que no lo había hecho antes por falta de iniciativa. ¿Cómo no le habíamos puesto al corriente de nuestra situación?

—¿Es que no lo veía? —contesté—. Necesita estar uno ciego para no ver ciertas cosas.

Y Elvira, eludiendo el tema, quiso saber cómo vivía.

—Soy maniquí en los salones de Lezama. Vivo de mi sueldo, decentemente.

—¡Maniquí! —susurró.

Estuve a punto de enfadarme.

—Te aseguro que es un empleo como cualquier otro. En todo caso, no sirvo para nada más.

Comprendí su curiosidad por saber dónde vivía, y tomando un taxi, la llevé hasta el ático. Fue una equivocación; allí se nos hizo penosa la charla. Contemplaba todo aquello y debía de preguntarse cómo lo había adquirido, si era realmente mío.

—Sí, todo es mío —dije bruscamente, anticipándome—. Éste es ahora mi hogar. A veces me siento muy sola. También me sentía sola en el hogar de la abuela.

Me sorprendió su arranque de indecisa ternura.

—Podrías tener aquí los libros de tu padre. Están amontonados en el cuarto trastero y nadie los lee. ¿Te gustaría tenerlos?

Todo un lienzo de pared se llenó con los libros de mi padre. Y desde aquel día desapareció mi rencor por Elvira. Nos veíamos de vez en cuando y, separadas, podíamos llegar, si no a la intimidad total, por lo menos a cierta tolerancia. Creo incluso que las furtivas visitas de mi madre llenaban su vida del aliciente que siempre le faltara. Me irritaba nuevamente el que Elvira escondiera nuestra amistad y la ocultara a la abuela y a Gustavo. «Algo así como si tuviera un amante», pensaba riéndome de mi propia idea. Yo procuraba defender nuestra intimidad. Dos o tres veces que Elvira trató de hablarme de la abuela, la interrumpí secamente.

—No traigas tus preocupaciones. Aquí somos como dos amigas que pasan un rato agradable sin acordarse de lo sucedido y sin pensar en lo que pueda suceder. Dime, ¿cómo era papá?

Elvira nunca supo contestar a mis preguntas.

—Un hombre como los demás. Era mi marido, tu padre... ¿qué más quieres?

No lo sabía. Me hubiera gustado oír de labios de Elvira: «Tu padre era un hombre diferente del resto de los mortales. Cuando estábamos juntos, el tiempo no contaba, y cuando estaba ausente, ese mismo tiempo se vertía sobre mí, pesado y frío como una fúnebre losa.»

—Papá no era como los demás hombres. Tú no conoces a los hombres. No puedes saber cómo era Julián.

Ella callaba. Callaba ante mí como había callado ante la abuela o ante Julián. La vida de Elvira había sido un profundo silencio, quebrado únicamente por las conversaciones ajenas.

* * *

¿He dicho que Lezama estaba casado? Su mujer se llamaba Julia. La había visto muy pocas veces. Tenía una extraña manera de mirar, rehuyendo los ojos de las personas, pero revisándoles el cuerpo de arriba abajo, como si tratara de descubrir algo... ¿Qué quería descubrir Julia? Tal vez un secreto defecto en el prójimo que la compensara de su insignificancia. Nosotras no lo teníamos. Éramos tal vez estúpidas, incultas, poco honestas y casi siempre pobres..., pero éramos modelos, mujeres físicamente perfectas, bellas anatomías. Si hubiera de describir a Julia, lo haría entre incisos. Ni era alta ni baja; no tenía la fealdad de otras mujeres ni tampoco la gracia que muchas

veces hace olvidar la fealdad. Julia no era esto ni aquello... Era un ser perpetuamente en movimiento, que buscaba...

No supe hasta algún tiempo después lo que tan afanosamente buscaba Julia. De haberlo sabido a tiempo quizás hubiera encontrado en ella un punto positivo. Podría haber dicho: «Julia era una ardiente llama a cuyo calor nadie quiso calentarse». De haber sido inteligente o hermosa, Julia hubiera podido ser una gran mujer. Pero no lo era. Julia defendía su llama con tanta aspereza, que nadie sospechaba el contenido de su persona. Y Andrés no la quería. Andrés nunca estaba satisfecho con lo que poseía. Andrés había poseído a Julia demasiado aprisa, antes de amarla. Luego de poseerla, tampoco había logrado tenerle cariño.

No me di cuenta del desequilibrio que había entre ella y Andrés hasta el día que Julia penetró en el estudio mientras descansaba de una de mis poses. Tenía puesta una bata y charlaba con Andrés. Nada entre los dos indicaba intimidad; Andrés me hablaba de Barcelona.

—Conozco Barcelona, Viky. Pasé allí mis mejores años.

—¿Estudiando?

—Sí. Ejercí también durante los trabajos de la Exposición. No sabes, Viky, lo que fueron aquellos tiempos. Me hace el efecto que de eso hace años, siglos; es todo un mundo que ha cambiado. Hasta vosotras habéis cambiado...

—Y ¿eran mejores las mujeres de antes?

Andrés encendió un cigarrillo mientras me explicaba que no; no eran mejores ni peores. Eran distintas. La vida era más amable, y cuando la vida es amable, la mujer lo es también.

—Pero serían más tontas.

—Quizá tengas razón. Aunque no todas... Conocí a una muchacha que era distinta de las otras.

Pero Julia irrumpió en la pieza como una poseída.

—Andrés, ¡despacha a esa chica inmediatamente!

Ignoraba si requería mi salida momentánea o mi despido de la casa. Lo ignoraba todo de Julia, salvo que en aquel momento me pareció grosera y antipática. Tomé mis ropas y salí de la habitación. Mientras descendí, oí la voz de Julia que gritaba histéricamente.

—¡Engañarme!... ¡Engañarme con una maniquí!

Entonces supe que Julia era una llama, que estaba celosa y que Andrés no la quería.

Las calles de Madrid están siempre repletas de gente. Madrid vive en la calle, alegre, despreocupada, holgazana. Sí, mirando a Madrid con ojos

desapasionados, con mi mentalidad, Madrid parece una perpetua fiesta donde el público se divierte con nada, mejor dicho, con sólo pasear arriba y abajo por las calles, atiborrar los cafés y mirarse mutuamente para descubrir nuevas caras.

La gente iba y venía. Unos, más presurosos, me adelantaban rozándome al pasar; otros andaban tan despacio que era yo la que me adelantaba. La calle era un río humano de seres humanos y entre ellos ninguno era igual.

Al llegar al ático trabajaba en esas pequeñas cosas que en casa de la abuela me habían parecido tan penosas, o leía, o pensaba. De nada servían mis pensamientos y a nada me conducían; sin embargo, continuaba pensando. Creo haber estado pensando siempre.

Aquel atardecer me sorprendió pensando en Julia. Entonces me era imposible comprenderla. Solamente conocía de ella su exterior, y éste no era amable. De antemano le achaqué a ella las culpas del fracasado matrimonio. «Yo sería feliz con un hombre como Lezama. Su amabilidad impersonal le hace ajeno a cuantos apetitos puedan descubrirse en los demás hombres. Y en eso consiste su fuerza.» Todas las cualidades de Andrés me parecían positivas por la sencilla razón de que todavía no le conocía lo suficiente; luego...

Al día siguiente volví a posar para Lezama. Pero noté en él los síntomas de un gran cansancio. Debía de experimentar la profunda fatiga de su perpetua lucha hogareña, esa lucha sorda de dos voluntades que no aciertan jamás a coincidir y que se gastan inútilmente en un combate donde nunca podrá haber armisticio.

—¿No tiene ganas de trabajar? —pregunté.

Tomé mi bata, me la puse y me aproximé a él.

—No. Estoy disgustado. No hablemos de ello. Hablemos de ti, de tu vida.

No estaba dispuesta a contarle nada. Bien mirado, nada tenía que contar. Mi vida resultaba monótona, convencional, como la de cualquier chica de cabaret que recita sus desdichas ante el cliente borracho. Mi vida no interesaba a nadie más que a mí. Pero Andrés no sabía gran cosa de esa vida mía y me suponía feliz, con muchos hombres haciéndome la corte... con algún novio, tal vez, funcionario o agente de ventas. No quería hablarle de mí. Me interesaba saber sus preocupaciones para ver, realmente, si había encontrado la manera de evadirse.

—¿Está triste? —pregunté con la voz que toda mujer emplea cuando quiere que un hombre se le confíe.

Y fue igual que cualquier hombre. Se sentó en un pequeño sofá mientras encendía un cigarrillo. Me indicó un sitio a su lado. No me miraba y hablaba para sí mismo:

—Sí, Viky. Estoy terriblemente triste. Estoy triste con la tristeza del que tiene la certeza de haber estropeado una vida.

¿De qué vida hablaba? ¿De la suya? ¿De la de Julia? ¿De la de aquella otra muchacha de quien iba a hablarme cuando entró su mujer? ¡Hay tantas maneras de estropear una vida! Yo también había empezado estropeándola.

Me miró y posó sus manos sobre mi cabello. Hacía meses y meses que nadie había tenido hacia mí un rasgo de ternura. Sentí una ola de compasión subir en mí, desbordarme. Me aproximé y le besé los labios. Un beso leve.

—Yo también. Hace años que sé lo que es eso.

Me rodeó con sus brazos sin decirme palabra. Era como si se agarrara a mí, igual que si me necesitara. En su ademán no había pasión y cuando nos besamos otra vez fue también desapasionadamente. Me dijo:

—No me quieras, Viky. Te lo pido. Te pido que no me quieras.

Y empecé a quererle. Y por primera vez supe lo que es querer a alguien hasta que ese alguien se convierte en el móvil, el motivo y la razón de toda nuestra existencia. No sabía si era más feliz o más desgraciada... Pero había dejado de estar sola. En mi casa me acompañaba la presencia de Andrés. Lo llevaba en mí, fija su imagen en mis pupilas, su voz resonando en mis oídos y sus besos quemándome aún los labios. Había sido la suya una caricia desapasionada y casta, parecida, en el momento en que me la prodigó, a una prueba de amistad. Luego, con la distancia, se había ido amplificando sin sentido. Iba a mi trabajo como si me hubieran crecido alas. Mi sufrimiento, pues Andrés no me había dado la menor prueba de que aquel breve momento hubiera de tener alguna trascendencia, no lo hubiera cambiado por el mayor de los goces.

Una mirada de Andrés se convertía en una recompensa y la guardaba cuidadosamente dentro de mí para saborearla luego, en la soledad de mi casa. Ansiaba la hora del dibujo, ansiaba que aquellos instantes no tuvieran fin y no experimentaba el menor cansancio, ni frío, ni impaciencia... ¿Y él? Andrés, seguramente, no recordaba nuestro breve encuentro. Había sido en su vida como las personas que cruzamos por la calle, a las que rozamos el codo por distracción y perdemos en seguida entre el gentío. Habíamos latido una sola vez al unísono, por casualidad, y yo conservaba el recuerdo, pero Andrés ya estaba lejos y nunca más, tal vez, volviera a verle.

Supe entonces que el amor nos llega de la forma que menos pensamos y que el que ama vive por dos. Por sí mismo y por el otro, pues el otro vive en nosotros como algo incorporado a nuestra propia esencia.

Y aquel tiempo de espera, que era largo porque esperaba, y que era corto por... lo mismo, fue interrumpido por el accidente de Julia.

Julia había muerto. Encontró la muerte en una carretera, tal vez mientras buscaba ese algo que siempre parecía dispuesto a huir de ella. Julia iba siempre con prisa y así encontró la muerte. Y Andrés se quedó anonadado, solitario, estupefacto ante aquella súbita paz que se le ofrecía. Eso y no el dolor, como la gente pudiera suponer, le daba el convencional aspecto del viudo. El traje negro contribuía sin duda a ello... pero cuando yo oía los comentarios de mis compañeras, cuando por lo bajo la gente susurraba: «En el fondo, la quería», yo sentía ganas de gritar: «No. En el fondo no se quiere. Hemos de querer en fondo y forma y no ser tacaños con el amor. El amor ha de llenarlo todo, rebasar incluso los bordes, o no es amor. No ama quien sólo ama “en el fondo”. El amor trasluce hasta nuestra máxima superficie y así vemos que el que ama parece un ser tocado por la gracia divina, pues hasta el menor de sus actos está impregnado de amor.»

Lo que sucedía a Andrés es que no estaba preparado para aquel desenlace. Le habían suprimido el adversario y él había perdido el equilibrio. Algo parecido a lo que nos sucede con esas puertas recalcitrantes que empujamos, empujamos, y que, de pronto, ceden. Nos preguntamos dónde estaba la traba... y no la encontramos. Residía únicamente en nuestra propia torpeza.

¿Mi entrega a Andrés? Fue tan impremeditada como violenta. Habíamos vuelto al trabajo y él me hablaba de Julia.

—No supe hacerla feliz, Viky. Es difícil mantener una actitud equivocada durante toda una vida.

No le comprendía muy bien. Andrés no solía hablar de sí mismo y mucho menos de su esposa. Pero en aquellos tiempos notaba que la imagen de Julia estaba cercana a él como jamás lo estuviera.

—No le comprendo.

—Quiero decir que en amor debíamos ser duros, intransigentes. No hay hombre ni mujer lo suficientemente inteligente o perfecto para hacer feliz al otro con su sola presencia. No tendríamos que casarnos nunca por deber y mucho menos por piedad.

Asentí. Lo que Andrés me decía estaba fuera de mis alcances porque yo no me había casado nunca. Pero intuía lo que quería hacerme comprender. De

haberme casado con Ignacio, tal vez estuviera arrepentida de haberlo hecho. Era una solución, no una inclinación lo que me empujara a Ignacio. De haberlo hecho, quizá supiera del agobiante peso de la obligación de amarlo.

—Creemos de buena fe que, si no cumplimos con lo que la gente considera nuestra obligación, la vida del otro queda destrozada. Sucede lo contrario. Se la destrozamos desde el momento en que nos casamos con aquel o aquella hacia quien no sentimos más que compasión. No somos lo suficiente perfectos para dominar nuestros sentidos y vigilar nuestros sentimientos durante años y años de vida en común. Pedimos tanto en compensación de nuestro sacrificio, que la persona por quien nos hemos sacrificado se convierte en una pobre y atormentada víctima de nuestra mal colocada piedad. No, Vicky. Hemos de ser fuertes en el amor; duros; insobornables. Así únicamente, cuando ante nosotros mismos sabemos que no estamos haciendo ninguna concesión, somos capaces de entregarnos a él y disfrutar de él en plena conciencia.

Me arrojé con la bata mientras Andrés encendía un cigarrillo.

—¿Fumas?

Acepté. Había empezado a fumar como una fase de mi adaptación a otra vida, pero terminé haciendo un hábito de mis manos teniendo un cigarrillo.

—Julia hubiera hecho feliz a cualquier otro hombre.

Decía esto con acento desesperado, como si, diciéndolo, su mujer pudiera regresar del «allá» donde se encontraba.

—No lo sabemos. No podemos nunca saber lo que fue o pudo haber sido. No podemos estar en dos sitios al mismo tiempo —dije, sabiendo que él quería oír algo así.

—Y yo... hubiera sido feliz con otra mujer.

Era la segunda vez que Andrés evocaba una sombra desconocida, una figura de mujer. Y extraños celos se despertaron en mí. No sabía hasta entonces lo que era estar celosa. Quise apurar mi malsana curiosidad, ver si aún podía sufrir un poco más:

—¿Quién era?

Andrés tardó unos momentos en contestarme. Estaba viendo a la muchacha a quien había querido hacía muchísimos años:

—Se llamaba Hazel y...

Al querer tomar otro cigarrillo, la bata se entreabrió dejando uno de mis hombros enteramente desnudo. La mano de Andrés se posó sobre el hombro y el contacto nos paralizó momentáneamente. La otra mano descubrió el segundo hombro. Me atrajo hacia él. «Está pensando en ella —me decía,

mientras todo mi ser deseaba aquel contacto—. Piensa en ella en este momento.»

Se enturbió mi vista. Y comprendí que el deseo es algo incomprensible que se encuentra o no se encuentra, pero que cuando lo hemos encontrado lo reconocernos como una ciencia aprendida en un mundo elemental donde el hombre y la mujer volvieran a reunirse, procedentes de un lejano paraíso.

Durante algún tiempo fue como si nada hubiera sucedido. Tan sólo en los momentos en que posaba para Andrés le encontraba apasionado. Fuera de su despacho, volvía a ser el hombre distante, ocupado enteramente en su trabajo. A solas, nos tuteábamos y comprendí poco a poco lo que aquel hombre deseaba de mí. Fue al día siguiente de mi entrega, cuando al entrar en su despacho me eché impetuosamente en sus brazos.

—No, Viky —me dijo apartándome firmemente.

—Entonces, ayer...

—Cada día es distinto. ¿No comprendes? El amor, o lo que llamamos amor, ha de tener un rostro diferente cada día.

No le comprendía.

—Vamos, desnúdate.

Continuó sus diseños durante el tiempo normal, el que habitualmente dedicaba a ellos, luego me atrajo al sofá.

—No quiero ver nada convencional en todo esto. Tú y yo somos amantes. Créeme si te digo que no entraba en mis proyectos, pero así ha sido. Ahora bien, quisiera que no dieras a esto más importancia de la que tiene.

—La tiene para mí, Andrés. Estoy enamorada de ti desde hace tiempo; si me he entregado a ti, es porque te quiero.

—Supongo que ya has querido antes y que te convences de que el amor es siempre algo pasajero.

—No. Yo no he querido a nadie.

Hizo un gesto de duda.

—Sé lo que piensas y vuelvo a repetir que no he querido a nadie. Es la primera vez que estoy enamorada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque sufro.

Se dulcificó su expresión y, atrayéndome a él, me dijo:

—No has de sufrir. No valgo la pena y no lo deseo. Te diré más: no pido que me seas fiel. No quiero de ti más que estos breves momentos. Odio la expresión de deseo en el rostro de la mujer. Me la han hecho odiar, ¿sabes? Deseo que, cuando tú y yo nos encontremos, sea siempre por casualidad,

como la primera vez... algo fuera de nuestra vida, parecido a un breve instante que no pudiera registrar nuestro concepto del tiempo.

Fuera de la vida. Pero él estaba dentro de la mía y yo era lo suficientemente estúpida para creer que nada había entre él y yo que pudiera separarnos. Yo era libre y él también; yo todavía creía en la fuerza del amor y pensaba en la posibilidad de una vida de amor al lado de Andrés. Pensaba en lo que piensan todas las chicas de veintitrés años. Casarme, darle los hijos que él no había tenido, dedicarme a él, amarle, amarle con toda mi alma. Volvían a mí las antiguas angustias, y el recuerdo de los dos últimos años se me antojaban un lapso estéril y muerto como si no lo hubiera vivido.

—Un día encontrarás un buen chico y te casarás con él, Viky.

Aquello me destrozaba. Me decía lo mismo que Baldomero, con la diferencia de que Baldomero no podía casarse conmigo y la de que yo no estaba enamorada de él. Yo no podría encontrar al «buen chico» que quisiera casarse conmigo. Los «buenos chicos» no se casan con chicas como yo. Tendría que cargar toda la vida con un secreto, o bien estaba condenada a la vida a que me obligaba Andrés.

No me rechazaba físicamente. Me apartaba de su vida como si fuera un peligro para su propia tranquilidad. Compensaba esa prudencia muy generosamente. Me había preguntado si deseaba seguir trabajando.

—Sí, lo deseo.

—Si no quieres hacerlo, me ocuparé de ti.

—No. Prefiero pensar que no te necesito. Seguramente tienes más experiencia que yo, y es posible que tengas razón. Quiero seguir pensando que me basto a mí misma y no te necesito; que incluso puedo prescindir de ti; que no eres más que un lujo en mi vida; algo superfluo que podré suprimir en cuanto quiera.

Fueron dos años más los que se sucedieron. En ellos aprendí que hay hombres como Andrés, para quienes la mujer es nada más que el complemento de la existencia, no el sujeto. Mil veces me he preguntado por qué los preferimos a los otros, a los que se nos entregan, a los que generosamente se nos dan, a los que aceptamos como algo debido.

Aquellos que nos mantienen a raya, los avaros del amor o del sentimiento, llegan a obsesionarnos de tal modo que nos anulan por completo.

Le complacía adquirir para mí libros nuevos, discutirlos conmigo, ver exposiciones y pedir mi parecer... La hora del amor llegaba a través de horas y horas de paseo, o de charla, y era breve. Un breve instante durante el cual

tenía la sensación de que él me contemplaba como un buen espectáculo o una nueva experiencia. Cerraba los ojos para no verle.

—No sabes amar, Andrés.

—¿Por qué me quieres entonces?

Ahí estaba la incógnita. Ignoraba el porqué. La ignorancia del porqué era precisamente la confirmación de cuanto sentía hacia él.

Sonreía sin esperar mi respuesta. Y yo callaba, sabiendo que era mejor no decir nada; someterme a él y, poco a poco, tratar de comprenderle.

* * *

La primavera de 1947 se inició en Madrid casi de golpe, coincidiendo por una vez con el calendario. Yo la recibía con el sol que a raudales entraba por el balcón de mi terraza. Y no sé por qué, sin motivo alguno, me sentí súbitamente feliz, como si fuera una parcela vital de la naturaleza.

Elvira había estado en casa.

—Mi pobre madre está cada día peor.

Recordé a Rosario, a su habitual encogerse de hombros. No la imité por consideración a Elvira.

—Gustavo dice que es el final.

Claro, todo el mundo llega al final. El que la abuela Milagros llegara hasta el suyo era más que lógico..., pero no lo esperaba. En aquellos días de primavera nadie espera complicaciones y, para mí, el que la abuela Milagros se encontrara mal, presentía, iba a ser una y muy grande.

—¿Qué tiene?

—Ya sabes, sus intestinos. Tal vez un tumor maligno. No se sabe nada todavía. Pero quisiera que hicierais las paces antes de...

El hecho de pensar en aquella casa, en la abuela Milagros en cama y en una explicación con ella, me dio un escalofrío.

—Haré lo que tú quieras, aunque tal vez mi presencia sea inoportuna. ¿Qué dice Gustavo?

Elvira no me contestó. Gustavo debía de encerrarse en su actitud de hombre-digno-que-no-quiere-tratos-con-la-persona-de-la-familia-que-puede-deshonrarle. Y yo me reía e incluso experimenté un malsano placer diciendo a Elvira:

—Gustavo tiene una fulana. Le vi la otra noche en Pasapoga. Dile que...

Al mirar otra vez a Elvira, no continué. Parecía presa de una gran inquietud.

—No hables así, hija. Es tu tío y le debes respeto.

—Es tan sinvergüenza como yo y no le debo nada.

Pero cambiamos de conversación. Después de una hora de charla me puse el abrigo y cogí a mi madre del brazo. Juntas nos encaminamos hacia la calle de Velázquez. Allí, en la esquina de Hermosilla, igual que hacía Baldomero conmigo, dejaba a mi madre.

—Avísame si hay algo.

Y regresé a casa meditando en la posible muerte de la abuela y el cambio que iba a significar en la vida de Elvira. ¿Qué haría Elvira sola? Me suplicaría que volviera a vivir con ella. Lo hubiera hecho unos años antes, pero no ahora. Ahora necesitaba tener libertad para ver a Andrés, recibirle cuando quería y salir con él cuando se me antojaba. Desde algún tiempo a esta parte habíamos viajado juntos presentando colecciones en Barcelona, Santander, San Sebastián... Viajar con Andrés era algo que me llenaba de gozo. No era como Julián, pero sabía tantas cosas que podía imaginármelo como si Julián me las hubiera contado. Andrés desgranaba sus conocimientos como si todo aquel que estuviera a su alrededor fuera un receptor, el invisible compañero de su mente. La mente de Andrés era generosa y aguda. «Si la abuela muere, no quiero vivir con Elvira.»

Seguramente Elvira pensaba todo lo contrario. Vendría a mí con el ansia de servirme como lo había hecho con la abuela, pero yo no la necesitaba. Sería, pues, un parásito para mí, el débil brote que busca el árbol donde refugiarse. Me vería en la obligación de rechazar a mi madre. Sabía de antemano que lo haría, pues ella también me había rechazado.

Fue una primavera tibia aquella de 1947 y, pese a lo de la abuela, me sentía feliz. Al llegar aquel día a mi trabajo, me llamó Andrés.

Parecía dominado por una extraña agitación. Se paseaba de arriba abajo en su estudio y casi sin preámbulos me dijo:

—Es Hazel, Viky; está en España y esta tarde vendrá a verme.

¿Por qué aquello? Quedé insensible, sin saber qué decir. Poco sabía de la mujer a quien Andrés guardaba un culto que siempre me pareció desorbitado. No quería hablar de ella, evitaba su sombra. Pude, por fin, musitar.

—¿Te ha escrito?

—Sí. Una carta después de años y años de silencio. Durante la guerra mundial su marido fue movilizado; ella permaneció en Inglaterra con sus dos hijos. Ahora parece ser que han vuelto a la normalidad y viene a España para ver a sus padres.

Quería decir algo, encontrar una sola palabra adecuada. No me salía. Andrés se me anticipó:

—Te gustará conocerla. Ya verás; es... una gran chica.

Dos sucesos bien diferentes marcaron la primavera de 1947; murió la abuela y conocí a Hazel. Elvira decía que los viejos mueren siempre en primavera.

—¿Por qué?

No lo sabía, pero los viejos mueren siempre en primavera. Es así. Tal vez por la sencilla razón de que en invierno agotaron todas sus defensas y que son como viejos árboles secos por donde no fluye savia. Rinden su tributo a la primavera cuando no tienen nada más que dar. Son como los árboles muertos, que todavía se aguantan en pie porque tienen raíces, pero que el menor soplo arranca de cuajo.

Fui a verla, rogando a Elvira que no le avisara mi presencia. Penetré en la casa y al pisar la puerta de entrada volvió a mi sensibilidad la razón que me había entregado a Baldomero. Me di cuenta de que volvería a hacerlo, que era imposible hacer otra cosa, que necesitaba huir de allí.

De puntillas me acerqué al lecho. Dormía. Se había quedado flaca y noté que le faltaba algo.

—Las gafas, Victoria. Ahora ya no las necesita —susurró. Elvira.

—¡Pero si cuando yo me fui ya estaba ciega! ¿Para qué las llevaba entonces?

—Era su costumbre.

—¿Y el bastón?

Me mordí los labios apenas formulada la pregunta. Si las gafas eran inútiles, más inútil era el bastón en su lecho de muerte. Pero me parecía tan raro verla sin el bastón, que no pude menos de pensar en él.

—¿Le digo que estás aquí, Victoria?

—No. Por hoy no le digas nada.

Murió aquella misma noche repentinamente y Gustavo vino a buscarme, diciéndome que era mejor no escandalizara con mi ausencia, pues sus conocidos y amigos irían a velar y dar el pésame. Mi presencia, si no deseada, era al menos inevitable. Le sonreí con cierta condescendencia.

Al abrir la puerta noté el dolor bronco de Elvira volcarse en mí como yo hubiera deseado poder hacerlo cuando la muerte de Julián. Estaba desquiciada, deshecha. Tenía los párpados morados y las sienes pálidas.

—¡Mi pobre madre!

Aun delante de Gustavo decía «mí» y no «nuestra». Balbucí dos o tres frases maquinalmente. Me daba pena Elvira. Al entrar en el cuarto de la muerta lamenté mi falta de dolor. Rebusqué ante su cuerpo inmóvil algún

remoto recuerdo que nos uniera con su ternura, y no lo encontré. Experimenté casi vergüenza al no encontrarlo. Seguramente, en algún rincón de mí, debía de existir un pequeño, un grato recuerdo que nos fuera común. Me incliné sobre ella, para escudriñar aquel rostro ya impasible, y me fijé en las manos, que apretaban un crucifijo. No se adaptaban a él. En aquellas manos descubrí mi ausencia de dolor. No se adaptaban al recogimiento como probablemente no se adaptaron nunca a las caricias. Se habían posado durante tantos años sobre el bastón, que más bien parecían dos garras.

A mi lado sollozaba Elvira. La rodeé con mis brazos. Era frágil, pequeña. Me dio pena su tristeza y lloré por su dolor.

Luego la casa se llenó con el resto de la familia y con los empleados de las Pompas Fúnebres. La mujer de Gustavo se entretuvo vistiendo a la abuela. Aquello me pareció del peor gusto. Los muertos estarían más cómodos con trajes apropiados para el eterno sueño. Parecen menos muertos cuando todavía están entre las sábanas, con el camisón dentro del cual murieron. La abuela Milagros, rígida dentro de su traje negro, el de los días de fiesta, estaba espantosa. Le habían quitado de las manos el crucifijo y una idea me atenazaba como una obsesión: «No va a encontrar el camino del cielo. La abuela Milagros debiera llevar hasta allí arriba su bastón».

Cerraron la caja y nos pusimos a rezar el rosario. Mis primas me miraban con gran interés. Se habían sentado lejos de mí. Las dos mayores estaban casadas y sus respectivos maridos también me habían mirado curiosamente. Pero yo no me fijaba en ellas, pensaba en Elvira, en su nueva vida... y en el largo viaje que había emprendido la abuela.

CINCO

TUVE QUE HABLAR con Elvira como se habla con el niño que dejamos en un internado. Era por su propio bien. No podíamos vivir juntas, aunque nos viéramos a menudo, aunque yo me cuidara material y moralmente de ella. Era preferible vivir cada una en su casa. La ayudaría a instalarse más confortablemente.

Gustavo y mi madre se repartieron los recuerdos de la abuela y me fue dado, al fin, airear aquella casa de la calle de Hermosilla, que no había sufrido modificación alguna desde el día del matrimonio de la que acababa de morir.

—Estas plumas, mamá, al fuego.

No me atrevía a decirle: «Estas plumas a la basura». El fuego es siempre mucho más respetuoso. Y allí se consumieron cartas, flores de trapo, plumas, labores horribles hechas para justificar el tiempo que no puede perderse... Allí fue todo, que era mucho. Casi me alegraba de tener tanto trabajo. Andrés salía a menudo con Hazel y yo no quería tener tiempo para meditar sobre sus salidas.

Los albañiles, los pintores invadieron la lúgubre casa y poco a poco aquel lugar inhóspito tuvo cierta similitud con un verdadero hogar.

—¡Es tan grande para mí sola! —exclamaba Elvira.

—Cualquier piso pequeño cuesta hoy día diez veces lo que pagas aquí como alquiler. Tienes, además, tantos muebles que no sabrías dónde meterlos.

—Pero si vivieras conmigo, Victoria, estaríamos más acompañadas.

—Cuando me case.

—¿Vas a casarte?

Otra vez le subía el color de las mejillas. Todas las madres desean que sus hijas se casen.

—No —repuse riendo—. No pienso casarme por ahora. Pero tal vez algún día...

Era mucho mejor prometer. Elvira era una niña a quien se engañaba fácilmente con promesas. Prometí que iría a verla con frecuencia. Le busqué una muchacha alegre para que no estuviera tan sola. Gustavo fue por allí y comprobé, complacida, que todos aquellos cambios en casa le daban mucha rabia.

—¡Un piso tan grande!

La hija mayor vivía con los suegros por falta de medios para tener uno propio. Los alquileres modernos eran inaccesibles a los matrimonios jóvenes. Si Elvira hubiera dejado aquella casa...

—Lo siento mucho, tío. Ésta es ahora la casa de mi madre.

—¿Y tú?

—Yo tengo la mía.

Le fastidiaba que no viviéramos juntas, del mismo modo que le había molestado que Elvira y la abuela lo hicieran en su día. A tío Gustavo le parecía mal todo aquello que se interpusiera entre sus cálculos.

—Supongo te das cuenta de que eso significa un gasto doble. Y ya es hora de que atiendas a tu madre. No lo olvides.

—Deseaba que el momento llegara.

Todo aquello repito me había impedido estar pendiente de Andrés y de Hazel, a los que había visto de refilón un día, en los salones de presentación. Hazel venía a España, como casi todos los extranjeros de entonces, a vestirse. El hecho de que le vistiera un amigo de la infancia debía de divertirla enormemente, pues era raro verla de otro modo que riendo. Hazel tenía unos treinta años, pero no los sentía. Su paso era rápido, ligero. Si el ascensor estaba en marcha, se impacientaba y subía la escalera a pie, corriendo siempre. Sentía inquietud ante aquella mujer, pero ella, en cambio, parecía ignorarme por completo. Andrés me la presentó al fin. Juntas recorrimos Madrid, que no conocía. Me habló de Andrés. Su acento peculiar resultaba más cómico que evocador. Parecía imposible que de aquella mujer pudiera brotar algo serio.

—Un buen muchacho Andrés, pero sin voluntad. Cuando le conocí me impresionó como pocos hombres han conseguido impresionarme. Es inteligente. Su carrera fue una sucesión de éxitos y ahora...

—No es lo que podríamos llamar un fracasado.

Se apagó la sonrisa de la boca de Hazel. El rostro sin su habitual expresión sonriente tenía una profundidad insospechada. En Hazel existían dos mujeres enteramente distintas.

—Andrés es un fracasado —dijo marcando sus palabras—. Un enorme fracasado.

Sentía calor. Andar al lado de la inglesa era hacer ejercicio. Me sentía sudorosa y cansada al lado de Hazel, que no parecía darse cuenta ni de la temperatura ni de mi cansancio. Entramos en una cervecería para refrescarnos un poco y, una vez sentadas, volvió a repetir:

—No sé quién eres, pero me lo imagino. Supongo que estás enamorada de Andrés y no me extraña. Vuelvo a decir que Andrés es un fracasado, como todo hombre que no ha sabido encontrarse a sí mismo.

—Y tú, ¿qué sabes?

—Lo sé porque antes que tú, antes que ninguna mujer, quise a Andrés.

Su franqueza me impedía odiarla.

—¿Aún le quieres?

Volvió a sonreír.

—No. Es decir, espera... Sí, le quiero. Como se quiere a un buen amigo. A los buenos amigos se los quiere aunque sean mediocres, aunque estén equivocados..., aunque sean borrachos —exclamó como si este último argumento fuera aplastante—. Pero ya no le quiero de otro modo, ¿comprendes?

Me irritaba la falta de amor de aquella mujer.

—Él te quiere. Creo que has sido la única mujer a quien ha querido.

Bebió de un trago su cerveza y pidió la segunda mientras encendía un cigarrillo.

—No, exactamente. Necesita pensar que hubiera sido estupendamente feliz conmigo. Creo que, en el fondo, tendría que agradecer a Julia su precipitado matrimonio. Andrés hubiera sido siempre un fracasado en su carrera, en su matrimonio, en sus afectos. Y Andrés ha necesitado achacar a otro su fracaso. Ese alguien fue Julia, como hubiera podido ser yo.

—¿Por qué dices eso? Andrés te quiere. Te ha guardado en su memoria durante años y años.

—Eso no es fidelidad. Es tozudez. No hemos de empeñarnos en lo imposible. Andrés se ha empeñado en ser desdichado por la sencilla razón de que sabe que no puede ser feliz. Dentro de él no hay materia para la felicidad.

La mujer aquella me aturrullaba un poco. Así, según ella, éramos exactamente lo que queríamos ser. ¿Y las circunstancias? ¿Qué hubiera hecho Hazel si en lugar de tener aquel hogar armonioso de sus padres, hubiese tenido que vivir con la abuela Milagros? Se lo pregunté.

—¿Qué hiciste? Tal vez yo hubiera hecho lo mismo. Pero ahora estás libre, ¿entiendes? Y no debes achacar la culpa de tus fracasos a nadie. A partir de cierta edad somos responsables de nosotros mismos y el achacar las culpas a los demás es ser muy cobarde.

Una tarde encontré a Rosario. Rosario, a quien había visto últimamente envejecida y amargada.

—¿Cómo te va, chica?

Me lo preguntaba sin cariño, únicamente por la sencilla razón de que algo tenía que preguntar.

—Bien, bien... estoy contenta con mi trabajo. Tendríamos que vernos de vez en cuando. Cuéntame de ti.

Vivía a salto de mata y tomaba lo que le venía a mano. Me lo dijo con evidente intención de mortificarme. Nuestras miradas se huían. No obstante, aquella muchacha me había querido, se había compadecido de mí cuando yo no tenía a nadie en quien confiar. La tomé del brazo.

—Acompáñame un rato. A veces estoy muy sola y lamento no tener amigas; tú...

—Las mujeres como tú y yo no tenemos amigas —había dicho.

Era la pura verdad. No tenía ninguna amiga, pues con las muchachas del taller o de los salones nunca había congeniado. No sé lo que ellas creían de mí; pensarían seguramente que era orgullosa a causa de mi amistad con Lezama. Todas sabían que entre Andrés y yo existía una unión distinta de la que suele haber entre un superior y su empleada. Esta circunstancia me alejaba de ellas. O ellas se alejaban de mí, lo cual resulta lo mismo.

—¿Necesitas algo?

Pregunté a Rosario si necesitaba algo, porque de buen grado le hubiera hecho un favor.

Se encogió de hombros.

—Desde un par de medias a un abrigo de visón, lo que prefieras.

Opté por reír y la invité a casa. Escogió entre mis cosas lo que más falta le hacía; pero, indudablemente, no agradecía mi rasgo; quizá yo no tenía el don de dar, como ella.

Nos despedimos.

—Ven a verme. No tienes que dejarme así como así. Yo...

—Descuida.

Las dos sabíamos perfectamente que si un nuevo encuentro casual no se producía, pasaríamos meses, años, sin vernos.

Los celos experimentados al conocer a Hazel se convirtieron poco a poco en envidia. No era una envidia culpable ni baja. Envidiaba algo que tenía ella y que yo no sabía a qué atribuir ni cómo definir. Tal vez su solidez ante la vida, su equilibrio. Hazel no hacía grandes frases, pero tenía razón, siempre tenía razón y cuanto decía sonaba a verdad. A veces me interrumpía cuando yo hablaba; con un solo gesto me hacía callar y la conversación tomaba el giro que ella imponía. Y luego, en la soledad de mi casa, sus palabras sonaban con su raro acento:

—Perdona, Viky, pero me haces el mismo efecto que esos pollinos que dan constantemente la vuelta en torno de una noria y que además llevan los ojos tapados, seguramente para que no se mareen.

La imagen no era halagüeña. Iba a lamentarme, pero Hazel no se percató de mi desagrado.

—Estás dando vueltas y más vueltas sin adelantar lo más mínimo. No te has convencido todavía de que no haces más que dar vueltas en torno de algo que no sabes lo que es y, para terminarlo de arreglar, lo haces a ciegas.

—Tal vez tengas razón. Pero ¿qué quieres que haga?

—Romper tus riendas. Salir del ambiente en que te debates, rodearte de gente nueva... viajar.

¡Viajar! Viajar significaba dejar a Andrés y yo no podía. Me sentía encadenada a él, todo mi ser vivía pendiente, estaba obligado a él.

—Estás perdiendo tus mejores años inútilmente. Un día te encontrarás con que has cumplido los treinta, los cuarenta, y no serás dueña de nada.

—Tengo a Andrés y soy feliz con él. ¿Crees que no es bastante? Sí, durante algún tiempo creí que se casaría conmigo y tendríamos hogar, hijos... Hoy en día comprendo que hay hombres como Andrés que sólo pueden ser felices sin ataduras.

—Magnífico, pero éstos son precisamente los hombres que nos atan. ¿No crees, Viky, que el hombre no debiera pedir más de lo que es capaz de devolver?

Andrés no me pedía nada, incluso creo que si le hubiese sido infiel no le hubiera importado gran cosa. Lo cierto es que no deseaba serle infiel. Le tenía presente día y noche en mis pensamientos y me resultaba imposible alejarme de él física o mentalmente.

—Tontería. El tiempo, un trozo de mar... y verías. Verías al fin.

—Tendré la paciencia que otras no tuvieron.

Hazel hizo un gesto dubitativo. Estaba tratando de alejarme de Andrés. No me cabía la menor duda.

—Pareces muy interesada en lo que me concierne; quizá te estorbo; quizá quieras tener lo que yo tengo.

La voz de Hazel no se alteró, pero su rostro pareció haber sido bañado por una oleada de sangre. Era como si toda la sangre de su cuerpo le estuviera golpeando el rostro.

—Cuando yo era pequeña y decía estupideces, mi padre me pegaba. Son métodos usuales en mi país y no en el tuyo; pero te aseguro que, de vez en cuando, todos necesitamos ser golpeados. Ahora mismo, si fueras hija mía, te

daría dos bofetones y seguro que te harían un gran provecho. No me preocuparé más de ti, pero has de saber una cosa. Andrés no me interesa. Me das pena. Me han dado siempre pena las personas que pierden un solo día de su maravillosa vida. Ése es un caudal que nunca se recupera, Viky. Pero no temas; no volveré sobre el asunto.

* * *

¡Hay tantos modos de trabar conocimiento con las personas!

Te vi por primera vez a mi lado, en el suelo. Yo iba con prisa y tú distraído. Chocamos y nos encontramos en el suelo.

Sí, hay días que chocamos con todo lo que nos rodea. Al entrar en el salón, una de mis compañeras me hizo una observación que otro día hubiera pasado por alto. Aquel día me molesté y contesté groseramente. Era obvio que mis compañeras no sentían simpatía por mí, y no me había dolido hasta entonces: pero aquel día hubiera querido que alguien me dijese una palabra amable, tuviera un gesto afectuoso conmigo. Andrés estaba fuera de Madrid, no había podido avisarme y prometía escribirme. Yo sabía perfectamente cómo serían las cartas de Andrés. Andrés era de esos hombres que sienten terror ante una cuartilla. De esos hombres que creen que sus cartas pueden significar un compromiso o ser leídas en público. Eran cartas cariñosas y poco comprometedoras, en donde yo no encontraba a mi amante.

Esperaba la carta de Andrés y en lugar de ella recibí tu carta. ¿Recuerdas? La guardo todavía. Me hablas de brotes primaverales. No tiene nada de particular hablar de brotes primaverales; pero si recuerdas bien, nuestro encuentro fue en pleno mes de febrero, con un frío de espanto. Los brotes existían tal vez en tu mente, pero los árboles tendían sus ramas desnudas y era muy difícil imaginar que esas ramas florecieran de repente porque un hombre y una mujer se hubieran encontrado por la mañana.

Los brotes me decidieron a salir contigo. Era la primera ocasión que tenía de salir con un muchacho de mi edad, sin que nada hubiera entre nosotros que predispusiera a favor o en contra. Te encontré... ¿Quieres que te lo diga? Eras sencillo y seguramente de haberte conocido unos meses antes, no hubiera querido salir contigo... Pero dentro de mí perduraban las palabras de Hazel. Hazel se hubiera divertido con un hombre como tú; Hazel se reía de los camareros; le divertía que los conductores de tranvía le echaran piropos y no desdeñaba nunca a nadie. «Los únicos hombres despreciables —decía— son los aburridos.»

Y yo recuerdo haberle preguntado: «¿Qué quieres decir con eso, Hazel?» Y ella: «Mira, cada uno de nosotros tiene eso que unos llaman alma, encanto, personalidad o ángel. Hay gente que ese *algo* lo tienen tan seco como la pulpa de una nuez vieja. Otros están llenos; basta acercarse a ellos, llamar un poco para que en seguida respondan. Otros hay, privilegiados, cuyo *algo* sobrepasa los límites físicos. Van por el mundo aureolados, nimbados por el *algo*. Son hombres y mujeres que viven fuera de sus propias fronteras y que, por consiguiente, están al lado del prójimo. Es una gran fortuna conocer a estos últimos. Son los que nos hacen sentirnos buenos, aflorar lo mejor de nosotros mismos. Son los que nos dicen *trabaja* y obtienen de nosotros ese trabajo. Son aquellos cuya presencia deshace nuestro rictus amargo y pone en nuestra boca las mejores palabras». Y yo había insistido: «¿Quieres decir, tal vez, que son los buenos?»

Hazel tardó en responder: «Seguramente son los buenos. Pero no con esa bondad que se da en los incapaces para la maldad, sino con la bondad que va mucho más allá del mal. Son las personas que están en la vida para hacernos creer que ésta tiene un verdadero significado. Cuando estamos con ellos, cuando nos aman o nos hablan... entonces la aureola se hace casi visible».

Como siempre, Hazel acabó riéndose de todas sus palabras. Pero yo recordaba que su lección terminó así:

«... en todo caso, son los antagónicos de los aburridos. El aburrido es un ser que se alimenta de nuestra propia aureola y que nos vuelve pequeños, grises y tristes.»

Tú, Juan, paseabas por la vida con un traje raído y tu aureola resplandeciente. Hubieras conseguido que aquel día frío de febrero viera brotes en los árboles. Más allá incluso de los brotes. Me decías que cerrara los ojos y respirara el fresco olor de las flores, y las veía. Dentro de mí las veía de mil colorines, igual que los chorros del agua de la ballena que nadaba en aguas noruegas, igual que la lluvia tras los cristales del mirador de Bilbao.

Unos días más tarde viniste a casa. ¿Te acuerdas? Te notaba tímido, encogido, dentro de uno de los sillones. Había limpieza en tu mirada y me dio pena no ser lo que tú hubieras querido. Decías que conmigo perdías el habla, pero no era así. Me hablabas siempre de mí, muy poco de ti; me hablabas de lo que tú querías que yo hubiera sido, el producto nuevo de una nueva época, de una nueva generación.

Quise engañarte, pero no pude.

A partir de entonces mi trabajo fue un aliciente, Andrés dejó de ser una obsesión y tú empezaste a tomar consistencia.

Y sucedió lo extraordinario. A medida que me recobraba, Andrés iba ligándose a mí. Sentía en él ciertos síntomas de celos. Nuestros viajes fueron más frecuentes y su actitud me desconcertó al pronto, No sabía. Él, sí. Pero no me lo dijo entonces. Ahora sé que su reacción era lógica. Andrés siempre quería aquello que empezaba a perder. Andrés sólo sabía el valor de las cosas en cuanto éstas se le escapaban de las manos. Una vuelta mía y Andrés volvería a su antigua actitud. Le notaba ansioso, pendiente de mi evolución. Velaba mientras yo velaba, en las interminables noches durante las cuales tu imagen y la de él se entremezclaban y superponían en mi mente. «Duerme, amada.» Su pequeña nota me llenó de ternura. Le obedecería. A partir de aquella noche supe que estaba dispuesta a obedecerle siempre, incluso en aquello que ni él mismo se atrevía a pedirme. Y, si había podido desviarme de mi noria era en parte gracias a ti, a tu amistad. Creo que te lo dije, y de ahí nació nuestro primer enfado. ¿Te acuerdas?

Durante varios días permanecimos separados. Yo seguía haciendo lo de siempre: mi casa, mi trabajo fuera de ella, mi vida con Andrés, las visitas a Elvira.

Elvira deseaba verme casada. Yo creo que Elvira no pensaba en otra cosa que en verme casada. Le hablé de ti un día.

—¿Y cómo es ese muchacho? ¿Qué hace?

Elvira no estaba en condiciones de comprender que no eras como los otros. No podía, por ejemplo, decirle: «Juan es un ser perfectamente real, que da a las cosas el valor que realmente tienen o merecen. En la calle pasa confundido entre el montón, pero yo sé que es distinto de los otros por la sencilla razón de que he cambiado desde el día que le conocí». No; era mejor decirle: «Tiene dos años más que yo y es empleado de una editorial. Gana muy poco dinero y no creo que tenga un gran porvenir. Si me casara con él, seguramente habría de seguir trabajando».

Vi que no gustabas a Elvira. No hubieras gustado a ninguno de los míos. Tío Gustavo te hubiera encontrado vulgar y los maridos de mis primas te hubieran tratado con desprecio. Mis primas, tal vez, se alegraran de nuestro amor. Así quedaría definitivamente establecida una diferencia entre ellas y yo.

Hicimos las paces, ¿recuerdas?, en un banco del parque de la Moncloa. Me besaste allí por primera vez y desde aquel día empezamos a salir juntos más a menudo. Los domingos íbamos a misa. Luego, aprovechando la bonanza del tiempo, dábamos una vuelta por las calles de Madrid. De uno de esos paseos nació mi idea de marcharme, de poner entre tú y yo, entre Andrés

y yo, un lapso que me permitiera ver claro, salir de mi noria e ir a la busca de lo que ignoraba. «¿Cómo te imaginas a Dios?» ¿Recuerdas tu pregunta?

Yo pensaba en Julián y en sus viajes. Julián se ausentaba semanas enteras que a mí me parecían años de vida. Y cuando volvía, traía de sus viajes algo nuevo y maravilloso. Tal vez Julián se ausentaba de vez en cuando para eso, para poder regresar con algo distinto e ignorado. Yo pensaba en el lejano Julián mientras tú no sé qué me decías de la refracción de los colores.

—¿Crees que lo que tú y yo llamamos azul se presenta del mismo color a nuestra retina?

Me parece que no tuvo respuesta tu pregunta.

Lo mejor era decírselo a Andrés. Quería marcharme. Se lo escribiría a Hazel. Deseaba marcharme. Dejar entre Madrid y yo un trozo de mar y un año o dos de tiempo; alejarme de Elvira, de tío Gustavo y de sus pequeños argumentos. Ir a un país desconocido en donde yo pudiera empezar a ser una mujer nueva y donde podría medir mi valía.

—Deseo marcharme.

Andrés estaba sentado en uno de los sillones de la terraza, mientras yo me vestía en el cuarto de baño. Le hablaba así, pues me parecía más fácil decirle desde allí que deseaba marcharme que haciéndolo a su lado. Quizá de otra forma no tendría valor para decírselo. Y sabía perfectamente que si él pedía: «quédate, Viky», yo me quedaría.

Tardó un rato en contestarme, pero sabía que me había escuchado. Debía de estar encendiendo un cigarrillo, esperando quizá que yo hablara de nuevo. Dije:

—¿Me has oído?

—Sí.

Salí a la terraza. Andrés, al verme, sonrió como si lo que le decía fuera una broma. Me sonreía seguro de sí. Me tomó de la mano y me hizo un sitio a su lado.

—¿Qué tonterías son esas?

—Quiero dejar todo esto, Andrés. A ti también. ¿No puedes comprenderme?

—Sí.

Me recliné sobre su pecho.

—No quisiera alejarme de ti nunca. Pero veo que no hay modo de estar enteramente cerca de ti. Tú no lo quieres. ¿Por qué no lo quieres? ¿Por qué no

quieres que hagamos una vida normal, moral? Somos libres los dos. Dime: ¿por qué no lo quieres?

Con sus dedos seguía la línea de mis cejas mientras decía:

—Me gustan tus ojos, Viky. Tienes ojos de niño triste. Me hubiera gustado tener un hijo con tus mismos ojos.

—Tendré un hijo de ti, si lo deseas.

Abarcaba mi cabeza con sus dos manos. Estrechaba mi cabeza entre sus manos, como si quisiera exprimir mis pensamientos. Apoyó luego su frente contra la mía. Tenía los ojos cerrados y sentí que en aquel momento estaba diciéndome la verdad.

—Sería demasiado injusto. No permitas que sea tan injusto, Viky. Tienes que marcharte.

La noche nos había invadido. Iba a levantarme para encender la luz, pero Andrés me retuvo a su lado.

—Te querré cuando estés lejos.

Era un pobre consuelo, pero debía conformarme con aquello.

—¿Y si encuentro otro hombre?

—Habré perdido.

—¿No te da miedo?

Movió la cabeza. Seguramente pensaba en algo remoto; tal vez, al contrario, estuviera pensando en algo todavía por venir.

—A veces hemos de jugarlo todo para saber lo que tenemos. Mira, Viky; malo es pensar que en el juego uno puede perder o ganar. Hemos de jugar porque sí, y encontrar en el juego mismo motivo suficiente.

—¿Y si regreso? ¿Si hago este largo camino para nada?

Movió otra vez la cabeza.

—No pienses en ello.

Los trámites eran largos y dificultosos. Andrés tenía unos amigos en Boston y ellos harían lo necesario para que el visado para los Estados Unidos me fuera concedido. Allí, tal vez pudiera conseguir un empleo. En todo caso, ayudaría a la señora de la casa, que tenía varios chiquillos y no encontraba fácilmente ayuda. No debía preocuparme de otra cosa que de los visados de salida de España y entrada en los Estados Unidos. Los trámites eran largos, repito, y mi impaciencia crecía. Además, mi decisión se había ido enfriando hasta el punto que deseaba volverme atrás y aceptar mi destino tal y como lo había estado haciendo durante años y años.

Una carta de Hazel vino a reconfortarme:

«... me alegra pensar en tu marcha. Acuérdate de lo que te dije del pollino y de la noria, y trata de dar nuevo rumbo a tu existencia. No lo conseguirías nunca permaneciendo entre los tuyos. A tu regreso, todo te parecerá distinto. Habrás cambiado y te darás cuenta de que lo que hoy te parece importante, mañana será algo insignificante y lejano.»

A ti, Juan, no te dije nada. Empecé a escribir este relato, pues pronto te perdería y quería darte algo de mí misma. La verdad es que temí carecer de valor para llevar a cabo mi proyecto.

Elvira estaba desquiciada.

—¿Me dejas? ¿Vas a dejarme sola?

Le contesté que sí. Estábamos las dos otra vez en aquella casa que fue de la abuela y en la cual, pese a las transformaciones, no podía encontrarme a gusto. Elvira había tomado el sitio de la abuela en el mirador, se complacía en prepararme cosas sabrosas para que yo merendara. Me suplicaba con sus tímidos ojos.

—¿Qué haré, Victoria?

—¿Qué hubieras hecho si me hubiese casado con un extranjero? Los hijos, cuando se casan jóvenes, no dan ninguna explicación a sus padres. Cierran la puerta tras ellos, con un portazo alegre, y van con su compañero, a vivir su vida, a fundar un nuevo hogar, a tener hijos que, llegado el momento, se irán por su cuenta. Yo he dejado pasar los años. ¿Y ahora vas a reprocharme que te abandone? No te abandono, pero he de vivir por mí misma. Lo que tú no supiste hacer.

Tomó de mis manos la taza de chocolate, preguntándome si quería más pastelillos, sintiendo la necesidad de depender de mí, de ofrendarme sus cuidados, como lo había hecho con la abuela.

—Tu padre tampoco podía permanecer en casa más de tres meses seguidos. Pero él —añadió como para buscar una solución lógica— era representante. ¿Qué vas a hacer en los Estados Unidos?

—Trabajar si puedo. Salir de aquí en todo caso. Quiero irme, ¿comprendes? Siento que si permanezco aquí un año más...

—¿Qué?

Me puse en pie. Elvira apartó las cortinas del mirador y contempló la calle.

—Mira, ahora pasa la señora de al lado; dicen que su marido tiene piedras en la vesícula biliar, que tal vez le operen. Sufre mucho. Ahora entra en la farmacia...

La tomé del brazo alejándola de su puesto de observación.

—Y yo llevo sobre mí una losa que me aplasta, que me impide respirar, y para eso no hay operación posible. Cuando sentimos sobre nosotros ese peso, hemos de dejar cuanto nos rodea y librarnos de nosotros mismos.

Me acompañaba hacia la puerta por el largo pasillo. Creía oír el ruido del bastón de la abuela golpeando las paredes. La muchacha asomó, curiosa, la cabeza. Le parecía raro que, no estando casada, no viviera con Elvira.

—¿Te irás pronto?

—Los trámites son un poco largos. Te pondré al corriente y además te pediré que te hagas cargo del piso. Consérvalo durante mi ausencia.

—Dos pisos, hija, pero ¿qué dirá Gustavo?

—Que tienes dos pisos y que su hija mayor no tiene ninguno. Y a ese argumento contestarás, de mi parte, que se vaya al cuerno.

* * *

Y tú, Juan, vivías ajeno a mis preocupaciones, haciéndomelas olvidar cuando estaba contigo. No sabías que también me marchaba por ti, porque no te merecía. Si no había sido bastante buena para Ignacio, tampoco lo era para ti.

Aquellos últimos tiempos fueron en tu compañía unos días extraños en que, a veces, te creía conocedor de mi marcha. Estabas excitado, como en vísperas de un acontecimiento importante. Setiembre, muy caluroso, no hacía presumir el final del verano. Estábamos en la cervecería de la plaza de Isabel II y de allí, a través de las múltiples callejuelas, habíamos ido hasta el puente del Rey. Hacía un calor achicharrante, pero tú no podías permanecer en un establecimiento más tiempo del necesario para sorber la bebida. La gente te molestaba, querías estar a solas conmigo. Y los que entraban o salían impedían tu charla. Yo sé que no bebes, Juanito, y, sin embargo, aquel día llegué a creer que estabas bebido. ¿Recuerdas? El suelo de la calle ardía y mis altos tacones impedían que siguiera tu paso.

—¿Por qué vas tan de prisa? ¡Y no digas tantas tonterías!

Porque me parecía una tontería muy grande que me dijeras que con aquel calor te habían brotado alas de los pies, que si yo quería podías ser rubio y llamarte Atanasio... Debí decirte que estabas bebido o chiflado.

Nos inclinamos al fin sobre el pretil del puente. Estábamos cerca el uno del otro y sentía ganas de reírme sin saber por qué, nada más porque te veía contento. Tu alegría me ganaba: «Eres un barquito en mis aguas tumultuosas». Y otra vez: «¿Me quieres, Victoria?»

En aquel momento iba a responder que sí. No era cierto, aunque en aquel instante sentí deseos de responderte afirmativamente. Es posible que tú también hubieras sido capaz de hacerme salir de mi noria. Estabas cerca de mí y estuve a punto de decirte: «En estos momentos tengo un amante. Dentro de pocas horas estaré con ese hombre y cuando estoy con él todo lo demás se borra, el mundo desaparece para no dejar otra imagen que la de ese hombre. ¿Sabes, Juan lo que te debo?»

Era muy duro decirte la verdad. Yo misma la confundía a veces.

—Me parece que no te quiero.

Y tú reías. No estabas dentro de mí y, por consiguiente, muy lejos de pensar lo que yo pensaba. Lo único que logró tu pregunta fue desvanecer mi alegría. Tú también, al cabo, volviste a la realidad. Me diste pena y nos besamos. Nunca quise besarte porque después me arrepentía de ello. Besarte me emocionaba siempre, pues era como poner un punto final a la alegría que me procuraba tu amistad.

Volvimos a Madrid muy despacio a medida que las sombras caían sobre la calle y el aire fresco arremolinaba las hojas contra las fachadas.

Andrés y yo cenamos juntos aquella noche. Debía partir hacia Portugal en las primeras horas de la mañana. En mi poder obraban todos los documentos, pasaportes y demás requisitos inherentes al viaje. Había dicho adiós a Elvira, prometiéndole estar ausente lo menos posible. Seis meses, le dije. Estaba mintiendo, pero Elvira había preferido siempre las mentiras a la verdad. De lejos me preocuparía de ella y ella se preocuparía de mí. Necesitaba hacerlo. Le hablé de estas cuartillas, de dónde tenía que depositarlas. ¡Es raro! No me hizo ninguna pregunta. Quería escribirte la carta a última hora. Tenía miedo de escribirla antes, a que algo sucediera entretanto haciendo innecesario este relato, superflua mi carta. Eran mis últimas horas en Madrid y todavía esperaba que un imposible detuviera el mecanismo que yo misma había puesto en marcha y que únicamente podría detenerse por un solo motivo.

Tal vez Andrés me pidiera aún que me quedara.

Cierta noche, la noche de mis veintiún años, me arreglaba ante un espejo. Baldomero iba a entrar de un momento a otro y yo sonreía a la muchacha del espejo, que parecía una muchacha feliz. También esta noche, esta última noche que voy a pasar en Madrid, me contemplo al espejo como si la forma reflejada en él fuese la de una desconocida. ¿Tenemos otra cara la víspera de un acontecimiento importante? Creo que sí. La muchacha del espejo dice alentándome: «¡Vamos, Victoria! La vida de todo ser humano está marcada por jornadas y a éstas se les ha de dar un fin. Malo la persona que hace de ese

camino una recta hacia el infinito. Lo bueno es encontrar la curva que desemboca en la fuente o en el bosque. Lo lógico es que haya altibajos, caminos descendentes y cuestas».

La muchacha del espejo tiene el rostro expectante de todo aquel que va al encuentro de lo desconocido. Tal vez, también, la expresión de la mujer que piensa que aún puede renunciar y detenerse para siempre.

Andrés está aquí. Le digo:

—Tal vez prefieras cenar en casa. ¿Quieres?

Vacila un momento. Lleva el abrigo puesto y el sombrero en la mano.

—Prefiero pasar esta noche fuera de casa. Quiero cenar contigo y que la nuestra sea una cena alegre. No hay razón para la tristeza en todo esto —dice para convencerse—. Volverás dentro de poco y todo será como antes.

Me ayuda a ponerme el abrigo.

—Si vuelvo por mi propia voluntad, todo será como antes —repito.

Y bajando la escalera, añado:

—Pero tal vez no vuelva.

Sentada al lado de Andrés, su brazo y el mío se rozaban. Aún a través de las ropas sentía el tremendo dominio que ejercía sobre mí y me preguntaba por qué las sensaciones no pueden ser voluntariamente compartidas. ¿Por qué aquel hombre me transmitía ese raro fluido que electrizaba mi piel y hacía desfallecer mi voluntad? Pregunté sin mirarle:

—¿No sientes nada?

—Sí. Exactamente lo que tú sientes. Todos sentimos la llamada de lo que está por venir o la angustia de lo que dejamos. Es eso, Viky. Tuve la misma sensación cuando vi alejarse a Hazel.

No me comprendía. Y me molestó el recuerdo de Hazel entre los dos, en aquel momento. Pensé en ti y exclamé:

—No todos. Hay quien ignora. Yo sé de alguien que en este preciso momento está ajeno a cuanto se prepara. Y no sabes, Andrés, lo doloroso que resulta despedirse sin poder decir adiós.

Fue entonces cuando me habló de ti. No quiso saber tu nombre, seguramente porque no necesitaba saberlo. Me dijo solamente:

—El «otro».

Luego continuó:

—Pero tú no eres como Hazel. Tú eres como yo y no te conformarás con un «otro» de consuelo. Tú y yo queremos lo mismo, aunque en este preciso momento no sepamos lo que queremos. Y hemos de buscarlo, Viky, aunque nos duela, aunque perdamos... vale la pena.

Me acompañó a casa. Me trataba dulcemente, como nunca lo había hecho. No sé si lo hacía porque empezaba a amarme o porque iba a perderme. Las maletas preparadas, la casa recogida, daban a nuestros actos un sentido diferente de los días pasados. No quería despedirse de mí en el aeropuerto.

—Así no creeré que te has ido. No quiero decirte adiós. Me despediré de ti, como en una noche cualquiera.

Cuando llegó el momento, salió de mi habitación. No me levanté para despedirle. Pero cuando se hubo marchado, salí a la terraza para ver la silueta de su coche perderse en la oscuridad.

COLOQUIO CON LA SOLEDAD

VICTORIA ITURBE: un pasajero más del avión que sale hacia Portugal. Espera pacientemente a que los altavoces den la señal de salida para ir a la pista, donde aguarda el aparato. Está extraordinariamente pálida. En aquel instante, y ella lo reconocería, se parece un poco a Elvira. Está también muy asustada. Se siente sola y pequeña. Desearía que alguien, a su lado, la tomara de la mano.

Al fin, los altavoces empiezan a dar las esperadas instrucciones.

Toma el maletín. Nadie la mira y nadie sabe tampoco sus miedos y sus esperanzas. Un espectador corriente hubiera dicho de ella que estaba habituada a viajes como aquél.

El aire es frío en las primeras horas de la mañana; limpio y fresco, huele todavía a noche. Los pasajeros van ascendiendo por la escalerilla y, una vez arriba, cada uno de ellos busca el asiento que le corresponde. A un lado del avión, los asientos son dobles. Al otro, individuales. Victoria se acomoda en uno de los individuales; enfrente, un letrero luminoso aconseja sujetarse con el cinturón.

Todos estos movimientos los hace Victoria con aparente sosiego. No está muy segura de ser ella misma, Viky Iturbe, la que está en aquel avión, dispuesta a emprender un largo viaje.

Los motivos mismos del viaje le parecen oscuros y necios. Hasta última hora ha estado esperando lo inesperado; la vuelta atrás de su decisión. Se está alejando tanto de su noria, que ya no la recuerda. Está haciendo gestos insólitos y los hace con los ojos abiertos, pero sin conciencia plena de lo que hace.

El ruido del motor restalla en sus oídos. Vuelve la cabeza y al otro lado del pasillo ve una señora de cierta edad que se persigna tranquilamente. Ella también siente deseos de hacerlo, pero se imagina que su acto nada tendrá de piadoso; que lo hará únicamente porque se siente atemorizada y pequeña. Y

que Dios no agradecerá en absoluto esa deferencia. Los motores continúan ensordeciéndola. Empiezan a rodar.

Después una suave impresión de despegue. Cierra los ojos y se entrega por completo al placer nuevo de la ascensión. Cuando vuelve a abrirlos, el sol nace y la tierra parece correr bajo las alas del aparato. La tierra queda abajo, muy abajo, y la sombra del avión se refleja en ella, igual que un pájaro transparente.

—*Es un pájaro transparente.*

Sonríe, como cuando escuchaba las historias de Julián. Tiene puestos los guantes y de pronto nota que le molestan. Siente la necesidad de tener las manos desnudas, como cuando se está junto a la persona que nos quiere.

—*Es un pájaro transparente, Viky. Un pájaro cuyo cuerpo es sombra sobre la tierra y dentro del pájaro...*

Dentro del pájaro está ella, Victoria, exactamente igual que el mosquito dentro de la cuenta de ámbar. Se siente libre al fin y mira hacia abajo por la pequeña ventana.

—*Y así vemos las cosas a vista de pájaro. Las ciudades parecen pueblos, los pueblos caseríos, las casas parecen piedras y los hombres, Viky...*

Los hombres ni se ven. La tierra es un mapa vivo donde las cosas han recobrado las proporciones normales.

—*El bosque es una mancha oscura. El río, una vena inmóvil. Los montes van ceñidos por las valles y por las nubes...*

Las nubes van y vienen, frágiles, inconsistentes; retazos de nebulosa suspendidos en el espacio.

—*En cambio el cielo... ¿Te das cuenta de que el cielo está siempre a la misma distancia del hombre?*

Lleva algún tiempo volando y no se le ha ocurrido mirar hacia arriba.

—*La tierra huye eternamente perseguida por el pájaro hecho de sombra.*

Su mano derecha le sirve de visera, porque el sol la deslumbra. Su mano está llena de sol. Las partículas suspendidas en el área luminosa voltean entre sus dedos. ¿Por qué está sola? ¿Por qué no tiene nadie a su lado que vaya contándole, diciéndole la razón de su soledad? ¿Soledad? Sí, porque se está alejando incluso de sí misma. ¿Y qué la ha empujado a marcharse? ¿Qué persigue en su huida? ¿A qué extraña ley está obedeciendo?

—*A una vieja ley, Victoria. La que nos obliga a amar, a ser amados. La que no admite rebelión. Nos obliga. Algunas veces la confundimos, nos confundimos amando al que nos ignora, ignorando al que nos ama. Y de esta confusión nace la soledad.*

F I N

Noviembre de 1954.
20 de junio de 1955.



CARMEN KURTZ, de soltera Carmen de Rafael Marés, tomará el apellido de su marido, Pedro Kurtz, para firmar sus novelas.

Siendo todavía niña sufre una enfermedad larga y no prosigue estudios. A los 16 años tiene ya novio y enfoca su vida hacia el matrimonio como cualquier mujer de su ambiente y de su época. Pero no se casa hasta los 23 años. Antes tiene tiempo de pasar un año en Inglaterra y de preparar allí una licenciatura en lengua inglesa. Tiene también tiempo de pasar muchas horas en la biblioteca de su padre y de sostener con él largas charlas.

A los 23 años conoce a un alsaciano, Pedro Kurtz, y se casa con él. Kurtz trabaja en una fábrica de cerveza. Van a vivir a Alsacia y tienen una hija. A los cinco años estalla la Segunda Guerra Mundial y él es llamado a filas. Carmen envía a su hija a España y entra a trabajar como secretaria en el consulado español. Por fin, en 1942, liberan a su marido y al año siguiente vienen a España. En 1957 Carmen se separa de su marido, que muere cinco años después.

Carmen Kurtz empezó a escribir cuentos para niños en 1943. Durante los diez años siguientes escribe casi un centenar de ellos, que publica con pseudónimo en una colección popular de la editorial Molino. Su verdadera carrera literaria empieza en 1954 con la obra *Duermen bajo las aguas*, novela de cauce autobiográfico que ganó el premio Ciudad de Barcelona de dicho año y que

fue publicada en 1956. Este mismo año, su novela *El desconocido* gana el premio Planeta.

Carmen escribe novelas hasta 1961. A partir de este momento alterna los libros para personas mayores con la literatura infantil, y crea en este terreno un personaje llamado «Oscar», un chiquillo de barriada cuyas aventuras cuenta en muchas novelas destinadas a los chicos entre los ocho y los trece años. Sus libros para niños le han valido muchos premios literarios; premio Lazarillo 1964, premio de la Comisión Católica del Libro Infantil, premio Leopoldo Alas, Ganadora del concurso organizado por el P. I. O., premio de la C. C. E. I. al mejor libro infantil de 1964 y 66, etcétera. Además de escribir libros, Carmen Kurtz colabora semanalmente en la revista femenina *ELLA* y desde 1962 diariamente en el periódico barcelonés *La Prensa*.

Carmen Kurtz pretende mediante sus obras hacer una crítica del momento social al que pertenece. Para ello analiza lúcidamente las formas, los convencionalismos y la mentalidad de la burguesía española de la postguerra civil, pero no se limita a un estrato social, sino que compara y observa la realidad en su conjunto. Su posición es de reacción frente a la incomprensión generacional, de deseo de justicia social. Sus esperanzas están puestas en una europeización progresiva y en una juventud más abierta, más libre. Su interés está dirigido hacia el análisis, la comprensión y el mejoramiento de la circunstancia social de cualquier época. De ahí que sus autores literarios preferidos sean los que como Dostoiewski, Huxley o Camus, expresan en sus obras una época, unas costumbres, una mentalidad, y no solo una visión individual de las cosas.